



Lucy Maud Montgomery

Ana, La De
Avonlea

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

ANA, LA DE AVONLEA

LUCY MAUD MONTGOMERY

PUBLICADO: 1909

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: PROJECT GUTENBERG**

I - UN VECINO IRACUNDO

Una muchacha alta y delgada, «recién cumplidos los dieciséis», de serios ojos grises y cabello que sus amistades llamaban castaño rojizo, se había sentado en el ancho escalón de arenisca roja de una granja de la Isla del Príncipe Eduardo, en una tarde madura de agosto, con la firme determinación de traducir cierto número de líneas de Virgilio.

Pero una tarde de agosto, con brumas azules cubriendo las laderas de la cosecha, leves brisas susurrando de forma traviesa entre los álamos y un centelleo danzarín de amapolas rojas que se incendiaban contra el oscuro matorral de jóvenes abetos en un rincón del huerto de cerezos, resultaba más apta para soñar que para aprender lenguas muertas. Enseguida, el Virgilio resbaló de las manos de Anne y cayó al suelo sin que ella lo advirtiera. Apoyada la barbilla en las manos entrelazadas y con la mirada fija en la espléndida masa de nubes algodinosas que se acumulaban sobre la casa del señor J. A. Harrison, semejando una gran montaña blanca, Anne estaba a mil leguas de allí, inmersa en un delicioso mundo donde cierta maestra llevaba a cabo una labor maravillosa: forjar el destino de futuros estadistas e infundir en jóvenes mentes y corazones ambiciones sublimes y elevadas.

Claro que, si se descendía a los hechos duros y fríos —cosa que Anne raramente hacía, a menos que no tuviera más remedio—, no parecía que en la escuela de Avonlea hubiera mucho material prometedor para esas futuras celebridades; pero nunca se podía saber lo que podría suceder si la maestra ejercía su influencia para el bien. Anne albergaba ciertas ideas teñidas de optimismo acerca de lo que un maestro podía lograr, si se sabía proceder de la manera adecuada; y se hallaba enfrascada en una escena deliciosa, cua-

renta años después, con un personaje famoso (exactamente en qué campo sería célebre estaba deliberadamente poco definido, pero a Anne le parecía de lo más apropiado que fuese rector de alguna universidad o primer ministro de Canadá) inclinándose con reverencia ante su mano ya arrugada y asegurándole que había sido ella quien encendió por primera vez su ambición, y que todos sus triunfos en la vida se debían a las lecciones que le inculcaba tantos años atrás en la escuela de Avonlea. Tan grata visión se vio bruscamente interrumpida por algo mucho menos agradable.

Una modesta vaquita de raza Jersey llegó trotando por el camino y, cinco segundos más tarde, apareció el señor Harrison... si «apareció» no es un término demasiado suave para describir la forma en que irrumpió en el patio.

Saltó la cerca sin molestarse en abrir la puerta y se plantó colérico ante la asombrada Anne, quien ya se había puesto en pie y lo miraba con perplejidad. El señor Harrison era su nuevo vecino, del lado derecho, y Anne nunca había hablado con él hasta entonces, aunque lo había visto en un par de ocasiones.

A principios de abril, antes de que Anne regresara de Queen's, el señor Robert Bell —cuyo terreno lindaba con la finca de los Cuthbert por el oeste— vendió su propiedad y se trasladó a Charlottetown. La compró un tal señor J. A. Harrison, de quien únicamente se sabía su nombre y que provenía de la provincia de Nuevo Brunswick. Pero, antes de cumplir un mes en Avonlea, ya se había granjeado fama de ser un individuo peculiar... «un maniático», aseguraba la señora Rachel Lynde. (La señora Rachel era una mujer muy franca, como sabrán quienes ya hayan tenido el gusto de conocerla). El señor Harrison ciertamente se apartaba de lo común... y eso constituye la característica esencial de un maniático, como todos saben.

En primer lugar, vivía solo y se atendía él mismo, y había declarado públicamente que no quería «ninguna tonta de mujer rondando su guarida». Las mujeres de Avonlea se vengaron difundiendo historias truculentas acerca de sus dotes en la cocina y en el cuidado de la casa. Había contratado al pequeño John Henry Carter de White Sands, y fue el mismo John Henry quien propagó tales relatos. Para empezar, no había horario fijo para las comidas en casa del señor Harrison. Cuando él sentía hambre, «tomaba un bocado»; y si John Henry se hallaba cerca, también le tocaba algo; si no, el

pobre chico tenía que esperar hasta la siguiente vez que el señor Harrison tuviera apetito. John Henry, con aire compungido, aseguraba que habría muerto de hambre de no ser porque podía ir a casa los domingos y comer con ganas, y además su madre siempre le entregaba una canasta de «vívères» cuando volvía los lunes.

En cuanto a lavar los platos, el señor Harrison no fingía ni por asomo hacerlo a menos que llegara un domingo lluvioso. Entonces, lavaba todos de una sola vez en el enorme barril de agua de lluvia y los dejaba allí para que se secaran al aire.

Por otro lado, el señor Harrison era «tacaño». Cuando se le pidió contribución para el salario del reverendo señor Allan, dijo que prefería esperar a ver cuántos dólares de beneficio le deparaba la predicación antes de soltar dinero... no creía en «comprar un cerdo en una bolsa». Y cuando la señora Lynde lo visitó para solicitarle una aportación misionera (e, incidentalmente, para echarle una ojeada al interior de la casa), él le respondió que había más paganos entre las viejas chismosas de Avonlea que en cualquier otro sitio que conociera, y que con gusto contribuiría a una misión de evangelización para ellas, si ella se encargaba de dirigirla. La señora Rachel se marchó de su casa pensando que menos mal que la pobre señora Robert Bell estaba a salvo en la tumba, porque se le habría partido el corazón al ver el estado en que se hallaba la casa de la que antes se sentía tan orgullosa.

— ¡Si hasta fregaba el suelo de la cocina cada dos días! — le dijo indignada a Marilla Cuthbert—. ¡Y si vieras cómo está ahora! Tuve que alzarme la falda para no mancharla al pasar.

Finalmente, el señor Harrison tenía un loro llamado Ginger. Nadie en Avonlea había criado un loro con anterioridad; por ende, tal cosa se consideraba apenas respetable. ¡Y qué loro! A juzgar por las historias de John Henry Carter, nunca hubo ave más desvergonzada. Decían que soltaba palabrotas de grueso calibre. La señora Carter habría retirado enseguida a John Henry de esa casa, de haber estado segura de conseguirle otra colocación. Además, Ginger le arrancó un pedazo de carne del cogote a John Henry un día que el chico se acercó demasiado a la jaula. Los domingos, cuando el muchacho volvía a casa, su madre mostraba a todo el mundo la marca de la mordedura.

Todas estas cosas pasaron fugazmente por la mente de Anne mientras el señor Harrison permanecía allí, aparentemente mudo de rabia. En sus momentos más amables, el señor Harrison no podía considerarse un hombre apuesto: era bajo, regordete y calvo. Y ahora, con el rostro redondo teñido de púrpura por la cólera y los prominentes ojos azules a punto de salirse de las órbitas, Anne pensó que, sin duda, era la persona más fea que había visto en su vida.

De pronto, el señor Harrison recuperó la voz:

— ¡No voy a tolerar esto! — exclamó atragantándose—. ¡Ni un día más, ¿me oye, señorita?! ¡Bendito sea, es la tercera vez, señorita... la tercera! La paciencia dejó de ser una virtud, señorita. Advertí a su tía la vez anterior para que no volviera a suceder... ¡y va ella y lo permite... lo ha hecho! ¿Qué pretende con eso, ah? Eso es lo que quiero saber. ¡Y por eso he venido, señorita!

— ¿Podría explicarme cuál es el problema? — preguntó Anne con su tono más digno. (Últimamente lo había practicado bastante, para tenerlo listo al empezar las clases; pero parecía no surtir efecto alguno en el furioso J. A. Harrison).

— ¿Problema, dice? ¡Bendito sea, sí que hay problema! Mire, señorita: me encontré a esa vaca Jersey de su tía metida en mi siembra de avena hace menos de media hora. Es la tercera vez, fíjese bien. Ya la pillé el martes y la pillé ayer. Vine y le dije a su tía que no se repitiera. Y ella va y lo deja pasar... ¿Dónde está su tía, señorita? Me bastan dos minutos para darle un buen rapapolvo... ¡un rapapolvo de J. A. Harrison, señorita!

— Si se refiere a la señorita Marilla Cuthbert, no es mi tía. Y ha salido hacia East Grafton a visitar a una pariente lejana que está muy enferma — dijo Anne, añadiendo un matiz más solemne con cada palabra—. Lamento mucho que mi vaca se haya metido en su avena... porque esa vaca es mía y no de la señorita Cuthbert... Matthew me la regaló hace tres años, cuando aún era un ternero, y la compró al señor Bell.

— ¿«Lo lamento», señorita? ¡Su lástima no soluciona nada! Mejor vaya usted a ver el desastre que ha causado ese animal en mi avena... ¡la ha pisoteado de cabo a rabo, señorita!

—Lo siento mucho —repitió Anne con firmeza—, pero quizá si mantuviera usted su cerca en mejor estado, Dolly no se habría metido. Es el tramo de cerca que le corresponde mantener a usted el que separa su campo de avena de nuestro potrero, y hace unos días me pareció que no estaba en buenas condiciones.

—¡Mi cerca está perfecta! —bufó el señor Harrison, enfurecido más que nunca por ese cambio de táctica—. Ni la cerca de la cárcel aguantaría a un demonio de vaca como esa. Y, para que lo sepa, mocosa pelirroja, si la vaca es suya, como afirma, mejor haría usted en vigilar que no entre en la cosecha de los demás en vez de pasarse el rato leyendo noveluchas de cubiertas amarillas —y lanzó una mirada de desprecio al pobre Virgilio de tapas color pajizo a los pies de Anne.

En aquel momento, había algo rojo además del cabello de Anne... que siempre había sido un punto delicado para ella.

—Prefiero mi pelo rojo a no tener nada, salvo un cerco de mechones alrededor de las orejas —replicó con acritud.

El comentario dio en el blanco, pues el señor Harrison era muy sensible respecto a su calvicie. La rabia volvió a ahogarle y solo pudo fulminar a Anne con la mirada, mientras ella recobraba la calma y prosiguió aprovechando su ventaja:

—Puedo comprender su molestia, señor Harrison, porque tengo imaginación. Supongo lo duro que debe de ser encontrar una vaca en su avena y no albergaré ningún resentimiento por lo que me ha dicho. Le prometo que Dolly no volverá jamás a meterse en su avena. Le doy mi palabra de honor.

—Bueno, pero que de verdad no suceda —gruñó el señor Harrison, con tono algo más apaciguado; se marchó, sin embargo, con bastante enojo, y Anne lo oyó refunfuñar hasta que se perdió de vista.

Con el ánimo dolorosamente alterado, Anne se fue al patio y encerró a la traviesa Jersey en el cercado de ordeño.

—No podrá salir de ahí a menos que se ponga a derribar la valla —razonó—. Parece bastante tranquila ahora; supongo que se habrá atiborrado de avena. ¡Ojalá se la hubiera vendido al señor Shearer cuando me la quiso comprar la semana pasada! Pero pensé que era mejor aguardar a la subasta

del ganado y venderlo todo junto. Parece ser cierto que el señor Harrison es un maniático... desde luego, él y yo no somos «almas gemelas».

Anne siempre estaba al acecho de «almas gemelas».

Marilla Cuthbert apareció con la calesa cuando Anne volvía de la casa, y esta corrió a preparar la merienda. Hablaron del asunto durante la comida.

—Estaré contenta cuando pase la subasta —dijo Marilla—. Es mucha responsabilidad tener tanto ganado con ese Martin tan poco de fiar para cuidarlo. Aún no ha vuelto, y me prometió que vendría sin falta ayer por la noche si le dejaba ir al funeral de su tía. Ya perdí la cuenta de las tías que se le han muerto. Es la cuarta desde que lo contraté hace un año. Me sentiré más que aliviada cuando recojamos la cosecha y el señor Barry se haga cargo de la granja. Tendremos que encerrar a Dolly en el corral hasta que regrese Martin, porque hay que llevarla al potrero de atrás y arreglar las cercas allí. De veras, esto es un fastidio; como dice Rachel, el mundo está lleno de complicaciones. Ahí tienes a la pobre Mary Keith, que se está muriendo, y quién sabe qué será de esos dos niños suyos. Tiene un hermano en la Columbia Británica; le ha escrito contándole lo de los pequeños, pero aún no ha recibido respuesta.

—¿Cómo son los niños? ¿Cuántos años tienen?

—Seis cumplidos... son gemelos.

—Ah, siempre me han gustado los gemelos desde que la señora Hammond tuvo tantos —exclamó Anne con entusiasmo—. ¿Y son lindos?

—Por Dios, imposible saberlo... estaban demasiado sucios. Davy estaba haciendo pastelitos de barro y Dora salió a llamarlo. Él la empujó de cabeza al mayor de los pasteles y, como ella lloraba, Davy se arrojó él mismo al lodo para mostrarle que no era nada por lo que llorar. Mary dice que Dora se porta bastante bien, pero que Davy es un manojito de travesuras, y no ha tenido quien lo críe, prácticamente. Su padre murió cuando él era un bebé y, desde entonces, Mary ha estado enferma casi todo el tiempo.

—Siento lástima por los niños que no han tenido crianza —dijo Anne con seriedad—. Tú sabes que yo no tuve a nadie hasta que me acogiste. Ojalá el tío se ocupe de ellos. ¿Qué parentesco tiene la señora Keith contigo?

—¿Mary? Ninguno. Fue su esposo... él era nuestro tercer primo. Ahí viene la señora Lynde por el patio; me parecía que vendría a enterarse de lo de Mary.

—No le cuentes nada sobre el señor Harrison y la vaca —suplicó Anne.

Marilla se lo prometió, aunque resultó innecesario, porque apenas se acomodó la señora Lynde, comentó:

—Vi al señor Harrison persiguiendo tu Jersey fuera de su avena hoy, cuando regresaba de Carmody. Tenía cara de ir bien enfurecido. ¿Armó mucho escándalo?

Anne y Marilla se miraron con una sonrisa divertida. Pocas cosas de Avonlea escapaban a la señora Lynde. Precisamente aquella mañana Anne había dicho:

—Si te metes en tu cuarto a medianoche, cierras la puerta con llave, bajas la persiana y estornudas, al día siguiente la señora Lynde te preguntará cómo sigue tu resfriado.

—Me temo que sí lo armó —admitió Marilla—. Yo estaba fuera; le dio un rapapolvo a Anne.

—Creo que es un hombre muy desagradable —opinó Anne, meneando con rabia la cabeza rojiza.

—No has dicho verdad más grande —sentenció la señora Rachel con solemnidad—. Desde el momento en que Robert Bell le vendió su finca a un hombre de Nuevo Brunswick, me figuré que habría problemas, ya lo creo. No sé a dónde iré a parar Avonlea, con tanto forastero llegando. Pronto no podremos dormir tranquilos.

—¿Y qué otros forasteros vienen? —preguntó Marilla.

—¿No te has enterado? Pues hay una familia de apellido Donnell, para empezar. Rentaron la vieja casa de Peter Sloane. Peter contrató al hombre para dirigir su molino. Son gente del extremo oriental, nadie sabe nada de ellos. Luego, esa holgazana familia de Timothy Cotton se mudará desde White Sands y serán una carga pública. Él está tísico... cuando no anda robando... y su mujer es una haragana que no sabe hacer nada. Friega los platos sentada. Además, la señora George Pye ha acogido al sobrino huérfano de su esposo, Anthony Pye. Irá a tu clase, Anne, así que espérate proble-

mas, eso seguro. Y vas a tener otro alumno nuevo: Paul Irving, que vendrá de los Estados Unidos a vivir con su abuela. ¿Te acuerdas de su padre, Marilla? Stephen Irving, aquel que dejó plantada a Lavendar Lewis en Grafton.

—No creo que la dejara plantada; hubo una discusión... supongo que ambos tuvieron culpa.

—Bueno, la cosa es que no se casó con ella y, desde entonces, dicen que Lavendar está bien chiflada... vive sola en esa casita de piedra a la que llama Echo Lodge. Stephen se fue a los Estados Unidos, se asoció con su tío y se casó con una yanqui. Nunca volvió, aunque su madre viajó a verlo un par de veces. Su mujer murió hace dos años y él manda al niño con su abuela una temporada. Tiene diez años y no sé si será un alumno conveniente. Con esos yankees nunca se sabe.

La señora Lynde veía con recelo a cualquiera que no hubiera nacido o se hubiera criado en la Isla del Príncipe Eduardo, y a los «yankees» más que a nadie. Su esposo había perdido diez dólares al trabajar para un patrón de Boston, y ni ángeles ni potestades ni fuerzas celestiales podrían convencerla de que todo Estados Unidos no fuera culpable de aquel desfalco.

—A la escuela de Avonlea no le vendrá mal un poco de savia nueva — observó Marilla con sequedad—. Y si el chico se parece al padre, todo irá bien. Steve Irving fue el mejor muchacho que se crió en estos pagos, aunque algunos lo tachaban de engreído. Apostaría a que la señora Irving está encantada de recibir al niño; lleva muy sola desde que enviudó.

—Bueno, el chico puede ser bueno, pero será distinto a los de Avonlea — sentenció la señora Rachel, como si eso lo liquidara todo. (Las opiniones de la señora Rachel acerca de cualquier persona, sitio o cosa solían ser muy persistentes).—. ¿Qué es eso que oigo sobre tu plan de fundar una Sociedad de Mejora del Pueblo, Anne?

—Solo lo comenté con algunos chicos y chicas en la última reunión del Club de Debate —dijo Anne, poniéndose colorada—. Les pareció buena idea... y también al reverendo y la señora Allan. Muchas aldeas ya lo tienen.

—Te buscarás un sinfín de líos si lo haces. Deja las cosas como están, Anne; es lo mejor. A la gente no le gusta que la «mejoren».

—No pretendemos mejorar a la gente, sino a Avonlea en sí misma. Hay un montón de cosas que podrían hacerse para embellecerla. Por ejemplo, si lográramos convencer al señor Levi Boulter de que derribe esa casucha espantosa de su finca superior, ¿no sería eso una mejora?

—Claro que sí —admitió la señora Rachel—. Esa ruina lleva años afligiendo al vecindario. Pero si vosotros, los «mejoradores», lográis persuadir a Levi Boulter de que haga algo gratis en beneficio público, me gustaría estar presente para ver cómo lo consiguen. Y no quiero desanimarte, Anne, puede que tu idea tenga su mérito —aunque supongo que la leíste en alguna revista basura yanqui—, pero vas a tener las manos llenas con tu escuela. Como amiga, te aconsejo que no te metas en esos embrollos. Sin embargo, sé que seguirás adelante si se te ha metido en la cabeza. Siempre has sido de llevar las cosas hasta el final de algún modo.

Algo en la firmeza de los labios de Anne reveló que la señora Rachel no andaba desencaminada en esa conjetura. El corazón de Anne estaba decidido a crear aquella Sociedad de Mejoras. Gilbert Blythe —que enseñaría en White Sands pero volvería a casa los viernes por la noche hasta el lunes— se entusiasmaba con la idea, y la mayoría de la gente se apuntaba a cualquier iniciativa que implicase reuniones y, por tanto, algún entretenimiento. En cuanto a qué «mejoras» concretas se llevarían a cabo, nadie lo tenía muy claro salvo Anne y Gilbert. Ellos dos las habían hablado y diseñado hasta imaginar la Avonlea ideal, si bien no existía en ninguna otra parte.

La señora Rachel aún traía otra novedad:

—Han asignado la escuela de Carmody a una tal Priscilla Grant. ¿No fuiste con ella a Queen's, Anne?

—¡Sí, claro! ¿Priscilla va a dar clase en Carmody? ¡Qué maravilla! —exclamó Anne, con sus ojos grises iluminándose hasta parecer estrellas del anochecer, y provocando que la señora Lynde volviese a preguntarse si alguna vez llegaría a decidirse del todo sobre si Anne Shirley era realmente bonita o no.

II - VENDER APRESURADAMENTE Y ARREPENTIRSE A LA LARGA

Anne fue a Carmody de compras la tarde siguiente y llevó consigo a Diana Barry. Diana era, por supuesto, miembro comprometido de la Sociedad de Mejoras y, durante todo el camino de ida y vuelta a Carmody, ambas hablaron casi de nada más.

—Lo primero que deberíamos hacer cuando comencemos —dijo Diana, mientras pasaban junto al salón de Avonlea, un edificio bastante deslucido enclavado en un claro rodeado de abetos— es pintarlo. Da vergüenza verlo y tenemos que ocuparnos de él antes incluso de intentar que el señor Levi Boulter derribe su casucha. Papá dice que jamás lo lograremos... Levi es demasiado tacaño como para perder ese tiempo.

—Quizá nos deje hacerlo a los chicos si le prometen llevar las tablas y cortárselas en astillas para su leña —sugirió Anne con optimismo—. Debemos hacer todo lo que podamos y conformarnos con avanzar despacio al principio. No se puede pretender mejorar todo de golpe. Primero hay que educar la opinión pública.

Diana no tenía muy claro en qué consistía exactamente «educar la opinión pública», pero le sonaba bien y se sentía orgullosa de pertenecer a una asociación con tan noble misión.

—Anoche pensé en algo que podríamos hacer, Anne. ¿Ves ese triángulo de tierra donde confluyen los caminos de Carmody, Newbridge y White

Sands? Está lleno de pimpollos de abeto, pero ¿no sería lindo quitar todos y dejar solo los dos o tres abedules que hay?

—¡Estupendo! —coincidió Anne con alegría—. Y colocar un asiento rústico bajo los abedules. Y cuando llegue la primavera, podríamos poner un parterre en el centro y plantar geranios.

—Sí, aunque habría que ingeniárselas para que la vieja señora Hiram Sloane no suelte su vaca por ahí, o se zamparía nuestros geranios —rió Diana—. Empiezo a entender lo que decías sobre educar a la gente, Anne. Mira esa casa de Boulter, ¿has visto qué horror? Y encima, junto a la carretera. Las casas abandonadas sin ventanas siempre me parecen algo muerto, con los ojos vaciados.

—A mí una casa vieja y abandonada me da tristeza —dijo Anne, con aire soñador—. Siempre imagino que medita sobre su pasado y llora sus antiguas alegrías. Marilla cuenta que antes ahí vivía una familia numerosa y que todo era muy hermoso, con un jardín precioso y rosales trepadores. Había un sinfín de niños y risas y canciones; y ahora está vacía y lo único que la atraviesa es el viento. ¡Qué soledad y desconuelo debe de sentir! Quizá en las noches de luna regresen todos... los fantasmas de los niños de antaño, de las rosas y de las canciones... y por un rato, la vieja casa sueña que vuelve a ser joven y dichosa.

Diana negó con la cabeza:

—Ya no me pongo a imaginar esas cosas, Anne. ¿Te acuerdas de lo enfadadas que se pusieron mamá y Marilla cuando creímos ver fantasmas en el Bosque Encantado? Aún hoy paso con miedo por ahí de noche, y si me pusiera a pensar así de la casa de Boulter, también temería acercarme a ella. Además, esos niños no han muerto, sino que se hicieron mayores y les va bien... uno de ellos es carnicero. Y ni las flores ni las canciones pueden tener fantasmas.

Anne reprimió un leve suspiro. Quería mucho a Diana y habían sido buenas compañeras, pero hacía tiempo había aprendido que, cuando se trataba de adentrarse en el reino de la fantasía, debía hacerlo en solitario. A ese mundo solo se llegaba por un camino mágico donde ni siquiera su amiga más querida podía seguirla.

Mientras estaban en Carmody cayó una tormenta de verano; no obstante, duró poco y el viaje de regreso, por caminos en que las gotas centelleaban en las ramas y valles en los que el olor especiado de los helechos húmedos saturaba el aire, resultó agradable. Sin embargo, justo al doblar hacia el camino de los Cuthbert, Anne vio algo que arruinó la belleza del paisaje para ella.

Delante, a la derecha, se extendía el campo gris verdoso de avena tardía del señor Harrison, mojado y exuberante; y allí, alzándose en medio, con las patas hundidas en esa fronda jugosa y mirando a Anne con aire tranquilo por encima de las espigas, ¡estaba la vaca Jersey!

Anne soltó las riendas y se puso en pie con un gesto de labios apretados que no auguraba nada bueno para la intrusa. Sin decir palabra, saltó ágilmente desde la calesa y cruzó la cerca en un santiamén, antes de que Diana comprendiera lo que sucedía.

— ¡Anne, regresa! — chilló esta última al recobrar la voz—. Vas a estropear tu vestido en ese grano mojado... ¡lo estropearás! ¡Ni me oye! Bueno, sola no va a lograr sacar esa vaca. Toca ir a echarle una mano, por supuesto.

Anne corría a través del campo de avena como loca. Diana bajó con rapidez, ató el caballo a un poste, se arremangó la falda de su bonito vestido a cuadros y cruzó la valla tras su frenética amiga. Podía correr más que Anne —cuyo falda empapada la entorpecía— y pronto la alcanzó. Detrás quedaba un rastro de avena pisoteada que partiría el corazón del señor Harrison cuando la viera.

— Anne, por lo que más quieras, detente —jadeó la pobre Diana—. No puedo más y estás calada hasta los huesos.

— Debo... sacar... esa vaca... antes... de que... el señor Harrison... la vea —gimió Anne—. No me... importa... ahogarme... si al menos... lo consigo.

Pero la vaca Jersey no veía ningún motivo para abandonar semejante festín. En cuanto las dos chicas, sin resuello, se acercaban, salía corriendo rumbo al lado opuesto del campo.

— ¡Córtale el paso! —gritó Anne—. ¡Corre, Diana, corre!

Diana corrió. Anne lo intentó y la malvada Jersey cruzó de un lado a otro del campo como poseída. Diana pensó que, en verdad, lo estaba. Les llevó al menos diez minutos arrinconarla y guiarla hasta la abertura de la esquina que daba al camino de los Cuthbert.

Es innegable que Anne no estaba precisamente de buen humor en ese instante. Y no se tranquilizó en absoluto al ver un coche detenido al otro lado del camino, con el señor Shearer de Carmody y su hijo, ambos sonriendo de oreja a oreja.

—Supongo que debiste venderme esa vaca cuando te la pedí la semana pasada, Anne —bromeó el señor Shearer.

—Si todavía la quieres, te la vendo ahora mismo —exclamó la dueña, agitada y enmarañada—. Llévatela en este mismo instante.

—Hecho. Te doy los mismos veinte dólares de antes y Jim puede llevarla ya a Carmody. Esta noche la enviaremos al pueblo junto con el resto del lote. El señor Reed de Brighton busca una Jersey.

Cinco minutos después, Jim Shearer y la vaca Jersey avanzaban carretera arriba, mientras la impulsiva Anne volvía por la vereda de Green Gables con sus veinte dólares.

—¿Qué dirá Marilla? —preguntó Diana.

—Bah, no le importará. Dolly era mía y no creo que valiera más de veinte dólares en la subasta. Pero, Dios mío, si el señor Harrison ve la avena, sabrá que la vaca volvió a meterse, ¡y después de mi promesa solemne de que no pasaría! Bueno, ya aprendí la lección de no dar mi palabra sobre el comportamiento de una vaca. Una vaca que salta la cerca del corral de ordeño puede hacer cualquier cosa.

Marilla había salido a casa de la señora Lynde y, cuando regresó, estaba al tanto de la venta de Dolly, pues la señora Lynde lo había visto casi todo desde su ventana y deducido el resto.

—Supongo que, después de todo, no está mal que se haya ido, aunque haces las cosas de forma tan precipitada, Anne. No comprendo cómo logró salir del corral; debió romper algún tablón.

—No lo pensé —contestó Anne—, pero iré a mirar ahora. Martin no ha vuelto aún; quizá se le murió otra tía. Me recuerda a Peter Sloane y los «oc-

togenarios». El otro día, la señora Sloane leía el periódico y le dijo: «Vaya, aquí dice que acaba de morir otro octogenario. ¿Qué es un octogenario, Peter?» Y él respondió que no tenía idea, pero que debían de ser seres muy enfermizos, porque cada vez que se hablaba de ellos era para anunciar su muerte. Eso mismo pasa con las tías de Martin.

—Martin es como todos esos franceses —dijo Marilla con disgusto—. No se puede confiar en ellos ni un día.

Marilla revisaba las compras de Anne en Carmody cuando un grito penetrante resonó en el corral. Un minuto después, Anne irrumpió en la cocina, retorciéndose las manos.

—Anne Shirley, ¿ahora qué pasa?

—Ay, Marilla, ¿qué voy a hacer? Esto es terrible y todo es culpa mía. ¿Llegaré a aprender alguna vez a pensar un poco antes de hacer locuras? Siempre lo dijo la señora Lynde: «Un día harás algo espantoso, Anne Shirley», y ya lo he hecho, ya lo he hecho.

—¿Anne, eres la chica más exasperante! ¿Qué hiciste ahora?

—¿Vendí la vaca Jersey del señor Harrison... la que compró al señor Bell... al señor Shearer! Dolly está ahora mismo en el corral.

—Anne Shirley, ¿estás soñando?

—Ojalá lo estuviera, pero no: es tan real como una pesadilla. Y la vaca del señor Harrison ya estará en Charlottetown a estas horas. ¡Ay, Marilla, creí haber superado las situaciones embarazosas y, de pronto, me veo en la peor de mi vida! ¿Qué haré?

—¿Hacer? Pues nada, niña, salvo ir a explicárselo al señor Harrison. Le ofrecemos nuestra Jersey en compensación si no quiere el dinero. Es tan buena como la suya.

—Seguro que se pondrá furioso y desagradable... —gimoteó Anne.

—No lo dudo. Parece un hombre de genio irritable. Si quieres, voy yo a aclararlo.

—¿Ni hablar, no soy tan ruin! Es culpa mía y no pienso dejarte cargar con mi castigo. Iré yo, ahora mismo. Cuanto antes lo resuelva, mejor. Será humillante, sí.

La pobre Anne cogió su sombrero y los veinte dólares y salía cuando vio, por la puerta abierta de la despensa, el pastel de nueces que había horneado aquella mañana: una delicia con glaseado rosa y decorado con nueces. Anne pensaba servirlo el viernes por la noche, cuando la juventud de Avonlea se reuniría en Green Gables para constituir la Sociedad de Mejoras. Pero, comparados con el justamente agraviado señor Harrison, ¿qué eran ellos? Aquel pastel, pensó, podría ablandar el corazón de cualquier hombre, sobre todo uno que debía cocinarse él solo. Sin más, lo metió en una caja, decidida a llevárselo como ofrenda de paz.

—Claro, siempre que me dé tiempo a decir algo —pensó con amargura, trepando la cerca para atravesar los campos dorados a la luz del dulce atardecer de agosto—. Ahora sé cómo se sienten los que van camino de la ejecución.

III - EL SEÑOR HARRISON EN CASA

La casa del señor Harrison era una construcción de estilo antiguo, con techos de aleros bajos y paredes blanqueadas,alzada ante un espeso bosquecillo de abetos.

El propio señor Harrison descansaba en su veranda, sombreada por enredaderas, con la camisa arremangada y deleitándose con su pipa al atardecer. Al reconocer quién se acercaba por el sendero, dio un salto repentino, corrió hacia el interior de la casa y cerró la puerta. No fue más que una reacción incómoda al verse sorprendido, mezclada con su vergüenza por el arrebato de mal genio del día anterior; pero tal escena casi esfumó lo poco de valor que todavía conservaba Anne en el corazón.

—Si así está de enfadado ahora, ¿qué será cuando se entere de lo que hice? —pensó con amargura mientras llamaba a la puerta.

Sin embargo, el señor Harrison la abrió, esbozando una sonrisa algo avergonzada, e invitó a Anne a pasar con un tono bastante amable y cordial, aunque algo nervioso. Había dejado a un lado la pipa y se había puesto la chaqueta; ofreció a Anne una silla muy polvorienta con toda cortesía, y la recepción habría transcurrido sin contratiempos de no ser por cierto loro entrometido, que espiaba tras los barrotes de su jaula con sus malignos ojos dorados. Apenas se hubo sentado Anne cuando Ginger exclamó:

—¡Válgame Dios! ¿Para qué viene esta pelirroja mocosa por aquí?

Resultaría complicado decidir cuál rostro se tiñó más de rojo, el del señor Harrison o el de Anne.

—No le haga caso a ese loro —dijo el señor Harrison, lanzando una mirada furibunda a Ginger—. Él... él siempre dice tonterías. Me lo dio mi hermano, que era marino. Los marineros no suelen usar el lenguaje más refinado, y los loros son muy imitativos.

—Me lo imagino —repuso la pobre Anne, cuyo recuento de su misión acalló su enojo. Las circunstancias le dejaban claro que no podía ofender al señor Harrison; había vendido su vaca sin permiso ni consulta previos, así que debía aguantar lo que fuera, incluso los insultos de un loro impertinente. Con todo, la «pelirroja mocosa» no estaría tan humilde como de costumbre.

—He venido a confesarle algo, señor Harrison —comenzó, resuelta—. Se trata... se trata de... esa vaca Jersey.

—¡Válgame Dios! —exclamó él, algo nervioso—. ¿Es que volvió a meterse en mi avena? Bah, da igual, da igual. A estas alturas no importa nada... En fin... Ayer reaccioné con demasiada brusquedad, no lo niego. No hace falta que me lo cuente...

—Ojalá fuera solo eso —suspiró Anne—, pero es diez veces peor. Yo no...

—¡No me digas que llegó a mi trigo!

—No... no, al trigo no. Pero...

—¿Entonces están mis coles en peligro? ¿Mis coles para la Exhibición?

—Tampoco es eso, señor Harrison. Voy a contárselo todo, y por favor no me interrumpa. Me pone muy nerviosa que me corten. Deje que termine de explicarle la historia y luego, sin duda, tendrá bastante que decir —concluyó Anne mentalmente.

—No digo ni pío —prometió el señor Harrison. Y cumplió. Pero Ginger no se había atado a ningún pacto de silencio y, de vez en cuando, soltaba un «pelirroja mocosa» que a Anne la ponía de los nervios.

—Ayer encerré a mi vaca Jersey en nuestro corral. Hoy por la mañana fui a Carmody y, al volver, vi a una vaca Jersey en su avena. Diana y yo la sacamos de allí, y no se imagina lo difícil que fue. Terminé empapada, agotada y rabiosa... y justo en ese instante pasó el señor Shearer, que se ofreció a comprar la vaca. Se la vendí enseguida por veinte dólares. Estuvo mal por

mi parte, lo sé; debí esperar y consultar a Marilla, claro. Pero el caso es que siempre hago cosas sin pensar... cualquiera que me conozca se lo dirá. El señor Shearer se llevó la vaca en el acto para embarcarla en el tren de la tarde.

—¡Pelirroja mocosa! —repitió Ginger con un desprecio profundo.

En ese punto, el señor Harrison se levantó, y con un gesto que habría aterrorizado a cualquier ave salvo un loro, trasladó la jaula de Ginger a la habitación contigua y cerró la puerta. El loro chilló, soltó maldiciones y se comportó acorde con su fama, pero, al verse en soledad, adoptó un silencio hosco.

—Disculpe, prosiga —dijo el señor Harrison al sentarse otra vez—. Mi hermano marino nunca educó a ese pájaro como es debido.

—Regresé a casa, y tras la hora del té salí al corral de ordeño. Señor Harrison... —Anne se inclinó hacia delante, juntando las manos con su añejo ademán infantil y con sus grandes ojos grises mirándolo con súplica—. Me encontré a mi vaca todavía encerrada. La vaca que había vendido al señor Shearer era la suya.

—¡Válgame Dios! —exclamó él, atónito ante semejante desenlace—. ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—No es extraño que yo meta a los demás y a mí misma en líos —repuso Anne, apenada—. Tengo fama de eso. Podría suponerse que ya habría madurado a estas alturas... Cumpliré diecisiete en marzo... pero veo que aún no. ¿Cree que... podría perdonarme, señor Harrison? Temo que ya no haya modo de recuperar su vaca, pero aquí traigo el dinero... o bien puede quedarse con la mía, si lo prefiere. Es muy buena vaca. No sé cómo expresarle lo arrepentida que estoy.

—Bah, bah —dijo el señor Harrison con rapidez—. No diga ni una palabra más, señorita. No tiene importancia, ninguna en absoluto. Todos podemos tener percances. Yo también soy impulsivo a ratos... muy impulsivo. Pero no puedo evitar soltar lo que pienso y la gente ha de tolerarme así. Si esa vaca se hubiera metido en mis coles, otra cosa sería... pero no lo hizo, así que todo bien. Creo que mejor me quedo con su vaca, si no le molesta. Al fin y al cabo, usted no parece querer conservarla.

— ¡Oh, gracias, señor Harrison! Me alegro tanto de que no esté enfadado... Temía que lo estuviera.

— Y supongo que se moría usted de miedo por tener que contármelo, después de mi estallido de ayer, ¿eh? Pero no debe preocuparse. Soy un viejo cascarrabias, nada más... a veces digo la verdad tal cual, aunque suene dura.

— Como la señora Lynde — soltó Anne, antes de poder contenerse.

— ¿Quién? ¿La señora Lynde? ¡No me ponga a la par de esa vieja chismosa! — protestó el señor Harrison, irritado—. No lo soy... ni un ápice. ¿Qué lleva en esa caja?

— Un pastel — respondió Anne con un deje travieso. Al ver la inesperada cordialidad del señor Harrison, su ánimo se alzó liviano como una pluma—. Lo traje porque pensé que quizá no comiera pastel con frecuencia.

— No suelo comerlo, no. Y me gusta mucho. Se lo agradezco de veras. Tiene buena pinta por encima. Espero que esté bueno por dentro.

— Lo está — afirmó Anne, con alegre confianza—. Claro que he hecho pasteles que no lo estaban, como le diría la señora Allan, pero este está perfecto. Lo hice para la Sociedad de Mejoras, aunque puedo hornear otro.

— Pues sabe qué, señorita, tiene que ayudarme a comerlo. Pondré la tetera y tomaremos una taza de té, ¿qué le parece?

— ¿Me dejará prepararlo a mí? — preguntó Anne con cierta duda.

El señor Harrison se echó a reír.

— Veo que no confía mucho en mi destreza para hacer té. Se equivoca... soy capaz de preparar una taza tan buena como la que haya probado. Pero adelante, hágalo usted. Por suerte llovió el domingo pasado, así que tengo muchos platos limpios.

Anne se puso en marcha con brío y comenzó a lavar todo. Limpió la tetera varias veces antes de poner a infundir el té. Luego limpió la cocina y dispuso la mesa, sacando la vajilla de la alacena. El estado de aquella alacena horrorizó a Anne, pero no dijo nada. El señor Harrison indicó dónde estaban el pan, la mantequilla y una lata de duraznos. Anne adornó la mesa con un ramo del jardín, cerrando los ojos a las manchas del mantel. Ense-

guida el té estuvo listo y Anne se vio sentada frente al señor Harrison, sirviéndole una taza y charlando sobre la escuela, sus amistades y sus planes. Casi no daba crédito a lo que veía.

El señor Harrison había traído de vuelta a Ginger, diciendo que el pobre se quedaría solo. Anne, sintiéndose capaz de perdonarlo todo y a todos, le ofreció al loro una nuez. Pero Ginger estaba muy ofendido y no aceptó la oferta de reconciliación. Se quedó en el palo, con las plumas tan erizadas que era una bola de verde y dorado.

—¿Por qué le llama Ginger? —preguntó Anne, a la que le gustaban los nombres adecuados, y creía que aquel no cuadraba con tan vistoso plumaje.

—Lo bautizó mi hermano el marino. Quizá tuviera algo que ver con su genio. Aun así, aprecio mucho a ese pájaro... se sorprendería de cuánto. Tiene sus defectos, claro. Ese pajarraco me ha costado bastante, de un modo u otro. A algunos les molesta que suelte juramentos, pero no hay forma de quitarle la costumbre. Lo he intentado yo... otros lo han intentado. Hay gente con prejuicios contra los loros. Una tontería, ¿verdad? A mí me agradan. Ginger me hace mucha compañía. Nada me haría deshacerme de él... nada en el mundo, señorita.

El señor Harrison soltó la última frase con un brío explosivo, como sospechando que Anne planeaba convencerlo de regalarle a Ginger. Sin embargo, ella estaba empezando a simpatizar con aquel hombrecillo raro e impaciente. Antes de terminar la merienda, eran ya buenos amigos. El señor Harrison se enteró de la Sociedad de Mejoras y se mostró inclinado a aprobarla.

—Así es, adelante. A este barrio le hace falta mejorar... y a la gente también.

—Bueno, yo no lo veo tan mal —replicó Anne con viveza. Para ella o para sus íntimos, era normal admitir que Avonlea y sus habitantes tuvieran fallas mínimas, fáciles de remediar. Pero que un forastero práctico, como el señor Harrison, lo dijera, era harina de otro costal—. Creo que Avonlea es un lugar encantador y su gente también.

—Me da la impresión de que tiene usted su puntito de genio —comentó el señor Harrison, mirando las mejillas encendidas y los ojos indignados—. Debe de ir con ese pelo que tiene. Avonlea es un sitio decente, si no, no me

habría mudado aquí; pero, me imagino que hasta usted admitirá que tiene defectos.

—Me gusta más por esos defectos —dijo Anne, leal—. No me gustan los lugares, ni la gente, completamente perfectos; una persona perfectamente impecable sería aburridísima. La señora Milton White dice que jamás conoció a alguien perfecto, pero ha oído mucho sobre la primera esposa de su esposo. ¿No cree que debe de ser muy incómodo estar casada con un hombre cuya primera esposa fue perfecta?

—Debe de ser más incómodo ser la esposa perfecta —proclamó el señor Harrison, con una vehemencia repentina e inexplicable.

Cuando terminaron de tomar el té, Anne insistió en lavar los platos, aunque el señor Harrison aseguró que había suficientes limpios en la casa para semanas enteras. Anne habría querido barrer también, pero no vio ninguna escoba y no quiso preguntar por temor a que no hubiera ni una.

—Quizá pueda pasarse por aquí a conversar de vez en cuando —sugirió el señor Harrison mientras ella se disponía a irse—. No está lejos, y los vecinos han de ser vecinos. A mí me interesa un poco esa sociedad de ustedes. Parece que se van a divertir. ¿A quién piensan «mejorar» primero?

—No nos vamos a meter con la gente. Solo pretendemos mejorar lugares —replicó Anne con tono digno. Sospechaba que el señor Harrison se burlaba un poco del proyecto.

Cuando Anne se hubo marchado, él la contempló desde la ventana: una figura esbelta que caminaba, alegre y ligera, a través de los campos iluminados por los últimos destellos del atardecer.

—Soy un cascarrabias, solitario y gruñón —murmuró—, pero hay algo en esa chiquilla que me hace sentir joven otra vez... y es una sensación tan agradable que me gustaría repetirla de vez en cuando.

—¡Pelirroja mocosa! —croó Ginger con sarcasmo.

El señor Harrison le alzó el puño.

—Loro miserable... ¡ojalá te hubiera retorcido el pescuezo cuando mi hermano te trajo! —masculló—. ¿Cuándo vas a parar de meterme en líos?

Anne corrió contenta de vuelta a casa y le contó sus peripecias a Marilla, que se había inquietado bastante por su tardanza y estaba a punto de salir a buscarla.

—Al final, este mundo es un lugar precioso, ¿verdad, Marilla? —concluyó Anne con gozo—. La señora Lynde se quejaba el otro día de que no valía gran cosa, decía que si uno esperaba algo agradable, seguro se llevaba un chasco. Quizá tenga algo de razón, pero también hay otro lado. Las cosas malas rara vez resultan tan terribles como uno cree. Yo me figuraba un momento espantoso al llegar a casa del señor Harrison, y, en cambio, se mostró muy amable; me la pasé casi bien. Sospecho que seremos buenos amigos, si sabemos hacernos concesiones mutuas, y todo ha salido a pedir de boca. Pero, eso sí, Marilla, no volveré a vender ninguna vaca sin asegurarme primero de a quién pertenece. ¡Y definitivamente no me gustan los loros!

IV - OPINIONES DIFERENTES

Una tarde, al atardecer, Jane Andrews, Gilbert Blythe y Anne Shirley se demoraban junto a una valla a la sombra de las ramas de abeto que se mecían con suavidad, donde un pequeño atajo, llamado Sendero del Abedul, se unía al camino principal. Jane había pasado la tarde con Anne, quien la acompañó parte del trayecto; al llegar a la valla, se cruzaron con Gilbert, y los tres charlaban ahora sobre el día fatídico que llegaría al siguiente: primero de septiembre, cuando abrirían las escuelas. Jane iría a Newbridge y Gilbert a White Sands.

—Ustedes llevan ventaja —suspiró Anne—. Enseñarán a niños que no los conocen, pero yo tengo que enseñar a mis antiguos compañeros, y la señora Lynde dice que teme que no me respeten tanto como a una extraña... a menos que empiece bien estricta desde el inicio. Pero no creo que un maestro deba ser severo. ¡Me parece tanta responsabilidad!

—Estoy segura de que nos las apañaremos bien —comentó Jane, con su talante tranquilo. Jane no albergaba aspiraciones de ser una gran influencia moral; pretendía ganarse su salario cumpliendo debidamente, contentar a los directores y figurar en la lista de honor del Inspector. No ansiaba más. —Lo esencial será mantener el orden, y para eso el maestro debe ser algo estricto. Si mis alumnos no obedecen, los castigaré.

—¿Cómo? —preguntó Anne.

—Les daré una buena azotaina, por supuesto.

—¡Oh, Jane, no lo harías! —exclamó Anne, horrorizada—. Jane, ¿no podrías!

—Claro que podría y lo haría, si se lo merecen —sentenció Jane con convicción.

—Yo jamás azotaría a un niño —declaró Anne con la misma firmeza—. No creo en eso. La señorita Stacy jamás nos pegó, y consiguió un orden perfecto; y el señor Phillips, que siempre estaba azotando, nunca tuvo disciplina. No, si no logro mantener el orden sin pegar, renuncio a enseñar. Hay otras formas de dirigir una clase. Trataré de ganarme el cariño de mis alumnos y luego querrán hacer lo que les pida.

—¿Y si no quieren? —inquirió la pragmática Jane.

—Igual no los azotaría. Estoy convencida de que no serviría. Jane querida, no les pegues, pase lo que pase.

—¿Y tú qué opinas, Gilbert? —pidió Jane—. ¿No crees que hay algunos niños que de verdad necesitan una paliza de vez en cuando?

—¿No crees que es cruel y bárbaro azotar a un niño... cualquier niño? —soltó Anne, con el rostro encendido de vehemencia.

—Bueno —contestó Gilbert, indeciso entre su convicción real y su deseo de ajustarse al ideal de Anne—, hay motivos válidos en ambas posturas. No soy muy partidario de los azotes; opino, como tú, Anne, que hay mejores métodos de control y que el castigo corporal ha de ser el último recurso. Pero, por otro lado, coincido con Jane en que a veces hay algún chiquillo que no responde de otra manera y, en fin, tal vez necesite un correctivo y le vendría bien. Usaré el castigo corporal como último recurso, esa será mi norma.

Al pretender contentar a ambas partes, Gilbert logró, como suele ocurrir, no satisfacer a ninguna. Jane alzó la barbilla.

—Yo azotaré a mis alumnos cuando se porten mal. Es la forma más rápida y sencilla de hacerlos entrar en vereda.

Anne miró a Gilbert, decepcionada.

—Jamás azotaré a un niño —repitió con firmeza—. Estoy segura de que no es ni correcto ni necesario.

—¿Qué harías si uno te respondiera de mala manera cuando le ordenaras algo? —preguntó Jane.

—Lo retendría después de clase y le hablaría con amabilidad y firmeza —contestó Anne—. En todas las personas hay algo bueno, si sabes encontrarlo. Es deber del maestro hallarlo y cultivarlo. Eso nos lo dijo el profesor de Organización Escolar en Queen's, ¿recuerdan? ¿De verdad vas a hallar esa bondad a palos? Es más importante influir bien en los niños que enseñarles las tres «R», o al menos eso enseña el profesor Rennie.

—Pero el Inspector examina en las tres «R» —insistió Jane—, y no te dará un buen reporte si tus alumnos no alcanzan el nivel.

—Prefiero mil veces que mis alumnos me quieran y, con los años, recuerden que fui de verdadera ayuda antes que aparecer en ninguna lista de honor —afirmó Anne con determinación.

—¿Entonces no los castigarías nunca, aunque hicieran travesuras? —quiso saber Gilbert.

—Bueno, sí, supongo que a veces no habrá más remedio, aunque odiaré hacerlo. Pero podemos dejarlos sin recreo, o ponerlos de pie en clase, o mandarles escribir alguna línea.

—Imagino que no los obligarás a sentarse con el sexo opuesto a modo de castigo —dijo Jane con picardía.

Gilbert y Anne se miraron y sonrieron, un tanto avergonzados. Hubo un tiempo en que Anne fue obligada a sentarse con Gilbert como castigo, y las consecuencias fueron tristes y dolorosas.

—Bueno, el tiempo dirá qué método es mejor —finalizó Jane con filosofía, mientras se separaban.

Anne regresó a Green Gables por el Sendero del Abedul, silencioso, crujiendo, con perfume de helechos, atravesando el Valle de las Violetas y pasando junto a Willowmere, donde la penumbra y la claridad se besaban bajo los abetos, para después descender por la Avenida de los Enamorados... lugares que ella y Diana habían nombrado tiempo atrás. Avanzaba despacio, gozando del frescor del bosque y el campo, así como del crepúsculo veraniego estrellado, reflexionando con seriedad acerca de los nuevos deberes que la aguardaban al día siguiente. Al llegar a Green Gables, oyó la voz po-

derosa y resuelta de la señora Lynde flotar por la ventana abierta de la cocina.

—La señora Lynde ha venido para darme buenos consejos sobre mañana —pensó Anne, con un gesto de disgusto—, pero no me apetece entrar. Sus consejos son como la pimienta: en pequeñas dosis resultan buenos, pero queman mucho si uno se pasa. Iré a charlar un rato con el señor Harrison.

No era la primera vez que Anne se escapaba a conversar con el señor Harrison desde aquel memorable incidente con la vaca Jersey. Había estado allí varias tardes y se llevaban francamente bien, si bien Anne hallaba molesta, de tanto en tanto, aquella franqueza de la que él presumía. Ginger seguía recibéndola con recelo y nunca dejaba de saludarla con un burlón «pelirroja mocosa». El señor Harrison había tratado en vano de reeducar al ave. Cada vez que veía a Anne, saltaba como un resorte y exclamaba: «¡Válgame Dios, otra vez esa chica tan guapa!» o alguna otra lisonja parecida, pero Ginger veía a través de la farsa y la desdeñaba. Anne ignoraba los muchos elogios que el señor Harrison le dedicaba a sus espaldas, pues jamás le decía ninguno de frente.

—Imagino que has pasado la tarde en el bosque recolectando varas para mañana —fue su saludo en cuanto Anne subió los escalones de la veranda.

—Claro que no —replicó Anne con indignación. Era blanco fácil para las burlas, pues siempre se tomaba todo muy en serio—. Nunca usaré una vara en mi clase, señor Harrison. Desde luego, tendré un puntero, pero solo para señalar.

—¿Así que planeas azotarlos con correa? Bueno, no sé, quizá llesves razón. La varita pica más en el momento, pero el cinturón duele un rato más largo, y es un hecho.

—No usaré nada de eso. No pienso pegarles a mis alumnos.

—¡Válgame Dios! —exclamó él, genuinamente sorprendido—. ¿Cómo piensas mantener el orden, entonces?

—Gobernaré con afecto, señor Harrison.

—No te servirá, Anne, para nada. «Quien perdona la vara echa a perder al niño». En mis tiempos el maestro me pegaba a diario, decía que si ese día no estaba haciendo travesuras, las tenía en mente.

—Los métodos han cambiado desde que usted iba a la escuela, señor Harrison.

—Pero la naturaleza humana no cambia. Acuérdate de mis palabras: no podrás con esos rapaces si no mantienes un palo a remojo para ellos. Es imposible.

—Probaré primero mi método —replicó Anne, de voluntad firme, terca defensora de sus teorías.

—Bastante terca me pareces —sentenció él—. Bueno, ya veremos. Un día te enfadarás... y con ese pelo, se me hace que te enojas fácil... y se te olvidarán tus ideales, y les darás un buen castigo. Además, eres muy joven para enseñar, a decir verdad... demasiado joven e infantil.

En conclusión, Anne se fue a la cama aquella noche con un aire más bien pesimista. Durmió mal y se levantó tan ojerosa y lúgubre al desayuno, que Marilla se alarmó y la obligó a tomar un té de jengibre abrasador. Anne lo bebió con resignación, incapaz de imaginar qué bien podría hacerle. Si hubiese sido un bebedizo mágico capaz de otorgarle madurez y experiencia, ella se lo habría tragado a galones sin chistar.

—Marilla, ¿y si fracaso?

—Dudo que fracases del todo el primer día, y luego habrá muchos días más —contestó Marilla—. Tu problema, Anne, es que pretendes enseñarles de todo a esos críos y corregir todos sus defectos de inmediato, y si ves que no puedes, sentirás que has fracasado.

V - UNA MAESTRA HECHA Y DERECHA

Cuando Anne llegó a la escuela aquella mañana —por primera vez en su vida avanzó por el Sendero del Abedul sin ver ni oír su hermosura—, todo estaba tranquilo e inmóvil. La maestra anterior había acostumbrado a los niños a estar en sus sitios a su llegada, y al entrar en el aula Anne se topó con hileras pulcras de «caritas matinales radiantes» y miradas curiosas. Colgó el sombrero y los encaró, esperando no parecer tan asustada e inepta como se sentía, y rogando que no notaran cuánto le temblaban las rodillas.

Se había quedado despierta casi hasta medianoche componiendo un discurso que pretendía pronunciar ante sus alumnos al inaugurar el curso. Lo revisó e incorporó buenas ideas, sobre todo en lo relativo a la ayuda mutua y el afán de aprendizaje. El único problema era que, en ese instante, no recordaba ni una palabra.

Tras lo que le pareció a ella un siglo —unos diez segundos en realidad—, dijo con voz apagada: «Tomen sus Nuevos Testamentos, por favor», y se dejó caer en su silla, amparada por el ruido de carpetas y pupitres. Mientras los niños leían sus versos, Anne procuraba poner orden en sus pensamientos temblorosos y contemplaba la procesión de pequeños peregrinos hacia la Tierra de los Adultos.

La mayoría eran, por supuesto, bien conocidos. Sus antiguos compañeros habían salido de la escuela el año anterior, pero los demás habían cursado con ella, salvo la clase de párvulos y diez recién llegados a Avonlea. Anne se sentía más intrigada por esos diez que por quienes ya estaban mapeados

en su mente. Tal vez, desde luego, fuesen igual de corrientes; pero, quién sabe, podía haber un genio. ¡Una idea emocionante!

En un pupitre de la esquina, sentado solo, estaba Anthony Pye. Tenía el rostro moreno y huraño, y dirigía a Anne una mirada llena de hostilidad en sus ojos negros. Anne decidió en el acto ganarse su afecto y dejar en ridículo a los Pye.

En la otra esquina veía a otro chico desconocido, junto a Arty Sloane: un chiquillo de aspecto alegre, nariz chata, cara pecosa y grandes ojos celestes, rodeados de pestañas blancuzcas; posiblemente fuera el niño Donnell. Y, si la semejanza servía de algo, su hermana se sentaba enfrente con Mary Bell. Anne se preguntó qué clase de madre tendría esa niña para mandarla a la escuela vestida así: un vestido de seda rosa descolorido, adornado con demasiado encaje de algodón, zapatillas blancas muy sucias y medias de seda. Su cabello pajizo estaba retorcido en incontables bucles artificiales, coronado con un lazo rosa más grande que su cabeza. A juzgar por su expresión, estaba muy satisfecha de sí misma.

Una criatura pálida, con un sedoso y claro cabello color gamuza deslizándose sobre sus hombros, debía de ser, pensó Anne, Annetta Bell, cuyos padres habían vivido en el distrito escolar de Newbridge pero se mudaron literalmente unos metros para quedar bajo la jurisdicción de Avonlea. Tres niñas flacas, acurrucadas en un solo pupitre, eran sin duda las Cottons. Y no cabía duda de que la pequeña belleza con largos rizos castaños y ojos avellana, que lanzaba miradas coquetas a Jack Gills por encima de su Nuevo Testamento, era Prillie Rogerson. Su padre se acababa de casar en segundas nupcias y había traído a Prillie de casa de su abuela en Grafton. Una muchacha alta y desgarbada, en la última fila, que parecía tener manos y pies de más, Anne no lograba ubicarla, pero descubriría más tarde que se llamaba Barbara Shaw y que había ido a vivir con una tía en Avonlea. Además, comprobaría que si Barbara llegaba a recorrer el pasillo sin tropezar con sus propios pies o los de los demás, los compañeros lo dejarían registrado con asombro en la pared del pórtico.

Pero cuando los ojos de Anne se cruzaron con los de un niño sentado en el pupitre delantero, frente al de la maestra, sintió un raro estremecimiento, como si hubiera hallado a su genio. Supo que se trataba de Paul Irving y que la señora Lynde había acertado por una vez al vaticinar que no se pare-

cería a los niños de Avonlea. Más allá de eso, Anne comprendió que no se asemejaba a ningún niño de ninguna parte, y que una alma sutilmente afín a la suya asomaba a través de aquellas pupilas azul oscuro que la escrutaban con tanta intensidad.

Paul tenía diez años, pero aparentaba ocho. Exhibía el rostro infantil más bello que Anne hubiese visto: rasgos de exquisita finura, enmarcados por una aureola de rizos castaños. Su boca era una delicia, carnosa sin exagerar, y con labios carmesí que se curvaban en comisuras delicadas, casi unos hoyuelos. Mostraba un aire serio, grave y meditativo, como si su espíritu fuera más viejo que su cuerpo; pero, cuando Anne le sonrió con dulzura, esa expresión se desvaneció de inmediato ante una sonrisa de respuesta, que parecía iluminarlo de pies a cabeza, como si de pronto se encendiera en su interior una lámpara, irradiándolo por completo. Lo mejor era que ese gesto carecía de intención, pues no nacía de ningún esfuerzo externo ni razón concreta, sino de la espontánea manifestación de una personalidad interior, rara, dulce y fina. Con un simple intercambio de sonrisas, Anne y Paul sellaron para siempre su amistad, sin pronunciar palabra.

El día transcurrió como un sueño para Anne. Más tarde no sabría recordarlo con claridad. Era como si no fuese ella quien enseñara, sino otra persona. Pasó lista de clases, corrigió sumas y dictó ejercicios de caligrafía de manera automática. Los niños se portaron bastante bien; solo hubo dos momentos disciplinarios. Morley Andrews fue sorprendido guiando en el pasillo un par de grillos amaestrados, y Anne lo mantuvo de pie en la tarima durante una hora y, lo que resultó peor para él, le confiscó los grillos. Los guardó en una cajita y, de camino a casa, los liberó en el Valle de las Violetas. Pero Morley siempre creyó que se los quedó para divertirse.

El otro infractor fue Anthony Pye, quien vertió las gotas finales de su tintero de pizarra sobre la nuca de Aurelia Clay. Anne lo retuvo en el recreo y le habló acerca de la conducta caballerosa que ella esperaba de sus alumnos, dándole a entender que un caballero nunca echa agua por el cuello de una dama. Ella deseaba que todos sus muchachos fueran caballeros, dijo. Su pequeña charla resultó amable y conmovedora, pero Anthony siguió impertérrito, escuchándola en silencio con expresión huraña y salió silbando con desprecio. Anne suspiró; después se consoló pensando que, al igual que Roma, no se forjaba el afecto de un Pye en un día. Y hasta dudaba de que algunos Pye tuvieran afecto que ganarse; sin embargo, abrigaba mejores au-

gurios sobre Anthony, que parecía, tras esa capa de hosquedad, un chico interesante.

Al terminar la jornada y marcharse los niños, Anne se dejó caer en su silla, abrumada. Le dolía la cabeza y se sentía hondamente desanimada. Nada grave había sucedido, pero estaba exhausta y temía no llegar a aficionarse a la docencia. ¡Y qué horror si tuviera que dedicarse toda la vida —pongamos cuarenta años— a algo que no le gustaba! Anne se debatía entre echarse a llorar en ese momento o esperar a llegar a su blanco cuarto de dormir. No llegó a decidirlo, porque se oyeron tacones y el siseo de una falda de seda en el porche, y Anne se vio frente a una dama que, a su juicio, recordaba la descripción que hiciera el señor Harrison de una mujer sobrevestida, vista en una tienda de Charlottetown, pareciendo una «colisión frontal entre una estampa de moda y una pesadilla».

La recién llegada lucía un vestido de seda azul claro, con mil frunces, pliegues y encajes donde fuera posible, y un sombrero enorme de gasa blanca, con tres plumas de avestruz algo ralas. Un velo de gasa rosa, profusamente salpicado de grandes lunares negros, colgaba a modo de volante desde el ala, cubriéndole los hombros y flotando en dos cintas aéreas. Llevaba todas las joyas que se podían concentrar en un solo y diminuto cuerpo, y un persistente aroma a perfume la acompañaba.

—Soy la señora Donnell... la señora H. B. Donnell —declaró aquel portento—. He venido a hablarle de algo que me comentó mi hija, Clarice Almira, al volver a casa a mediodía. Me disgustó tremendamente.

—Lo siento —balbuceó Anne, intentando recordar algún suceso de la mañana relacionado con los niños Donnell.

—Clarice Almira me dijo que usted pronunció nuestro apellido como Donnel. Verá, señorita Shirley, la pronunciación correcta es Donnell... con el acento en la última sílaba. Confío en que lo recuerde a partir de ahora.

—Haré lo posible —consiguió responder Anne, mordiéndose la lengua para no soltar una carcajada—. Sé por experiencia lo incómodo que es que escriban mal tu nombre, y supongo que debe de ser aún peor que lo pronuncien mal.

—Así es. Y Clarice Almira también me contó que a mi hijo lo llamó Jacob.

—Él me dijo que se llamaba Jacob —se excusó Anne.

—Ya me lo figuraba —dijo la señora H. B. Donnell, con un tono que implicaba que la gratitud en los hijos era algo desaparecido en esta era—. Ese chico tiene gustos muy plebeyos, señorita Shirley. Cuando nació, yo quería llamarlo St. Clair... suena tan aristocrático, ¿no cree? Pero su padre insistió en Jacob, por su tío. Cedí, porque el tío Jacob era un solterón rico. ¿Y adivine qué pasó, señorita Shirley? Cuando el niño tenía cinco años, el tío Jacob se casó y ahora tiene tres hijos. ¿Ha visto semejante ingratitud? Encima tuvo la insolencia de mandarnos la invitación de boda... ¡increíble, señorita Shirley! En cuanto llegó, dije: «No quiero más Jacobs, gracias». Desde aquel día llamo a mi hijo St. Clair, y St. Clair se quedará. Su padre se empeña en seguir diciéndole Jacob, y el niño siente una inclinación incomprensible por ese nombre vulgar. Pero St. Clair es y será St. Clair. Sea tan amable de recordarlo, señorita Shirley, ¿vale? Gracias. Le dije a Clarice Almira que seguro se trataba de un malentendido y que bastaría una palabra para arreglarlo. Donnell, acento final... y St. Clair... nada de Jacob. ¿Recordará? Gracias.

La señora H. B. Donnell se esfumó, y Anne cerró la escuela y volvió a casa. Abajo, en la colina, topó con Paul Irving, que la aguardaba junto al Sendero del Abedul. Sostenía un ramillete de orquídeas silvestres, llamadas «lirios de arroz» por los niños de Avonlea.

—Señorita, encontré estas flores en el campo del señor Wright —dijo tímido—, y volví para dárselas porque pensé que era usted la clase de dama a la que le gustarían, y también porque... —alzó sus grandes ojos— ... porque me cae bien, maestra.

—¡Eres un encanto! —exclamó Anne, aceptando las fragantes flores. Como si las palabras del chico fueran un conjuro mágico, toda la desazón se esfumó y la esperanza surgió de nuevo en su corazón como una fuente chispeante. Recorrió el Sendero del Abedul, acompañada por la dulzura de sus orquídeas como por una bendición.

—¿Qué tal te fue? —quiso saber Marilla al recibirla.

—Pregúntamelo dentro de un mes y tal vez pueda decírtelo. Ahora mismo no puedo... ni yo misma lo sé... estoy demasiado abrumada. Mis ideas parecen tan revueltas que las siento turbias y densas. Lo único que tengo

claro es que le enseñé a Cliffie Wright que la A es A. Él no lo sabía hasta hoy. ¿No es algo haber puesto un alma en el camino que tal vez desemboque en Shakespeare o en El Paraíso Perdido?

Al rato llegó la señora Lynde con más ánimos. Había interceptado a los niños junto a la puerta de su casa y les preguntó qué tal la maestra nueva.

—Y todos dijeron que eras espléndida, Anne, menos Anthony Pye. Reconozco que él no. Dijo que «no vales nada, igual que todas las maestras mujer». Así son los Pye. Pero no te preocupes.

—No me voy a preocupar —respondió Anne con calma—. Y haré que Anthony Pye me quiera. Con paciencia y cariño lo conseguiré.

—Bueno, no se puede saber lo que va a pasar con un Pye —respondió la señora Rachel con cautela—. A menudo son tan impredecibles como los sueños. Y sobre esa señora Donnell, no pienso poner acentos raros. Para mí siempre será la familia Donnell. Esa mujer está como una cabra. Tiene un perrito al que llama Queenie y le da sus comidas en la mesa con plato de porcelana. Si fuera ella, temblaría ante la posibilidad de un castigo divino. Thomas dice que el tal Donnell es un hombre sensato y trabajador, pero no tuvo mucha cabeza al escoger esposa. Eso digo yo.

VI - DE TODA CLASE Y CONDICIÓN DE HOMBRES... Y MUJERES

Un día de septiembre en las colinas de la Isla del Príncipe Eduardo: un viento fresco que viene brincando sobre las dunas de arena desde el mar; un largo camino rojo que serpentea entre campos y bosques, enlazándose primero con un rincón de tupidos abetos, luego internándose en una arboleda de jóvenes arces bajo los cuales se extienden grandes pliegos de helechos, hundiéndose aquí en un valle donde un arroyo centellea al salir del bosque y regresa a él, para luego tenderse, disfrutando del pleno sol, entre cintas de varas de oro y ásteres azul humo; el aire vibrando con la música de miríadas de grillos, esos alegres pequeños pensionistas de las colinas estivales; un pony fornido y castaño avanzando a buen paso por el camino; dos muchachas sobre él, rebosantes de la simple y valiosa alegría de la juventud y la vida.

—Dime, Diana... esto se parece a un día que sobró del Edén, ¿no te parece? —comentó Anne, suspirando por la pura felicidad—. El aire trae algo de magia. Observa el tono violáceo en esa hondonada llena de cosecha. Y, oh, huele el aroma de los abetos muertos. Se remonta desde ese soleado recoveco donde el señor Eben Wright ha estado cortando estacas. Si en un día como este es una dicha existir, oler abeto muerto es prácticamente el paraíso. ¡Dos tercios de ese pensamiento son de Wordsworth y un tercio de Anne Shirley! No imagino abetos muriendo en el cielo, ¿verdad? Y, sin embargo, me parece que el cielo no sería del todo perfecto si no se pudiera percibir un soplo de abeto seco al pasear por sus bosques. Tal vez allí disfrutemos del

aroma, pero sin la muerte. Sí, esa debe de ser la forma. Ese perfume tan exquisito debe de ser el alma de los abetos... y, claro, en el cielo todo son almas.

—Los árboles no tienen alma —replicó la práctica Diana—, pero ese olor de abeto seco es fantástico. Voy a coser un almohadón y rellenarlo con agujas de abeto. Deberías hacer lo mismo, Anne.

—Sí, creo que lo haré... y lo usaré en mis siestas. Seguro que soñaré que soy una dríade o una ninfa del bosque. Pero, en este preciso instante, me contenta ser Anne Shirley, la maestra de Avonlea, recorriendo un camino así en un día tan dulce y amigable.

—Hoy hace un tiempo precioso, pero la tarea que nos espera es de todo menos bonita —dijo Diana con un suspiro—. ¿Por qué, por todos los santos, se te ocurrió ofrecerte para recorrer precisamente este camino, Anne? Casi todos los excéntricos de Avonlea viven por aquí, y es probable que nos traten como si estuviéramos pidiendo limosna para nosotras mismas. Este es, sin duda, el peor trayecto de todos.

—Justo por eso lo elegí. Por supuesto, Gilbert y Fred habrían tomado esta ruta si se lo hubiéramos pedido. Pero verás, Diana, me siento responsable de la A.V.I.S. porque fui la primera en sugerirla, y me parece lógico hacer las tareas más ingratas. Lamento meterte en esto, pero no hace falta que digas ni una palabra en las casas donde sean gruñones. Yo hablaré... ya sabes, la señora Lynde asegura que habilidad para hablar no me falta. La señora Lynde aún no decide si aprobar nuestra iniciativa o no. Se inclina a favor cuando recuerda que el reverendo y la señora Allan la apoyan, pero el hecho de que las sociedades de mejora se originaran primero en Estados Unidos juega en su contra. Así que está entre dos aguas, y solo el éxito nos salvará a sus ojos. Priscilla va a escribir un artículo para nuestra próxima reunión y creo que saldrá bien, ya que su tía es tan buena escritora, y sin duda le vendrá de familia. Jamás olvidaré la emoción que sentí al saber que la señora Charlotte E. Morgan era la tía de Priscilla. Me pareció increíble ser amiga de la sobrina de la autora de *Días en Edgewood* y *El jardín de los capullos de rosa*.

—¿Dónde vive la señora Morgan?

—En Toronto. Priscilla dice que piensa venir a la Isla de visita el verano que viene, y si se puede, Priscilla organizará un encuentro para que la conozcamos. Es casi demasiado bueno para creerlo... pero al menos es algo agradable para fantasear al meterse en la cama.

La Sociedad de Mejoras de la Aldea de Avonlea era ya un hecho. Gilbert Blythe ejercía de presidente, Fred Wright de vicepresidente, Anne Shirley de secretaria y Diana Barry de tesorera. A los «Mejoradores», como se les apodó al instante, se les ocurría reunirse quincenalmente en las casas de los miembros. Admitieron que, dada la época avanzada del año, no podrían realizar muchas mejoras, pero sí planear la campaña del verano siguiente, recopilar y debatir ideas, redactar y leer artículos, y, como Anne dijo, «educar en general la opinión pública».

Surgió algo de desaprobación, claro, y (lo que a los Mejoradores les dolió más) bastantes burlas. Contaban que el señor Elisha Wright había dicho que un nombre más apropiado para el grupo sería «Club de Cortejo». La señora Hiram Sloane aseguraba haber oído que los Mejoradores pretendían arar todos los bordes de caminos y plantar geranios. El señor Levi Boulter advertía a sus vecinos que los Mejoradores obligarían a todos a derribar sus casas y reconstruirlas conforme a los planos aprobados por la sociedad. El señor James Spencer les mandó recado de que, si querían, ojalá le rebajaran el cerro de la iglesia a golpe de pala. Eben Wright comentó a Anne que ojalá los Mejoradores convencieran al viejo Josiah Sloane de recortar sus barbas con regularidad. El señor Lawrence Bell dijo que pintaría sus graneros si nada más los complacía, pero de ninguna manera pondría cortinas de encaje en las ventanas del establo de vacas. El señor Major Spencer preguntó a Clifton Sloane (un Mejorador encargado de llevar la leche a la quesería de Carmody) si era cierto que al verano siguiente todos tendrían que pintar a mano sus puestos de leche y poner un tapete bordado encima.

Pese a todo —o quizá, dada la naturaleza humana, *gracias* a todo— la Sociedad emprendió con entusiasmo la única mejora que podía abordar ese otoño. En la segunda reunión, en la sala de los Barry, Oliver Sloane propuso que se abriera una suscripción para renovar el tejado y pintar el salón; Julia Bell lo secundó, con cierta inquietud por dar un paso no muy acorde con su idea de la feminidad. Gilbert sometió la moción a votación, se aprobó por unanimidad y Anne dejó constancia solemne en el acta. Lo siguiente fue designar un comité. Gertie Pye, resuelta a no dejarle toda la gloria a Julia Bell,

propuso con audacia que la señorita Jane Andrews presidiera dicho comité. También se aprobó esa moción, y Jane, en reciprocidad, nombró a Gertie para el mismo comité, junto con Gilbert, Anne, Diana y Fred Wright. El comité se reunió aparte para repartirse las zonas. Anne y Diana se encargarían del camino de Newbridge, Gilbert y Fred del de White Sands, y Jane y Gertie del de Carmody.

—Porque —explicó Gilbert a Anne, mientras volvían a casa por el Bosque Encantado— todos los Pye viven en ese camino y no aflojarán un centavo a menos que sea uno de ellos quien se lo pida.

El sábado siguiente, Anne y Diana se pusieron en marcha. Primero fueron hasta el final del camino y empezaron a recopilar donaciones de vuelta, llamando primero en casa de las «chicas Andrew».

—Si está sola Catherine, puede que obtengamos algo —comentó Diana—, pero si Eliza anda por ahí, ni un céntimo.

Estaba Eliza... muy presente... y parecía más huraña que de costumbre. La señorita Eliza era de esas personas que transmiten la idea de que la vida es un valle de lágrimas y de que hasta una sonrisa, no digamos una carcajada, es un despilfarro reprobable de energías. Las hermanas Andrew llevaban siendo «chicas» cincuenta años y parecía probable que lo siguieran siendo hasta el fin de su peregrinaje. Se rumoreaba que Catherine no perdía del todo la esperanza, mientras que Eliza, pesimista de nacimiento, jamás la había tenido. Vivían en una casita color café en un rincón soleado, despejado dentro del hayedo de Mark Andrew. Eliza se quejaba de que en verano hacía un calor horrible, pero Catherine sostenía que en invierno era «la mar de cálida y agradable».

Eliza cosía una colcha de retazos no porque la necesitara, sino como forma de protestar contra el mundano encaje que crocheteaba Catherine. Al explicar Anne y Diana su objetivo, Eliza frunció el ceño y Catherine sonrió; aunque, eso sí, en cuanto Eliza la miraba, Catherine apartaba la sonrisa con culpabilidad, para reaparecer al momento siguiente.

—Si tuviera dinero para malgastar —dijo Eliza con sequedad—, lo quemaría para disfrutar aunque fuera del fuego. Pero no se lo daría a ese salón, ni un centavo. No aporta nada a la comunidad... es solo un sitio donde los jóvenes se reúnen y retozan cuando deberían estar en la cama.

—Pero Eliza, los jóvenes deben divertirse un poco —insistió Catherine.

—No veo la necesidad. Cuando nosotras éramos jovencitas, Catherine Andrews, no andábamos de jarana en salones ni nada por el estilo. Este mundo cada día va a peor.

—Yo creo que va a mejor —repuso Catherine con firmeza.

—¿Que *tú crees*? —El tono de Eliza expresaba el mayor desdén—. Lo que creas no importa, Catherine Andrews. Los hechos son los hechos.

—Bueno, a mí me gusta ver el lado bueno, Eliza.

—No existe el lado bueno.

—¡Ay, sí que existe! —saltó Anne, incapaz de callar semejante herejía—. ¡Hay muchos lados buenos, señorita Andrews! El mundo es un lugar precioso.

—No opinarás así después de vivir tanto en él como yo —replicó la señorita Eliza con amargura—. Y tampoco te entusiasmará eso de mejorarlo. ¿Cómo está tu madre, Diana? Se le ve muy desmejorada. Y, Anne, ¿cuánto falta para que Marilla se quede ciega?

—El médico cree que, con los cuidados adecuados, sus ojos no empeorarán —contestó Anne con un hilo de voz.

Eliza negó con la cabeza.

—Los médicos siempre hablan así para animar a la gente. Yo que ella, no me haría ilusiones. Es mejor estar preparada para lo peor.

—¿Y no habría que prepararse también para lo mejor? —inquirió Anne—. Es igual de probable que ocurra.

—No en mi experiencia, y cuento cincuenta y siete años contra tus dieciséis —contraatacó Eliza—. ¿Ya se van? Confío en que su sociedad impida que Avonlea se hunda más, aunque no lo creo.

Anne y Diana salieron de allí, agradeciendo el haber escapado, y se alejaron todo lo rápido que pudo trotar el rechoncho pony. Justo al rodear la curva junto al hayedo, vieron una figura regordeta cruzando el prado del señor Andrews y agitándoles la mano con viveza. Era Catherine Andrews, que,

sin aliento, apenas podía hablar, pero entregó a Anne un par de monedas de veinticinco centavos.

—Es mi contribución para pintar el salón —jadeó—. Me gustaría dar un dólar, pero no me atrevo a tomar más de mi dinero de huevos o Eliza se daría cuenta. Me interesa mucho su sociedad y creo que van a hacer cosas buenas. Soy optimista, me veo obligada a ello con Eliza al lado. Debo correr antes de que note mi ausencia... ella cree que estoy alimentando las gallinas. Ojalá tengan suerte pidiendo donaciones, y no se desanimen por lo que dijo Eliza. El mundo mejora... sin duda mejora.

La siguiente casa era la de Daniel Blair.

—Ahora depende de si su esposa está o no —explicó Diana mientras avanzaban por un camino lleno de baches—. Si ella no está, puede que consigamos algo. Pero si sí está, no veremos un céntimo. Todos dicen que Dan Blair no se atreve ni a cortarse el pelo sin su permiso, y que la mujer es muy, muy tacaña, por decirlo suavemente. Afirma que hay que ser justa antes que generosa, pero la señora Lynde asegura que está tan «antes» que la generosidad nunca la alcanza.

Anne relató a Marilla, esa misma noche, lo ocurrido en casa de los Blair:

—Atamos el caballo y tocamos la puerta de la cocina. Nadie respondió, pero estaba abierta y oíamos a alguien en la alacena, con un enojo tremendo, aunque sin entender las palabras. Diana cree que eran juramentos, por el tono. No me lo imagino en el señor Blair, tan callado y manso, pero, en fin, tenía buenas razones para estar colérico. Cuando al fin salió a la puerta, rojo como un pimentón y sudando, llevaba puesto uno de los grandes delantales de cuadros de su esposa. «No consigo quitarme este condenado trasto —dijo—, los cordones se ataron en un nudo y no lo puedo soltar; así que discúlpenme, señoritas.» Nosotras le pedimos que no se preocupara y pasamos adentro. El señor Blair se sentó también, retorciéndose el delantal a la espalda; se veía tan avergonzado y preocupado que me dio lástima, y Diana temió que llegáramos en mal momento. «Oh, para nada —dijo él, intentando sonreír, es muy cortés—, es que estoy un poco ocupado... preparando un pastel, ya ve. Mi esposa recibió hoy un telegrama avisando que su hermana de Montreal llega esta noche y se ha ido a la estación a buscarla, dejándome instrucciones para el pastel. Me apuntó la receta, pero he olvidado la mitad de los pasos. Y pone ‘sazonar al gusto’. ¿Qué significa eso? ¿Cómo saber?

¿Y si mi gusto no coincide con el de los demás? ¿Con una cucharada de vainilla bastará para un pastel pequeño?»

»Sentí más pena aún; no parecía estar en su elemento. Había oído hablar de maridos dominados por sus esposas y ahora parecía tener uno enfrente. Casi me dan ganas de decirle: “Señor Blair, si me da un donativo para el salón, le preparo el pastel.” Pero pensé que no era muy cristiano aprovechar la desgracia ajena y accedí a preparárselo sin condiciones. El hombre lo aceptó con entusiasmo. Confesó que estaba acostumbrado a hornear su propio pan antes de casarse, pero temía no poder con el pastel y no quería decepcionar a su esposa. Me trajo otro delantal y, mientras Diana batía los huevos, yo mezclé la masa. Él iba y venía consiguiendo los ingredientes, olvidado por completo de su delantal, que ondeaba tras él. Diana decía que casi se moría de risa. Luego dijo que él hornearía el pastel (ese manejo sí lo dominaba), y nos pidió la lista para la suscripción, apuntando cuatro dólares. Mira tú, obtuvimos recompensa. Pero aunque no hubiera dado ni un céntimo, me sentiría satisfecha de haber hecho una obra cristiana al ayudarlo.

La siguiente parada era donde Theodore White.

—Ni Diana ni yo habíamos ido antes, y apenas conocemos a la señora Theodore. ¿Llamaremos por delante o por detrás? —mientras sopesaban en voz baja, la señora Theodore apareció por la puerta principal con un brazo lleno de periódicos. Con deliberación, los fue colocando uno tras otro en el suelo del porche, luego en los escalones y a lo largo del sendero hasta los pies de las atónitas visitantes.

—Por favor, limpien bien sus pies en la hierba y luego caminen sobre estos periódicos —pidió con ansiedad—. Acabo de barrer la casa a conciencia y no quiero que entre más polvo. El camino ha estado lleno de barro tras la lluvia de ayer.

—Ni se te ocurra reírte —advirtió Anne en un susurro, mientras avanzaban por encima de los periódicos—. Y te ruego, Diana, no me mires, pase lo que pase, o no podré mantenerme seria.

Los papeles se extendían también por el vestíbulo, hasta un salón primoroso y sin la menor mota de polvo. Anne y Diana se sentaron con cautela en las sillas más cercanas y explicaron su cometido. La señora White las oyó con cortesía, interrumpiendo solo dos veces: una para expulsar a una mosca

atrevida y otra para recoger un minúsculo trozo de hierba caído del vestido de Anne. Esta se sintió muy culpable. Pero la señora White donó dos dólares y los pagó al instante... «para que no volviéramos a reclamar», comentó Diana al salir. Antes de que soltaran al caballo ya veían a la señora White recogiendo los periódicos y, cuando se marcharon del patio, ella barría de nuevo el vestíbulo.

— Siempre me han dicho que la señora Theodore White era la mujer más pulcra del mundo, y ahora lo creo — dijo Diana, riendo con ganas en cuanto se sintió a salvo.

— Me alegro de que no tenga hijos — observó Anne con gravedad—. Sería espantoso para ellos, más allá de lo imaginable.

En casa de los Spencer, la señora Isabella Spencer las llenó de incomodidad con sus comentarios malintencionados sobre cada vecino de Avonlea. El señor Thomas Boulter se negó a aportar dinero porque cuando construyeron el salón, veinte años atrás, no lo erigieron donde él había sugerido. La señora Esther Bell, tan saludable a la vista, se pasó media hora enumerando sus dolencias y, acongojada, donó cincuenta centavos convencida de que no llegaría viva al año siguiente. Sin embargo, la peor recepción la encontraron en la granja de Simon Fletcher. Al entrar en el patio divisaron dos caras espíandolas por la ventana del porche, mas nadie abrió la puerta aunque llamaran con insistencia. Dos chicas contritas y ofendidas abandonaron la propiedad. Hasta Anne admitió sentirse algo desmoralizada. Pero las cosas mejoraron a continuación. Varias familias Sloane vivían en la siguiente zona y fueron generosas, y de ahí en adelante todo salió bien, salvo algún desaire ocasional. La última parada fue en casa de Robert Dickson, cerca del puente del estanque, donde se quedaron a tomar té pese a estar ya cerca de casa, temiendo ofender a la señora Dickson, conocida por su susceptibilidad.

Mientras estaban allí llegó la vieja señora James White.

— Acabo de pasar por casa de Lorenzo — anunció—. ¡Está que no cabe en sí de gozo! ¿Saben por qué? ¡Acaba de nacerle un niño... después de siete niñas! Eso sí que es un acontecimiento, se lo aseguro.

Anne aguzó el oído y, al marcharse, le dijo a Diana:

— Voy a ir directamente a la casa de Lorenzo White.

—Pero está en la ruta de White Sands y queda lejos —objetó Diana—. Gilbert y Fred irán allí.

—Ellos no cubrirán esa zona hasta el próximo sábado, y ya será tarde. Para entonces el entusiasmo habrá bajado. Lorenzo White es muy tacaño, pero ahora mismo donará cualquier cosa. No podemos perder esta ocasión de oro, Diana.

Acertó de pleno. El señor White salió a recibirlas al patio con un semblante que brillaba como el sol en Pascua. Cuando Anne le pidió colaborar, él aceptó con entusiasmo.

—Sí, sí. Pongan un dólar más que la cantidad mayor que tengan.

—Serían cinco... el señor Daniel Blair dio cuatro —explicó Anne, un poco asustada. Pero Lorenzo no se inmutó.

—Cinco será... y aquí se los entrego al momento. Ahora quiero que entren a la casa; hay algo digno de verse... apenas unas personas lo han visto todavía. Vengan y den su opinión.

—¿Y si el bebé no es bonito? —susurró Diana, preocupada, cuando siguieron al excitado Lorenzo.

—Siempre hay algo lindo que decir de un bebé —respondió Anne con soltura.

Sin embargo, el bebé sí era hermoso, y al señor White le bastaron los halagos sinceros de las chicas hacia ese rollizo recién nacido para sentir que esos cinco dólares estaban bien invertidos. Pero esa sería la primera, la última y la única vez que Lorenzo White donara algo.

Anne, aunque cansada, se animó a hacer un favor más al bien público esa noche, adentrándose en los prados para visitar al señor Harrison, que, como de costumbre, fumaba su pipa en la veranda, junto a Ginger. Formalmente, correspondía a Jane y Gertie solicitarle fondos, pero como solo conocían al señor Harrison de oídas y con fama dudosa, le habían rogado nerviosas a Anne que lo hiciera.

El señor Harrison, no obstante, se negó rotundamente a dar un centavo, sin que ninguno de los encantos de Anne surtiera efecto.

—Pero creía que apoyaba la sociedad, señor Harrison —se lamentó Anne.

—Y la apoyo, sí... pero mi apoyo no llega hasta mi bolsillo, Anne.

—Unas cuantas experiencias más como las de hoy y acabaré tan pesimista como la señorita Eliza Andrews —confesó Anne a su reflejo en el espejo del dormitorio oriental, antes de acostarse.

VII - LA SEÑAL DEL DEBER

Anne se recostó en su silla una suave tarde de octubre y soltó un suspiro. Ante ella había una mesa cubierta de libros de texto y ejercicios, pero las hojas llenas de caracteres que la absorbían no guardaban relación aparente con los estudios ni con su labor escolar.

—¿Qué sucede? —preguntó Gilbert, que acababa de llegar hasta la puerta de la cocina abierta, a tiempo para oír el suspiro.

Anne enrojeció y deslizó sus papeles bajo unas composiciones de la escuela.

—Nada grave. Solo intentaba poner por escrito algunos de mis pensamientos, como aconsejó el profesor Hamilton, pero no logro que me satisfagan. En cuanto los plasmo en papel blanco con tinta negra, me parecen apagados y tontos. Las fantasías son como sombras... no pueden encerrarse; son juguetonas y caprichosas. Pero quizá algún día aprenda el secreto si sigo intentando. Lo malo es que no me sobran momentos libres, ¿sabes? Cuando termino de corregir los ejercicios y composiciones de la escuela, no siempre me quedan ganas de escribir los míos.

—Te va estupendamente en la escuela, Anne. A todos los chicos les caes bien —comentó Gilbert, tomando asiento en el escalón de piedra.

—No a todos. Anthony Pye no me soporta. Y lo que es peor, no me respeta, sino que me mira con desdén, y me temo que afecta a los demás. He buscado mil formas de ganármelo, pero dudo lograrlo. Quiero lograrlo, por-

que en el fondo es un chiquillo simpático —aunque sea un Pye— y podría apreciarlo si me diera la oportunidad.

—Tal vez se deba a lo que oye en casa.

—No del todo. Anthony es muy independiente y forma sus propios juicios. Siempre ha tenido maestros hombres y opina que las maestras no valen. Veremos qué pueden la paciencia y la amabilidad. Me agrada superar retos, y enseñar es un trabajo muy interesante. Paul Irving compensa todo lo demás: ese niño es un encanto y, además, un genio. Estoy segura de que algún día el mundo sabrá de él —concluyó Anne, convencida.

—A mí me gusta dar clases también —dijo Gilbert—. Es un excelente entrenamiento, para empezar. Fíjate, Anne: he aprendido más en estas semanas enseñando a los mocosos de White Sands que en todos mis años de escuela. Aparentemente todos lo hacemos bien. He oído que en Newbridge aprecian a Jane, y en White Sands parecen satisfechos conmigo... salvo Andrew Spencer. Ayer, al volver a casa, me encontré a la señora Peter Blewett y comentó que sentía como una obligación decírmelo: al señor Spencer no le gustan mis métodos.

—¿Te has dado cuenta de que cuando la gente dice que siente «el deber» de contarte algo, suele tratarse de algo desagradable? ¿Por qué nunca «sienten el deber» de compartir lo bueno que oyen? La señora H. B. Donnell pasó ayer por la escuela para «hacerme saber» que la señora Harmon Andrews no aprueba que lea cuentos de hadas a los niños y que el señor Rogerson opina que Prillie progresa muy despacio en aritmética. Tal vez si Prillie dejara de lanzar miraditas a los chicos por encima de la pizarra le iría mejor. Sospecho que Jack Gillis resuelve sus ejercicios, aunque nunca la he pillado in fraganti.

—¿Has logrado persuadir al vástago de la señora Donnell para que acepte su nombre santo?

—Sí —rió Anne—, pero ha sido complicado. Al principio, cuando le llamaba «St. Clair», ni se daba por aludido, hasta que algunos compañeros lo empujaban y, con aire de fastidio, alzaba la vista como preguntando «¿Por qué me llamas así?». Así que un día lo retuve tras clase y hablé con calma. Le expliqué que su madre me lo pidió y no podía ir contra sus deseos. Lo entendió... en el fondo es razonable... y aceptó que lo llamara St. Clair,

pero advirtió que «molería a palos» a cualquier chico que lo intentase. Por supuesto, tuve que regañarlo de nuevo por sus expresiones horribles. Desde entonces yo le digo St. Clair, los demás lo llaman Jake, y todo va bien. Me anunció que piensa ser carpintero, pero la señora Donnell pretende que lo convierta en catedrático universitario.

El citar la universidad llevó la conversación de Gilbert a otro rumbo. Hablaron de sus planes y deseos con seriedad y esperanza propias de la juventud, cuando el futuro es un camino inexplorado lleno de posibilidades maravillosas.

Gilbert había decidido ser médico.

—Es una profesión espléndida —afirmó con pasión—. Toda la vida hay que combatir algo... ¿no definió alguien al hombre como «animal luchador»? Y yo quiero luchar contra la enfermedad, el dolor y la ignorancia... que vienen a ser como primos hermanos. Quiero aportar mi parte de trabajo honesto en el mundo, Anne... añadir algo al acervo de conocimientos humanos que han ido acumulando los hombres buenos desde el principio. La gente anterior a mí hizo mucho por mí, así que siento que debo agradecerles aportando algo a los que vendrán. Me parece la única forma de estar en paz con mi deuda ante la humanidad.

—A mí me gustaría añadir algo de belleza a la vida —expresó Anne ensañadora—. No pretendo aumentar el saber de la gente... aunque sé que es la aspiración más noble... pero me encantaría que pasaran momentos más gratos gracias a mí... que tuvieran una alegría o idea dichosa que no existiría si no hubiera nacido.

—Creo que cumples ese objetivo a diario —comentó Gilbert con admiración.

Y tenía razón. Anne era por naturaleza un «hijo de la luz». Después de su contacto, con una sonrisa o una palabra, la vida de los demás se les antojaba, aunque fuera temporalmente, más esperanzada y hermosa.

Por último, Gilbert se levantó con desgana.

—He de subir donde los MacPherson. Moody Spurgeon llegó hoy de Queen's para pasar el domingo y debía traerme un libro que me presta el profesor Boyd.

— Y yo debo preparar el té de Marilla. Fue a ver a la señora Keith esta tarde y pronto estará de vuelta.

Anne tenía la cena lista cuando Marilla regresó. El fuego chisporroteaba alegre, un jarrón con helechos blancos de escarcha y hojas rojas de arce decoraba la mesa, y un tentador olor a jamón y tostadas impregnaba el aire. Pero Marilla se dejó caer en la silla con un hondo suspiro.

— ¿Te duelen los ojos? ¿Te duele la cabeza? — preguntó Anne con alarma.

— No, solo estoy cansada... y preocupada. Es por Mary y esos niños. Mary está peor... no le queda mucho. Y no sé qué pasará con los gemelos.

— ¿No han sabido nada del tío?

— Sí, Mary recibió una carta de él. Trabaja en un campamento maderero y «anda rodando», lo que signifique eso. De todos modos, dice que no puede llevarse a los niños hasta primavera. Cree que se casará entonces y tendrá un hogar para ellos. Hasta ese momento, sugiere que Mary consiga que algún vecino los cuide. Dice que a ella le horroriza pedírselo a nadie, pues en East Grafton nunca se llevó muy bien con la gente. Así que, en resumidas cuentas, Anne, me temo que Mary quiere que yo me haga cargo de los chicos. No lo dijo, pero se le notaba en la cara.

— ¡Oh! — Anne juntó las manos, con el corazón palpitante de emoción—. Y claro que los acogerás, Marilla, ¿verdad?

— No lo sé aún — repuso Marilla, con tono algo áspero—. No hago las cosas con ese ímpetu tuyo, Anne. Ser pariente en tercer grado es un lazo muy tenue. Y sería una enorme responsabilidad cuidar de dos chiquillos de seis años... y encima gemelos.

Marilla pensaba que los gemelos eran, con toda probabilidad, el doble de traviosos que un niño único.

— ¡Los gemelos son muy interesantes... al menos un par de ellos! — afirmó Anne—. En grupos de más de dos sí pueden hacerse algo rutinarios. Y creo que sería bonito que te distrajeras con algo cuando yo no estoy, en la escuela.

— No veo en qué me divertiría... creo que sería más bien un fastidio y un agobio. No es tan arriesgado si al menos tuvieran la edad que tenías tú

cuando te adopté. Dora parece tranquila, no me inquieta. Pero ese Davy es un demonio.

A Anne siempre le habían gustado los niños y sentía gran cariño por los gemelos Keith. El recuerdo de su propia infancia desatendida seguía muy vivo. Sabía que el único punto vulnerable de Marilla era su rigor cuando sentía que algo era su deber, y enfocó con destreza sus argumentos:

— Si Davy es travieso, con más razón merece buena educación, ¿no crees, Marilla? Si no los acogemos, a saber dónde acabarán y bajo qué influencias. ¿Te imaginas si van con los Sprott, vecinos de la señora Keith? La señora Lynde dice que Henry Sprott es el hombre más blasfemo que ha visto, y sus hijos no dicen una verdad ni por casualidad. Sería atroz que los gemelos aprendieran eso. ¿O si se van a los Wiggins? Según la señora Lynde, el señor Wiggins vende todo lo que pilla y cría a su familia con leche desnatada. Aunque solo sean parientes lejanos, supongo que no querrás que los tuyos se mueran de hambre, ¿verdad? Creo que nuestro deber es acogerlos.

— Sí, supongo que sí — aceptó Marilla con aire sombrío—. Tal vez le diga a Mary que me los quedará. No te alegres tanto, Anne. Va a suponer un buen trabajo extra para ti. No puedo coser ni un dobladillo por mis ojos, así que te tocará hacerles o remendarles la ropa. Y no te gusta coser.

— Lo odio — admitió Anne con serenidad—, pero si tú estás dispuesta a acoger a esos niños por sentido del deber, yo también podré coserles por sentido del deber. Hacer cosas que no gustan le hace bien a uno... con moderación.

VIII - MARILLA ADOPTA A UN PAR DE GEMELOS

La señora Rachel Lynde estaba sentada junto a la ventana de su cocina, tejiendo una colcha, exactamente igual que en cierta tarde de hacía varios años, cuando Matthew Cuthbert había bajado por la colina con lo que la señora Rachel definió como “su huérfana de importación”. Pero en aquella ocasión era primavera; ahora era pleno otoño, y todos los bosques estaban desnudos, los campos yermos y pardos. El sol se ponía, esplendoroso con matices de púrpura y oro, tras la oscura arboleda al oeste de Avonlea, justo cuando un coche tirado por un pony castaño y rollizo bajó la colina. La señora Rachel se inclinó con curiosidad.

— Ahí viene Marilla, de vuelta del entierro — comentó a su esposo, que yacía en el sofá de la cocina. Últimamente, Thomas Lynde pasaba más tiempo recostado de lo que solía, pero la señora Rachel, tan avispada para cuanto sucedía más allá de su entorno inmediato, aún no se había fijado en este detalle—. Y trae a los gemelos con ella... sí, ahí veo a Davy, que se está estirando por encima del salpicadero para agarrarle la cola al pony, y Marilla tirando de él para que se siente. Dora va sentadita tan derecha como una varita. Siempre parece recién planchada y almidonada. Pobre Marilla, va a tener un invierno de aúpa, no hay duda. Con todo, no veo cómo podía hacer menos que quedarse con ellos, dadas las circunstancias, y Anne estará ahí para ayudarla. Anne está encantadísima con todo este asunto y hay que admitir que tiene mucho don con los niños. ¡Dios santo, no parece que haya pasado ni un día desde que el pobre Matthew trajo a la propia Anne a casa,

y todo el mundo se reía de la idea de que Marilla criara a una criatura! ¡Y ahora adopta gemelos! Nunca puedes darte por seguro de nada en este mundo hasta que no estás en la tumba.

El robusto pony cruzó el puente del valle de los Lynde y siguió por el carril de Green Gables. Marilla tenía el semblante bastante adusto. Había diez millas desde East Grafton, y Davy Keith parecía poseído por un deseo perpetuo de moverse. Para Marilla fue imposible lograr que se quedara quieto y pasó todo el trayecto temiendo que cayera por la parte trasera del coche y se rompiera el cuello, o que rodara sobre el salpicadero y acabara bajo las pezuñas del pony. Desesperada, le amenazó con darle una buena azotaina en cuanto llegaran a casa. Ante tal advertencia, Davy se subió a su regazo, sin importarle las riendas, le echó los rollizos brazos al cuello y le dio un abrazo de oso.

—No creo que hables en serio —dijo, besándole con cariño la mejilla arrugada—. No tienes pinta de ser una señora que pegue a un niño solo porque no puede estarse quieto. ¿No te resultaba espantosamente difícil quedarte quieta cuando tenías mi edad?

—No, siempre permanecía quieta cuando me lo mandaban —dijo Marilla, tratando de sonar firme, pese a sentir que el corazón se le ablandaba ante los mimos impulsivos de Davy.

—Bueno, supongo que eso era porque eras niña —replicó Davy, retorciéndose para volver a su asiento tras otro abrazo—. Supongo que fuiste niña alguna vez, aunque es bien raro pensarlo. Dora sí sabe estarse quieta... pero no le veo mucha gracia a eso, la verdad. Me parece muy aburrido ser niña. ¡Ey, Dora, deja que te anime un poco!

La forma de “animar” de Davy fue agarrar los rizos de Dora y darles un tirón. Dora lanzó un grito y se echó a llorar.

—¿Cómo puedes portarte así de malcriado justo el día en que enterramos a tu pobre madre? —exclamó Marilla, sin saber ya qué hacer.

—Pero ella estaba contenta de morir —explicó Davy en tono confidencial—. Lo sé porque me lo dijo. Estaba cansadísima de estar enferma. Charlamos largo rato la noche antes de fallecer. Me dijo que tú te harías cargo de mí y de Dora durante el invierno y que yo debía ser un buen chico. Tengo intención de serlo, pero, ¿no se puede ser bueno y andar correteando, en vez

de estar quieto? También me dijo que siempre fuera amable con Dora y la defendiera, y lo haré.

—¿Y crees que jalarle el pelo es tratarla con amabilidad?

—Bueno, no dejaré que nadie más se lo agarre —repuso Davy, apretando los puños y frunciendo el ceño—. ¡A ver si se atreven! No la lastimé mucho... lloró porque es niña. Me alegro de ser niño, aunque detesto ser gemelo. Mira, cuando a la hermana de Jimmy Sprott se le ocurre contradecirlo, él le contesta: “Soy mayor que tú, así que sé más que tú”, y con eso zanja el asunto. Pero no puedo decirle eso a Dora, pues tenemos la misma edad y ella sigue pensando lo contrario de mí. ¡Podrías dejarme llevar un rato las riendas, ya que soy un hombre!

En fin, Marilla se sintió más que aliviada al girar finalmente hacia su patio, donde el viento otoñal danzaba con las hojas pardas. Anne la aguardaba en la verja para recibir a los gemelos y bajarlos. Dora aceptó de buen grado que la besaran, pero Davy respondió a la bienvenida de Anne con uno de sus fuertes abrazos y la alegre presentación:

—Soy el señor Davy Keith.

En la mesa, Dora se comportó con toda corrección, pero Davy dejó bastante que desear.

—Tengo tanta hambre que no me da tiempo a comer con educación —se justificó cuando Marilla le llamó la atención—. Dora no está ni la mitad de hambrienta que yo. Con tanto ejercicio que hice en el camino... ¡Uf, ese pastel está de muerte, con tantas pasas! En casa no habíamos tenido pastel durante ni se sabe, porque mamá estaba demasiado enferma para hacerlo y la señora Sprott decía que ya tenía bastante trabajo con hornear nuestro pan. Y la señora Wiggins nunca pone pasas en sus pasteles... faltaba más. ¿Puedo coger otro trozo?

Marilla se lo habría negado, pero Anne le sirvió generosamente otra rebanada. Con todo, le recordó que debía decir “gracias”. Davy se limitó a sonreír y dar otro mordiscón. Al terminar la rebanada dijo:

—Si me das otro pedazo, digo “gracias” por él.

—No, ya has comido suficiente pastel —sentenció Marilla con ese tono que Anne reconoció y Davy empezaba a conocer, inapelable.

Davy guiñó un ojo a Anne y, de un salto, alargó la mano para arrebatarse la porción de Dora, de la cual solo había dado un delicado mordisquito, y, abriendo la boca al máximo, se metió todo el trozo. A Dora se le tembló el labio, mientras Marilla, muda de horror, no acertaba a reaccionar. Anne exclamó con su voz más de “maestra”:

— ¡Davy, los caballeros no hacen eso!

— Lo sé —repuso Davy en cuanto pudo hablar—, pero yo no soy un caballero.

— ¿Es que no te gustaría serlo? —añadió Anne, escandalizada.

— Claro, cuando sea mayor. Pero un caballero no se es hasta que uno crece.

— ¡Te equivocas! —se apresuró Anne—. Puedes empezar a ser caballero ya de niño. Un caballero nunca arrebató las cosas a las damas... ni se olvida de dar las gracias... ni jala el pelo de nadie.

— Pues menuda gracia. Ya veo que no se divierten mucho... —replicó Davy con franqueza—. Mejor me espero a ser mayor.

Con resignación, Marilla cortó otra porción de pastel para Dora. No tenía fuerzas para lidiar con Davy en aquel instante. Había sido un día duro, entre el funeral y el viaje. En ese momento miraba el futuro con un pesimismo digno de la propia Eliza Andrews.

Los gemelos no se parecían mucho, pese a ser ambos rubios. Dora llevaba largos bucles que nunca se despeinaban; Davy exhibía una maraña de ricitos rubios sobre la cabeza redonda. Los ojos de Dora, color avellana, eran serenos y dulces; los de Davy, traviesos y danzarines, como un duende. La nariz de Dora era recta; la de Davy, un botón. La boca de Dora parecía decir siempre “ciruelas y cristales”; la de Davy era todo sonrisas, con un hoyuelo en una mejilla y no en la otra, dándole al reír un aspecto cómico y entrañable. Risas y picardía se asomaban a cada recoveco de su carita.

— Será mejor que se vayan a la cama —sugirió Marilla, que pensaba que esa era la forma más fácil de desembarazarse de ellos—. Dora dormirá conmigo, y Davy en la buhardilla oeste. ¿No tienes miedo a dormir solo, Davy?

— No... pero no pienso acostarme hasta dentro de mucho —respondió él tan tranquilo.

—Oh, sí lo harás —dijo Marilla. Ese comentario fue suficiente para acobardar a Davy. Obedeció a pie juntillas subiendo tras Anne.

—Cuando sea grande, lo primero que haré será pasar la noche en vela, para ver cómo se siente uno —le confesó con complicidad.

Con los años, Marilla siempre recordaría aquella primera semana de los gemelos en Green Gables con un escalofrío. No es que fuera peor que las sucesivas; pero la novedad lo hacía más impactante. Difícilmente había un minuto despierto en el día en que Davy no estuviera urdiendo o cometiendo alguna travesura. La primera notable ocurrió dos días después de su llegada, la mañana del domingo, un día templado y brumoso, tan suave como septiembre. Anne lo vistió para ir a la iglesia mientras Marilla atendía a Dora. De entrada, Davy puso pegas a lavarse la cara.

—Marilla me la lavó ayer... y la señora Wiggins me restriegó con jabón el día del entierro. Con eso basta para una semana. No veo para qué tanta limpieza. Es más cómodo andar sucio.

—Paul Irving se lava la cara él solo a diario —anunció Anne con astucia.

Davy llevaba solo cuarenta y ocho horas en Green Gables, pero ya adoraba a Anne y detestaba a Paul Irving, de quien había oído a Anne hablar con gran entusiasmo al día siguiente de llegar. Si Paul Irving se lavaba la cara a diario, asunto concluido: él, Davy Keith, también lo haría, aunque le costara la vida. Por la misma razón, se dejó arreglar el resto de su atuendo sin protestar, y quedó un niño realmente apuesto. Anne sintió un orgullo casi materno al conducirlo al viejo banco de los Cuthbert.

Davy se portó bien al principio, entretenido en mirar de reojo a los chiquillos alrededor y preguntándose cuál sería Paul Irving. Pasaron sin novedad los dos primeros himnos y la lectura de la Escritura. El señor Allan estaba en plena oración cuando llegó la conmoción.

Delante de Davy se sentaba Laretta White, la cabeza ligeramente inclinada y dos largas trenzas rubias que le colgaban sobre un cuello blanco, rodeado de un ligero volante de encaje. Laretta era una niña rolliza y tranquila, de ocho años, que se había portado impecablemente en la iglesia desde su primer día, con apenas seis meses.

Davy metió la mano en su bolsillo y sacó... una oruga, peluda y retorcién-

dose. Marilla lo vio y quiso aferrarlo, pero ya era tarde: Davy soltó la oruga en el cuello de Laretta.

En mitad de la oración del señor Allan, estalló una serie de chillidos desgarradores. El ministro se detuvo, pasmado, y abrió los ojos. Todas las cabezas de la congregación se alzaron. Laretta White saltaba en su banco, manoteando frenética en la espalda de su vestido.

—¡Ay, mami... mami... ay... quítamela... ay... sáquenla... ay... ese niño malo me la echó en el cuello... ay... mami... se mete más adentro... ay... ay... ay...!

La señora White se levantó con gesto firme y sacó a la aterrada y retorcida Laretta, cuyos chillidos se fueron apagando a lo lejos, mientras el señor Allan proseguía el servicio. Pero estaba claro que aquel día todo era un fracaso. Por primera vez en su vida, Marilla no se enteró del sermón, y Anne se sentó con las mejillas teñidas de vergüenza.

Al llegar a casa, Marilla mandó a Davy a la cama y lo dejó allí todo el día. Ni comida le dio, aunque al caer la tarde permitió que Anne le llevara un té sencillo de pan con leche. Anne se quedó a su lado, afligida, y él comió sin el menor arrepentimiento, salvo por la pena que reflejaban los ojos de Anne.

—Supongo —reflexionó— que Paul Irving no habría soltado una oruga en el cuello de una chica en la iglesia, ¿verdad?

—Claro que no —contestó Anne con tristeza.

—Pues... en ese caso, creo que lo siento un poco —concedió Davy—. Pero era una oruga tan bonita y grande... la encontré en los escalones de la iglesia al entrar. Me daba pena desperdiciarla. Y, la verdad, ¿no fue gracioso oír esos gritos?

El martes por la tarde se reunió la Sociedad de Ayuda en Green Gables. Anne regresó corriendo de la escuela, sabiendo que Marilla necesitaría todo su auxilio. Dora, pulcra como siempre con su vestidito blanco bien almidonado y un lazo negro, se sentaba con las señoras de la Asociación en la sala, hablando con modestia cuando se dirigían a ella y callada el resto del tiempo, comportándose como la niña perfecta. Davy, risueñamente sucio, jugaba con pastelitos de lodo en el corral.

—Le di permiso —explicó Marilla, exhausta—. Pensé que así se mantendría alejado de travesuras peores. Solo se ensuciará. Ya merendaremos nosotras antes de llamarlo. Dora comerá con nosotras, pero jamás me atrevería a sentar a Davy a la mesa con todas esas señoras aquí.

Cuando Anne fue a invitar a las señoras a la merienda, descubrió que Dora no se hallaba en la sala. La señora Jasper Bell dijo que Davy se había asomado a la puerta principal y la había llamado. Marilla y Anne, tras consultarse en la despensa, decidieron dejar a ambos niños para el final.

La comida estaba a medias cuando, de pronto, irrumpió en el comedor una figura desconsolada. Marilla y Anne la miraron asombradas; las señoras, perplejas. ¿Sería Dora... aquella criaturita sollozante y casi irreconocible, con un vestido empapado y el pelo goteando sobre la alfombra nueva de Marilla con motas doradas?

—¡Dora, qué te ha pasado! —gritó Anne, lanzando una mirada de culpabilidad a la señora Jasper Bell, de la que se decía que su familia era la única del mundo donde no ocurrían accidentes.

—Davy me hizo caminar por la baranda del corral de los cerdos —gemía Dora—. Yo no quería, pero él dijo que era una gallina asustada y me dejé. Entonces me caí dentro y me ensució todo el vestido. El cerdo me atropelló. Mi vestido quedó horrible y Davy dijo que si me ponía bajo la bomba, él lo lavaría, y lo hizo, pero no ha quedado nada limpio y mi lazo lindo y mis zapatos se han estropeado.

Anne tuvo que encargarse sola de atender a las invitadas el resto de la merienda, mientras Marilla subía a cambiar a Dora, poniéndole ropa vieja. Davy fue atrapado y mandado a la cama sin cenar. Al anoecer, Anne fue a su cuarto a hablar en serio con él... un método en el que confiaba bastante y que no era tan inútil como parecía. Le contó lo mal que se sentía por su conducta.

—Me siento algo arrepentido —admitió Davy—, pero la pega es que no me da pena hasta después de hacer las cosas. Dora no quiso ayudarme con los pastelitos de barro porque le daba miedo ensuciarse y eso me enfadó. Supongo que Paul Irving no habría obligado a su hermana a caminar sobre la cerca del corral si temía que cayera, ¿no?

—No, ni se le ocurriría. Paul es un niño ejemplar.

Davy cerró fuerte los ojos un instante, meditando. Luego se incorporó y rodeó con sus bracitos el cuello de Anne, apoyando su rostro caliente en su hombro.

— Anne, ¿tú me quieres un poco, aun cuando no soy bueno como Paul?

— Claro que sí — afirmó Anne con sinceridad. Era imposible no tomarle cariño a Davy —. Pero me gustarías todavía más si no fueras tan travieso.

— He... hecho otra cosa hoy — susurró Davy, en voz ahogada —. Estoy arrepentido, pero me da mucho miedo contártelo. ¿Te pondrás muy brava? ¿Y no se lo dirás a Marilla?

— No lo sé, Davy. Tal vez deba decírselo, pero creo que puedo prometer-te que no lo haré, si me prometes que no lo repetirás, sea lo que sea.

— No, no lo haré más. De todas formas, no es probable que encuentre otro este año. Lo hallé en los escalones del sótano.

— Davy, ¿qué has hecho?

— Metí un sapo en la cama de Marilla. Puedes ir a sacarlo si gustas. Pero, oye, Anne, ¿no sería divertido dejarlo ahí?

— ¡Davy Keith! — Anne se soltó de los brazos de Davy y corrió al cuarto de Marilla. La cama estaba algo revuelta; levantó las mantas con mano temblorosa y, en efecto, allí se hallaba el sapo, parpadeando bajo la almohada.

— ¿Cómo lo saco sin tocarlo? — se lamentó Anne, horrorizada. Se le ocurrió usar la pala de la chimenea, bajó a por ella mientras Marilla se ocupaba en la despensa. Transportar el sapo escaleras abajo no fue tarea fácil; saltó tres veces fuera de la pala y en un momento Anne creyó perderlo por el pasillo. Por fin lo depositó en el huerto de cerezos y soltó un suspiro de alivio.

— Si Marilla lo supiera, nunca volvería a meterse tranquila en la cama. Menos mal que ese pequeño pecador se arrepintió a tiempo. Anda, veo a Diana haciendo señales desde su ventana. Me alegro... necesito alguna distracción, porque con Anthony Pye en la escuela y Davy Keith en casa, mis nervios no dan para más hoy.

IX - UNA CUESTIÓN DE COLOR

—Esa vieja entrometida de Rachel Lynde volvió hoy, empeñada en sacarme dinero para comprar una alfombra para la sacristía —bramó el señor Harrison, encendido de ira—. Es la persona que más detesto en el mundo. Es capaz de meterte todo un sermón, con texto, comentarios y conclusiones, en seis palabras, y te lo lanza como si fuera un ladrillo.

Anne, que se hallaba sentada en el borde de la veranda, gozando de la brisa templada que cruzaba un campo recién arado en un gris atardecer de noviembre, y del ligero trémolo que producía en los retorcidos abetos bajo el jardín, giró con expresión soñadora.

—El problema es que usted y la señora Lynde no se entienden —explicó—. Ese es siempre el quid cuando dos personas no se gustan. Al principio yo tampoco le tenía aprecio a la señora Lynde, pero al conocerla mejor le cogí cariño.

—Tal vez a algunos les cueste “adquirir” el gusto por la Lynde; pero yo no iba a seguir comiendo bananas porque alguien me asegurase que terminarían gustándome —refunfuñó el señor Harrison—. Y en cuanto a “comprenderla”: entiendo de sobra que es una metiche consumada, y se lo dije.

—¡Ay, debió herirla muchísimo! —protestó Anne—. ¿Cómo pudo decirle algo así? Yo le grité cosas horribles a la señora Lynde hace años, pero fue cuando perdí los estribos; nunca lo haría deliberadamente.

—Era la verdad, y creo en decir siempre la verdad a todos.

—Pero no dice *toda* la verdad —objetó Anne—. Solo menciona la parte desagradable. Por ejemplo, me ha dicho una docena de veces que soy pelirroja, pero ni una sola me ha elogiado la nariz.

—Me imagino que ya lo sabías sin que te lo dijera —soltó él, divertido.

—Igual que sé que mi pelo es rojo (aunque ahora es más oscuro que antes). Así que tampoco hacía falta repetírmelo.

—Bueno, bueno, intentaré no mencionarlo más, ya que te irrita tanto. Discúlpame, Anne; tengo esa manía de decir siempre lo que pienso, y la gente ha de tomármelo como vengo.

—Sí, pero no pueden evitar tomárselo mal. Y no me consuela que sea “su costumbre”. Imagínese alguien que va clavando alfileres a la gente y diga: “Discúlpeme, no se lo tome a mal... es que tengo esa costumbre.” Usted creería que está loco, ¿verdad? Y respecto a la señora Lynde, tal vez sea una entrometida, pero, ¿le dijo usted que tiene un gran corazón y siempre ayuda a los necesitados, y que ni protestó cuando Timothy Cotton le robó un tarro de mantequilla de su despensa, diciéndole a la esposa que se lo había comprado a ella? Y, de paso, la señora Cotton llegó a achacarle que sabía a nabos, y la señora Lynde solo contestó que sentía que hubiera quedado mal.

—Supongo que tendrá sus virtudes —admitió el señor Harrison sin ganas—. Casi todos las tienen. Yo también, aunque no lo parezca. Pero, en fin, no voy a dar ni un centavo para esa alfombra. Aquí todo el tiempo piden dinero para algo, me parece. ¿Cómo va su idea de pintar el salón?

—De maravilla. El viernes pasado tuvimos reunión de la A.V.I.S. y confirmamos que llevamos bastante dinero recaudado para pintar el salón y cambiarle el tejado. La mayoría dio con generosidad, señor Harrison.

Anne era un alma muy dulce, pero sabía inyectar cierto énfasis venenoso en algunas cursivas si la ocasión lo ameritaba.

—¿De qué color lo pintarán?

—Decidimos un verde muy bonito. El tejado, por supuesto, irá en rojo oscuro. El señor Roger Pye irá hoy a la ciudad a por la pintura.

—¿Y quién se encargará?

—El señor Joshua Pye, de Carmody. Ya casi terminó de renovar el tejado. Hubimos de otorgarle el trabajo, porque todos los Pye (y hay cuatro familias) dijeron que no soltarían ni un centavo a menos que se lo dieran a Joshua. Entre todos reunían doce dólares y no queríamos perderlos, aunque algunos opinan que no debimos ceder ante los Pye. Según la señora Lynde, siempre quieren imponer su voluntad.

—Lo principal es si ese tal Joshua hará un buen trabajo. Si lo hace, da igual que se llame Pye o Pudín.

—Dicen que es un obrero competente, aunque de carácter peculiar. Casi no habla.

—Bastante peculiar, sin duda —comentó el señor Harrison con sequedad—. O al menos, eso pensarán aquí. Yo era muy callado hasta que vine a Avonlea, y tuve que aprender a hablar para que la Lynde no se imaginara que era mudo e iniciara una colecta para enseñarme lenguaje de signos. ¿Ya te marchas, Anne?

—Sí, tengo costura pendiente para Dora esta tarde. Además, Davy debe de estar partiendo el corazón de Marilla con alguna travesura nueva. Esta mañana, lo primero que preguntó fue: “¿Adónde va la oscuridad, Anne? Quiero saber.” Le dije que se iba al otro lado del mundo. Pero después del desayuno aseguró que, en realidad, se metía en el pozo. Según Marilla, lo ha encontrado cuatro veces hoy intentando asomarse para “atrapar” la oscuridad.

—Es un diablillo —declaró el señor Harrison—. Ayer vino aquí y le arrancó seis plumas a la cola de Ginger antes de que saliera yo del establo. El pobre pájaro no se ha repuesto. Esos críos deben ser un incordio para ustedes.

—Todo lo que vale la pena cuesta un poco —replicó Anne, prometiéndose a sí misma perdonar a Davy su próxima travesura, fuera cual fuese, ya que, al fin y al cabo, había vengado a Ginger.

Aquel mismo anochecer, el señor Roger Pye trajo la pintura y al día siguiente el señor Joshua Pye (un hombre huraño y callado) empezó a pintar. Nadie lo molestó en su labor. El salón estaba en lo que llamaban “el camino bajo”. Hacia finales de otoño, ese camino siempre se embarraba, y la gente que iba a Carmody prefería la ruta larga del “camino alto”. El bosque de

abetos rodeaba el salón tan cerca que no se veía a menos que uno estuviera encima. Así que el señor Pye pudo pintar a solas, con la independencia que tanto apreciaba su naturaleza poco sociable.

El viernes por la tarde terminó y se fue a Carmody. Poco después pasó por ahí la señora Rachel Lynde, que se había atrevido a sortear el lodazal del camino bajo solo para ver el nuevo aspecto del salón. Al doblar la curva de abetos, lo avistó.

La visión afectó a la señora Lynde de forma extraña: soltó las riendas, alzó las manos y exclamó:

— ¡Dios bendito!

Se quedó mirando como si no pudiera creerlo. Luego rió casi con histeria.

— Debe de haber un error... lo sabía, esos Pye iban a liar una buena.

La señora Lynde volvió a casa, deteniéndose para contárselo a varios conocidos en la carretera, y la noticia se propagó como pólvora. Gilbert Blythe, que estudiaba un libro en casa, se enteró al anochecer por el mozo de su padre y salió a todo correr hacia Green Gables, encontrándose con Fred Wright por el camino. Al llegar al patio de Green Gables vieron a Diana Barry, Jane Andrews y Anne Shirley personificando la desolación bajo los enormes sauces ya desnudos.

— No puede ser cierto, Anne — soltó Gilbert agitado.

— Sí lo es — contestó Anne, con un aire de tragedia—. La señora Lynde pasó al volver de Carmody para contármelo. ¡Es espantoso! ¿Para qué intentar mejorar nada?

— ¿Qué pasa? — preguntó Oliver Sloane, que llegaba en ese momento con una sombrerera que había traído del pueblo para Marilla.

— Lo resumiré en pocas palabras — dijo Jane, indignada—. ¡Resulta que Joshua Pye pintó el salón de azul en lugar de verde... un azul intenso y brillante, ese mismo que se usa para carros y carretillas! Y según la señora Lynde, combinado con un tejado rojo, parece lo más horrible que ha visto o imaginado. ¡Podrías tumbarme de un soplido cuando lo supe! Es para morir, después de tanto esfuerzo.

—¿Cómo ha podido cometerse semejante equivocación? —gimió Diana.

En última instancia, la culpa se concentró en la familia Pye. Los Mejoradores habían acordado emplear las pinturas Morton-Harris, cuyos botes estaban numerados de acuerdo con una carta de colores. Uno elegía el tono en la carta y encargaba ese número. El número 147 correspondía al verde deseado, y cuando el señor Roger Pye envió a decir que iría a la ciudad y podría traer su pintura, los Mejoradores le dijeron a su hijo John Andrew que pidiera el 147. Este afirmaba haberle dicho el 147 a su padre, pero el señor Roger Pye sostenía con la misma firmeza que le dijo 157. Así se mantiene la controversia hasta hoy.

Esa noche, reinaba un desaliento absoluto en cada casa donde viviera un Mejorador de Avonlea. En Green Gables la desesperanza era tan profunda que ni Davy la rompía. Anne lloró sin consuelo.

—Debo llorar, aunque esté a punto de cumplir diecisiete, Marilla —sollozó—. Es muy humillante. Y significa la sentencia de muerte de nuestra sociedad. Se van a reír de nosotros y nos disolveremos.

Pero a veces, en la vida, las cosas resultan al revés. Los habitantes de Avonlea no se rieron; estaban demasiado furiosos. Habían puesto dinero para pintar el salón, así que se sentían estafados por el desaguizado. La ira colectiva se dirigió contra los Pye: entre Roger y John Andrew la liaron, y Joshua Pye debió ser un necio por no sospechar nada al abrir los botes y ver el color. Joshua se defendió diciendo que el gusto cromático de Avonlea no era asunto suyo, fuera cual fuese su opinión personal; lo contrataron para pintar, no para opinar, y exigía cobrar.

Con el corazón oprimido, los Mejoradores le pagaron, tras consultar al señor Peter Sloane, que era juez de paz.

—Tendrán que pagar —sentenció él—. No pueden responsabilizarlo a él del error, ya que él sostiene que nunca se le dijo cuál era el color deseado, solo le dieron los botes y le dijeron que pintara. Pero es un crimen; ese salón queda horroroso.

Los infortunados Mejoradores temieron que la opinión de Avonlea se les tornaría más hostil que nunca; pero ocurrió lo contrario: la simpatía pública se alió con ellos. La gente pensaba que el grupo de jóvenes entusiastas, que se había esforzado tanto, había sido maltratado. La señora Lynde les animó

a perseverar y demostrar a los Pye que sí había gente capaz de hacer las cosas sin arruinarlas. El señor Major Spencer avisó que despejaría todos los tocones frente a su granja y sembraría césped por su cuenta. Y la señora Hiram Sloane fue un día a la escuela, llamó a Anne con misterio al porche y le dijo que, si la “Sasiedad” deseaba plantar geranios en la bifurcación la próxima primavera, no temiesen a su vaca, pues ella se encargaría de confinar al animal. Incluso el señor Harrison, si se reía, lo hacía a solas; en público mostró toda su compasión.

—No te desanimes, Anne. La mayoría de las pinturas se ponen más feas con los años, pero ese azul ya no puede ser más feo al empezar, así que seguro irá aclarando a mejor. Y el tejado al menos está bien, sin goteras. ¡Algo han logrado!

—Pero el Salón Azul de Avonlea será el hazmerreír de las aldeas vecinas por los siglos de los siglos —dijo Anne con amargura.

Y, sin duda, así fue.

X - DAVY EN BUSCA DE SENSACIONES

Anne regresaba de la escuela una tarde de noviembre, siguiendo el Sendero del Abedul, renovando una vez más su convicción de que la vida era algo maravilloso. Había sido un buen día; todo había ido bien en su pequeño reino. St. Clair Donnell no había peleado con ningún chico a cuenta de su nombre; a Prillie Rogerson se le había hinchado tanto la cara por culpa de un dolor de muelas que, ni por un instante, intentó coquetear con los muchachos cercanos; Barbara Shaw solo había sufrido un percance —derramar un cazo de agua por el suelo— y Anthony Pye ni siquiera fue a la escuela.

—¡Qué mes tan agradable está siendo este noviembre! —dijo Anne, que nunca abandonó del todo su costumbre infantil de hablar consigo misma—. Normalmente, noviembre es un mes desagradable, como si el año de pronto se diera cuenta de que envejece y no pudiera más que lamentarlo con llantos y suspiros. Este año, en cambio, envejece con elegancia... como una noble anciana que, a pesar de sus canas y arrugas, sabe que puede conservar su encanto. Hemos tenido días hermosos y crepúsculos deliciosos. Las últimas dos semanas han sido muy pacíficas, e incluso Davy ha estado casi bien portado. De veras creo que está mejorando mucho. ¡Qué silencioso se siente hoy el bosque! Ni un susurro, salvo ese murmullo suave del viento rondando en las copas. Suena como el oleaje distante en una playa lejana. ¡Adoro estos bosques! Mis hermosos árboles, los quiero a cada uno como a un amigo.

Anne se detuvo para rodear con sus brazos el tronco esbelto de un joven abedul y besó su corteza blanquecina. Diana, que asomaba en una curva del sendero, la vio y se echó a reír.

— Anne Shirley, estás haciendo como que eres adulta, pero si no hay nadie alrededor sigues siendo tan niña como siempre.

— Bueno, no es sencillo sacudirse de golpe el hábito de ser niña —replicó Anne con alegría—. Imagínate: fui niña durante catorce años y solo llevo escasos tres comportándome como “adulta”. Me parece que siempre me sentiré una niña en estos bosques. Estas caminatas al salir de la escuela son casi los únicos ratos que tengo para soñar... salvo la media hora antes de dormirme. Estoy tan ocupada enseñando, estudiando, ayudando a Marilla con los gemelos, que no me queda otro momento para imaginar cosas. Ni te imaginas las aventuras maravillosas que vivo un ratito cada noche en el cuarto del ala este. Siempre imagino que soy algo espléndido, triunfante... una gran cantante de ópera, o enfermera de la Cruz Roja, o una reina. Anoche fui reina. Es estupendo imaginar que una es reina: disfrutas de todas las ventajas sin los inconvenientes, y puedes dejar de serlo cuando quieras, lo que en la vida real no se puede. Pero aquí, en el bosque, prefiero otras fantasías... me veo como una dríade, habitante de un viejo pino, o un duendecillo castaño oculto bajo una hoja arrugada. Ese abedul tan blanco que me sorprendiste besando es como mi hermana. La diferencia es que ella es árbol y yo una chica, pero no lo considero una diferencia real. ¿Adónde vas, Diana?

— A casa de los Dickson. Prometí ayudar a Alberta a cortar su vestido nuevo. ¿No podrías bajar por la tarde, Anne, y volver conmigo?

— Quizá... ya que Fred Wright anda en la ciudad —respondió Anne con una expresión demasiado inocente.

Diana se sonrojó, alzó la barbilla y siguió adelante, pero no parecía ofendida.

Anne pensaba efectivamente ir a los Dickson esa noche, pero no lo hizo. Al llegar a Green Gables encontró una situación que le borró cualquier otro pensamiento. Marilla la esperaba en el patio... una Marilla de ojos desencajados.

— Anne, ¡Dora se ha perdido!

— ¿Dora? ¡¿Perdida?! — Anne miró a Davy, que se columpiaba en la verja del patio, detectando en su mirada un brillo travieso—. Davy, ¿sabes dónde está?

—No, no lo sé —declaró él con determinación—. No la he visto desde la hora de comer, “cruza mi corazón”.

—Yo me fui de casa a la una —dijo Marilla—. A Thomas Lynde le dio un ataque repentino y Rachel me mandó llamar. Cuando salí, Dora jugaba con su muñeca en la cocina y Davy hacía pastelitos de barro detrás del granero. Volví hace media hora... y ni rastro de Dora. Davy jura no haberla visto desde que me fui.

—Yo tampoco la vi —aseguró Davy solemnemente.

—Tiene que andar por aquí cerca —repuso Anne—. Ella es tan miedosa que no se apartaría mucho. Tal vez se haya dormido en algún cuarto.

Marilla negó con la cabeza.

—He registrado toda la casa. Pero tal vez se haya metido en algún cobertizo.

Emprendieron una búsqueda minuciosa. Examinaron cada rincón de casa, patio y dependencias, las dos mujeres angustiadas. Anne recorrió el huerto y el Bosque Encantado, gritando el nombre de Dora. Marilla, con una vela, hurgó en el sótano. Davy se turnó con cada una, sugiriendo ideas de dónde podía estar su hermana. Al fin se reunieron de nuevo en el patio.

—Es un misterio atroz —suspiró Marilla.

—¿Dónde podrá estar? —murmuró Anne con congoja.

—A lo mejor se cayó al pozo —sugirió Davy con alegría.

Anne y Marilla se miraron con espanto. Esa idea las había rondado en silencio durante toda la búsqueda, sin atreverse a expresarla.

—Podría... podría... —susurró Marilla.

Anne, con el corazón encogido, se acercó a la caja del pozo y se asomó. El cubo seguía en el interior. Allá abajo, un tenue brillo de agua inmóvil. El pozo de los Cuthbert era el más hondo de Avonlea. Si Dora... No pudo terminar la idea; se estremeció y se dio la vuelta.

—Corre a buscar al señor Harrison —pidió Marilla, retorciendo las manos.

—No está. Ni él ni John Henry; fueron a la ciudad hoy. Iré a buscar al señor Barry.

Este regresó con Anne, portando una cuerda con un gancho, resto de una horquilla para desbrozar. Marilla y Anne contemplaban con terror y temblor mientras el señor Barry rastreaba el fondo del pozo, y Davy, montado en la verja, seguía la escena con un rostro de gran regocijo.

Al fin el señor Barry sacudió la cabeza, aliviado.

—No está ahí abajo. De todos modos, no deja de ser extraño adónde habrá ido. Mira, chiquillo, ¿estás seguro de que no sabes nada del paradero de tu hermana?

—Te lo he dicho mil veces: no lo sé —replicó Davy, ofendido—. A lo mejor pasó un vagabundo y se la llevó.

—Tonterías —dijo Marilla con brusquedad, tranquila ya de su mayor horror—. Anne, ¿tú crees que podría haberse ido hasta casa del señor Harrison? Lleva hablando de su loro desde aquella vez que la llevaste.

—No imagino que Dora se atreviera a ir tan lejos ella sola, pero iré a mirar —respondió Anne.

Nadie observó a Davy en ese momento, o habrían visto cómo su expresión cambiaba bruscamente. Se escurrió de la verja y corrió, lo más rápido que se lo permitieron sus rechonchas piernas, hacia el establo.

Anne cruzó los prados en dirección a la casa del señor Harrison, sin muchas esperanzas. Estaba cerrada, las persianas bajadas y no se veía rastro de vida. Se detuvo en la veranda, llamó a Dora en voz alta. Ginger, en la cocina, chilló y maldijo con repentina furia; pero entre sus protestas Anne escuchó un tenue lamento surgir de la caseta del patio, donde el señor Harrison guardaba sus herramientas. Anne corrió a la puerta, quitó la traba y se encontró con una niña de carita mojada en lágrimas, sentada con aire desolado sobre un viejo barril invertido.

—¡Dora, Dora, menuda angustia nos has dado! ¿Cómo acabaste aquí?

—Davy y yo vinimos a ver a Ginger —sollozó Dora—, pero no lo vimos, y Davy consiguió que dijera palabrotas a fuerza de patear la puerta. Luego Davy me trajo aquí y salió corriendo, cerrándome la puerta. No podía abrir,

lloré y lloré, muerta de miedo y con frío, y hambrienta, y pensaba que nunca vendrías, Anne.

—¿Davy? —fue todo lo que pudo pronunciar Anne. Cogió a Dora, sana y salva, pero su gozo se vio empañado por el proceder de Davy. El haber encerrado a Dora podía disculparse como una travesura, pero Davy había mentido... mentido con toda calma. Ese era el feo hecho y Anne no podía ignorarlo. Podría haberse echado a llorar de pura desilusión. No se había dado cuenta de cuánto quería a Davy, hasta ahora que su falta la hería tan profundamente.

Marilla escuchó el relato de Anne en silencio, presagio ominoso para Davy; el señor Barry rió y aconsejó un castigo enérgico. Al irse él, Anne consoló a la niña y la metió en calor, le sirvió la cena y la acostó. Luego volvió a la cocina, justo cuando Marilla entraba, tirando (o casi arrastrando) a un Davy cubierto de telarañas, al que acababa de sacar de su escondite en el rincón más oscuro del establo.

Lo plantó en la alfombra del centro de la cocina y se fue a sentar junto a la ventana este. Anne se hundió en una silla, junto a la ventana oeste. Entre ambas, el culpable. Su espalda miraba a Marilla, encorvada y medrosa; pero su rostro estaba vuelto a Anne y, aunque algo avergonzado, en sus ojos brillaba un indicio de camaradería, como si él supiera que había obrado mal y merecía castigo, pero confiaba en reírse del asunto más tarde con Anne.

Pero no hubo ni el rastro de una sonrisa en los ojos grises de Anne, como habría habido de tratarse solo de una travesura. Había algo más... algo feo y repulsivo.

—¿Cómo has podido obrar así, Davy? —preguntó con pesar.

Davy se retorció, inquieto.

—Lo hice por diversión. Hacía tanto que todo estaba re-que-te-tranquilo aquí, que pensé en darles un buen susto. Y vaya si lo di.

A pesar de la aprensión y un poco de arrepentimiento, Davy esbozó una sonrisa al evocarlo.

—Pero mentiste sobre ello, Davy —continuó Anne, aún más triste.

Davy puso cara de perplejidad.

—¿Mentí? ¿Te refieres a un embuste?

—Me refiero a que contaste algo que no era cierto.

—Claro, ¿y si no lo cuento así no se asustan? Tenía que mentir.

Anne sentía la tensión tras la ansiedad vivida. Aquella insolencia le dio la puntada definitiva. Dos gruesas lágrimas se asomaron a sus ojos.

—Oh, Davy, ¿cómo pudiste? ¿No entiendes que estuvo mal?

Davy quedó atónito. ¿Anne llorando? ¡Él había logrado que Anne llorara! Un torrente de genuino remordimiento inundó su corazón cálido. Saltó hacia Anne, se arrojó en su regazo, le rodeó el cuello y rompió en sollozos.

—No sabía que estuviera mal mentir —lloriqueó—. ¿Cómo iba a saberlo? Todos los niños de los Sprott lo hacían a diario, incluso jurando por su corazón. Y supongo que Paul Irving no miente jamás. Y yo me he esforzado para portarme tan bien como él... pero ahora seguro que no me querrás más. Aunque creo que podrías haberme advertido de que era malo. Lo siento mucho por hacerte llorar, Anne, y no lo volveré a hacer.

Con la cara hundida en el hombro de Anne, Davy lloró amargamente. Ella, con un repentino e iluminador destello de compasión, lo apretó contra sí y miró a Marilla por encima de la melena rizada.

—No sabía que mentir fuera malo, Marilla. Pienso que debemos perdonarlo por esa parte, si promete no decir más falsedades.

—No lo haré más, ahora que sé que está mal —aseguró Davy entre hipidos—. Y si me atrapan contándolas de nuevo, pueden... —Davy buscó mentalmente un castigo ejemplar— ... pueden arrancarme la piel, Anne.

—No digas “embuste”, Davy... di “mentira” —le corrigió la maestra.

—¿Por qué? —inquirió Davy, acomodándose con la cara manchada de lágrimas—. ¿Por qué “embuste” no es tan bueno como “mentira”? Quiero saber. Tienen el mismo número de letras.

—Es jerga y no está bien que los niños pequeños usen jerga.

—Hay un montón de cosas que están mal —dijo Davy con un suspiro—. Ni me imaginaba que fueran tantas. Siento mucho que esté mal decir em-

bus... mentiras, porque es tan práctico; pero ya que lo es, no volveré a hacerlo. ¿Qué me van a hacer por haberlo hecho ahora? Dímelo.

Anne miró suplicante a Marilla.

—No quiero ser demasiado severa con el niño —dijo Marilla—. Supongo que nadie le enseñó que mentir es malo, y esos chicos de los Sprott no eran buena compañía. Pobre Mary estaba demasiado enferma para educarlo, y no es lógico que un crío de seis años sepa estas cosas por instinto. Creo que tendremos que asumir que no sabe nada y empezar desde lo básico. Pero hay que castigarlo por encerrar a Dora y, la verdad, no se me ocurre nada salvo enviarlo a la cama sin cenar, y es lo que hacemos siempre. ¿No se te ocurre algo más, Anne? Deberías poder, con esa imaginación tuya de la que tanto hablas.

—Pero los castigos son tan odiosos, y me gusta imaginar solo cosas agradables —lamentó Anne, acurrucando a Davy—. Ya hay suficientes cosas feas en el mundo. No vale la pena inventar más.

Finalmente, como siempre, Davy fue mandado a la cama y allí debía permanecer hasta el mediodía del día siguiente. Al parecer reflexionó, porque cuando Anne subió a su cuarto un rato más tarde lo encontró llamándola con un susurro. Al entrar, lo vio sentado en la cama, los codos en las rodillas y la barbilla apoyada en las manos.

—Anne —dijo con solemnidad—, ¿es malo para todo el mundo contar embus... mentiras? Quiero saberlo.

—Sí, claro.

—¿También para un adulto?

—Sí.

—Entonces —dijo Davy con decisión—, Marilla es mala, porque ella también las dice. Y eso es peor que lo mío, porque yo no sabía que era malo, pero ella sí.

—Davy Keith, Marilla jamás ha mentido en su vida —replicó Anne, ofendida.

—Sí que lo hizo. Me dijo el martes que me pasaría algo terrible si no rezaba todas las noches. Y llevo más de una semana sin rezar, solo para ver

qué ocurría... ¡y no ha ocurrido nada! —protestó con un mohín.

A Anne le dio un ataque de risa que por fuerza reprimió, al tiempo que se empeñaba en salvar el honor de Marilla.

—Verás, Davy Keith —explicó con gravedad—, algo muy malo te pasó hoy mismo.

Davy mostró escepticismo.

—Supongo que te refieres a que me han mandado a la cama sin cenar —replicó, despectivo—. Pero eso no es terrible. Claro, no me agrada, pero me lo han hecho tantas veces desde que llegué que ya me estoy acostumbrando. Además, no ganan nada dejándome sin cena, porque siempre desayuno el doble.

—No me refiero a que te mandaran a la cama. Hablo de que has dicho una mentira hoy. Y, Davy... —Anne se inclinó sobre la baranda de la cama y le señaló con un dedo muy serio— ... que un niño diga algo que no es verdad es casi lo peor que puede pasarle... casi, casi lo peor. Así que ves que Marilla te dijo la verdad.

—Pero yo creía que “algo malo” sería emocionante —se quejó Davy, indignado.

—Marilla no tiene culpa de lo que creas. Las cosas malas no siempre son emocionantes; a menudo son desagradables y tontas.

—De todos modos, fue muy gracioso veros a Marilla y a ti mirando dentro del pozo —observó Davy, abrazándose las rodillas.

Anne mantuvo el gesto serio hasta que bajó a la sala, donde se desplomó en el sofá y se rió hasta que le dolieron los costados.

—Dime de qué te ríes —dijo Marilla, algo ceñuda—. A mí no me parece nada gracioso hoy.

—Reirás al oír esto —aseguró Anne. Y Marilla rió, señal de cuánto había avanzado su educación desde que adoptó a Anne, si bien suspiró al instante.

—Supongo que no debí decirle eso, aunque oí a un pastor decírselo a un niño una vez. Pero ese mocoso me sacó de quicio. Fue la noche en que tú estabas en el concierto de Carmody y yo lo acostaba. Me dijo que no veía

para qué rezar si no era “importante” para Dios. Anne, no sé qué haremos con ese chico. Nunca vi nada igual. Estoy completamente desanimada.

—No digas eso, Marilla. Acuérdate de lo traviesa que yo era al llegar.

—Anne, tú jamás fuiste mala... nunca. Ahora lo veo, habiendo conocido lo que es la verdadera maldad. Te metías en líos tremendos, lo admito, pero siempre con buenas intenciones. Davy es malo simplemente porque sí.

—No creo que sea verdadera maldad —defendió Anne—. Es pura travesura. Además, la casa puede resultarle muy aburrida; no tiene más niños con quienes jugar, y necesita algo para desahogar su mente. Dora es tan modosita que no le sirve de compañera. En realidad, sería mejor mandarlos a la escuela, Marilla.

—No —repuso Marilla con firmeza—. Mi padre siempre dijo que ningún niño debía encerrarse en una escuela antes de los siete años, y el señor Allan opina igual. Los gemelos pueden recibir unas cuantas lecciones en casa, pero a la escuela no irán hasta cumplir siete.

—Bien, pues habrá que reformar a Davy en casa —concedió Anne con ánimo—. A pesar de sus defectos, es un nene adorable. No puedo evitar quererlo. Marilla, quizá sea terrible decirlo, pero, con todo lo buena que es, me gusta más Davy que Dora.

—No sé si a mí me pasa igual —confesó Marilla—, y no es justo, porque Dora no da ni un problema. No hay criatura mejor; apenas se nota su presencia.

—Dora es demasiado perfecta —comentó Anne—. Se portaría igual de bien aunque no hubiera nadie para decirle qué hacer. Ya nació “criada”, por así decirlo, así que no nos necesita... Y creo —añadió, dando con una gran verdad— que solemos querer más a los que nos necesitan. Davy nos necesita urgentemente.

—Desde luego que necesita algo —reconoció Marilla—. Rachel Lynde diría que lo que precisa es una buena zurra.

XI - HECHOS Y FANTASÍAS

"Enseñar es un trabajo realmente interesante", escribió Anne a una antigua compañera de la Academia de Queen's. "Jane dice que le parece monótono, pero a mí no. Casi a diario ocurre algo gracioso y los niños dicen cosas muy ocurrentes. Jane asegura que castiga a sus alumnos cuando sueltan frases graciosas, y probablemente por eso ella encuentre la enseñanza aburrida. Esta tarde, el pequeño Jimmy Andrews trataba de deletrear 'speckled'* y no podía. 'Bueno', dijo al fin, 'no sé cómo se escribe, pero sí sé lo que significa'.

“¿El qué?”, le pregunté.

“La cara de St. Clair Donnell, señorita’.

"St. Clair, sin duda, está muy pecoso, aunque intento evitar que los demás se lo hagan notar... porque yo misma estuve llena de pecas y lo recuerdo muy bien. Pero no creo que a St. Clair le importe. Fue precisamente porque Jimmy lo llamó 'St. Clair' que St. Clair le dio un puñetazo de regreso a casa. Me enteré del puñetazo, pero no de manera oficial, así que no pienso hacer caso.

"Ayer trataba de enseñar a Lottie Wright a sumar. Le dije: 'Si tuvieras tres caramelos en una mano y dos en la otra, ¿cuántos tendrías en total?' 'Un bocado', contestó Lottie. Y en la clase de ciencias naturales, cuando pedí que me dieran una buena razón para no matar sapos, Benjie Sloane respondió muy serio: 'Porque llovería al día siguiente'.

"Es difícil no reírse, Stella. Debo contener toda mi diversión hasta llegar a casa, y Marilla dice que la inquieta mucho oír esas carcajadas salvajes sa-

lir del cuarto del ala este sin motivo aparente. Cuenta que un hombre en Grafton se volvió loco y así fue como empezó.

"¿Sabías que Tomás Becket fue canonizado como serpiente? Eso dice Rose Bell... y también que William Tyndale escribió el Nuevo Testamento. Claude White afirma que un 'glaciar' es un señor que pone marcos de ventanas.

"Creo que lo más difícil en la enseñanza —y también lo más fascinante— es lograr que los niños te cuenten sus pensamientos de verdad. Un día de la semana pasada, con mal tiempo, los reuní a la hora de la comida e intenté que me hablaran como si fuera una de ellos. Les pedí que me dijeran lo que más deseaban. Algunas respuestas fueron bastante comunes... muñecas, ponis y patines. Otras eran muy originales. Hester Boulter quería 'ponerse su vestido de los domingos a diario y comer en la sala de estar'. Hannah Bell deseaba 'ser buena sin tener que esforzarse'. Marjory White, de diez años, anhelaba ser viuda. Cuando le pregunté por qué, dijo con solemnidad que si no estabas casada te llamaban solterona y si lo estabas, tu marido te mandaba; en cambio, si eras viuda no corrías riesgo de ninguna de las dos cosas. El deseo más llamativo fue el de Sally Bell: quería 'un viaje de luna de miel'. Le pregunté si sabía qué significaba y dijo que creía que era una bicicleta muy especial, porque su primo en Montreal se fue de 'luna de miel' al casarse y siempre tenía lo último en bicicletas.

"Otro día les pedí que me confesaran la travesura peor que hubieran hecho. No logré que los mayores hablaran, pero los de tercer grado respondieron sin reparos. Eliza Bell había 'incendiado los vellones cardados de su tía'. Pregunté si lo hizo adrede y contestó: 'No del todo'. Quiso probar cómo ardía la punta y el montón entero se prendió en un instante. Emerson Gillis gastó diez centavos en caramelos cuando debía ponerlos en la alcancía misionera. El peor delito de Annetta Bell fue 'comer arándanos que crecían en el cementerio'. Willie White se había 'deslizado varias veces por el tejado del cobertizo de las ovejas con los pantalones del domingo'. 'Pero me castigaron, porque tuve que llevar pantalones remendados a la Escuela Dominical todo el verano, y cuando te castigan por algo ya no tienes que arrepentirte', dijo Willie.

"¡Ojalá vieras algunas de sus composiciones! De veras me gustaría tanto que te mandaré copia de unas que escribieron hace poco. La semana pasada

ordené a la clase de cuarto que me redactara cartas sobre el tema que quisieran, sugiriendo que, por ejemplo, describieran algún lugar visitado o algo o alguien interesante que hubieran visto. Tenían que usar papel de carta de verdad, cerrar el sobre y dirigírmelas, sin ayuda de nadie. El viernes encontré un montón de cartas en mi escritorio y esa noche comprendí otra vez que, en la enseñanza, hay placeres además de penas. Esas composiciones compensan mucho. Aquí va la de Ned Clay, con la dirección, ortografía y gramática tal cual:

"Miss teacher ShiRley
Green gabels.
p.e. Island can
birds

"Querida teacher, creo que escribiré una composición sobre los pájaros. Los pájaros son animales muy útiles. Mi gato caza pájaros. Se llama William, pero papá lo llama Tom. Es todo atigrado y se le heló una oreja el invierno pasado. De no ser por eso, sería un gato de buen ver. Mi tío ha adoptado un gato. Un día llegó a su casa y ya no quiso irse, y tío dice que ha olvidado más que lo que la mayoría de la gente aprendió jamás. Lo deja dormir en su mecedora y mi tía dice que lo estima más que a sus hijos. Eso no está bien. Debemos ser amables con los gatos y darles leche fresca, pero no tratarlos mejor que a nuestros hijos. Eso es todo lo que se me ocurre, no más de momento, se despide

edward blake ClaY.'

"La carta de St. Clair Donnell, como de costumbre, es breve y va al grano. St. Clair jamás malgasta palabras. No creo que eligiera el tema ni incluyera la posdata de mala fe. Ocurre que no tiene mucha imaginación ni tacto.

"Querida señorita Shirley:

"Nos dijo que describiéramos algo extraño que hayamos visto. Describí el Salón de Avonlea. Tiene dos puertas, una interior y otra exterior. Tiene seis ventanas y una chimenea. Tiene dos extremos y dos lados. Está pintado de azul. Eso es lo que lo hace extraño. Está en la carretera baja de Carmody. Es el tercer edificio más importante de Avonlea, tras la iglesia y la herrería. Allí se hacen clubs de debate, conferencias y conciertos.

"Atentamente,
"Jacob Donnell.

"P.D.: El salón es de un azul muy vivo'.

"La carta de Annetta Bell me sorprendió por lo larga, pues sus ensayos suelen ser tan escuetos como los de St. Clair. Annetta es una niña calladita y un modelo de buena conducta, pero sin un ápice de originalidad. Esta es su carta:

"Queridísima maestra:

"Creo que le escribiré para decirle cuánto la quiero. La quiero con todo mi corazón, mi alma y mi mente... con todo lo que hay de mí que pueda amar... y deseo servirla por siempre. Sería mi más alto privilegio. Por eso me esfuerzo tanto por portarme bien en la escuela y aprender mis lecciones.

"Usted es tan hermosa, mi maestra. Su voz suena como música y sus ojos son como pensamientos, húmedos de rocío. Es como una reina alta y majestuosa. Su cabello es como oro ondulante. Anthony Pye dice que es rojo, pero no le haga caso.

"Solo la conozco hace unos meses, pero no puedo concebir la época en que no la conocía... en que usted no había llegado a mi vida para bendecirla y consagrarla. Siempre recordaré este año como el más maravilloso de mi vida, pues me la trajo a mí. Además, es el año en que nos mudamos desde Newbridge a Avonlea. Mi amor por usted ha enriquecido mi existencia y me ha librado de muchos males. Le debo todo eso, mi amadísima maestra.

"Nunca olvidaré lo dulce que se veía la última vez que la vi con ese vestido negro y flores en el cabello. La veré así para siempre, incluso cuando las dos seamos ancianas. Para mí, será por siempre joven y bella. Pienso en usted todo el tiempo: por la mañana, al mediodía y al anochecer. La quiero cuando ríe y cuando suspira... incluso cuando pone cara de desdén. Jamás la vi enojada, aunque Anthony Pye asegura que siempre lo está, y no me extraña que se lo parezca, porque él lo merece. La quiero con cada uno de sus vestidos... me parece más adorable con cada traje nuevo.

"Queridísima maestra, buenas noches. El sol ya se ha puesto y las estrellas brillan... estrellas tan radiantes y bellas como sus ojos. Beso sus manos y su rostro, mi dulce. Que Dios la cuide y la proteja de todo mal.

"Su alumna afectuosa,
"Annetta Bell.'

"Esta insólita carta me dejó bastante perpleja. Sabía que Annetta era incapaz de componerla por sí sola. Cuando volví a la escuela al día siguiente, la llamé a dar un paseo hasta el arroyo en la hora del recreo y le pedí que me contara la verdad. Annetta se echó a llorar y lo confesó: reconoció que nunca había escrito una carta y no sabía cómo hacerlo ni qué decir, pero en el cajón superior de la cómoda de su madre había un manojito de cartas de amor que se las había escrito un antiguo 'pretendiente'.

"No era papá — sollozó Annetta—, era alguien que se preparaba para ser pastor, así que sabía escribir cartas preciosas, pero mamá al final no se casó con él. Decía que no entendía qué quería decir él la mitad del tiempo. A mí me parecían muy bonitas y pensé en copiar trozos para mi carta. Reemplacé "dama" por "maestra", incluí algunas cositas mías cuando se me ocurrían y cambié ciertas palabras. Por ejemplo, puse "vestido" donde él ponía "humor"; no sabía qué era un "humor", pero pensé que sería algo para ponerse. No creí que usted lo notaría. No entiendo cómo descubrió que no era todo mío. Debe de ser muy lista, señorita'.

"Le expliqué a Annetta lo mal que estaba copiar la carta de otro y hacerla pasar por propia. Pero me temo que solo se arrepintiera de que la descubriera.

"Y de veras la quiero a usted, maestra — sollozó—. Eso sí era verdad, aunque lo escribiera él primero. La quiero con todo mi corazón'.

"Es difícil reñir con alguien en tales circunstancias.

"Aquí va la carta de Barbara Shaw. No puedo reproducir las manchas de tinta del original.

"Querida maestra:

"Usted dijo que escribiéramos sobre una visita. Yo solo hice una visita una vez, el invierno pasado, a casa de mi tía Mary. Mi tía Mary es muy pulcra y gran hacendosa. La primera noche que estuve allí, en la hora de la cena, volqué una jarra y la rompí. Tía Mary dijo que la tenía desde que se casó y que nadie la había roto nunca. Al levantarnos, pisé su falda y descosí toda la parte trasera. A la mañana siguiente, al levantarme, golpeé el jarro contra la jofaina y agrieté ambos, y derramé una taza de té sobre el mantel

en el desayuno. Al ayudar a tía Mary con los platos de la comida, se me cayó un plato de porcelana y se hizo añicos. Aquella tarde me caí por las escaleras y me torcí el tobillo, así que me quedé una semana en cama. Oí decir a tía Mary que, menos mal, o habría roto todo lo de la casa. Al mejorar ya era hora de volver a casa. No me gustó mucho aquello de visitar. Prefero ir a la escuela, sobre todo desde que vine a Avonlea.

"Su atenta,
"Barbara Shaw.'

"La carta de Willie White empieza así:

"Respetada señorita:

"Voy a contarle sobre mi tía muy valiente. Vive en Ontario y, un día, salió al corral y vio un perro. El perro no tenía que andar allí, así que agarró un palo y lo arreó hasta el establo y cerró la puerta. Al rato apareció un hombre buscando un león inajimario que se le escapó al circo (¿Quería decir "león de un parque zoológico"?). Y resultó que el perro era un león, y mi tía tan valiente lo metió al establo a palos. Es un milagro que no se la comiera, pero es muy valiente. Emerson Gillis dice que si ella creía que era un perro, no tenía más valor que si de verdad lo fuera. Pero Emerson está celoso porque no tiene tías valientes, solo tíos.'

"He guardado lo mejor para el final. Te ríes de mí porque considero a Paul un genio, pero apuesto a que su carta te convencerá de lo fuera de lo común que es. Paul vive allá lejos, cerca de la costa, con su abuela, y no tiene compañeros de juego... ninguno de verdad. Recuerda que el profesor de Organización Escolar nos advirtió que no tuviéramos 'favoritos' entre los alumnos, pero no puedo evitar querer más a Paul Irving que a los demás. No creo que haga daño, porque todo el mundo adora a Paul, hasta la señora Lynde, que dice que jamás imaginó llegar a estimar a un yanqui. También los otros niños lo aprecian. No hay en él nada débil o afeminado, a pesar de sus sueños e ideas fantasiosas. Es muy varonil y se defiende bien en todos los juegos. Se peleó con St. Clair Donnell porque St. Clair defendía que la Union Jack le ganaba a las Barras y Estrellas. Terminó en empate y acordaron respetar en adelante el patriotismo del otro. St. Clair afirma que él golpea más fuerte, pero Paul pega con más frecuencia.'

"La carta de Paul:

"Querida maestra:

"Nos pidió que escribiéramos sobre alguien interesante que conociéramos. Creo que las personas más interesantes son mis "amigos de la roca", y hablaré de ellos. Nunca lo conté a nadie salvo a abuela y a papá, pero me gustaría que usted lo supiera, porque entiende las cosas. Hay mucha gente que no las comprende, así que no vale la pena hablarles.

"Mis amigos de la roca viven junto a la costa. Casi todas las tardes los visitaba antes de que llegara el invierno. Ahora no podré hasta la primavera, pero ellos seguirán allí, porque la gente como ellos nunca cambia... eso es lo más maravilloso. Nora fue la primera que conocí, así que creo que la quiero más. Vive en la cala de los Andrews y tiene el pelo y los ojos negros, y sabe todo acerca de las sirenas y los kelpies de agua. Debería oír las historias que cuenta. Luego están los Marineros Gemelos. No viven en ningún sitio, siempre navegan, pero a menudo tocan tierra para hablar conmigo. Son un par de marineros alegres y han visto todo lo que hay en el mundo... y más allá. ¿Sabe lo que le pasó una vez al Gemelo Menor? Navegaba y entró en un rayo de luna. Un rayo de luna es la estela que hace la luna llena en el agua al salir del mar, maestra. Pues bien, el Gemelo Menor navegó por ese rayo hasta llegar a la misma luna; había una puertecita dorada y la abrió, pasando al otro lado. Tuvo aventuras increíbles, pero me extendería demasiado si se las contara.

"Luego está la Dama Dorada de la cueva. Un día encontré una cueva grande en la playa, entré y tras un rato la hallé. Ella tiene el pelo de oro hasta los pies y todo su vestido brilla y centellea como si fuera oro vivo. Lleva un arpa dorada y la toca todo el día... se puede oír la música en la orilla, aunque muchos creerían que solo es el viento entre las rocas. Nunca le conté a Nora sobre la Dama Dorada, por miedo a herir sus sentimientos. Hasta se enoja si hablo demasiado con los Marineros Gemelos.

"Siempre encuentro a los Marineros Gemelos en las Rocas Rayadas. El Gemelo Menor es muy bonachón, pero el Mayor puede ponerse pavoroso. Sospecho que, de atreverse, sería pirata. Es algo misterioso. Una vez soltó una palabrota y le dije que, si volvía a hacerlo, no vendría a hablar conmigo, porque prometí a abuela no tratar con gente que maldice. Se asustó mucho y me dijo que si lo perdonaba, me llevaría hasta la puesta de sol. La siguiente tarde, sentado yo en las Rocas Rayadas, llegó el Gemelo Mayor en

un barco encantado y me subí a él. Era tornasolado y nacarado, como el interior de un mejillón, y la vela parecía de rayo de luna. Pues navegamos directo hacia la puesta de sol. ¡Imagínese, maestra, he estado dentro de la puesta de sol! ¿Y qué es? Una tierra llena de flores. Navegamos hasta un gran jardín y las nubes eran canteros de flores. Atracamos en un puerto dorado y bajé a un prado cubierto de ranúnculos tan grandes como rosas. Me quedé allí un buen rato. Pareció casi un año, pero el Gemelo Mayor dice que solo fueron minutos. Verá, en la tierra del atardecer el tiempo es mucho más extenso que aquí.

"Su alumno cariñoso,
"Paul Irving.

"P.D.: Por supuesto, esta carta no es de veras, señorita.
" P.I.'"

XII - UN DÍA ACIAGO

Realmente empezó la noche anterior, cuando no pude dormir a causa de un odioso dolor de muelas. Anne se levantó en una mañana invernal, sombría y gélida, sintiendo que la vida era plana, sosa y sin valor.

Fue a la escuela con poco ánimo angélico. Tenía la mejilla hinchada y la cara dolorida. El aula estaba fría y llena de humo, pues la estufa se negaba a arder bien y los niños se apiñaban a su alrededor, tiritando. Anne los mandó a sus asientos con un tono más áspero que nunca. Anthony Pye avanzó con su petulante pavoneo habitual y ella lo vio murmurar algo a su compañero y luego sonreír con aire burlón.

A Anne le pareció que nunca habían chirriado tantos lápices como aquella mañana, y cuando Barbara Shaw se acercó al escritorio con un problema, tropezó con el cubo del carbón con consecuencias desastrosas: el carbón rodó por todo el aula, la pizarra se rompió en pedazos y, al levantarse, la cara de Barbara se llenó de polvo de carbón, provocando carcajadas en los chicos.

Anne se dio la vuelta, dejando la lección de lectura de Segundo Grado.

—Barbara —dijo con voz helada—, si no puedes moverte sin tropezarte con todo, será mejor que te quedes en tu asiento. Es francamente vergonzoso que a tu edad seas tan torpe.

La pobre Barbara regresó a su pupitre, mezclando lágrimas con polvo de carbón en el rostro, un espectáculo verdaderamente cómico. Jamás su amada maestra, comprensiva, le había hablado así, y Barbara estaba desconsola-

da. La propia Anne sintió un pinchazo de remordimiento, pero solo aumentó su irritación, y los de la clase de lectura recuerdan todavía aquella lección, así como la implacable sesión de aritmética que vino después. Justo cuando Anne dictaba las operaciones, llegó St. Clair Donnell, jadeante.

—Llegas media hora tarde, St. Clair —le dijo con frialdad—. ¿Por qué?

—Por favor, señorita, tuve que ayudar a mamá a hacer un pudín para la cena, porque esperamos visita y Clarice Almira está enferma —respondió St. Clair con voz respetuosa, aunque el motivo provocó la risa de sus compañeros.

—Siéntate y resuelve los seis problemas de la página ochenta y cuatro como castigo —ordenó Anne. St. Clair se mostró perplejo ante el tono, pero obedeció en silencio y sacó la pizarra. Luego pasó a hurtadillas un paquete a Joe Sloane, en el pupitre de al lado. Anne lo sorprendió y sacó una conclusión fatídica.

La anciana señora Hiram Sloane se había puesto a preparar y vender bizcochuelos con nueces para sumar a sus escasos ingresos. Los pasteles eran un anzuelo para los chicos y, desde hacía semanas, Anne lidiaba con ellos. De camino a la escuela, los niños solían gastar sus monedas en casa de la señora Hiram, llevaban los pasteles y si podían los comían y compartían en clase. Anne les había advertido que, si traían más pasteles, los confiscaría; y ahora allí estaba St. Clair Donnell pasándole uno —envuelto en el típico papel a franjas azules y blancas de la señora Hiram— bajo sus propias narices.

—Joseph —dijo Anne con calma—, tráeme ese paquete.

Sobresaltado y cohibido, Joe obedeció. Era un mocoso regordete, que siempre se ponía rojo y tartamudeaba al asustarse. Nunca nadie lució más culpable que él en ese momento.

—Échalo al fuego —ordenó Anne.

Joe se quedó atónito.

—S-s-señorita... —empezó.

—Haz lo que te digo, Joseph, sin protestar.

—P-pe... pe... pero... se... señorita... so... so... es... —farfulló Joe desesperado.

—Joseph, ¿vas a obedecer o no? —repitió Anne.

Incluso un chico más valiente que Joe Sloane se habría intimidado con ese tono y esa chispa en los ojos de la maestra. Aquella Anne era nueva para todos. Joe, con una mirada angustiada a St. Clair, avanzó hasta la estufa, abrió la portezuela cuadrada y arrojó el paquete azul y blanco antes de que St. Clair, que saltó de su asiento, soltara palabra. Luego retrocedió a toda prisa, justo a tiempo.

Durante unos instantes, los aterrados alumnos de la escuela de Avonlea no supieron si había sido un terremoto o una explosión volcánica. El paquete inocente que Anne había supuesto lleno de bizcochos de nuez en realidad contenía cohetes y ruedas pirotécnicas que Warren Sloane había encargado a la ciudad por mediación del padre de St. Clair Donnell para celebrar su cumpleaños esa tarde. Los cohetes estallaron con un estrépito ensordecedor y las ruedas, saliendo por la portezuela, giraron como locas por el aula, chisporroteando. Anne se desplomó en su silla, blanca de consternación, mientras las chicas se subían a los pupitres entre gritos. Joe Sloane permaneció clavado en el sitio y St. Clair, sin poder contener la risa, se retorció en el pasillo. Prillie Rogerson se desmayó y Annetta Bell tuvo un ataque de histeria.

Pareció pasar mucho rato —aunque solo fueron unos minutos— antes de que la última rueda se apagara. Anne, recobrando el aplomo, abrió puertas y ventanas para ventilar el humo y los gases. Después, ayudó a llevar a la desmayada Prillie al porche, donde Barbara Shaw, desesperada por ser útil, le echó un cubo de agua medio helada por encima antes de que nadie pudiera detenerla.

Pasó una hora hasta que se restableció el orden. Pero era un orden casi opresivo. Todos comprendían que ni siquiera la explosión había despejado el ánimo de la maestra. Nadie, salvo Anthony Pye, se atrevía a susurrar. Ned Clay hizo rechinar por azar su lápiz mientras resolvía un problema, pilló la mirada de Anne y deseó que se lo tragara la tierra. La clase de geografía cruzó un continente con velocidad de vértigo y la de gramática fue analizada sin piedad. Chester Sloane, deletreando “odoriferous” con dos “f”, sintió que jamás se libraría de la vergüenza ni en este mundo ni en el venidero.

Anne sabía que había hecho el ridículo y que aquel suceso daría de qué hablar esa misma noche en una veintena de mesas de té. Eso solo la enojaba

más. En un momento sereno, habría capeado la situación con humor, pero ahora le resultaba imposible; optó por ignorarlo con un desdén gélido.

Cuando Anne regresó tras el almuerzo, los niños estaban en sus sitios, con la mirada fija en los pupitres, menos Anthony Pye, que la observaba con ojos chispeantes de curiosidad burlona. Anne abrió el cajón de su escritorio en busca de tiza y, ante su mano, surgió un ratón vivito y coleando que corrió sobre el pupitre y saltó al suelo.

Anne gritó y retrocedió como si fuera una serpiente. Anthony Pye soltó una carcajada. Después sobrevino un silencio denso y desagradable. Annetta Bell dudó si le convenía otro ataque de histeria, especialmente al no saber por dónde andaba el ratón, pero decidió contenerse. ¿Qué consuelo podría hallar en un berrinche ante una maestra con el rostro tan lívido y los ojos llameantes?

—¿Quién metió ese ratón en mi cajón? —dijo Anne con voz baja que le erizó la piel a Paul Irving. Joe Sloane se sintió culpable de pies a cabeza y balbuceó horrorizado:

—N-n-no f-f-fui y-yo, se-señorita, n-n-no...

Anne no le hizo caso. Miró a Anthony Pye, y Anthony la miró sin la menor vergüenza.

—¿Fuiste tú, Anthony?

—Sí, yo fui —repuso él con insolencia.

Anne tomó la vara que guardaba en el escritorio. Era una varita larga y gruesa de madera dura.

—Ven aquí, Anthony.

No fue el castigo más duro que hubiera sufrido Anthony en su vida. La Anne enfurecida de ese instante tampoco habría podido castigarlo con crueldad. Pero la vara pinchaba con fuerza, y al final la valentía de Anthony flaqueó; gimió y se le humedecieron los ojos. Anne, abrumada por el remordimiento, dejó caer la vara y ordenó a Anthony volver a su sitio. Ella se sentó, sintiéndose avergonzada y arrepentida. La furia intensa había cesado y habría dado lo que fuera por romper a llorar. ¡Tanto jactarse y todo terminaba así! ¡Había azotado a un alumno! ¡Cuánto se regodearía Jane y se burlaría el señor Harrison! Pero lo peor, lo más doloroso, era que con ello per-

día la última oportunidad de ganarse a Anthony Pye. Ahora jamás la querría.

Aquella noche, en la soledad de su cuarto, Anne lloró toda su vergüenza, su arrepentimiento y frustración contra la almohada... lloró tanto que Marilla se alarmó y entró a exigir explicaciones.

—El problema es que mi conciencia anda mal —sollozó Anne—. ¡Ay, ha sido un día nefasto, Marilla! Me avergüenzo de mí misma. Perdí los estribos y le di un azote a Anthony Pye.

—Me alegra oírlo —repuso Marilla con firmeza—. Ya debías haberlo hecho.

—¡No, no, Marilla! Y no sé cómo podré mirar de nuevo a esos niños a la cara. Siento como si me hubiera humillado hasta el polvo. No te imaginas lo arisca y odiosa que estuve. No olvido la cara de asombro y decepción de Paul Irving. Ay, Marilla, me esforcé tanto por ser paciente y ganarme a Anthony... y ahora todo fue en vano.

Marilla le acarició el sedoso cabello con ternura insólita. Cuando los sollozos de Anne se calmaron, dijo con voz muy suave para ser ella:

—Te tomas las cosas demasiado a pecho, Anne. Todos nos equivocamos... pero la gente olvida. Y días aciagos tenemos todos. ¿Por qué te importa si Anthony te odia? Él es el único.

—No puedo evitarlo. Quiero que todos me quieran y me duele tanto que no me quieran. Y Anthony nunca me querrá ahora. He hecho el ridículo hoy, Marilla. Te lo contaré todo.

Marilla escuchó, y si sonrió en ciertos pasajes, Anne no lo notó. Al acabar el relato, dijo con brío:

—Bueno, da igual. Este día pasó y mañana amanece otro sin errores, como tú misma decías antes. Baja a cenar. Verás como una buena taza de té y esos pastelitos de ciruela que hice te levantan el ánimo.

—Los pastelitos no alivian un alma enferma —repuso Anne con desaliento, pero Marilla pensó que era buena señal que tomara una cita y la adaptara.

La cena animada, con la cara risueña de los gemelos y los inmejorables pasteles de ciruela —de los que Davy comió cuatro— le devolvió algo de alegría. Durmió bien y despertó viendo que ella y el mundo se habían transformado. Había nevado copiosamente toda la noche y la hermosa blancura, refulgente bajo el sol helado, parecía un manto de caridad tendido sobre todos los errores y humillaciones pasadas.

“Cada día es un nuevo comienzo,
cada día renace el mundo”,

canturreó Anne mientras se vestía.

A causa de la nieve, tuvo que tomar el camino largo para ir a la escuela, y pensó que era una traviesa coincidencia que se topara con Anthony Pye justo al salir del sendero de Green Gables. Se sintió tan culpable como si se hubieran invertido los papeles. Pero, para su asombro, Anthony no solo se descubrió el sombrero —cosa que jamás había hecho— sino que habló con sencillez:

—Es duro andar con tanta nieve, ¿verdad? ¿Quiere que le lleve esos libros, señorita?

Anne se los cedió y se preguntó si estaría soñando. Anthony avanzó en silencio hasta la escuela, y cuando se los devolvió, ella lo miró sonriente, no con la amable mueca forzada que usaba cuando trataba de ganárselo, sino con un súbito gesto de compañerismo. Anthony sonrió... o, a decir verdad, soltó una mueca. No se considera la mueca algo respetuoso, pero Anne comprendió de pronto que, aunque tal vez no hubiera ganado su cariño, de algún modo sí su respeto.

El sábado siguiente, la señora Lynde subió y lo confirmó:

—Bueno, Anne, supongo que ya te has ganado a Anthony Pye. Él dice que, después de todo, puede que valgas algo, pese a ser mujer. Dice que esa azotaina que le diste ‘valió lo mismo que si fuera un hombre’.

—No esperaba ganarlo a golpes —comentó Anne tristemente, sintiendo que sus ideales la habían traicionado—. No me parece bien. Estoy segura de que mi teoría de la amabilidad no puede ser errónea.

—Bueno, los Pye son la excepción a cualquier regla —declaró la señora Lynde con convicción.

El señor Harrison se limitó a decir: “Sabía que llegarías a esto”, cuando se enteró, y Jane se lo restregó sin piedad.

XIII - UN PÍCNIC DORADO

Anne iba camino de Orchard Slope cuando se encontró con Diana, que se dirigía a Green Gables, en el viejo puentecito cubierto de musgo que cruzaba el arroyo bajo el Bosque Encantado. Se sentaron junto al Manantial de la Dríade, donde brotaban diminutos helechos encrespados como duendecillos verdes que despiertan de un sueño.

—Justo iba a invitarte a celebrar mi cumpleaños el sábado —dijo Anne.

—¿Tu cumpleaños? ¡Pero si fue en marzo!

—No fue culpa mía —rió Anne—. Si mis padres me hubieran consultado, no habría ocurrido entonces. Habría elegido la primavera, por supuesto. Debe de ser maravilloso nacer con las violetas y las anémonas: sentirías que eres su hermana adoptiva. Pero, como no fue así, lo siguiente mejor es celebrarlo ahora en primavera. Priscilla vendrá el sábado, y Jane estará en casa. Las cuatro iremos al bosque a pasar un día dorado, conociendo a la primavera. Ninguna la conoce realmente, pero la encontraremos allí como en ningún otro lugar. Quiero explorar campos y rincones solitarios. Presiento que hay docenas de recovecos hermosos que nadie ha contemplado realmente, aunque hayan pasado por allí. Seremos amigas del viento, del cielo y el sol, y traeremos la primavera en el corazón.

—Suena precioso —concedió Diana, con cierta desconfianza interior hacia la magia verbal de Anne—. Pero, ¿no habrá todavía mucho fango en ciertos sitios?

—Pues usaremos botas de goma —cedió Anne a lo práctico—. Quiero que vengas temprano el sábado a ayudarme con la comida. Haré las cosas más delicadas que pueda... cositas que combinen con la primavera, ¿me entiendes? Tartaletas de jalea, bizcochos cubiertos de glaseado rosa y amarillo, galletitas espolvoreadas y un pastel de mantequilla. Aunque también pondremos bocadillos, pese a que no sean muy poéticos.

El sábado amaneció ideal para un pícnic: brisa y cielo azul, un sol tibio, con un viento alegre que peinaba praderas y huertos. Se extendía un delicado verde florido por cada colina y campo soleado.

El señor Harrison, que araba en el fondo de su granja y, pese a su edad madura, sentía el influjo primaveral, vio a cuatro muchachas cargadas de canastas cruzar el extremo de su terreno, colindante con un bosque de abetos y abedules. Sus voces y risas resonaban hasta él.

—Es tan fácil sentirse feliz en un día así, ¿no creen? —decía Anne con su filosofía tan suya—. Hagamos que sea un día de oro, chicas, uno que recordemos con placer. Busquemos la belleza y no miremos nada más. ‘¡Fuera, penas!’ Jane, estabas pensando en algo que salió mal en la escuela ayer.

—¿Cómo lo sabes? —soltó Jane, asombrada.

—Conozco esa expresión... yo misma la he llevado. Pero échalo de la cabeza, sé buena. Ya llegará el lunes para eso... o si no llega, mejor. ¡Oh, chicas, miren ese parche de violetas! Es algo para la galería de recuerdos. Cuando tenga ochenta años —si llego—, cerraré los ojos y veré esas violetas igual que ahora. Ese es el primer regalo que nos da el día.

—Si un beso se pudiera ver, pienso que se parecería a una violeta —dijo Priscilla.

Anne se iluminó.

—Me alegra que lo digas, Priscilla, en lugar de guardarlo en silencio. El mundo sería mucho más interesante si la gente expresara sus pensamientos genuinos.

—Algunos se meterían en graves líos —observó Jane con sabiduría.

—Tal vez, pero sería culpa suya por albergar malas ideas. De todos modos, hoy solo tendremos pensamientos hermosos y cada una dirá lo que le

brote. Eso es conversar. Mira, aquí hay un senderito que nunca vi. ¡Vamos a explorarlo!

El camino era angosto y serpenteante, las ramas de abeto rozaban sus caras y caminaban en fila. Bajo los abetos había un manto de musgo aterciopelado y, más adelante, donde los árboles eran más jóvenes y dispersos, el suelo rebosaba un tapiz de verdes hierbas.

—¡Cuántas “orejas de elefante”! —exclamó Diana—. Voy a coger un buen ramo, son tan lindas.

—¿Cómo semejantes hojas suaves y plumosas terminaron con un nombre tan horrible? —preguntó Priscilla.

—Porque quien las bautizó no tenía imaginación... o le sobraba —respondió Anne—. ¡Oh, miren eso!

Aquello era un remanso en medio de un claro, donde el sendero terminaba. Más adelante, en la temporada, se secaría y lo cubrirían helechos, pero ahora era un charco sereno y transparente como el cristal. Un anillo de abedules jóvenes lo rodeaba, y pequeños helechos orlaban la orilla.

—¡Qué tierno! —exclamó Jane.

—Dancemos a su alrededor como ninfas —gritó Anne, soltando la canasta y extendiendo los brazos.

Pero el baile no prosperó, pues el suelo era pantanoso y Jane perdió las botas de goma.

—No se puede ser ninfa con botas de goma —resolvió.

—Al menos pongámosle nombre antes de irnos —dijo Anne—. Cada una sugiera uno, y lo sorteamos. Diana.

—Estanque de los Abedules —propuso Diana enseguida.

—Lago de Cristal —dijo Jane.

Anne, tras ella, suplicó a Priscilla con la mirada que no dijera otro igual, y Priscilla estuvo a la altura diciendo:

—Glimmer-glass.

Anne escogió “El Espejo de las Hadas”.

Anotaron los nombres en tiras de corteza de abedul con el lápiz que la maestra Jane sacó de su bolsillo, y las pusieron en el sombrero de Anne. Priscilla cerró los ojos y sacó uno.

—Lago de Cristal —leyó Jane, triunfante.

Así se llamó, y si Anne consideró que la suerte había sido injusta con el estanque, no lo dijo.

Abriéndose paso por la maleza salieron al prado trasero del señor Silas Sloane. Cruzándolo, dieron con un caminito que serpenteaba hacia el bosque y decidieron explorarlo también. Las recompensó con varias sorpresas encantadoras. Primero, bordeando el prado del señor Sloane, un arco de cerezos en flor. Se colgaron los sombreros del brazo y coronaron sus cabellos con esas flores cremosas. Luego, el sendero dobló en ángulo recto y se sumergió en un abetal tan cerrado y oscuro que avanzaron en una penumbra casi crepuscular, sin atisbo de cielo ni sol.

—Aquí viven los duendes malvados —susurró Anne—. Son traviesos y maliciosos, pero no pueden hacernos nada porque no les está permitido hacer mal en primavera. Vi uno espiándonos tras ese abeto nudoso, ¿y no vieron un grupo de ellos sentado en ese gran hongo con manchas? Los duendes buenos habitan en los lugares soleados.

—Ojalá existieran hadas de veras —dijo Jane—. Sería estupendo que te concedieran tres deseos... o uno siquiera. ¿Qué pedirían?

—Yo pediría ser rica, guapa y lista —contestó Jane.

—Yo, ser alta y esbelta —añadió Diana.

—Yo quisiera ser famosa —confesó Priscilla. Anne pensó en su pelo, mas desechó la idea por indigna.

—Yo desearía que fuera primavera siempre, en el corazón de todos y en toda la vida —dijo Anne.

—Pero —apuntó Priscilla— eso sería desear que el mundo fuera como el cielo.

—Solo una parte del cielo. En las otras habría verano y otoño... e incluso un poco de invierno. Creo que querría también campos nevados refulgentes y heladas blancas. ¿No, Jane?

—No... no sé —repuso Jane, incómoda. Era buena chica, miembro de la iglesia, que intentaba vivir según su fe y creía todo lo que le enseñaban, pero no pensaba en el cielo más de lo indispensable.

—Minnie May me preguntó el otro día si usaríamos nuestros mejores vestidos a diario en el cielo —rió Diana.

—¿Y no le dijiste que sí? —preguntó Anne.

—Por Dios, no. Le dije que allí ni pensaríamos en vestidos.

—Oh, yo creo que sí... un poco —replicó Anne con pasión—. Hay tiempo de sobra en la eternidad para no descuidar cosas más importantes. Me imagino que vestiremos ropas hermosas... o, tal vez, “vestimentas” suene más apropiado. A mí me gustaría ponerme de rosa unos cuantos siglos, al principio... creo que tardaría eso en cansarme, con lo que adoro el rosa. Y aquí no lo puedo usar.

Tras los abetos el sendero bajó a un claro soleado atravesado por un puentecillo de troncos, y luego surgió la magnífica luz de un hayedo, con el aire como vino dorado traslúcido, las hojas tiernas y verdes, y el suelo un mosaico de sol tembloroso. Luego más cerezos silvestres, un valle de esbeltos abetos y, tras una cuesta empinada que les cortó el aliento, un final digno del mejor desenlace.

Más allá estaban los "campos traseros" de las granjas que limitaban con la carretera alta de Carmody. Justo ante ellas, cercado por hayas y abetos pero abierto al sur, había un rinconcito y en él un jardín... o lo que fue un jardín antaño. Un viejo muro de piedra, cubierto de musgos y hierba, lo rodeaba. En el lado oriental, una hilera de cerezos de flor, blancos como un copo de nieve. Se distinguían trazas de sendas antiguas y una doble hilera de rosales en el centro, pero el resto era un tapiz de narcisos amarillos y blancos, de un aire liviano y balanceándose al viento sobre la hierba densa.

—¡Qué maravilla! —exclamaron tres de las chicas. Anne solo contempló, elocuente en silencio.

—¿Cómo es posible que hubiera aquí un jardín? —se asombró Priscilla.

—Debe de ser el de Hester Gray —señaló Diana—. Oí hablar de él a mamá, pero nunca lo vi, y ni pensaba que siguiera existiendo. ¿Conoces la historia, Anne?

—No, aunque el nombre me suena.

—La viste en el cementerio. Está sepultada allí, en la esquina de los álamos. Esa piedra marrón con las puertas talladas y ‘Sagrado a la memoria de Hester Gray, veintidós años’. A su lado reposa Jordan Gray, pero sin lápida. Me extraña que Marilla no te lo contara. Claro, pasó hace treinta años y todos lo han olvidado.

—Pues si hay historia, la queremos —dijo Anne—. Sentémonos entre estos narcisos y cuéntanos, Diana. ¡Cuántos hay! Han invadido todo. Parece un tapiz de rayo de sol y luz de luna a la vez. Este hallazgo bien valía la pena. Pensar que llevo seis años a un kilómetro y no lo había visto. Ahora, Diana.

—Hace mucho —empezó Diana—, esta granja era de un tal señor David Gray. No vivía aquí, sino donde está ahora Silas Sloane. Tenía un solo hijo, Jordan, que se fue a trabajar a Boston un invierno y allí se enamoró de Hester Murray. Ella trabajaba en una tienda y lo odiaba. Se había criado en el campo y ansiaba regresar. Cuando Jordan le propuso matrimonio, aceptó con la condición de que la llevara a un lugar tranquilo, rodeado de campos y bosques. Así la trajo a Avonlea. La señora Lynde decía que era arriesgado casarse con una yanqui y, ciertamente, Hester era frágil y mala ama de casa; pero mamá dice que era preciosa y dulce, y Jordan la adoraba. El señor Gray le cedió a Jordan esta finca y él construyó una casita aquí, donde vivieron cuatro años. Ella apenas salía y casi nadie la visitaba, salvo mamá y la señora Lynde. Jordan le hizo este jardín y a ella le encantaba, pasaba casi todo el tiempo aquí. Cuidar la casa se le daba fatal, pero con las flores era genial. Luego enfermó. Mamá sospecha que ya venía con tuberculosis. Nunca estuvo encamada del todo, pero fue debilitándose. Jordan no quiso a nadie cuidándola, lo hacía él todo. Mamá dice que era tierno y delicado como una mujer. Cada día la envolvía en un chal y la llevaba al jardín, y allí pasaba ella horas en un banco, tan feliz. Dicen que por las noches y mañanas lo hacía arrodillarse y rezar con ella para que, llegado el momento, muriera en el jardín. Y su plegaria se cumplió. Un día Jordan la sacó al banco y recogió todas las rosas abiertas, cubriéndola con ellas. Ella lo miró, sonriente... cerró los ojos... y —acabó Diana en voz baja— todo terminó.

—¡Ay, qué historia tan tierna! —suspiró Anne, limpiándose las lágrimas.

—¿Qué fue de Jordan? —preguntó Priscilla.

—Vendió la granja tras la muerte de Hester y regresó a Boston. El señor Jabez Sloane la compró y trasladó la casita junto a la carretera. Jordan murió diez años después y lo trajeron aquí para enterrarlo junto a Hester.

—No entiendo cómo a ella le gustaba vivir aquí, tan apartada de todo — comentó Jane.

—Yo sí lo entiendo —replicó Anne, pensativa—. Yo misma no querría algo tan solitario siempre, porque amo también a la gente. Pero comprendo a Hester. Estaba harta del bullicio urbano y la gente entrando y saliendo sin importarle nada. Solo anhelaba escapar a un lugar sosegado, verde y amigable donde descansar. Y justo obtuvo lo que deseaba, cosa que pocos logran, creo. Tuvo cuatro años maravillosos antes de morir... cuatro años de felicidad absoluta, así que siento que fue más envidiable que digna de lástima. Luego, cerrar los ojos y dormirse entre rosas, bajo la mirada de quien más amas en la tierra... oh, a mí me parece precioso.

—Ella plantó esos cerezos —continuó Diana—. Le dijo a mamá que no viviría para comer sus frutos, pero quería pensar que algo suyo seguiría vivo, embelleciendo el mundo tras su muerte.

—Qué bueno que vinimos por aquí —dijo Anne, con ojos radiantes—. Hoy es mi cumpleaños adoptivo, ¿saben?, y este jardín con su historia es el regalo que me ha dado. ¿Te contó tu madre cómo era Hester Gray, Diana?

—No... solo que era muy bonita.

—Me alegro, así puedo imaginarla sin estar limitada por datos. Creo que era muy menudita y delgada, con el pelo oscuro y rizado y unos ojos pardos grandes y tímidos en un rostro pálido y melancólico.

Las chicas dejaron sus canastas en el jardín de Hester y pasaron la tarde explorando bosques y campos cercanos, descubriendo recovecos y senderos hermosos. Al sentir hambre, almorzaron en el rincón más bonito de todos: a la orilla de un arroyo bullicioso, entre blancos abedules brotando de hierbas plumosas. Sentadas junto a las raíces, dieron buena cuenta de las exquisiteces de Anne, hasta los prosáicos bocadillos sabían deliciosos a sus apetitos frescos. Anne había traído vasos y limonada para sus amigas, pero ella bebió agua helada del arroyo en un vaso improvisado con corteza de abedul. Goteaba y tenía sabor a tierra, como suele pasar con el agua de arroyos en

primavera; pero a Anne le pareció más apropiado a la ocasión que la limonada.

—Miren, ¿ven ese poema? —dijo de pronto, señalando.

—¿Dónde? —Jane y Diana creyeron que verían versos rúnicos en los abedules.

—Allí, en el arroyo: ese viejo tronco verde, musgoso, con el agua escurriendo en ondas suaves, como si estuviera peinado, y ese rayo de sol cayendo oblicuo hasta el fondo del charco. ¡Oh, es el poema más bello que vi jamás!

—Yo más bien lo llamaría cuadro —objetó Jane—. Un poema son versos y estrofas.

—¡Ay, no, por Dios! —Anne negó con vehemencia—. Esos versos son solo el ropaje externo del poema, no más que tus volantes son tú, Jane. El verdadero poema es el alma dentro de ellos... y esa imagen hermosa es el alma de un poema que no se ha escrito. No todos los días ve una el alma... ni siquiera de un poema.

—Me pregunto qué aspecto tendría un alma... de persona —musitó Priscilla soñadora.

—Parecería eso —respondió Anne, señalando un chorro de sol tamizado a través de un abedul—, solo que con forma y rasgos. Me gusta imaginar las almas hechas de luz. Algunas con visos rosados y vibrantes... otras con un brillo suave como la luna en el mar... y otras, pálidas y traslúcidas como niebla al alba.

—Leí una vez que las almas son como flores —comentó Priscilla.

—Entonces tu alma es un narciso dorado —dijo Anne—. Y la de Diana, una rosa muy roja. La de Jane, una flor de manzano, rosada, saludable y dulce...

—Y la tuya, una violeta blanca, con hilos morados en su interior —remató Priscilla.

Jane le susurró a Diana que no entendía nada de lo que hablaban, y Diana tampoco.

Volvieron a casa a la luz de un atardecer dorado, con las canastas repletas de narcisos del jardín de Hester, algunos de los cuales llevó Anne al día siguiente al cementerio y los dejó sobre la tumba de Hester. Los petirrojos cantaban entre los abetos y las ranas en los pantanos. Todas las cuencas entre las colinas rebosaban de topacio y esmeralda.

—Al final lo pasamos genial —dijo Diana, como si no lo hubiera esperado al salir.

—Ha sido un día verdaderamente de oro —comentó Priscilla.

—A mí la verdad es que me encantan los bosques —añadió Jane.

Anne no dijo nada. Miraba al lejano cielo occidental y pensaba en la pequeña Hester Gray.

XIV - UN PELIGRO EVITADO

Una tarde de viernes, mientras Anne regresaba de la oficina de correos, se topó con la señora Lynde, quien, como de costumbre, cargaba con todas las responsabilidades de la Iglesia y el Estado.

—Acabo de ir a casa de Timothy Cotton, a ver si conseguía que Alice Louise me echara una mano unos días —comentó—. La tuve la semana pasada; aunque va tan despacio que, si la frenaran, se pararía, es mejor que nada. Pero está enferma y no puede venir. Timothy también está ahí, tosiedo y lamentándose. Lleva muriéndose diez años y seguirá así diez más. De esa clase ni morir se pueden de una vez... no perseveran en nada, ni siquiera en estar enfermos lo suficiente como para acabarlo. Es una familia de lo más descuidada, y qué será de ellos, no lo sé... tal vez la Providencia sí.

La señora Lynde suspiró como si dudara de que la Providencia tuviera un conocimiento tan amplio del asunto.

—El martes Marilla fue otra vez con lo de sus ojos, ¿no? ¿Qué le dijo el especialista? —prosiguió.

—Estaba muy contento —respondió Anne con alegría—. Dice que han mejorado mucho y cree que ya no corre peligro de quedarse ciega. Pero no podrá leer demasiado ni dedicarse a labores muy finas. ¿Cómo van tus preparativos para la feria?

La Sociedad de Ayuda Femenina preparaba una kermés y cena, y la señora Lynde era su principal artífice.

—Bastante bien... y eso me recuerda algo. La señora Allan piensa que estaría bien montar un puesto que parezca una cocina de antaño y servir una comida de frijoles al horno, donas, pastel y cosas así. Estamos reuniendo aderezos viejos por todas partes. La señora Simon Fletcher nos va a prestar las alfombras trenzadas de su madre, y la señora Levi Boulter unas sillas antiguas, y la tía Mary Shaw nos dejará su alacena con puertas de cristal. Supongo que Marilla nos prestará sus candelabros de latón, ¿verdad? Queremos todos los platos viejos que podamos, sobre todo un auténtico plato grande de loza azul estilo “willow”. Pero no hallamos ninguno. ¿Tú sabes dónde conseguir uno?

—La señorita Josephine Barry tiene uno. Le escribiré para pedirle que nos lo preste —dijo Anne.

—Bueno, hazlo, por favor. Supongo que tendremos la feria en un par de semanas. El tío Abe Andrews está pronosticando lluvias y tormentas para esas fechas, y eso casi siempre es señal segura de buen tiempo.

El tal “tío Abe”, conviene mencionarlo, era al menos parecido a otros profetas en que no tenía mucho honor en su propia tierra. De hecho, era casi un chiste en Avonlea, porque sus predicciones meteorológicas rara vez se cumplían. El señor Elisha Wright, que se creía humorista local, solía decir que nadie en Avonlea se molestaba en mirar el pronóstico de los periódicos de Charlottetown: preguntaban al tío Abe sobre el tiempo del día siguiente... y esperaban lo contrario. Sin inmutarse, el tío Abe seguía profetizando.

—Queremos que la feria sea antes de las elecciones —continuó la señora Lynde—, porque los candidatos vendrán y soltarán mucho dinero. Los conservadores están comprando votos a diestro y siniestro, así que al menos que lo gasten en algo honrado por una vez.

Anne era conservadora entusiasta por lealtad al recuerdo de Matthew, pero guardó silencio. Sabía que no convenía tentar a la señora Lynde con política. Llevaba en la mano una carta para Marilla, con matasellos de un pueblo de la Columbia Británica.

—Probablemente sea del tío de los niños —comentó, excitada, al llegar a casa—. ¡Oh, Marilla, me pregunto qué dirá de ellos!

—Lo mejor será abrirla y verlo —contestó Marilla con sequedad. Un observador atento podría haber notado su propia agitación, aunque habría pre-

ferido morir antes que mostrarla.

Anne rasgó el sobre y echó un vistazo al texto, desaliñado y mal escrito.

—Dice que no puede llevarse a los niños esta primavera... que ha estado enfermo la mayor parte del invierno y su boda se ha aplazado. Pide si podemos quedárnoslos hasta el otoño y entonces lo intentará. Por supuesto, ¿verdad, Marilla?

—No veo otra cosa que hacer —replicó Marilla, algo áspera, aunque sintió un íntimo alivio—. De todos modos no son ya tanta molestia... o nos hemos acostumbrado a ellos. Davy ha mejorado mucho.

—Sus modales ciertamente son mejores —dijo Anne con cautela, como si no pudiera decir lo mismo de su moral.

La tarde anterior, Anne había vuelto de la escuela y encontró a Marilla fuera en una reunión de ayuda, a Dora dormida en el sofá de la cocina y a Davy en el armario de la sala, devorando con júbilo un tarro de mermelada de ciruela amarilla famosa de Marilla —lo que Davy llamaba “mermelada de visita”— que se le tenía prohibido tocar. Puso cara de gran culpabilidad cuando Anne lo descubrió y lo sacó del armario.

—¡Davy Keith, sabes bien que está muy mal comerte esa mermelada después de prohibírtelo!

—Sí, lo sabía —admitió, incómodo—, pero es que la mermelada de ciruela está buenísima, Anne. Solo eché un vistazo y se veía tan rica, que pensé probar un poquito con mi dedo... —Anne se lamentó—. Y resultó tan más rica de lo que imaginaba que cogí una cuchara y me puse a ello.

Anne le sermoneó muy seriamente sobre el pecado de robar mermelada, y Davy, compungido, prometió no volver a hacerlo.

—De todas formas habrá montones de mermelada en el cielo, eso consuela —añadió con autosatisfacción.

Anne se contuvo de reír.

—Tal vez la haya... si la deseamos —dijo—. ¿Por qué lo crees?

—Pues porque sale en el catecismo —explicó Davy.

—No, Davy, eso no aparece en ningún catecismo.

— ¡Pero te digo que sí! — insistió—. Lo aprendí el domingo, en esa pregunta que Marilla me enseñó: “¿Por qué debemos amar a Dios?”. Dice: “Porque Él hace conservas y nos redime”. “Conservas” es solo una forma sagrada de decir mermelada.

— Necesito un vaso de agua — dijo Anne, corriendo a la cocina. Cuando volvió, le costó un rato aclararle a Davy que una coma en esa frase del catecismo cambiaba mucho el significado.

— Bueno, me parecía demasiado bueno para ser cierto — concluyó Davy, con un suspiro de convencimiento defraudado—. Además, no veo cuándo tendría tiempo Él para hacer mermelada si allí todo es un día eterno de reposo, según el himno. Creo que no me apetece ir al cielo. ¿No habrá nunca sábados en el cielo, Anne?

— Sí, sábados y todo tipo de días hermosos. Y cada día será más bello que el anterior, Davy — afirmó Anne, contenta de que Marilla no estuviera para escandalizarse. Baste decir que Marilla criaba a los gemelos siguiendo los viejos métodos teológicos y desalentaba toda especulación fantasiosa. Cada domingo, Davy y Dora aprendían un himno, una pregunta de catecismo y dos versículos de la Biblia. Dora lo hacía con docilidad, recitándolos cual maquinita, sin el menor interés. Davy, en cambio, tenía una curiosidad viva y solía formular preguntas que a Marilla le hacían temer por su salvación.

— Chester Sloane dice que en el cielo no haremos más que pasear en vestidos blancos y tocar el arpa, y él prefiere no ir hasta que sea viejito, a ver si entonces le apetece más. Y cree que será horrible llevar vestidos, y yo también. ¿Por qué los ángeles hombres no pueden usar pantalones, Anne? Chester Sloane se interesa en esas cosas porque quieren hacerlo pastor. Tiene que serlo para heredar la plata que su abuela dejó para la universidad, y sin embargo preferiría ser herrero. Pero dice que va a divertirse mientras pueda, antes de empezar con la vida de pastor, porque luego no cree tener mucha. Yo no seré pastor; voy a ser tendero como el señor Blair y tener montones de caramelos y bananas. Pero sí me gustaría ir a tu clase de cielo, si me dejaran tocar la armónica en vez del arpa. ¿Crees que me dejarían?

— Sí, creo que sí, si así lo quisieras — fue todo lo que Anne se atrevió a contestar.

Aquella noche se reunió la A.V.I.S. en casa del señor Harmon Andrews, con asistencia casi completa, pues tenían que tratar asuntos importantes. Iba viento en popa y había hecho maravillas. A principios de primavera, el señor Major Spencer cumplió su promesa y eliminó tocones, allanó y sembró todos los márgenes de su granja junto al camino. Otro puñado de granjeros lo siguió, unos por no quedarse atrás y otros animados por los Mejoradores en su propia familia. Así, largos trechos de hierba aterciopelada habían reemplazado matorrales. Los frentes que quedaban intactos se veían tan mal en comparación, que sus dueños se sintieron avergonzados y se propusieron hacer algo el próximo año. También se limpió, allanó y sembró el triángulo en la bifurcación, y el cantero de geranios de Anne — sin sufrir ataques de vacas — ya florecía en medio.

En conjunto, los Mejoradores se veían muy satisfechos, aunque el señor Levi Boulter, abordado con tacto por una delegación elegida a tal efecto respecto a la vieja casa de su granja superior, se negó rotundamente a que la tocaran. En esta reunión pretendían redactar una petición a los síndicos escolares suplicando una cerca para el patio de la escuela, y discutir la posibilidad de plantar algunos árboles ornamentales junto a la iglesia, si el fondo lo permitía... pues, como Anne decía, no valía abrir otra colecta mientras el salón siguiera azul. Los miembros estaban reunidos en la sala de los Andrews y Jane estaba a punto de proponer elegir una comisión para averiguar costos de árboles cuando irrumpió Gertie Pye, emperifollada y peinada con un moño espectacular. Gertie solía llegar tarde — “para entrar con más efecto”, decían con malicia—. Y, desde luego, esta vez fue efectiva: se detuvo en medio, alzó las manos, alargó los ojos y exclamó:

—Me acabo de enterar de algo horrible. ¿Se imaginan? El señor Judson Parker va a alquilar todo el cerco de su granja a una empresa de medicinas patentadas para que pinten sus anuncios.

Por una vez, Gertie Pye logró la sensación que deseaba. Habría sido casi lo mismo tirar una bomba entre los satisfechos Mejoradores.

—No puede ser verdad —dijo Anne, desconcertada.

—Eso pensé yo al oírlo —respondió Gertie, disfrutando—. Dije que no creía que Judson Parker fuera capaz. Pero papá habló con él esta tarde, y él reconoció que sí. ¡Imagínense! Su granja da a la carretera de Newbridge, y qué horror ver carteles de píldoras y ungüentos por todo el cerco.

Los Mejoradores se lo imaginaron con claridad. Hasta el más prosaico vislumbraba la grotesca imagen de medio kilómetro de anuncios. Todo lo demás, iglesia y patio escolar, quedó de lado ante esta nueva amenaza. Nadie recordaba ya normas parlamentarias, y Anne, desesperada, renunció a redactar acta alguna. Todos hablaban a la vez y el estrépito era terrible.

— Tranquilos, por favor — suplicó Anne, la más alterada —. Pensemos en un modo de evitarlo.

— No veo cómo impedirlo — se quejó Jane, amargada—. Todos conocemos a Judson Parker. Haría cualquier cosa por dinero. Ni pizca de espíritu cívico ni sentido de la belleza.

El panorama pintaba mal. Judson Parker y su hermana eran los únicos Parker en Avonlea, así que no había forma de hacer presión por lazos familiares. Martha Parker era una solterona sin disimulo, que no aprobaba a la gente joven y menos a los Mejoradores. Judson era un hombre risueño y zalamero, tan sereno y amable que resultaba sorprendente la poca amistad que le tenían. Tal vez había ganado demasiado en sus tratos. Se rumoraba que era muy “astuto” y con escasos principios.

— Si a Judson Parker le surge la mínima ocasión de ganar un dólar, no la desaprovechará — afirmó Fred Wright.

— ¿No hay quien influya en él? — dijo Anne con desesperación.

— Anda tras Louisa Spencer, de White Sands — apuntó Carrie Sloane—. Quizá ella lo convenza.

— Ni hablar — dijo Gilbert—. Conozco bien a Louisa Spencer. No “cree” en las Sociedades de Mejoras, pero sí en los dólares. Antes lo animaría que disuadirlo.

— La única opción es formar un comité que vaya a protestar — propuso Julia Bell—, y deben ser muchachas, porque a los chicos no los trataría ni con respeto. Pero yo no iré, ni se les ocurra proponerme.

— Mejor mandamos sola a Anne — sugirió Oliver Sloane—. Si alguien puede persuadir a Judson, es ella.

Anne protestó; dispuesta a hablar, sí, pero necesitaba apoyo moral. Escogieron a Diana y Jane para acompañarla y los Mejoradores se dispersaron, zumbando como abejas airadas. Anne, tan preocupada que no durmió hasta

la madrugada, soñó luego que los síndicos construían una cerca en la escuela y la pintaban con “Prueben las Píldoras Púrpura”.

La comisión fue a ver a Judson Parker al día siguiente. Anne suplicó con elocuencia que no cometiera tan nefando plan, y Jane y Diana la respaldaron con valentía. Judson fue amable, zalamero y lleno de halagos, se lamentó con ellas, pero "los negocios son los negocios": no podía dejar que los sentimentalismos interfirieran en estos tiempos duros.

— Pero haré algo — dijo con un brillito en los ojos —. Le diré al agente que use colores bonitos y llamativos... rojos y amarillos, etc. Nada de pintura azul.

La delegación se retiró derrotada, pensando cosas inconfesables.

— Hemos hecho lo que pudimos; habrá que confiárselo a la Providencia — sentenció Jane, adoptando sin querer el tono de la señora Lynde.

— Tal vez el señor Allan pueda hacer algo — dijo Diana.

Anne negó con la cabeza.

— Es inútil molestar al señor Allan, sobre todo ahora, con el bebé enfermo. Judson se escabulliría. Además, está yendo seguido a la iglesia porque el padre de Louisa es anciano y muy estricto con eso.

— Judson Parker es el único en Avonlea capaz de alquilar sus cercas — gruñó Jane —. Ni Levi Boulter ni Lorenzo White se rebajarían, tacaños como son. Tendrían algo de respeto a la opinión pública.

La opinión pública veía fatal a Judson Parker cuando conoció el hecho, pero no ayudaba mucho. Judson se reía y lo desafiaba, y los Mejoradores se esforzaban en resignarse a que la parte más bonita de la carretera de Newbridge se viera afeada por carteles, hasta que en la siguiente reunión, Anne se puso de pie durante la sección de informes de comisiones y anunció que el señor Judson Parker le había dado instrucciones de informar a la Sociedad que no iba a alquilar sus cercas a la compañía de medicinas.

Jane y Diana abrieron los ojos incrédulas. El reglamento parlamentario, que se aplicaba a rajatabla en la A.V.I.S., les impedía interrumpir, pero al terminar la sesión, Anne fue acosada pidiendo explicaciones. Ella no tenía más que decir: Judson la había encontrado en el camino la víspera y le comunicó que había decidido complacer a los Mejoradores en su peculiar ob-

jeción a los anuncios de medicinas. Eso era todo y era la pura verdad. Pero Jane Andrews, en su regreso junto a Oliver Sloane, comentó con firmeza que creía haber “más” en el cambio repentino de Judson que lo dicho por Anne, y en eso también decía la verdad.

La tarde anterior, Anne había ido a casa de la vieja señora Irving, en la carretera de la costa, y volvía por un atajo que pasaba por campos bajos junto a la orilla, luego atravesaba el hayedo de Robert Dickson, y salía a la carretera principal justo encima del Lago de Aguas Refulgentes —o estanque Barry, para los pragmáticos.

Había dos hombres sentados en sendos coches, a un lado del camino, en la entrada del atajo: Judson Parker y Jerry Corcoran, de Newbridge, un personaje de quien —según la señora Lynde— no habían logrado probarle nada turbio. Era agente de maquinaria agrícola y tenía un papel importante en política. Metía la mano —o todas las manos— en todo pastel electoral, y como Canadá estaba al borde de unos comicios, Jerry iba ocupado, recorriendo el condado en favor del candidato de su partido. Justo cuando Anne salió de debajo de las ramas del hayedo oyó decir a Corcoran:

—Si votas por Amesbury, Parker... bueno, tengo ese pagaré por las rastras que compraste en primavera. Supongo que no te molestará que te lo devuelva, ¿no?

—Bueeeeno, si lo planteas así —replicó Judson con media sonrisa—, supongo que podría hacerlo. En estos tiempos duros uno debe velar por su propio interés.

Ambos vieron a Anne en ese instante y callaron de golpe. Anne los saludó con frialdad y siguió camino, mentón en alto. Judson enrojeció y tiró de las riendas con rabia, pero la prudencia lo contuvo. Miró a Anne con recelo al verla alejarse sin volver la vista. ¿Habría oído la propuesta de Corcoran y su aceptación tan evidente? Maldición con Corcoran, que no se expresaba con más discreción. Maldición con las maestras pelirrojas que brotaban en hayedos donde no pintaban nada. Si Anne lo había escuchado, Judson calculaba —juzgando a Anne con su propio rasero, engañándose como suelen hacer esas gentes— que ella lo divulgaría. A Judson le importaba poco la opinión pública, pero que lo tacharan de aceptar sobornos le parecía feo. Y si Isaac Spencer se enteraba, adiós a la esperanza de casarse con Louisa

Jane, dueña de buenas perspectivas como heredera de un acomodado granjero. Sabía que el señor Spencer recelaba de él, así que no podía arriesgarse.

—Ejem... Anne, quería comentarte aquel asunto del que hablábamos. Al final he decidido no alquilar mis cercas a esa empresa. Una sociedad con un fin tan loable debe recibir apoyo.

Anne se suavizó apenas.

—Gracias —musitó.

—Y... y... no hace falta que menciones lo que oíste de Jerry.

—No pensaba comentarlo de ningún modo —replicó Anne fríamente, pues antes dejaría pintar todas las cercas de Avonlea que rebajarse a negociar con un hombre que vendiera su voto.

—Exacto, exacto —convino Judson, creyendo que se entendían a la perfección—. No lo supuse. Desde luego, solo estaba bromeando a Jerry, que se cree muy astuto. No tenía intención de votar a Amesbury; pienso votar a Grant como siempre... ya verás cuando lleguen las elecciones. Solo quise sonsacar a Jerry. Y respecto a la cerca, puedes decírselo a los Mejoradores.

“Dicen que el mundo está hecho de toda clase de gente —pensó Anne esa noche ante el espejo del dormitorio—, pero algunas sobran”. Jamás habría dicho nada, así que su conciencia estaba tranquila. De veras no sabía a quién agradecer todo esto, pues ella no movió un dedo para que pasara, y cuesta creer que la Providencia actúe a través de esa clase de política de hombres como Judson Parker y Jerry Corcoran.

XV - EL INICIO DE LAS VACACIONES

Anne cerró con llave la escuela una tarde amarilla y serena, cuando el viento ronroneaba entre los abetos alrededor del patio y las sombras se alargaban, lánguidas, junto al bosque. Guardó la llave en el bolsillo con un suspiro de satisfacción. Había terminado el curso, le renovaron el contrato para el siguiente con muchas muestras de aprobación —solo el señor Harmon Andrews le dijo que debía usar más la correa— y tenía por delante dos deliciosos meses de merecido descanso. Se sentía en paz con el mundo y consigo misma al bajar la colina con su canastita de flores. Desde los primeros mayflowers, Anne no había dejado de hacer su visita semanal a la tumba de Matthew. Ya todos en Avonlea, salvo Marilla, habían olvidado a aquel tímido y callado Matthew Cuthbert, tan poco notable; pero su recuerdo seguía vivo en el corazón de Anne y así sería siempre. Jamás se le borraría la imagen de ese bondadoso anciano que primero le había brindado el amor y la ternura que su infancia hambrienta necesitaba.

Al pie de la colina, un chico estaba sentado en la cerca, a la sombra de los abetos. Saltó y se unió a Anne con una sonrisa; pero traía huellas de lágrimas en las mejillas.

—Decidí esperarla, maestra, porque sabía que iría al cementerio —le dijo, tomando su mano—. Yo también voy. Traigo este ramo de geranios para la tumba del abuelo Irving, de parte de la abuela. Y mire, maestra, pondré este ramillete de rosas blancas junto a la tumba de mi madrecita... porque no puedo ponerlo en la suya de verdad. ¿Cree que ella lo sabrá de todas formas?

—Estoy segura de que sí, Paul.

—Verá, maestra, hoy hace tres años que murió mi madrecita. Es tanto tiempo, pero duele igual... la echo tanto de menos. A veces creo que no lo soporto, duele tanto.

La voz de Paul temblaba y sus labios se fruncieron. Bajó la mirada hacia las rosas, esperando que la maestra no notara sus ojos húmedos.

—Y sin embargo —dijo Anne con suavidad—, no querrías dejar de sentir ese dolor, ¿verdad? No querrías olvidar a tu madrecita, ni aunque pudieras.

—No, desde luego que no. Eso es lo que pienso. Usted siempre entiende, maestra. Nadie me entiende tan bien... ni siquiera abuela, que es tan buena. Papá me comprendía bastante, pero no podía hablar mucho con él de mamá, pues le dolía demasiado. Cuando se tapaba la cara con la mano yo sabía que debía callar. Pobre papá, se sentirá muy solo sin mí, pero ahora solo tiene una ama de llaves y cree que ellas no sirven para criar niños, sobre todo si pasa tanto tiempo fuera por trabajo. Las abuelas son mejores, después de las madres. Algún día, cuando esté criado, volveré con él y nunca más nos separaremos.

Paul le había hablado mucho a Anne de su madre y su padre, de modo que ella sentía que los conocía. Pensaba que la madre debía de parecerse a Paul en carácter y disposición, y que Stephen Irving era un hombre reservado, con una naturaleza profunda y tierna, que ocultaba al mundo.

—No es fácil intimar con papá —había dicho Paul una vez—. Nunca me hice muy amigo suyo hasta que murió mamá. Pero cuando lo conoces es estupendo. Lo quiero más que a nadie en el mundo, luego a la abuela Irving, y luego a usted, maestra. La querría a usted más que a la abuela si no fuera mi deber quererla más a ella, porque hace tanto por mí. Ya lo sabe, maestra. Ojalá me dejara la lámpara encendida hasta que me duermo, pero en cuanto me arropa, se la lleva, porque dice que no debo ser cobarde. No tengo miedo, pero prefiero la luz. Mi madrecita se sentaba a mi lado y me cogía la mano hasta que me dormía. Supongo que me malcrió. A veces las madres malcrian, ¿verdad?

No, Anne no lo sabía, aunque podía imaginarlo. Pensaba con tristeza en su “pequeña madre”, la que la había encontrado “perfectamente bonita” y que falleció hacía tanto tiempo, enterrada junto a su esposo juvenil en aque-

lla tumba jamás visitada. Anne no recordaba a su madre y, por ello, casi envidiaba a Paul.

—La semana que viene es mi cumpleaños —comentó Paul, subiendo juntos la colina roja, bañados por el sol de junio—, y papá me escribió que me enviará algo que cree que me gustará más que cualquier otra cosa. Creo que ya llegó, porque la abuela tiene cerrada con llave la gaveta de la librería, y es una novedad. Cuando le pregunté por qué, me dijo que los niños no debían ser tan curiosos. ¡Qué emocionante es tener cumpleaños! Cumpliré once. No lo parecería, ¿verdad? Abuela dice que soy bajito para mi edad, porque no como avena suficiente. Yo hago lo que puedo, pero ella me da unos platos tan enormes... mi abuela nunca es tacaña, eso se lo aseguro. Desde la conversación que tuvimos aquel domingo volviendo de la Escuela Dominical, maestra, cuando dijo que debíamos rezar por nuestras dificultades... desde entonces, todas las noches pido a Dios que me dé la fuerza para comerme toda la avena. Pero nunca lo he conseguido, y no sé si es por poca gracia o demasiada avena. Abuela dice que papá se crió con avena y, vaya, tiene unos hombros. Pero a veces —concluyó Paul con un suspiro reflexivo— creo que la avena me matará.

Anne se permitió sonreír un poco, pues Paul no la miraba. Todo Avonlea sabía que la anciana señora Irving estaba educando a su nieto a la antigua, tanto en dieta como en moral.

—Confíemos en que no sea así, cariño —dijo animosa—. ¿Y cómo van tus amigos de la roca? ¿Sigue portándose bien el Gemelo Mayor?

—No le queda otra —afirmó Paul—. Sabe que no trataré con él si se porta mal. Creo que es muy perverso, en el fondo.

—¿Y Nora ha descubierto ya lo de la Dama Dorada?

—No, pero sospecho que se lo huele. Casi seguro me vigiló la última vez que fui a la cueva. No me importa si se entera, en realidad... lo oculto por ella, para que no sufra. Pero si insiste en sufrir, no puedo evitarlo.

—Si una noche fuera contigo a la orilla, ¿crees que podría ver a tus amigos de la roca?

Paul negó con solemnidad.

—No, no verías a *mis* amigos. Yo soy el único que puede verlos. Pero verías a los tuyos. Eres de las que pueden ver. Los dos lo somos, ¿a que sí, maestra? ¿No es estupendo ser así?

—Fantástico —convino Anne, con sus ojos grises y brillantes encontrándose con los azules y radiantes de Paul. Ambos sabían cuán bello es el reino que la imaginación abre ante nosotros, y los dos conocían el camino a aquella tierra venturosa. Allí florecía la rosa de la alegría eternamente; ninguna nube ensombrecía el cielo; las campanas sonaban en perfecta armonía; y abundaban las almas afines. Conocer la geografía de esa tierra —“al este del sol, al oeste de la luna”— es un saber inestimable, no se compra. Ha de ser un don de las hadas al nacer, y los años no pueden empañarlo ni arrebatártelo. Más vale poseerlo en un desván que vivir en palacios sin él.

El cementerio de Avonlea seguía siendo la misma soledad enyerbada de siempre. Bien es cierto que los Mejoradores ya le habían echado el ojo, y Priscilla Grant leyó un artículo sobre cementerios en la última reunión de la Sociedad. Algún día, querían reemplazar la vieja valla de tablas cubierta de líquenes por un vallado prolijo de alambre, segar la hierba y enderezar los monumentos inclinados.

Anne dejó en la tumba de Matthew las flores que le traía y luego se acercó a la esquinita sombreada por álamos donde descansaba Hester Gray. Desde el día del picnic en primavera, Anne dejaba flores también en la tumba de Hester. La víspera había regresado al desierto jardincito del bosque, recogiendo algunas rosas blancas de la propia Hester.

—Pensé que te gustarían más que ninguna otra, querida —murmuró con ternura.

Anne seguía sentada allí cuando una sombra se proyectó en la hierba, y al alzar la mirada vio a la señora Allan. Volvieron juntas a casa.

El rostro de la señora Allan no era el de la joven novia que el pastor trajo a Avonlea cinco años antes. Había perdido algo de su lozanía juvenil y tenía finas marcas de paciencia alrededor de ojos y boca. Un pequeño sepulcro en ese mismo cementerio explicaba algunas; otras se habían formado durante la reciente enfermedad —ya superada— de su hijito. Pero los hoyuelos seguían tan dulces y repentinos como siempre, y sus ojos, tan claros, lumino-

sos y veraces. Lo que le faltaba de frescura juvenil lo compensaba con ternura y fortaleza adicionales.

—Supongo que ansías tus vacaciones, Anne —comentó mientras dejaban el cementerio.

Anne asintió.

—Sí... podría saborear la palabra como un dulce bocado. Creo que el verano será adorable. Entre otras cosas, la señora Morgan vendrá a la Isla en julio y Priscilla la traerá. Me emociona solo pensarlo.

—Espero que disfrutes de veras, Anne. Te has esforzado mucho este año y has tenido éxito.

—Oh, no lo sé. Me quedé lejos de mis metas en tantas cosas. No he hecho lo que planeaba al empezar a enseñar en otoño. No he estado a la altura de mis ideales.

—Ninguno lo estamos, —suspiró la señora Allan—. Pero, Anne, recuerda lo que dice Lowell: “El crimen no es fracasar, sino apuntar bajo.” Tenemos que tener ideales e intentar alcanzarlos, aunque no lo logremos del todo. Sin ideales la vida sería triste; con ellos, grande y estupenda. Aférrate a tus ideales, Anne.

—Lo intentaré. Pero debo desechar gran parte de mis teorías —rio un poco—. Tenía la colección de teorías más hermosas cuando inicié como maestra, pero han fracasado en un momento u otro.

—¿Incluso la teoría contra el castigo corporal? —bromeó la señora Allan.

Anne se ruborizó.

—Nunca me perdonaré haber azotado a Anthony.

—Tonterías, querida, se lo merecía y le vino bien. No tuviste más líos con él y hasta cree que no hay otra maestra como tú. Tu bondad ganó su cariño, después de arrancarle la idea terca de que “una chica no sirve”.

—Tal vez se lo mereciera, pero no es eso. Si lo hubiera castigado serena y deliberadamente, creyendo que lo necesitaba, no me sentiría así. Pero la verdad, señora Allan, es que me encendí de ira y lo azoté por eso. No pen-

saba si era justo o no... incluso si no lo hubiera merecido, lo habría hecho. Y eso me humilla.

—Bueno, todos cometemos errores, corazón, así que déjalo atrás. Debemos lamentarlos y aprender de ellos, pero no llevarlos a cuestras. Ahí va Gilbert Blythe en su bicicleta... imagino que él también está libre ahora. ¿Qué tal tus estudios con él?

—Bien. Planeamos terminar el Virgilio esta noche... solo faltan veinte versos. Luego no estudiaremos más hasta septiembre.

—¿Crees que llegarás a la universidad?

—Oh, no lo sé. —Anne contempló el horizonte, opalescente—. Los ojos de Marilla nunca serán mucho mejores, aunque agradezco que no empeoren. Además están los gemelos... dudo que su tío los reclame. Quizás la universidad quede tras la próxima curva del camino, pero aún no llegué, y prefiero no pensar en eso para no impacientarme.

—Me gustaría verte ir, Anne; pero si no vas, no te amargues. Hacemos nuestra vida donde sea. La universidad solo ayuda a hacerlo más fácil. Nuestra vida será ancha o estrecha según lo que aportemos, no según lo que saquemos de ella. Es rica y plena aquí... o en cualquier parte... si sabemos abrirla todo nuestro corazón a esa plenitud.

—Entiendo lo que quiere decir —repuso Anne con seriedad—, y sé que tengo tanto por lo que estar agradecida... mis clases, Paul Irving, los queridos gemelos, mis amigos. Sabe, señora Allan, estoy muy agradecida por la amistad. Embellece tanto la vida.

—La verdadera amistad es algo muy valioso —asintió la señora Allan—. Debemos tener una idea muy noble de ella y no mancillarla con falsedades. Me temo que a menudo la palabra “amistad” se degrada a una intimidad que nada tiene de auténtica amistad.

—Sí... como la de Gertie Pye y Julia Bell. Son muy íntimas y van a todas partes juntas, pero Gertie habla mal de Julia cuando no está y se la ve encantada si alguien critica a Julia. Me parece profanar el término “amistad”. Si tenemos amigos, solo debemos buscar lo mejor en ellos y brindarles lo mejor de nosotros, ¿no cree? Entonces la amistad sería lo más hermoso del mundo.

—La amistad es muy hermosa —sonrió la señora Allan— , pero algún día...

Se interrumpió bruscamente. En el delicado rostro de Anne, de cejas blancas, ojos sinceros y facciones expresivas, había aún más rasgos de niña que de mujer. Su corazón albergaba solo sueños de amistad y ambición, y la señora Allan no quiso arrebatarle esa inocencia. Así que dejó la frase para que los años futuros la acabaran.

XVI - LA SUSTANCIA DE LO ESPERADO

— Anne — dijo Davy suplicante, encaramándose al sofá de cuero lustrado en la cocina de Green Gables, donde Anne leía una carta —, Anne, tengo un hambre espantosa. Ni te imaginas.

— Ahora mismo te traigo un pedazo de pan con mantequilla — contestó Anne, abstraída, pues la carta parecía contener noticias emocionantes: sus mejillas lucían tan rosadas como las rosas del gran rosal afuera y los ojos relucían con aquel fulgor que solo Anne poseía.

— Pero no es hambre de pan con mantequilla — rezongó Davy —. Es hambre de pastel de ciruelas.

Anne se rió, dejando la carta y rodeándolo con un brazo:

— Esa clase de hambre se aguanta muy bien, Davy. Sabes que es regla de Marilla que solo pan con mantequilla entre comidas.

— Bueno, dame un trozo entonces... por favor.

Davy al fin había aprendido a decir “por favor”, pero solía añadirlo después de pedir. Observó con aprobación la rebanada generosa que Anne le trajo.

— Tú siempre le pones un buen montón de mantequilla. Marilla la unta muy delgada. Resbala mejor con bastante mantequilla.

La rebanada “resbaló” con rapidez, a juzgar por lo pronto que desapareció. Davy saltó del sofá, hizo un par de volteretas en la alfombra y se sentó anunciando:

—He decidido algo sobre el cielo. No quiero ir.

—¿Por qué no? —preguntó Anne con gravedad.

—Porque el cielo está en el desván de Simon Fletcher, y no me gusta Simon Fletcher.

—¡El cielo en... el desván de Simon Fletcher! —exclamó Anne, tan atónita que ni reír pudo—. Davy Keith, ¿cómo se te ocurrió semejante idea?

—Milty Boulter dice que ahí está. Fue el domingo en la Escuela Dominical. La lección trataba de Elías y Eliseo, y le pregunté a la señorita Rogerson dónde quedaba el cielo. Ella se enfadó mucho. Ya estaba molesta porque, al preguntarnos qué dejó Elías a Eliseo al subir al cielo, Milty dijo: “Sus ropuchas” y todos nos reímos antes de pensar. Ojalá uno pensara antes de hacer cosas, porque así no las haría. Pero Milty no quiso ser irrespetuoso; solo se le fue el nombre de aquello. La señorita Rogerson dijo que el cielo es donde está Dios y que no preguntara así. Milty me dio un codazo y susurró: “El cielo está en el desván de tío Simon, te lo explico de camino a casa.” Y me explicó, porque Milty es experto en explicaciones. Aunque no sepa algo, se inventa cosas y así te lo explica igual. Su madre es hermana de la señora Simon, y fue con ella al funeral de su prima Jane Ellen. El ministro dijo que Jane Ellen se había ido al cielo, aunque Milty vio su cuerpo ahí mismo en el ataúd. Pero supuso que lo llevaron al desván después. Bueno, cuando Milty y su madre subieron luego a por su sombrero, él le preguntó dónde quedaba ese cielo adonde fue Jane Ellen, y ella señaló el techo y dijo “allí arriba”. Y Milty sabía que allí solo había un desván, así que se dio cuenta. Desde entonces le da miedo ir a casa del tío Simon.

Anne sentó a Davy en su regazo e hizo lo posible por aclarar aquel embrollo teológico. Se le daba mejor que a Marilla, porque recordaba su propia infancia y comprendía las ideas enrevesadas que a veces tienen los de siete años respecto a cosas que los adultos ven muy sencillas. Justo convencía a Davy de que el cielo no estaba en el desván de Simon Fletcher cuando apareció Marilla desde la huerta, donde recogía guisantes con Dora. Dora era laboriosa y feliz si “ayudaba” en varias tareas propias de sus deditos rollizos: dar de comer a las gallinas, recoger astillas, secar platos y hacer recados. Era pulcra, fiel y atenta; no había que enseñarle dos veces ni se le olvidaba un mandado. Davy, en cambio, era distraído y olvidadizo; pero tenía el don innato de ganarse el cariño, y Anne y Marilla seguían prefiriéndolo.

Mientras Dora desgranaba guisantes con orgullo, y Davy fabricaba barquitos con las vainas, mástiles de cerillas y velas de papel, Anne le comentó a Marilla el contenido maravilloso de su carta.

— ¡Ay, Marilla, adivina! Es de Priscilla. Dice que la señora Morgan está en la Isla y que, si el jueves sale bueno, van a venir en coche a Avonlea, llegando a mediodía. Pasarán la tarde con nosotras y se irán al hotel de White Sands al anochecer, porque unos amigos americanos de la señora Morgan están allí. ¡Ay, Marilla, es genial! Casi no creo que no sea un sueño.

— A lo mejor la señora Morgan es como cualquier otra — objetó Marilla con sequedad, aunque también se sentía algo ilusionada. La señora Morgan era famosa y su visita no era algo cotidiano —. ¿Entonces vendrán a cenar?

— Sí. ¡Ay, Marilla, ¿puedo cocinarlo todo yo sola? Quiero sentir que hago algo por la autora de *El Jardín de los Capullos de Rosa*, aunque sea prepararle la comida. ¿No te importaría?

— Cielos, no me entusiasma sudar ante el fuego en julio, así que no me enoja en absoluto que lo hagas tú. Eres bienvenida a ello.

— ¡Oh, gracias! — exclamó Anne, como si hubiera recibido un gran favor —. Haré la lista del menú esta noche.

— No te metas en mucha fantasía — advirtió Marilla, algo asustada por el tono de “menú” —. Terminarás en un lío.

— No voy a poner “fantasías” extrañas de fiesta. Sería postizo, y aunque reconozco que no tengo la sensatez de una chica de diecisiete y maestra, tampoco soy tan tonta. Solo quiero que todo sea lindo y delicado. Davy, no dejes las vainas en la escalera trasera... alguien puede resbalar. Empezaré con sopa ligera... sabes que me sale riquísima la crema de cebolla... luego dos pollos asados. Usaré los dos gallitos blancos, que les tengo cariño desde que la gallina gris solo empolló esos dos... bolitas amarillas de plumón. Pero tarde o temprano había que sacrificarlos, y no hay ocasión más digna que esta. Aunque... oh, Marilla, no puedo matarlos ni por la señora Morgan. Debo pedirle a John Henry Carter que venga a hacerlo.

— Yo lo hago — se ofreció Davy — si Marilla los sujeta de las patas, porque creo que necesitaré ambas manos para el hacha. Es muy divertido verlos brincar sin cabeza.

—Luego tendré guisantes, judías, patatas cremosas y ensalada de lechuga —prosiguió Anne—, y de postre, tarta de limón con nata montada, y café y queso y “bizcochitos de dama”. Haré las tartas y los bizcochitos mañana, y plancharé mi vestido blanco de muselina. Y debo avisar a Diana para que planche el suyo también. Todas las heroínas de la señora Morgan suelen vestir muselina blanca, y Diana y yo prometimos que así iríamos si alguna vez la conocíamos. Será un halago sutil, ¿no crees? Davy, no metas las vainas en el cubo del agua... ve al abrevadero. ¡Ojalá el jueves no llueva, y creo que no, porque el tío Abe dijo anoche en casa del señor Harrison que llovería casi toda la semana!

—Una buena señal —concedió Marilla.

Esa noche, Anne fue corriendo a contárselo a Diana, que también se entusiasmó, y conversaron sentadas en la hamaca bajo el gran sauce del jardín Barry.

—Anne, ¿puedo ayudarte a cocinar la cena? —suplicó Diana—. Sabes que hago ensalada de lechuga muy bien.

—¡Claro que sí! —cedió Anne—. Además, necesito ayuda con la decoración. Quiero la sala llena de flores... y la mesa con rosas silvestres. ¡Oh, solo pido que todo salga bien! Las heroínas de la señora Morgan nunca se meten en líos ni las cogen desprevenidas, siempre tan dueñas de sí y tan buenas amas de casa. Parece que nacen sabiendo. ¿Te acuerdas de Gertrude en *Días en Edgewood*, que a los ocho años ya llevaba la casa de su padre? A mis ocho, apenas sabía nada. La señora Morgan debe de ser una experta en chicas, tras escribir tanto sobre ellas, y deseo que se lleve una buena impresión nuestra. Me lo he imaginado de mil maneras... cómo será, qué dirá, y qué diré yo. Y estoy tan preocupada por mi nariz... se me notan siete pecas, ¿ves? Salieron en el picnic de la A.V.I.S., cuando anduve sin sombrero al sol. Sería ingrato quejarme, pudiendo haber estado toda la cara llena, pero ojalá no hubieran salido... ninguna heroína suya tiene pecas. Ni recuerdo una con pecas.

—Las tuyas casi ni se notan —la consoló Diana—. Ponte un poco de jugo de limón esta noche.

Al día siguiente, Anne preparó tartas y bizcochitos, planchó su muselina y barrió cada rincón de la casa, innecesariamente, pues Green Gables estaba

impecable como siempre. Pero a Anne le parecía profanar la casa que iba a recibir a Charlotte E. Morgan encontrar polvo. Incluso limpió el armario “guardalotodo” bajo la escalera, pese a que no había probabilidad de que la señora Morgan lo viera.

—Pero quiero sentir que todo está perfecto aunque ella no lo vea —explicó a Marilla—. ¿Recuerdas *Llaves de Oro*? Sus dos heroínas, Alice y Louisa, tomaban aquel verso de Longfellow:

“En los días antiguos del arte
trabajaban los constructores con el mayor esmero
hasta en la parte más oculta y diminuta,
porque los dioses lo ven todo.”

Así que mantenían limpias hasta las escaleras del sótano y barrían siempre bajo las camas. Me remordería la conciencia si este armario estuviera desordenado cuando la señora Morgan pise la casa. Desde que leímos *Llaves de Oro* en abril, Diana y yo hicimos de ese verso nuestro lema.

Aquella noche, John Henry Carter y Davy se encargaron de sacrificar los dos gallos blancos, y Anne los limpió con un ánimo inusualmente exaltado, pensando en su destino.

—No me gusta desplumar aves —le confesó a Marilla—, pero, por suerte, no es obligatorio poner el alma en lo que hacen nuestras manos. Aunque con las manos desplumo pollos, en imaginación recorro la Vía Láctea.

—Por eso veo más plumas en el suelo que nunca —replicó Marilla.

Después, Anne acostó a Davy y le hizo prometer portarse a la perfección al día siguiente.

—Si soy todo lo bueno que pueda mañana, ¿me dejas portarme tan mal como quiera pasado? —quiso saber Davy.

—No, no puedo —respondió Anne con prudencia—, pero te llevaré con Dora a remar hasta el fondo del estanque y desembarcaremos en la playa, haciendo un picnic.

—Trato hecho —aceptó Davy—. Seré bueno, ya lo verás. Pensaba ir a casa del señor Harrison y disparar guisantes con mi pistolita a Ginger, pero puedo esperar. Será como un domingo, supongo, pero un picnic en la orilla lo compensa.

XVII - UNA CADENA DE PERCANCES

Anne se despertó tres veces durante la noche y se levantó a mirar por la ventana, para asegurarse de que no se cumplía la predicción del tío Abe. Por fin amaneció un día nacarado y resplandeciente en un cielo lleno de brillos plateados, y había llegado el tan ansiado momento.

Diana apareció poco después del desayuno, con una canasta de flores en un brazo y su vestido de muselina en el otro... pues no convenía ponérselo hasta que concluyeran los preparativos de la comida. Entretanto llevaba su vestido rosa para las tardes y un delantal de batista con tan complicados volantes y adornos que producía asombro; se veía, sin embargo, muy limpia, bonita y ruborizada.

—Estás simplemente encantadora —dijo Anne, admirándola.

Diana suspiró.

—Pero he tenido que soltarme los vestidos otra vez. Peso dos kilos más que en julio. Anne, ¿adónde va a parar esto? Las heroínas de la señora Morgan siempre son altas y delgadas.

—Bueno, olvidemos nuestros problemas y pensemos en nuestras bendiciones —replicó Anne alegremente—. La señora Allan dice que, cuando nos venga a la mente algo que nos aflige, debemos también pensar en algo bueno que compense. Si tú estás un poco rellenita, tienes hoyuelos muy adorables; y si mi nariz está pecosa, al menos su forma es aceptable. ¿Tú crees que el jugo de limón sirvió de algo?

—Sí, la verdad sí —afirmó Diana, examinándola con atención; rebosante de contento, Anne la guio hasta el jardín, inundado de sombras ligeras y un dorado centelleante.

—Primero vamos a decorar la sala. Tenemos tiempo de sobra, porque Priscilla dijo que llegarían alrededor de las doce, o a las doce y media a más tardar, así que comeremos a la una.

Quizá hubiera dos muchachas más felices y entusiasmadas en todo Canadá o Estados Unidos en ese momento, pero lo dudo. Cada vez que las tijeras cortaban rosas, peonías y campanillas, parecían pregonar: “La señora Morgan viene hoy”. Anne se preguntaba cómo era posible que el señor Harrison siguiera tan tranquilo segando heno en su campo al otro lado del camino, como si nada extraordinario fuera a ocurrir.

La sala de Green Gables era un cuarto bastante austero y sombrío, con rígidos muebles de crin, encajes muy tiesos en las ventanas y tapetes de crochet, siempre dispuestos en ángulos perfectamente correctos, salvo cuando se enganchaban en los botones de algún desgraciado. Ni siquiera Anne había podido infundirle mayor gracia, pues Marilla no consentía cambios. Pero es maravilloso lo que pueden lograr las flores si se las coloca debidamente; y, cuando Anne y Diana terminaron con el cuarto, estaba irreconocible.

En la reluciente mesa principal rebosaba un gran cuenco azul lleno de pompones blancos “bola de nieve”. Sobre la negra y brillante repisa de la chimenea, un aluvión de rosas y helechos. Cada estante de la “escalerilla” exhibía ramilletes de campanillas. En los rincones oscuros, a ambos lados del hogar, se colocaron jarrones con rojas peonías; y el propio hogar se encendía con amapolas amarillas. Con tal esplendor y color, unido a la luz del sol que atravesaba las enredaderas de madreselva en las ventanas y derramaba sombras danzarinas en paredes y suelo, aquel cuarto, por lo general lúgubre, se volvió la verdadera “enramada” que Anne siempre había imaginado; Marilla, que entró con intención de criticar, terminó elogiándolo.

—Ahora debemos poner la mesa —anunció Anne, con el tono de una sacerdotisa antes de iniciar un rito sagrado en honor a una divinidad—. Pondremos un gran jarrón de rosas silvestres en el centro y una sola rosa frente al plato de cada uno; y un ramo especial de capullos frente al sitio de la se-

ñora Morgan... una alusión al *Jardín de los Capullos de Rosa*, ¿lo entiendes?

La mesa se colocó en la salita, cubierta con el mejor mantel de Marilla y la mejor vajilla, cristalería y cubertería. Pueden imaginarse que cada pieza estaba pulida hasta alcanzar un brillo máximo.

Luego las muchachas se fueron a la cocina, impregnada de olores deliciosos que emanaban del horno, donde los pollos crepitaban espléndidos. Anne preparó las patatas y Diana limpió los guisantes y las judías. Después, mientras Diana se encerraba en la alacena a preparar la ensalada de lechuga, Anne —cuyas mejillas empezaban a encenderse, más por la emoción que por el calor del fuego— hizo la salsa de pan para el pollo, picó la cebolla para la sopa y finalmente montó la nata para sus pasteles de limón.

¿Y qué hacía Davy mientras tanto? ¿Cumplía su promesa de portarse bien? En efecto. Insistió en quedarse en la cocina, con curiosidad por ver cada paso, pero, como se sentó calladito en un rincón, concentrado en deshacer nudos de una red de arenque traída de su último paseo a la costa, nadie se opuso.

A las once y media, la ensalada de lechuga estaba lista, los círculos dorados de los pasteles coronados con nata montada y todo burbujeara y chisporroteaba maravillosamente.

—Mejor vamos a vestirnos —propuso Anne—, pueden llegar a las doce y debemos comer a la una en punto, porque la sopa debe servirse en cuanto esté lista.

Serios y cuidadosos fueron los rituales de embellecimiento que siguieron en la buhardilla este. Anne miró con ansiedad su nariz y se alegró de que las pecas no se notaran mucho, tal vez por el zumo de limón o por el rubor de su rostro. Cuando terminaron, se veían tan dulces, esbeltas y juveniles como cualquiera de las heroínas de la señora Morgan.

—Espero poder decir algo de vez en cuando y no quedarme muda —confesó Diana con nervios—. Las heroínas de la señora Morgan conversan de forma maravillosa. Temo que me quede sin voz y atolondrada, y seguramente se me escapará un “haiga ido”*. Casi nunca lo digo desde que la señorita Stacy nos corrigió, pero cuando estoy nerviosa... Y, si suelto un “haiga”, me moriré de vergüenza. Y, si no digo nada, casi igual de mal.

— Yo estoy inquieta por muchas cosas — dijo Anne — , pero no creo que corra gran riesgo de no hablar.

Y, siendo justos, no lo corría.

Anne se cubrió sus galas de muselina con un enorme delantal y bajó a ocuparse de la sopa. Marilla ya estaba vestida, así como los gemelos; lucía más excitada de lo que nadie la hubiera visto jamás. A las doce y media llegaron los señores Allan y la señorita Stacy. Todo marchaba a pedir de boca, pero Anne empezaba a ponerse nerviosa. Ya era hora de que Priscilla y la señora Morgan llegaran. Anne iba a cada rato a la puerta para escrutar el camino y mirar con tanta ansiedad como la heroína del cuento de Barba Azul espiando desde la torre.

—¿Y si no vienen? — dijo con angustia.

— No lo pienses. Sería muy cruel — replicó Diana, aunque internamente se ponía algo intranquila.

— Anne — anunció Marilla, saliendo del salón — , la señorita Stacy quiere ver la bandeja de loza “willow” de la señorita Barry.

Anne corrió al armario de la sala, donde guardaba la fuente. Había cumplido su promesa a la señora Lynde escribiéndole a la señorita Barry en Charlottetown para que se la prestara. Ella, amiga de Anne, se la envió enseguida con una carta pidiéndole que tuviera mucho cuidado, porque le había costado veinte dólares. Tras el bazar del “Aid”, Anne misma la devolvió al armario, pues no confiaba a nadie más la tarea de regresarla a la ciudad.

La sacó con sumo cuidado y la llevó a la puerta, donde sus invitados gozaban la brisa procedente del arroyo. La examinaron y admiraron, y en cuanto Anne la sujetó de nuevo, resonó en la cocina un estrépito terrífico. Marilla, Diana y Anne corrieron hacia allá, aunque esta última se detuvo lo justo para colocar apresurada la valiosa bandeja en el segundo escalón de la escalera.

Al llegar a la despensa, contemplaron un panorama desolador: un niño con cara de culpa bajando de la mesa, su blusa limpia salpicada de relleno amarillo, y sobre la mesa los restos destrozados de dos hermosos pasteles de limón con nata.

Davy había acabado de desmadejar su red y había enrollado el hilo. Luego fue a la despensa para colocarlo en un estante sobre la mesa, donde ya guardaba otras veinte madejas sin aparente utilidad. Para eso tenía que subirse a la mesa y estirarse a un ángulo peligroso... algo que Marilla le había prohibido tras un percance anterior. El resultado fue desastroso: Davy resbaló y cayó de bruces sobre los pasteles. Su blusa limpiita quedó arruinada; los pasteles, irremediabilmente destruidos. Aunque, dicho sea de paso, el cerdo salió beneficiado por aquel infortunio.

—Davy Keith —exclamó Marilla, zarandeándolo—, ¿no te prohibí subirte a esa mesa? ¿No lo hice?

—Se me olvidó —gimoteó Davy—. Me has prohibido tantas cosas que no alcanzo a acordarme de todas.

—Entonces sube a tu habitación y te quedas allí hasta después de comer. Tal vez así te dé tiempo de recordar lo que no debes hacer. No, Anne, no intercedas por él. No le castigo por arruinar tus pasteles... fue un accidente. Le castigo por desobedecer. ¡Arriba, Davy, he dicho!

—¿No me darán de comer? —aulló Davy.

—Bajarás cuando hayamos terminado y comerás en la cocina.

—Bueno —aceptó Davy, algo consolado—. Sé que Anne me guardará los huesos más ricos, ¿verdad, Anne? Porque no quise caer encima de los pasteles. Oye, Anne, ¿puedo llevarme unos pedacitos arriba?

—No, nada de pastel de limón para ti, Davy —sentenció Marilla, empujándolo hacia el vestíbulo.

—¿Y ahora qué servimos de postre? —se lamentó Anne, mirando con pena los restos deshechos.

—Saca una vasija de mermelada de fresas —sugirió Marilla, tratando de consolarla—. Aún queda bastante nata en el cuenco.

La una en punto llegó... pero ni rastro de Priscilla ni de la señora Morgan. Anne estaba al borde de la congoja. Todo estaba en su punto, la sopa perfecta como la sopa debe ser, pero no se podía mantener así mucho más tiempo.

—No vendrán, está claro —dijo Marilla, contrariada.

Anne y Diana buscaron consuelo en la mirada mutua.

A la una y media, Marilla salió otra vez del salón.

—Chicas, tenemos que comer. Todos tienen hambre y no sirve de nada esperar. Es evidente que Priscilla y la señora Morgan no vienen y nada se mejora con demorar.

Anne y Diana pusieron la comida, con todo el entusiasmo de la mañana hecho pedazos.

—No creo que pueda comer ni un bocado —dijo Diana, mustia.

—Ni yo. Pero espero que todo agrade al señor y la señora Allan y a la señorita Stacy —respondió Anne, sin ánimo.

Mientras Diana servía los guisantes, los probó y se dibujó en su cara una expresión muy rara.

—Anne, ¿le echaste azúcar?

—Sí —dijo Anne, machacando patatas con talante de quien cumple un deber—. Puse una cucharada. Siempre lo hacemos. ¿No te gusta?

—Yo también puse una cucharada, cuando los puse al fuego —dijo Diana.

Anne dejó el prensador y probó ella también. Puso gesto de desagrado.

—¡Qué horror! Ni me imaginé que tú le pondrías azúcar, sabiendo que tu madre no lo hace. Lo recordé, cosa rara... siempre se me olvida... y eché mi cucharada.

—Aquí sobra la cocinera —apuntó Marilla con una expresión algo culpable—. No pensé que lo recordarías, Anne, porque estoy muy segura de que antes nunca lo hiciste... y yo también puse una cucharada.

Los invitados en el salón oyeron carcajadas incesantes procedentes de la cocina, sin saber de qué se reían. Pero ese día no hubo guisantes en la mesa.

—Bueno —dijo Anne, volviendo a la seriedad con un suspiro—, al menos tenemos la ensalada y creo que a las judías no les ha ocurrido nada. Vamos a llevarlo todo ya y que sea lo que Dios quiera.

Difícil decir que aquella comida fuera un triunfo social. Los Allan y la señorita Stacy se esforzaron por amenizar y Marilla mantuvo su calma habi-

tual, pero ni Anne ni Diana podían charlar ni comer. Anne intentó cumplir con su parte por amor a sus invitados, pero ya había perdido toda chispa, deseando secretamente que se fueran para hundirse con su pena en las almohadas de la buhardilla.

Existe un proverbio antiguo que a veces parece inspirado: “No llueve a cántaros sino cuando ya llovía.” Aún no habían acabado las tribulaciones de aquel día. Justo al terminar el señor Allan la acción de gracias, resonó un ruido extraño y amenazador en la escalera, como algo duro y pesado rodando escalón tras escalón y rematando con un estrépito al fondo. Todos corrieron al pasillo. Anne dio un grito de angustia.

Al pie de la escalera yacía una gran caracola rosa en medio de los pedazos de lo que fuera la bandeja de la señorita Barry; en lo alto, un Davy aterrado miraba con ojos desorbitados el desastre.

—Davy —dijo Marilla con voz lúgubre—, ¿lanzaste esa caracola a propósito?

—No, no lo hice —gimoteó Davy—. Yo estaba arrodillado, calladito, mirando entre las barras a ver qué hacían ustedes, y mi pie dio un empujón a esa cosa y la tiró... y tengo un hambre horrible... Ojalá me pegaras una azotaina y acabáramos, en vez de mandarme a la habitación a perderme toda la diversión.

—No culpes a Davy —imploró Anne, recogiendo los restos con manos temblorosas—. Fue mi culpa. Dejé la bandeja en la escalera y lo olvidé. Estoy justamente castigada por mi descuido. Pero... ¡oh, qué dirá la señorita Barry!

—Piensa que solo la compró, no es lo mismo que si fuera una reliquia familiar —intentó consolarla Diana.

Los invitados se fueron poco después, intuyendo que era lo más cortés, y Anne y Diana lavaron los platos intercambiando menos palabras que nunca. Luego a Diana le estalló la cabeza y se marchó, y Anne se recluyó en la buhardilla con la suya, hasta que Marilla volvió al anochecer de la oficina de correos con una carta de Priscilla, escrita la víspera. La señora Morgan se había torcido gravemente el tobillo y no podía moverse de la cama.

—“Ay, Anne querida —escribía Priscilla—, cuánto lo siento, pero me temo que no podamos ir en absoluto a Green Gables; cuando se recupere el

tobillo, tendrá que volver a Toronto. Debe llegar allí en una fecha fija.”

—Bueno —suspiró Anne, dejando la carta en el escalón de piedra rojiza del porche trasero, donde se sentaba mientras anocheecía—. Siempre pensé que era demasiado bueno para ser verdad eso de que la señora Morgan vendría. Pero... uf, suena muy pesimista, como la señorita Eliza Andrews, y me avergüenza. Después de todo, no era demasiado bueno para ser cierto... cosas igual de buenas o mejores me pasan sin cesar. Supongo que lo de hoy tendrá su lado cómico también. Quizá Diana y yo, cuando seamos viejecitas, nos riamos de esta jornada. Pero ahora me siento tan decepcionada.

—Tal vez tengas muchas más decepciones peores antes de acabar con la vida —apuntó Marilla, que en serio creía consolarla—. Me da que no perderás esa manía de ilusionarte demasiado con algo y luego hundirte en la desesperación porque no se te cumple.

—Ya sé que tiendo a eso —admitió Anne con pena—. Cuando creo que algo bueno sucederá, me elevo con las alas de la esperanza y, de repente, plaf, caigo al suelo. Pero la verdad, la parte de volar es gloriosa mientras dura... es como surcar un crepúsculo. Creo que casi compensa el golpe.

—Bueno, tal vez sí —cedió Marilla—. Yo prefiero caminar sosegada sin volar ni estrellarme. Pero cada uno vive a su manera... antes creía que solo había una forma de vivir bien, pero desde que tengo que ocuparme de ti y los gemelos no estoy tan segura. ¿Qué harás con la bandeja de la señorita Barry?

—Le devolveré los veinte dólares que gastó en ella, supongo. Suerte que no fuese una reliquia, porque en ese caso ningún dinero la repondría.

—Quizá encuentres otra parecida y se la compres.

—Lo dudo. No había modo de hallar una para el festejo del Aid, recuerda. Ojalá pudiera, porque igual le daría a la señorita Barry mientras sea auténtica y vieja. Marilla, mira esa gran estrella sobre el arbolado del señor Harrison, con esa quietud sagrada del cielo plateado alrededor. Me produce una emoción parecida a la oración. Después de todo, cuando una ve estrellas y cielos como ese, las menudas decepciones y percances ya no importan tanto, ¿verdad?

—¿Dónde anda Davy? —preguntó Marilla, con un vistazo indiferente a la estrella.

—En la cama. Le prometí llevarlo mañana a la costa con Dora de picnic. Claro que el trato era que fuera bueno, pero se esforzó y no quise desilusionarlo.

—Algún día te ahogará, o ahogará a los gemelos, remando en ese barco por el estanque —murmuró Marilla—. Llevo sesenta años aquí y nunca me subí al estanque.

—Nunca es tarde para enmendarte —rio Anne—. ¿Te animas mañana? Cerramos Green Gables y pasamos el día entero en la costa, haciendo un corte de manga al mundo.

—No, gracias —replicó Marilla con énfasis—. ¡Menuda vista yo, remando en esa chalana! Solo de pensar lo que diría Rachel... Mira, por allí va el señor Harrison en su coche. ¿Crees en el chisme de que ronda a Isabella Andrews?

—No lo creo. Fue una sola vez, por asunto con el señor Harmon Andrews, y la señora Lynde lo vio y concluyó que estaba cortejando, porque llevaba cuello blanco. Dudo mucho que se case nunca. Parece estar en contra del matrimonio.

—Nunca puedes fiarte de esos solterones. Y si se puso cuello blanco, me inclino a pensar que es sospechoso, pues nunca se le había visto uno.

—Opino que solo se arregló porque quería cerrar un trato con Harmon Andrews —dijo Anne—. Le oí comentar que es lo único que exige buena presencia en un hombre: si pareces boyante, la otra parte no intentará timarte. De veras me da pena el señor Harrison; no creo que esté satisfecho con su vida. Debe de ser muy solitario no tener a nadie que te importe salvo un loro, ¿no crees? Pero noto que no le gusta la compasión. A nadie le gusta, supongo.

—Ahí viene Gilbert por el camino —advirtió Marilla—. Si te invita a remar, no olvides ponerte el abrigo y los zapatos de goma. Cae un rocío muy fuerte esta noche.

XVIII - UNA AVENTURA EN EL CAMINO CONSERVADOR

— Anne — dijo Davy, incorporándose en la cama y apoyando el mentón en las manos —, Anne, ¿dónde está el sueño? Todas las noches la gente se va a dormir, y claro, sé que es el sitio donde vivo lo que sueño, pero quiero saber dónde está y cómo voy y vuelvo sin enterarme de nada... ¡y en pija-
ma! ¿Dónde queda?

Anne estaba arrodillada en la ventana del hastial oeste, contemplando un cielo teñido de un intenso crepúsculo semejante a una gran flor con pétalos color azafrán y un corazón de fuego. Volvió la cabeza ante la pregunta de Davy y respondió soñadora:

— “Más allá de las montañas de la luna,
hacia el valle de la sombra.”

Paul Irving habría comprendido el sentido o se lo habría inventado, pero el pragmático Davy — como Anne solía lamentar, sin chispa de imaginación — se sintió perplejo y molesto.

— Anne, creo que solo dices disparates.

— Claro que sí, querido. ¿No sabes que solo la gente muy tonta habla sensatamente todo el tiempo?

— Bueno, podría darte una respuesta sensata cuando hago una pregunta sensata — repuso Davy, herido.

— Ay, eres demasiado pequeño para entender — dijo Anne. Pero se sintió mal en cuanto lo soltó; había jurado solemne no responderle a un niño que era “demasiado pequeño para entender”, recordando cuántas veces la habían herido así en su infancia. Sin embargo, acababa de hacerlo: a veces hay gran distancia entre teoría y práctica.

— Bueno, hago lo que puedo por crecer — repuso Davy —, pero no se puede acelerar mucho. Si Marilla no fuera tan mezquina con su mermelada, apuesto a que crecería más rápido.

— Marilla no es mezquina, Davy — lo reprendió Anne —. Es muy desagradecido de tu parte decir eso.

— Hay otra palabra que significa lo mismo, pero suena mejor; no me acuerdo ahora. Oí a Marilla decir que ella misma era eso, el otro día.

— Si te refieres a “ahorrativa”, es algo muy distinto de “mezquina”. Es excelente que alguien sea ahorrativo. Si Marilla hubiera sido tacaña, no te habría acogido a ti y a Dora cuando murió vuestra madre. ¿Te hubiera gustado vivir con la señora Wiggins?

— ¡Ni soñarlo! — afirmó con rotundidad —. Tampoco con el tío Richard. Prefiero quedarme aquí, aunque Marilla sea esa palabrota de la mermelada, porque tú estás aquí, Anne. Oye, Anne, ¿me cuentas un cuento antes de dormir? Pero que no sea de hadas. Ésos sirven para las chicas, creo yo, pero quiero algo emocionante... con muchas muertes y disparos y una casa en llamas y cosas de esas.

Por fortuna para Anne, Marilla gritó desde su dormitorio:

— ¡Anne, Diana te hace señales desesperadas! Será mejor que veas qué quiere.

Anne fue corriendo a la buhardilla este y vio destellos de luz que partían de la ventana de Diana en grupos de cinco, es decir, “Ven enseguida, tengo algo importante que contarte”, según su viejo código infantil. Anne se echó su chal blanco a la cabeza y se perdió entre el Bosque Encantado y el campo del señor Bell hasta llegar a Orchard Slope.

— Tengo buenas noticias, Anne — anunció Diana —. Mamá y yo acabamos de volver de Carmody y vi a Mary Sentner, de Spencervale, en la tienda de Blair. Dice que las hermanas Copp, en el Camino Conservador, tienen

una bandeja de loza “willow” y cree que es idéntica a la que teníamos en la cena. Cree que querrán venderla, porque Martha Copp jamás conserva nada que pueda vender; y, si no, hay otra en casa de Wesley Keyson, en Spencervale, y seguro que la vende, pero no sabe si es del mismo modelo que la de la tía Josephine.

— Iré mañana mismo a Spencervale a buscarla — resolvió Anne —, y vienes conmigo. Me quitaré un gran peso de encima, porque pasado mañana he de ir al pueblo y, ¡ay!, ¿cómo encararme con tu tía Josephine sin bandeja “willow”? Sería más duro que la vez que confesé haber saltado en la cama del cuarto de invitados.

Las dos se rieron evocando aquel recuerdo. A quien lo ignore y sienta curiosidad, lo remito a la historia temprana de Anne.

Al día siguiente por la tarde, partieron en busca de la preciada bandeja. Eran dieciséis kilómetros hasta Spencervale y la jornada no era grata para viajar, pues hacía calor y no soplaba viento, y el polvo del camino, tras seis semanas de sequía, era enorme.

— Ojalá lloviera pronto — suspiró Anne —. Todo está resecaándose. Pobres campos, me dan lástima, y los árboles parecen suplicar agua con sus ramas. Mi jardín me parte el alma cuando entro. Aunque no debería quejarme por un jardín cuando las cosechas peligran. El señor Harrison dice que sus pastos están tan secos que las vacas casi no encuentran bocado, y se siente culpable de crueldad animal al mirarlas.

Tras un recorrido pesado, las chicas llegaron a Spencervale y tomaron el llamado “Camino Conservador”, un sendero verde y solitario, con hierba entre las huellas de los carros, señal de poco tránsito. A lo largo, casi siempre había hileras de abetos jóvenes apiñados, interrumpidos a veces por algún campo que llegaba a la valla o un claro lleno de tocones y hierbas en flor.

— ¿Por qué se llama Camino Conservador? — preguntó Anne.

— El señor Allan dice que es el mismo principio de llamar “bosque” a un sitio sin árboles — contestó Diana —, porque aquí solo viven las hermanas Copp y al final Martin Bovyer, que es liberal. El gobierno conservador abrió este camino cuando ostentaba el poder para demostrar que hacían “algo”.

El padre de Diana era liberal, por lo que ella y Anne no discutían política; en Green Gables siempre habían sido conservadores.

Al fin llegaron a la antigua granja Copp... un lugar de pulcritud tan excesiva que Green Gables palidecería en comparación. La casa era muy anticuada y se alzaba en una ladera, por lo que tenía un sótano de piedra en un extremo. Toda la vivienda y las construcciones estaban tan blanqueadas que herían la vista, y no había mala hierba alguna en el ordenado huerto, cercado por un vallado blanco.

—Las persianas están bajadas —observó Diana, desalentada—. Creo que no hay nadie.

Así era. Se miraron perplejas.

—No sé qué hacer —musitó Anne—. Si tuviera la seguridad de que la bandeja es del modelo correcto, no me importaría esperar a que vuelvan. Pero, si no lo fuera, puede que sea tarde para ir a casa de Wesley Keyson.

Diana fijó la vista en una ventanita cuadrada sobre el sótano.

—Esa debe de ser la ventana de la despensa —dijo—, porque esta casa es igual a la de mi tío Charles, en Newbridge, y esa es la despensa. Ahí no han bajado la persiana, así que, si subimos al techo de esa caseta, podremos asomarnos y quizás ver la bandeja. ¿Crees que estará mal?

—No lo creo —decidió Anne, tras sopesarlo—, dado que nuestro motivo no es mera curiosidad.

Aclarado ese punto ético, Anne se dispuso a encaramarse a la tal “caseta”, hecha de listones con techo a dos aguas, usada tiempo atrás para los patos. Las Copp habían dejado de criarlos —“porque son aves tan sucias”— y la caseta, aunque inmaculadamente encalada, estaba algo endeble. Anne se mostraba recelosa al subirse con ayuda de un barril sobre una caja.

—Me temo que no aguante mi peso —admitió, pisando con cuidado el techo.

—Apóyate en el alféizar —aconsejó Diana, y Anne obedeció. Con regocijo vio, al asomarse, una bandeja “willow” idéntica a lo que buscaba, en la balda frente a la ventana. Observó eso... y acto seguido vino la catástrofe. Exultante, Anne olvidó el precario suelo, dejó de apoyarse en el alféizar y dio un saltito de entusiasmo... al instante siguiente se hundió en el techo

hasta los sobacos, y se quedó colgada sin poder soltarse. Diana corrió a la caseta, y, agarrándola por la cintura, trató de bajarla.

— ¡Ay, no hagas eso! — chilló la pobre Anne—. Hay astillas largas que se me clavan. Busca algo para apoyar mis pies... quizá pueda alzarme.

Diana arrastró el barril y Anne comprobó que medía justo lo suficiente para sostenerle los pies. Pero no podía salir.

— ¿Podría sacarte si me subo? — propuso Diana.

Anne negó con semblante afligido.

— No... las astillas duelen demasiado. Pero con un hacha podrías romper esto. ¡Ay, a veces creo haber nacido con mala estrella!

Diana buscó con diligencia, pero no encontró hacha alguna.

— Tendré que pedir ayuda — dijo, regresando donde la prisionera.

— No, ¡ni hablar! — gritó Anne con vehemencia—. Si lo haces, la historia se sabrá y no podré asomar la cara. No; esperaremos a que regresen las Copp y obligarlas a guardar secreto. Ellas sabrán dónde está el hacha y me sacarán. No me duele mientras no me mueva... no me duele en el cuerpo, digo. Me pregunto cuánto valorarán esta caseta. Tendré que pagar los daños, pero no me importaría si entendieran que miraba por la ventana de su despensa solo para ver la bandeja. Mi único consuelo es que es la clase exacta de bandeja que deseo y, si la señorita Copp accede a vendérmela, me resignaré a todo.

— ¿Y si no vuelven hasta de noche... o hasta mañana? — sugirió Diana.

— Si no están al atardecer, tendrás que ir a pedir ayuda — aceptó Anne, a disgusto—. Pero no antes. ¡Ay, qué aprieto! No me molestaría tanto si mis desventuras fueran románticas, como las de las heroínas de la señora Morgan, pero siempre resultan ridículas. Imagínate la cara de las Copp al llegar y ver medio cuerpo de una chica sobresaliendo del techo de un viejo cobertizo de patos. Oye... ¿es un carro el que oigo? No, Diana, creo que es trueno.

En efecto, un trueno, y Diana, tras una rápida inspección, comprobó que en el noroeste se alzaba un nubarrón negrísimo.

—Creo que se avecina una tormenta fuerte —anunció con espanto—. ¿Qué haremos, Anne?

—Prepararnos —replicó Anne con calma. El rayo y trueno le parecían poca cosa tras lo ocurrido—. Saca el carro y la yegua a ese cobertizo. Por fortuna, mi paraguas está en el coche. Y llévate mi sombrero. Marilla dijo que era tonto ponerse el mejor sombrero para venir al Camino Conservador, y tenía razón, como casi siempre.

Diana desató el caballo y lo acomodó en la cochera abierta, justo cuando empezaban a caer gruesas gotas. Allí quedó, contemplando el fuerte aguacero, tan espeso que apenas distinguía a Anne, cubierta con el paraguas sobre su cabeza descubierta. No tronó mucho, pero llovió con furia casi una hora. Anne inclinaba de vez en cuando el paraguas para saludar a Diana con un gesto de la mano, pero la distancia hacía imposible hablar. Al fin escampó, salió el sol y Diana se aventuró por el lodoso patio.

—¿Te has mojado mucho? —preguntó ansiosa.

—Oh, no —respondió Anne con optimismo—. La cabeza y los hombros están secos y la falda solo algo mojada donde la lluvia entró por las tablillas. No me compadezcas, Diana, no ha sido para tanto. Me he consolado pensando en el bien que hace la lluvia y lo contento que estará mi jardín, y me he imaginado cómo se hablarían flores y capullos con las gotas cayendo. He montado un diálogo entre los ásteres y los guisantes de olor y los canarios silvestres del lilar y el espíritu guardián del jardín. Cuando llegue a casa pienso escribirlo. Ojalá tuviera lápiz y papel ahora, porque seguro olvidó partes buenas al volver.

Diana, que era fiel, encontró un lápiz y una hoja de papel de embalaje en la caja del carro. Anne cerró su paraguas chorreante, se puso el sombrero y, usando el papel sobre una tablilla que Diana le acercó, escribió su “idilio de jardín” en condiciones poco propicias para la literatura. Aun así, salió muy bonito y encantó a Diana cuando Anne se lo leyó.

—Ay, Anne, es precioso... precioso. Deberías enviarlo al Canadian Woman.

Anne negó con la cabeza.

—No, no serviría de nada. No tiene trama, ¿ves? Son solo fantasías hiladas. A mí me gusta escribir tales cosas, pero no se publican, porque los edi-

tores exigen argumentos, o eso dice Priscilla. ¡Ah, ahí viene la señorita Sarah Copp! Por favor, Diana, ve y explícale.

La señorita Sarah Copp era menudita, vestida de negro modesto, con un sombrero escogido no por ornamento sino porque aguantaba mucho. Se asombró, como era de esperar, al ver aquel extraño cuadro en su patio. Pero, tras oír a Diana, se mostró muy compasiva. Abrió la puerta trasera, sacó el hacha y, con unos golpes certeros, liberó a Anne, que, algo entumecida, volvió a hundirse en la caseta para salir por la puertecita y recobrar la libertad.

—Señorita Copp —dijo Anne con vehemencia—, le aseguro que asomé por la despensa solo para ver si tenía una bandeja “willow”. No miré nada más... ni lo pretendía.

—Bendita seas, no pasa nada —respondió amablemente la señorita Sarah—. Descuida, no hay daño. Gracias a Dios, en casa de los Copp mantenemos la despensa decente y no nos importa quién la vea. Y me alegra que se haya roto esa caseta de patos, a ver si Martha consiente al fin en derribarla. Nunca quería, “por si un día hacía falta”, y cada primavera me tocaba encalarla. Pero intentar discutir con Martha es como con una piedra. Hoy ella fue al pueblo, la llevé a la estación. Querías comprar mi bandeja, ¿verdad? ¿Cuánto ofreces?

—Veinte dólares —dijo Anne, sin madera para regatear, pues dio su mejor oferta de entrada.

—Bueno, ya veremos —contestó la señorita Sarah, cauta—. Esa bandeja es mía, por suerte, o no me atrevería a venderla sin Martha aquí. Aun así, supongo que habrá pelea. Martha manda mucho, ya estoy cansada de vivir bajo el pulgar de otra. Pero pasad, pasad, deben de estar muertas de cansancio y hambre. Les daré un té, aunque no esperen más que pan con mantequilla y pepinos. Martha cerró con llave todo el pastel y el queso y la mermelada antes de irse, dice que las malgasto si viene gente.

Las chicas tenían bastante hambre para apreciar pan con mantequilla y “pepinos” con auténtico deleite. Al acabar, la señorita Sarah dijo:

—No sé si no me importará vender la bandeja, pero vale veinticinco. Es muy antigua.

Diana le dio un golpecito a Anne bajo la mesa, indicando “No cedas todavía: la dejará en veinte si resistes.” Pero Anne no estaba dispuesta a

arriesgar aquella joya tan deseada y convino de inmediato en pagar veinticinco, dejando a la señorita Sarah con la cara de quien se arrepiente de no haber pedido treinta.

—Bueno, supongo que puedes llevártela. Necesito dinero. La verdad es —la señorita Sarah alzó la cabeza con orgullo, un rubor en sus mejillas flacas—, voy a casarme... con Luther Wallace. Me pretendió hace veinte años. Me gustaba bastante, pero era pobre y papá lo echó. Yo no tuve valor de rebelarme, era tímida. Y tampoco sabía que los hombres iban a escasear tanto.

Ya de regreso, con Diana conduciendo y Anne abrazada a la ansiada bandeja, las soledades verdeantes del Camino Conservador se animaron con risitas juveniles.

—Mañana entretendré a tu tía Josephine contándole la historia completa de esta tarde cuando vaya a la ciudad. Hemos pasado un mal rato, pero lo superamos. Ya tengo la bandeja, y la lluvia ha asentado el polvo. Así que “bien está lo que bien acaba”.

—Aún no hemos llegado a casa —dijo Diana, algo pesimista—, y cualquiera sabe qué nos pasará antes de llegar. Eres muy dada a tener aventuras, Anne.

—Algunos nacen con esa habilidad —repuso Anne con serenidad—. O se tiene ese don para las aventuras o no se tiene.

XIX - UN DÍA FELIZ

—Después de todo —le dijo Anne a Marilla en cierta ocasión—, creo que los días más hermosos y dulces no son aquellos en que sucede algo muy espléndido, o maravilloso, o emocionante, sino más bien esos que traen placeres sencillos que se suceden suavemente, como perlas deslizándose de un collar.

La vida en Green Gables estaba llena de esos días, porque las aventuras y desventuras de Anne, como las de cualquier persona, no ocurrían todas de una vez, sino salpicadas a lo largo del año, con largos intervalos de apacibles y felices jornadas llenas de trabajo, sueños, risas y lecciones. Un día así llegó a fines de agosto. Por la mañana, Anne y Diana llevaron a los gemelos a remar, encantados, por el estanque hasta la orilla arenosa, para recoger “hierba aromática” y chapotear en la espuma del oleaje que el viento arpegiaba con una vieja canción aprendida cuando el mundo era joven.

Por la tarde, Anne bajó a la vieja casa de los Irving a ver a Paul. Lo encontró tendido en la ladera cubierta de hierba, al lado del espeso bosquecillo de abetos que resguardaba la casa por el norte, absorto en un libro de cuentos de hadas. Se levantó radiante al verla.

—¡Oh, qué alegría que hayas venido, maestra! —exclamó con entusiasmo—, porque la abuela no está. ¿Te quedarás a tomar el té conmigo, verdad? Es muy triste tomarlo uno solo, ¿sabes, maestra? Hasta pensé seriamente en pedirle a Mary Joe la Joven que se sentara a la mesa conmigo, pero creo que a la abuela no le gustaría. Dice que los franceses deben mantenerse en su lugar. Y, de cualquier modo, es difícil conversar con Mary Joe

la Joven. Solo se ríe y dice: “Bueno, usted es de lo más raro que he visto en críos”. Eso no es mi idea de conversación.

—Desde luego me quedaré a tomar el té —afirmó Anne con alegría—. Me moría de ganas de que me invitaras. Se me hace agua la boca solo de pensar en ese delicioso pan dulce de tu abuelita, desde la vez anterior que vine a tomar el té.

El semblante de Paul se puso serio.

—Si fuera por mí, maestra —dijo, poniéndose delante de Anne con las manos en los bolsillos y su hermoso rostro infantil ensombrecido por una repentina preocupación—, te daría pan dulce con mucho gusto. Pero depende de Mary Joe. Oí a la abuela advertirle antes de irse que no me diera pan dulce porque es demasiado pesado para los estómagos de los niños. Pero quizá Mary Joe te corte un pedacito si prometo no comerlo yo. Confiemos en lo mejor.

—Sí, confiemos —asintió Anne, a quien esa filosofía optimista le encajaba perfectamente—. Y, si Mary Joe se muestra inflexible y no quiere darme pan dulce, no importa nada, así que no has de preocuparte por eso.

—¿Estás segura de que no te importará si no te da? —preguntó Paul con ansiedad.

—Totalmente segura, tesoro.

—Entonces no me preocuparé —dijo Paul, aliviado—, sobre todo porque creo que Mary Joe va a entrar en razón. No es una persona de suyo obstinada, pero sabe por experiencia que no conviene desobedecer a la abuela. La abuela es una excelente mujer, pero todos deben hacer lo que ella dice. Esta mañana se mostró muy contenta conmigo porque conseguí, por fin, comerme todo mi plato de avena. Me costó un gran esfuerzo, pero lo logré. Dice que quizá logre hacer de mí todo un hombre algún día. Pero, maestra, quiero preguntarte algo muy importante. Me contestarás con la verdad, ¿verdad?

—Lo intentaré —prometió Anne.

—¿Crees que estoy mal de la cabeza? —preguntó Paul, como si le fuera la vida en ello.

—¡Dios mío, no, Paul! —exclamó Anne, atónita—. Desde luego que no. ¿Quién te metió esa idea?

—Mary Joe... pero no sabía que yo la oía. Ayer, la sirvienta de la señora Peter Sloane, Verónica, fue a ver a Mary Joe y las oí hablando en la cocina mientras yo pasaba por el vestíbulo. Oí a Mary Joe decir: “Ese Paul es el niño más raro. Habla tan raro, creo que hay algo mal en su cabeza”. Anoche casi no pude dormir, pensando si sería cierto, y me daba miedo preguntarle a la abuela, pero decidí que te lo preguntaría a ti. Me alegra tanto que creas que todo anda bien en mi cabeza.

—Por supuesto que sí. Mary Joe es una muchacha necia e ignorante, y no debes inquietarte por lo que diga —dijo Anne con indignación, decidiéndose en secreto a dar a la señora Irving una delicada sugerencia sobre la conveniencia de frenar la lengua de Mary Joe.

—Ay, es un gran peso menos —comentó Paul—. Ya soy feliz. No sería agradable tener algo mal en la cabeza, ¿verdad, maestra? Supongo que Mary Joe lo piensa porque a veces le cuento lo que opino de las cosas.

—Expresarle a Mary Joe lo que uno piensa es algo un poco arriesgado —reconoció Anne, hablando desde su propia experiencia.

—Bien, otro día te diré lo que le conté a Mary Joe y así verás si es algo tan raro —dijo Paul—, pero esperaré hasta que empiece a oscurecer. Es a esa hora cuando más ganas me dan de contar cosas, y, si no hay nadie más cerca, se lo cuento a Mary Joe. Pero, a partir de ahora, dejaré de hacerlo si cree que estoy mal de la cabeza. Lo aguantaré callado.

—Y si te resulta insoportable, te vienes a Green Gables y me lo cuentas —propuso Anne, con la seriedad que tanto querían los niños, que adoran ser tomados en serio.

—Sí, vendré. Pero ojalá no esté Davy, porque me hace muecas. No me importa mucho porque él es un chiquillo y yo soy bastante mayor, pero igual no gusta que te hagan muecas. Y las tuyas dan miedo, parece que no va a recuperar la forma normal de la cara. Me las hace en la iglesia, cuando debería estar pensando en cosas sagradas. A Dora sí le gusto y ella me cae bien, pero no tanto como antes de que le dijera a Minnie May Barry que pensaba casarse conmigo cuando creciera. Tal vez me case con alguien algún día, pero ahora soy demasiado joven para pensarlo, ¿no te parece, maestra?

—Bastante jovencito —coincidió la maestra.

— Y, hablando de casarse, me recuerda otra inquietud que me ronda últimamente — prosiguió Paul —. La semana pasada vino la señora Lynde a tomar el té con la abuela, y la abuela me hizo enseñarle la foto de mi madrecita... la que papá me regaló por mi cumpleaños. No me hacía mucha gracia enseñársela a la señora Lynde. Es buena y amable, pero no es el tipo de persona a la que quieras mostrarle la foto de tu madre, ¿sabes, maestra? Pero, claro, obedecí. La señora Lynde dijo que era muy guapa, aunque un poco con pinta de actriz, y que debía de ser bastante más joven que mi papá. Luego comentó: “Algún día tu papá se casará de nuevo, con toda probabilidad. ¿Cómo te sentiría eso de tener una nueva mamá, Paulito?”. Esa idea me dejó sin respiración, maestra, pero no iba a dejárselo ver. Me la quedé mirando muy serio — así — y le contesté: “Señora Lynde, mi padre hizo una buena elección con mi primera madre; puedo confiar en que acierte lo mismo la segunda vez”. Y en verdad creo que lo haría, maestra. Pero me gustaría que, si lo hace, me consultara antes de que sea tarde. ¡Ah, ahí viene Mary Joe, nos llama a merendar! Voy a negociar con ella lo del pan dulce.

Tras la “negociación”, Mary Joe cortó el pan dulce y añadió un cuenco de mermelada al menú. Anne sirvió el té y ella y Paul disfrutaron de una comida muy alegre en la vieja sala, donde el aire del golfo penetraba por las ventanas, y charlaron sobre “tonterías” con tal entusiasmo que Mary Joe se escandalizó y afirmó esa misma noche ante Verónica que “de veras la maestra es tan rara como Paul”. Después de merendar, Paul llevó a Anne a su habitación para mostrarle la foto de su madre, ese misterioso regalo de cumpleaños que la señora Irving guardaba en la librería. La pequeña habitación de Paul, con su techo bajo, se inundaba de un crepúsculo rojo, procedente del sol poniente sobre el mar y por las sombras que arrojaban los abetos que crecían cerca de la ventanita cuadrada y profunda. Entre ese suave brillo y encantamiento relucía un rostro juvenil y dulce, con unos ojos maternales muy tiernos, colgado en la pared a los pies de la cama.

— Esa es mi madrecita — dijo Paul con cariñoso orgullo —. Conseguí que la abuela la colgara ahí para verla en cuanto abra los ojos cada mañana. Ahora no me importa no tener luz por las noches, porque me siento como si mi madre estuviera aquí. Papá supo exactamente qué regalarme, aunque ni me preguntó. ¿No es asombroso cuánto saben los padres?

— Tu madre era hermosísima, Paul, y te pareces un poquito a ella. Pero sus ojos y cabello son más oscuros que los tuyos.

— Mis ojos son del mismo color que los de papá — repuso Paul, correteando por la habitación para amontonar todos los cojines posibles en el asiento de la ventana —, pero el cabello de mi padre es gris. Lo tiene abundante, pero canoso. Verás, papá ronda ya los cincuenta. Eso es una edad muy avanzada, ¿no crees? Pero es solo por fuera. Por dentro sigue tan joven como cualquiera. Ahora, maestra, siéntate aquí y yo me sentaré a tus pies. ¿Puedo apoyar la cabeza en tus rodillas? Así lo hacíamos con mi madrecita. ¡Oh, esto es maravilloso, me encanta!

— A ver, cuéntame los pensamientos que Mary Joe considera tan raros — propuso Anne, acariciando los rizos que reposaban a su lado. Paul nunca requería insistencia para narrar sus pensamientos... al menos ante almas afines.

— Los pensé una noche en el bosque de abetos — dijo con aire soñador —. Claro que no me los creí literalmente, pero los imaginé. Ya sabes, maestra. Y quise contárselos a alguien, pero solo estaba Mary Joe. Ella estaba en la despensa preparando la masa del pan; me senté en el banquito a su lado y le dije: “Mary Joe, ¿sabes lo que pienso? Creo que la estrella vespertina es un faro en la tierra donde viven las hadas”. Y Mary Joe contestó: “De veras, tú eres el niño más raro. No hay tales hadas”. Yo me sentí muy molesto. Por supuesto que sé que no existen, pero eso no impide imaginarlo. Tú lo entiendes, maestra. Aun así, traté de explicarle de nuevo, con paciencia: “Bueno, Mary Joe — dije —, ¿sabes qué pienso? Creo que, cuando se pone el sol, un gran ángel blanco, con alas de plata recogidas, recorre el mundo y canta para que duerman las flores y los pájaros. Y los niños pueden oírlo si saben cómo escuchar”. Entonces Mary Joe levantó las manos llenas de harina y exclamó: “De veras, tú eres un niño muy raro; me asustas”. Y se veía asustada, sí. Así que me fui al jardín a susurrar el resto de mis ideas. Allí había un arbolito de abedul que se murió. Abuela dice que lo secó la brisa salobre, pero yo creo que el espíritu del abedul fue un tonto que salió a ver el mundo y se perdió, y el arbolito, tan solo, murió de pena.

— Y cuando el pobre y tonto espíritu vuelva al árbol, se le romperá el corazón al ver que ya está muerto — añadió Anne.

— Sí; pero si un espíritu abedul es necio, tiene que afrontar las consecuencias, igual que si fuera gente de verdad — dijo Paul con severidad —.

¿Sabes qué creo sobre la luna nueva, maestra? Creo que es un pequeño bote dorado lleno de sueños.

—Y, cuando se inclina en una nube, algunos sueños se derraman y caen en tu dormir.

—¡Exacto, maestra! Ay, sí que me entiendes. Y creo que las violetas son pequeños trozos de cielo que cayeron cuando los ángeles recortaron agujeros para que brillaran las estrellas, y que los ranúnculos están hechos de antiguos rayos de sol; y que los guisantes de olor se convertirán en mariposas cuando vayan al cielo. Ahora dime, ¿te parece muy raro pensar eso?

—No, querido, no es raro en absoluto. Son pensamientos maravillosos para un niño, y la gente que no puede concebir semejantes cosas, ni en cien años, los juzga “raros”. Pero sigue pensándolos, Paul... un día llegarás a ser poeta, me parece.

Al llegar a casa, Anne encontró un tipo de niñez muy distinto aguardando que lo acostaran. Davy estaba de mal humor; cuando Anne lo desvistió, se metió de un salto en la cama y hundió la cara en la almohada.

—Davy, olvidaste rezar —dijo Anne con reproche.

—No lo olvidé —replicó Davy con rebeldía—. Pero ya no voy a rezar nunca más. Voy a dejar de ser bueno, porque da igual lo bueno que sea, a ti te gusta más Paul Irving. Así que más vale ser malo y divertirme.

—No me gusta más Paul Irving —dijo Anne con seriedad—. Te quiero igual, solo que de otro modo.

—Pero yo quiero que me quieras del mismo modo —rezongó Davy.

—No se puede querer de la misma forma a personas distintas. Tú no quieres a Dora y a mí igual, ¿no?

Davy se irguió a reflexionar.

—No... no —admitió al fin—. Quiero a Dora porque es mi hermana, pero a ti porque eres tú.

—Y yo quiero a Paul porque es Paul y a Davy porque es Davy —sentenció Anne, alegre.

—Bueno, entonces... casi preferiría haber rezado —admitió Davy, convencido—. Pero ahora es mucha molestia levantarme otra vez. Mañana rezaré dos veces, ¿vale?

No, Anne estaba convencida de que no valía. Davy salió de la cama y se arrodilló a sus pies. Al acabar, se recostó en sus taloncitos morenos y la miró:

—Anne, soy más bueno que antes, ¿verdad?

—Sí, sin duda, Davy —dijo Anne, que nunca dudaba en conceder méritos cuando correspondía.

—Lo sé —declaró Davy, seguro—, y te diré cómo lo sé. Hoy Marilla me dio dos trozos de pan con mermelada, uno para mí y otro para Dora. Uno era más grande, pero no dijo cuál era mío. Y le di el más grande a Dora. Eso fue bueno, ¿no?

—Muy bueno y muy caballeroso, Davy.

—Claro —añadió Davy—, Dora no tenía tanta hambre, solo se comió la mitad y me dio el resto. Pero, cuando se lo di, yo no sabía eso, así que fui bueno, Anne.

En el crepúsculo, Anne se fue paseando hasta la Fuente de la Dríada y vio a Gilbert Blythe que bajaba por el Bosque Encantado, ya casi a oscuras. De pronto, comprendió que Gilbert ya no era un colegial. ¡Qué varonil se veía! Tan alto, de frente franca y con ojos claros y sinceros, hombros anchos... A Anne le parecía un muchacho muy apuesto, aunque no encajara en su ideal masculino. Ella y Diana, hacía tiempo, habían decidido cómo debía ser el hombre que admiraban, y sus gustos eran idénticos. Debía de ser muy alto, distinguido, con ojos melancólicos e inescrutables, y una voz suave y comprensiva. Nada de melancolía ni misterio había en el semblante de Gilbert, pero, desde luego, eso no importaba en la amistad.

Gilbert se echó sobre los helechos junto a la Fuente y contempló a Anne con aprobación. Si alguien le hubiera pedido describir a su mujer ideal, habría sido una réplica exacta de Anne, incluso con las siete pecas que todavía atormentaban su alma. Gilbert era poco más que un chico, pero un chico también sueña; y, en su futuro, él siempre veía a una muchacha de grandes ojos grises y puros, y facciones tan delicadas como un pétalo. Además, había decidido que su futuro debía merecer a esa diosa. Incluso en la tranquila

Avonlea existían tentaciones que sortear. Los jóvenes de White Sands eran un grupo algo “desenfrenado” y Gilbert era popular dondequiera que fuese, pero se esforzaba por ser digno de la amistad de Anne, y, quién sabe, de su amor algún día; por eso vigilaba con celo cada palabra, cada pensamiento, cada acción, como si los ojos diáfanos de Anne fuesen a juzgarlo. Ella ejercía sobre él esa influencia inconsciente que toda chica con ideales elevados ejerce en sus amigos, una influencia que perduraría mientras se mantuviera fiel a esos ideales, y que perdería si alguna vez les fuera infiel. A los ojos de Gilbert, el mayor encanto de Anne era que nunca caía en las pequeñeces tan comunes en las chicas de Avonlea —celos, engaños, rivalidades, coqueteos evidentes—. Anne se mantenía al margen de todo aquello, no a propósito, sino porque nada de eso cabía en su naturaleza diáfana e impulsiva, cristalina en sus motivos y aspiraciones.

No obstante, Gilbert no intentó poner en palabras aquellos pensamientos; sabía bien que Anne rechazaría todo atisbo de sentimentalismo con decisión o se reiría de él, que era diez veces peor.

—Pareces una verdadera dríada bajo ese abedul —comentó él, burlón.

—Me encantan los abedules —respondió Anne, rozando con la mejilla la satinada corteza crema del tronco, con uno de esos lindos y espontáneos gestos tan típicos de ella.

—Te gustará saber que el señor Major Spencer planea plantar una hilera de abedules blancos a lo largo del frente de su granja, como apoyo a la A.V.I.S. —dijo Gilbert—. Me lo comentó hoy. Major Spencer es el hombre más progresista y solidario de Avonlea. Y el señor William Bell piensa hacer un seto de abetos a lo largo del camino y a lo largo de su entrada. Nuestra Sociedad avanza, Anne, ya pasó la etapa experimental y está consolidada. Los mayores comienzan a interesarse y en White Sands hablan de crear otra. Hasta Elisha Wright cambió de opinión, desde el día en que los estadounidenses del hotel organizaron un picnic en la costa. Alabaron tanto nuestras veredas y dijeron que eran mucho más lindas que en otras partes de la Isla. Cuando los granjeros imiten al señor Spencer y planten árboles y setos a lo largo de sus frentes, Avonlea será la colonia más bonita de la provincia.

—La Aid habla de encargarse del cementerio —comentó Anne—, y me parece bien, porque se necesitará una colecta para ello y la Sociedad no po-

dría tras lo del salón. Pero la Aid no se habría movido si la Sociedad no les hubiera insinuado la idea. Los árboles que pusimos en la iglesia están creciendo y los síndicos me prometieron cercar el patio de la escuela el próximo año. Si lo hacen, haremos un “Día del Árbol” y cada alumno plantará uno; y pondremos un jardín en la esquina junto al camino.

—Hemos logrado casi todos nuestros planes, menos que retiraran la casa vieja de Boulter —recordó Gilbert—, y ya me di por vencido. Levi no la quitará solo por llevarnos la contraria. Tiene ese genio tozudo, tan típico de los Boulter.

—Julia Bell sugiere enviarle otro comité, pero creo que es mejor dejarlo por la paz —dijo Anne con sensatez.

—Y confiar en la Providencia, como dice la señora Lynde —bromeó Gilbert—. Claro, nada de comités. Solo lo irritan más. Julia Bell cree que todo se resuelve con un comité. El próximo año, Anne, hemos de promover céspedes y jardines bonitos. Iremos sembrando la idea desde este invierno. Tengo un tratado sobre céspedes y lo estudiaré para escribir un artículo. Bueno, me temo que nuestras vacaciones casi acabaron. La escuela empieza el lunes. ¿Sabes si Ruby Gillis consiguió la escuela de Carmody?

—Sí; Priscilla escribe que se quedó con la suya propia, así que los de Carmody se la dieron a Ruby. Lamento que Priscilla no vuelva, pero, ya que no puede, me alegra que Ruby tome el puesto. Ella estará en casa los sábados, y será como en los viejos tiempos, con ella, Jane, Diana y yo juntas otra vez.

Marilla, que acababa de volver de casa de la señora Lynde, se sentaba en el escalón trasero cuando Anne llegó.

—Rachel y yo hemos decidido ir mañana al pueblo —comentó—. El señor Lynde está mejor esta semana y Rachel quiere ir antes de que le dé otro achaque.

—Mañana madrugaré mucho, tengo un montón que hacer —dijo Anne con aire de virtuosa—. Entre otras cosas, voy a pasar las plumas de mi viejo colchón a uno nuevo. Tenía que hacerlo hace tiempo, pero he ido posponiéndolo... es una tarea tan fastidiosa. Es mal hábito aplazar lo desagradable, y no debo, o no podré luego decir a mis alumnos que no lo hagan, sería incongruente. Luego quiero hacer un pastel para el señor Harrison, terminar

mi escrito sobre jardines para la A.V.I.S., escribirle a Stella, lavar y almidonar mi vestido de muselina y coser el delantal nuevo de Dora.

—No harás ni la mitad —vaticinó Marilla con pesimismo—. Cada vez que planeo muchas cosas, algo sucede para impedirlo.

XX - LO QUE SUELE PASAR

Anne se levantó muy de mañana al día siguiente y saludó con alegría al nuevo día, cuando las banderas del alba se agitaban triunfantes en el cielo nacarado. Green Gables reposaba en un charco de sol, salpicado con las sombras movedizas de álamos y sauces. Más allá se extendía el campo de trigo del señor Harrison, una amplia extensión de oro pálido ondulada por el viento. El mundo se veía tan hermoso que Anne pasó diez minutos dichosos apoyada en la tranquera del jardín, bebiendo toda esa belleza.

Tras el desayuno, Marilla se preparó para su viaje. Dora la acompañaría, pues hacía tiempo se lo había prometido.

—Davy, procura portarte bien y no fastidies a Anne —le encargó con seriedad—. Si eres bueno, te traeré un bastón de caramelo a rayas del pueblo.

Ay, Marilla había incurrido en el mal hábito de sobornar a la gente para que se portara bien.

—No seré malo a propósito, pero ¿y si lo soy por azcidente? —quiso saber Davy.

—Tendrás que cuidarte de los accidentes —lo adoctrinó Marilla—. Anne, si viene hoy el señor Shearer, compra un buen corte para asar y algo de carne para bistecs. Si no viene, tendrás que matar un ave para mañana.

Anne asintió.

—Hoy no me molestaré en cocinar comida “seria” solo para Davy y para mí —dijo—. Esa pata de jamón frío bastará a mediodía, y para la noche te

freiré un bistec cuando llegues.

—Voy a ayudar al señor Harrison a cargar alga dulce esta mañana — anunció Davy—. Él me lo pidió, y supongo que me invitará a comer también. El señor Harrison es un hombre muy bondadoso, muy sociable. Ojalá sea como él cuando crezca. Bueno, quiero portarme como él, pero no parecerme físicamente, ¿eh? Menos mal que la señora Lynde dice que soy un niño guapísimo. ¿Crees que seguiré siéndolo, Anne? De veras quiero saber.

—Seguro que sí —repuso Anne con gravedad—. Eres un chico muy guapo, Davy —Marilla puso cara de clara desaprobación—, pero debes estar a la altura de ello y ser tan amable y caballeroso como pareces.

—Y el otro día le dijiste a Minnie May Barry, cuando lloraba porque alguien la llamó fea, que si era buena y amable la gente no se fijaría en su aspecto —prosiguió Davy con descontento—. Parece que siempre hay que ser bueno en este mundo por una u otra razón. Toca portarse bien.

—¿No quieres ser bueno? —preguntó Marilla, que había aprendido mucho, pero no tanto como para saber cuán fútil es esa pregunta.

—Sí, quiero ser bueno, pero no demasiado —declaró Davy con cautela—. Ni hace falta ser tan bueno para dirigir la Escuela Dominical. El señor Bell lo es y él es re malo.

—¡No, no lo es! —exclamó Marilla, indignada.

—Sí que lo es... él mismo lo dijo —afirmó Davy—. Lo dijo rezando el domingo en la Escuela Dominical. Dijo que era un gusano vil, un pecador miserable y culpable de la mayor iniquidad. ¿Qué hizo tan malo, Marilla? ¿Mató a alguien? ¿Robó las monedas del cepillo? Quiero saber.

Por fortuna llegó la señora Lynde, y Marilla escapó del atolladero, deseando con fervor que el señor Bell no fuese tan sumamente figurado en sus oraciones públicas, sobre todo con niños cerca “que todo lo quieren saber.”

Anne, dejada sola con sus “laureles”, se puso manos a la obra con entusiasmo. Barrió el suelo, hizo las camas, dio de comer a las gallinas y colgó el vestido de muselina recién lavado en el tendedero. Luego se dispuso al trasvase de plumas. Subió al desván y se puso el primer viejo vestido que encontró: un marino de cachemir que había usado a los catorce. Le quedaba

muy corto y tan estrecho como aquel de dril con el que llegó por vez primera a Green Gables; pero al menos no se estropearía con plumas y plumones. Remató su atuendo con un gran pañuelo rojo con lunares blancos —que había sido de Matthew— sobre su cabeza, y así vestida subió a la cámara de la cocina, donde Marilla la había ayudado a llevar el colchón de plumas.

Un espejo agrietado colgaba junto a la ventana de la cámara; en un momento de infortunio, Anne se miró en él. Ahí estaban esas siete pecas en su nariz, más indomables que nunca, o así parecía bajo la luz que entraba sin cortina.

— ¡Ay, anoche olvidé ponerme la loción! —pensó—. Sería mejor bajar a la despensa y aplicármela ahora.

Anne ya había intentado todo tipo de remedios para borrar esas pecas. Una vez incluso se le había pelado la piel de la nariz, pero las pecas seguían. Unos días antes había hallado una receta de loción para pecas en una revista y, como tenía los ingredientes a mano, la preparó sin perder tiempo, para disgusto de Marilla, quien creía que si la Providencia te daba pecas era tu deber dejarlas donde estaban.

Anne voló a la penumbrosa despensa, oscurecida por la gran rama del sauce crecida sobre la ventana y por la cortina bajada para que no entraran moscas. Cogió la botella del estante y se empapó generosamente la nariz con una pequeña esponja destinada a tal fin. Cumplido ese deber fundamental, regresó a su labor. Cualquiera que haya traspasado plumas de un colchón a otro no necesita descripción: cuando Anne terminó, era un espectáculo indescriptible. El vestido estaba blanco de plumas y plumones, y su pelo del flequillo, escapado del pañuelo, parecía un halo de plumillas. En ese instante feliz, llamaron a la puerta de la cocina.

—Será el señor Shearer —conjeturó Anne—. Estoy hecha un desastre, pero tendré que bajar así, porque siempre va con prisas.

Anne bajó veloz a abrir. Si el piso hubiese sido compasivo, la habría tragado en ese instante. En el umbral estaban Priscilla Grant —rubia y encantadora con su traje de seda—, una señora bajita y regordeta, canosa, vestida de tweed, y otra dama, alta y esbelta, con ropajes maravillosos, un rostro hermoso y distinguido y unos ojos color violeta bordeados de espesas pesta-

ñas negras, a quien Anne “sintió instintivamente”, como diría en otro tiempo, que era la señora Charlotte E. Morgan.

En aquel desconcierto, un único pensamiento destacaba en la confusión mental de Anne y se aferró a él como a un clavo ardiente. Todas las heroínas de la señora Morgan se caracterizaban por “alzar el ánimo” ante la adversidad. Por graves que fueran sus problemas, siempre superaban la situación con elegancia y demostraban su entereza sobre todos los males del tiempo, el espacio y las circunstancias. Por ello Anne sintió que tenía el deber de alzarse a la ocasión... y lo hizo con tal perfección que Priscilla luego juró no haber admirado más a Anne Shirley que en ese momento. Fuera cual fuese su sufrimiento interior, no lo mostró. Saludó a Priscilla y fue presentada a sus acompañantes con tanta calma y compostura como si luciera seda y terciopelo. Ciertamente le chocó descubrir que la dama a quien había creído la señora Morgan no lo era, sino la desconocida señora Pendexter, mientras que la bajita canosa era la auténtica señora Morgan; pero, ante la gran conmoción, la pequeña pasó casi inadvertida. Anne acompañó a sus visitas al cuarto de huéspedes y, de ahí, al salón, donde las dejó mientras corría a ayudar a Priscilla a desenganchar el caballo.

—Es espantoso presentarnos así, de repente —se excusó Priscilla—, pero no supe hasta anoche que vendríamos. La tía Charlotte se va el lunes y había prometido pasar hoy con una amiga en el pueblo, pero anoche esa amiga la telefoneó diciendo que estaban en cuarentena por escarlatina. Así que propuse venir aquí, porque sé que ansiabas verla. Nos detuvimos en el hotel de White Sands y trajimos a la señora Pendexter, amiga de mi tía, que vive en Nueva York y su esposo es millonario. No podemos quedarnos mucho porque la señora Pendexter debe volver al hotel a las cinco.

Mientras desataban el caballo, Anne notó varias veces la mirada furtiva e intrigada de Priscilla clavada en ella.

—No tiene por qué mirarme así —pensó un poco resentida—. Si no sabe lo que es cambiar un colchón de plumas, bien podría imaginárselo.

Cuando Priscilla se encaminó al salón y antes de que Anne pudiera escabullirse arriba, Diana entró en la cocina. Anne la agarró del brazo, desesperada.

— ¡Diana Barry, adivina quién está en la sala ahora mismo! La señora Charlotte E. Morgan... y la esposa de un millonario neoyorquino... y aquí estoy yo así... ¡y no hay nada en casa para el almuerzo salvo un hueso de jamón frío!

Para entonces, Anne también se percataba de que Diana la contemplaba con la misma expresión perpleja que Priscilla.

— Por favor, Diana, no me mires así — suplicó—. Al menos tú deberías saber que ni la persona más cuidadosa puede traspasar plumas de un colchón a otro y seguir limpia.

— No es por las plumas — tartamudeó Diana—. Es... es... tu nariz, Anne.

— ¿Mi nariz? ¡Oh, Diana, espero que nada malo le pase!

Anne corrió al pequeño espejo sobre el fregadero. Una sola ojeada reveló la terrible verdad: su nariz estaba de un escarlata brillante.

Anne se dejó caer en el sofá, su espíritu indomable abatido al fin.

— ¿Qué le sucede? — preguntó Diana, por curiosidad, venciendo la discreción.

— Creí frotarme la loción para las pecas, pero debí usar el tinte rojo que Marilla usa para dibujar patrones de alfombras — fue la respuesta desesperada—. ¿Qué haré?

— ¡Lávatelo! — propuso Diana con sentido común.

— Puede que no se vaya. Primero me teñí el pelo, ahora la nariz. Marilla me cortó el pelo cuando me lo teñí, pero eso no serviría en este caso. Bueno, es otro castigo por la vanidad; supongo que lo merezco... aunque consuele poco. Realmente, casi da para creer en la mala suerte, aunque la señora Lynde diga que no existe tal cosa, pues todo está predestinado.

Por fortuna, el tinte salió fácilmente con agua y Anne, un tanto consolada, se fue a la buhardilla este mientras Diana corría a su casa. Al poco, Anne volvió, vestida y dueña de sí misma. El vestido de muselina que tanto deseaba llevar aún bailoteaba en el tendedero, así que tuvo que contentarse con su batista negra. Tenía el fuego encendido y el té infusionando cuando

Diana regresó; esta última sí vestía su muselina y cargaba una fuente tapada.

—Mamá te envió esto —explicó, levantando la tapa y mostrando un pollo troceado a la mirada agradecida de Anne.

Al pollo lo acompañaron pan reciente, una excelente mantequilla, queso, pastel de frutas de Marilla y un plato de ciruelas en conserva, flotando en su almíbar dorado como un trocito de luz veraniega solidificada. Había también un gran tazón de ásteres rosados y blancos a modo de adorno. Sin embargo, el conjunto parecía muy humilde comparado con lo planeado en otra ocasión para la señora Morgan.

Pero los invitados, hambrientos, no echaron nada en falta y comieron esos sencillos manjares con evidente deleite. Anne, tras unos instantes, no pensó más en lo que hubiera o no en su mesa. La señora Morgan, aunque su aspecto hubiera sido algo decepcionante —cosa que incluso sus fieles admiradoras habían tenido que admitir—, resultó ser una conversadora encantadora. Había viajado mucho y era excelente cuentista. Había visto a muchos hombres y mujeres, y destilaba sus experiencias en frases chispeantes y epigramas que daban la impresión de estar escuchando a un personaje de un libro ingenioso. Pero, bajo su brío, se percibía una auténtica simpatía de mujer bondadosa que ganaba el afecto tan fácilmente como su chispa la admiración. Tampoco monopolizó la plática: sabía hacer hablar a los demás con la misma destreza con que ella hablaba, y Anne y Diana se encontraron charlando con total soltura. La señora Pendexter dijo poco; se limitó a sonreír con sus hermosos ojos y labios, y comió pollo, pastel de frutas y mermelada con una gracia exquisita, transmitiendo la impresión de cenar ambrosía y rocío. Pero, como Anne diría luego a Diana, cualquiera tan divinamente bella no necesita hablar; basta con su sola presencia.

Tras la comida salieron a pasear por el Sendero de los Enamorados, El Valle Violeta y el Sendero de los Abedules; luego, de vuelta a través del Bosque Encantado hasta la Fuente de la Dríada, donde se sentaron a charlar otra media hora deliciosa. La señora Morgan quiso saber por qué se llamaba Bosque Encantado, y rió hasta las lágrimas al oír la historia y la versión dramática de Anne sobre aquel memorable paseo al caer la tarde.

—Ha sido un auténtico festín de razón y flujo de alma, ¿verdad? —dijo Anne, cuando sus visitantes se marcharon y ella y Diana quedaron solas—.

No sé qué me gustó más, si oír a la señora Morgan o contemplar a la señora Pendexter. Creo que lo pasamos mejor así, sin saber que vendrían y sin agobiarnos preparando. Diana, quédate a cenar y lo comentaremos todo con calma.

—Priscilla dice que la hermana del esposo de la señora Pendexter está casada con un conde inglés; y aun así ella repitió de la mermelada de ciruela —observó Diana, como si ambos hechos fueran contradictorios.

—Me atrevo a decir que ni el propio conde hubiera hecho ascos a la mermelada de ciruela de Marilla —repuso Anne con orgullo.

Anne no mencionó el infortunio de su nariz al contar lo ocurrido a Marilla esa noche. Pero cogió la botella de loción para pecas y la arrojó por la ventana.

—Jamás volveré a probar menjunjes embellecedores —sentenció con firmeza sombría—. Podrán servir para gente muy prudente y cuidadosa, pero para alguien tan propenso a equivocarse como yo, tentar al destino con ellos es un riesgo excesivo.

XXI - LA DULCE SEÑORITA LAVENDAR

Comenzaron las clases y Anne volvió a su trabajo, con menos teorías pero mucha más experiencia. Tenía varios alumnos nuevos, niños y niñas de seis y siete años que miraban con ojos asombrados un mundo lleno de maravillas. Entre ellos estaban Davy y Dora. Davy se sentó con Milty Boulter, quien llevaba un año en la escuela y, por lo tanto, era todo un “hombre de mundo”. Dora había pactado en la Escuela Dominical el domingo anterior sentarse con Lily Sloane; pero, como Lily Sloane no vino el primer día, provisionalmente la pusieron con Mirabel Cotton, de diez años, y que, a ojos de Dora, pertenecía a las “niñas grandes”.

—Creo que la escuela es algo muy divertido —le contó Davy a Marilla, al llegar a casa esa noche—. Me habías dicho que me costaría quedarme quieto... y tenías razón, ya voy notando que casi siempre dices la verdad... pero puedes mover las piernas bajo el pupitre y eso ayuda mucho. Es estu-
pendo tener tantos chicos para jugar. Me siento con Milty Boulter y él es genial. Es más alto que yo, pero yo soy más ancho. Es mejor sentarse en los asientos del fondo, pero para eso necesitas tener piernas largas que alcancen el piso. Milty dibujó en su pizarra un retrato de Anne y era horroroso. Le dije que, si volvía a dibujar a Anne así, lo golpearía en el recreo. Al principio pensé dibujarlo a él con cuernos y cola, pero me dio miedo herir sus sentimientos y Anne dice que nunca debes herir los sentimientos de nadie. Parece que debe de ser terrible que te hieran los sentimientos. Si has de hacer algo, más vale tumbar a un chico de un puñetazo antes que lastimar sus sentimientos. Milty dijo que no me tenía miedo, pero que no le importaba cambiar el nombre y puso “Barbara Shaw” debajo del dibujo en vez de

“Anne”. A Milty no le gusta Barbara porque ella le llama “dulce niño” y una vez le palmoteó la cabeza.

Dora dijo con compostura que la escuela le gustaba; pero se la veía muy callada, aun para ser ella, y al anochecer, cuando Marilla le dijo que subiera a acostarse, vaciló y se echó a llorar.

—Te... tengo miedo —sollozó—. No... no quiero ir sola arriba en la oscuridad.

—¿Qué idea descabellada te ha entrado ahora? —inquirió Marilla—. En todo el verano has ido a la cama sola y nunca te ha dado miedo.

Dora siguió lloriqueando, así que Anne la cogió en brazos, la consoló con ternura y susurró:

—Cuéntale a Anne qué te asusta, cariño. ¿Qué pasa?

—El... el tío de Mirabel Cotton —gimoteó Dora—. Hoy, en la escuela, Mirabel Cotton me habló de toda su familia. Casi todos en su familia se han muerto... todos sus abuelos y abuelas y un montón de tíos y tías. Tienen la costumbre de morirse, dice Mirabel. Mirabel está muy orgullosa de tener tantos parientes muertos, y me contó de qué fallecieron, lo que dijeron y cómo se veían en sus ataúdes. Y dice que uno de sus tíos se apareció caminando por la casa después de enterrado. Su madre lo vio. Los demás no me importan tanto, pero no puedo dejar de pensar en ese tío.

Anne subió con Dora y se quedó a su lado hasta que la niña se durmió. Al día siguiente, a la hora del recreo, Mirabel Cotton se quedó dentro y entendió “amable pero firmemente” que, si una tiene la desgracia de poseer un tío que deambula por las casas después de recibir cristiana sepultura, no es de buen gusto hablar de ese extravagante caballero a la compañerita de pupitre, sobre todo si esta es tan chiquita. A Mirabel le pareció muy injusto. Los Cotton no tenían mucho de qué alardear. ¿Cómo iba a mantener su prestigio ante sus compañeros si le prohibían sacar provecho del fantasma familiar?

Septiembre se deslizó hacia un hermoso y carmesí octubre, lleno de gracia. Cierta viernes, por la noche, Diana se presentó en Green Gables.

—Me llegó carta de Ella Kimball hoy, Anne, y quiere que vayamos mañana por la tarde a tomar el té para que conozcamos a su prima, Irene Trent, de la ciudad. Pero no podemos disponer de ninguno de nuestros caballos,

porque los usarán todos mañana, y tu poni está cojo... así que, supongo, no podremos ir.

—¿Por qué no vamos andando? —propuso Anne—. Si atravesamos directamente el bosque, saldremos a la carretera de West Grafton cerca de la casa de los Kimball. El invierno pasado crucé por ahí y conozco el camino. Son apenas cuatro millas y no tendremos que volver a pie, porque Oliver Kimball seguro que nos lleva. Estará encantado de encontrar una excusa, pues va a ver a Carrie Sloane y dicen que su padre apenas le deja el caballo.

Decidieron, pues, que irían caminando y, a la tarde siguiente, partieron, cruzando primero el Sendero de los Enamorados hasta la parte trasera de la granja Cuthbert, donde encontraron un camino que se adentraba en acres de bosques de hayas y arces, todos bajo un asombroso resplandor de llama y oro, sumidos en un profundo púrpura de quietud y paz.

—Es como si el año se arrodillara en oración en una inmensa catedral llena de cálida luz coloreada, ¿verdad? —dijo Anne soñadoramente—. Parece un sacrilegio apresurarse, ¿a que sí? Es tan irreverente como salir corriendo en una iglesia.

—Pero tenemos que apurarnos —recordó Diana, mirando el reloj—. Ya salimos con el tiempo justo.

—Bueno, caminaré deprisa, pero no me pidas que hable —dijo Anne, acelerando el paso—. Solo quiero beber la belleza de este día... siento como si él me la ofreciera a los labios, como una copa de etéreo vino, y voy probándolo sorbo a sorbo a cada paso.

Quizá, porque estaba tan absorta “bebiendo” el entorno, Anne tomó el giro a la izquierda cuando llegaron a una bifurcación. Debería haber tomado el de la derecha, pero siempre consideraría esa equivocación como la más afortunada de su vida. Al fin salieron a un camino solitario y cubierto de hierba, sin más visión que hileras de jóvenes abetos.

—¿Dónde estamos? —exclamó Diana, perpleja—. Esto no es la carretera de West Grafton.

—No, es la carretera “base line” de Middle Grafton —admitió Anne, algo avergonzada—. Debí equivocarme al escoger en la bifurcación. No sé exactamente dónde estamos, pero hemos de estar a tres millas de los Kimball todavía.

—Entonces no llegaremos a las cinco, porque ya son las cuatro y media —dijo Diana, con un desesperado vistazo al reloj—. Llegaremos cuando ya hayan tomado el té, y tendrán que prepararnos algo de nuevo.

—Más vale volver a casa —sugirió Anne con humildad.

Pero tras pensarlo, Diana decidió lo contrario.

—No, ya que vinimos hasta aquí, aprovecharemos la tarde y cenaremos con ellos de todas formas.

Unos metros más allá, el camino volvía a bifurcarse.

—¿Cuál tomamos? —preguntó Diana, dudosa.

Anne negó con la cabeza.

—No lo sé, y no podemos arriesgarnos a otro error. Aquí hay una cerca y un caminito que entra en el bosque. Debe de haber una casa al final. Vamos a preguntar.

—¡Qué camino tan pintoresco! —dijo Diana, mientras avanzaban por sus curvas. Transcurría bajo abetos centenarios, cuyas ramas se unían arriba formando una penumbra eterna donde nada crecía salvo el musgo. A ambos lados, el suelo del bosque, pardo, atravesado aquí y allá por haces de sol que caían como lanzas caídas. Todo estaba tranquilo y remoto, como si el mundo y sus penas se hallaran lejos.

—Parece que caminamos por un bosque encantado —susurró Anne—. ¿Crees que encontraremos el camino de vuelta al mundo real, Diana? Quizás tras la próxima curva hallemos un palacio con una princesa hechizada.

Al girar la curva siguiente, dieron con algo que no era un palacio, pero casi tan sorprendente como hubiese sido hallar uno, acostumbradas como estaban a las convencionales casas granjeras de madera de la Isla, todas tan semejantes que parecía que crecían de la misma semilla. Anne se detuvo extasiada y Diana exclamó:

—¡Oh, ya sé dónde estamos! Esa es la casita de piedra donde vive la señorita Lavendar Lewis... “Echo Lodge” la llama, creo. Oí hablar mucho de ella, pero nunca la había visto. ¿No es un lugar románticísimo?

—Es el sitio más dulce y encantador que haya visto o imaginado —dijo Anne, encantada—. Parece un fragmento de cuento o de sueño.

La casa era de piedras rojizas de la Isla, con techos bajos y dos ventanas abuhardilladas rematadas por aleros de madera; dos grandes chimeneas emergían del tejado. Estaba completamente cubierta por una enredadera de hiedra que encontraba fácil agarre en la tosca mampostería y que, con las heladas otoñales, se había vuelto de los más hermosos tonos bronce y tinto de vino.

Delante se extendía un jardín rectangular, al que daba paso la cancela del camino. Por un lado lo limitaba la casa; por los otros tres, un viejo cercado de piedras, tan cubiertas de musgo, hierba y helechos que parecía una suave colina verde. A derecha e izquierda, altos abetos sombríos extendían sus ramas palmeadas, pero, hacia abajo, se abría un prado de trébol, que descendía suavemente hasta un recodo azul del río Grafton. No se veía ninguna otra casa ni claro en lontananza... solo colinas y valles alfombrados de plumerosos abetos jóvenes.

—Me pregunto cómo será la señorita Lewis —reflexionó Diana, abriendo la cancela hacia el jardín—. Dicen que es muy particular.

—Será interesante, entonces —respondió Anne con decisión—. Las personas particulares al menos siempre son interesantes, sean lo que sean o no sean. ¿No te dije que hallaríamos un palacio encantado? Sabía que los duendes no habían tejido magia en ese camino por nada.

—Pero la señorita Lavendar Lewis dista de ser una princesa hechizada —rió Diana—. Es una solterona... tiene cuarenta y cinco años y, oí, canas.

—Ah, eso forma parte del hechizo —aseguró Anne—. En su interior es aún joven y hermosa... y si tan solo supiéramos romper el hechizo, saldría radiante y bella de nuevo. Pero no sabemos cómo... siempre es el príncipe quien lo sabe... y a la princesa de la señorita Lavendar todavía no le ha llegado su príncipe. Tal vez algo fatal le sucedió... pero eso contravendría las leyes de los cuentos de hadas.

—Temo que ese príncipe vino hace tiempo y se marchó —dijo Diana—. Cuentan que estuvo prometida con Stephen Irving... el padre de Paul... en su juventud, pero se pelearon y se separaron.

—Chist... —advirtió Anne—. La puerta está abierta.

Las muchachas se detuvieron en el porche, bajo las hebras de hiedra, y golpearon en la puerta abierta. Se oyó dentro un suave repiqueteo de pasos

y apareció una personilla algo extraña: una chica de unos catorce años, con cara pecosa, nariz chata y una boca tan amplia que casi parecía llegar de oreja a oreja, con dos largas trenzas de cabello claro rematadas por enormes lazadas azules.

—¿Está la señorita Lewis en casa? —preguntó Diana.

—Sí, señorita. Pasen, señorita. Le avisaré a la señorita Lavendar que llegaron, señorita. Está arriba, señorita.

Con esto, la pequeña doncella desapareció y las chicas, solas, miraron alrededor con ojos fascinados. El interior de aquella adorable casita de piedra era tan interesante como su exterior.

La estancia tenía techo bajo y dos ventanas cuadradas de cristales pequeños, con cortinas de muselina fruncida. Todos los muebles eran de estilo antiguo, pero tan bien cuidados y limpios que el efecto era encantador. Con todo, para dos jóvenes sanas que acababan de caminar cuatro millas en el aire otoñal, lo más atractivo era una mesa dispuesta con vajilla de un delicado azul y rebosante de exquisiteces; sobre el mantel, helecillos dorados daban, como diría Anne, “un aire festivo”.

—La señorita Lavendar debe de esperar compañía a tomar el té —susurró Anne—. Hay cubiertos para seis. Menuda niñita tan curiosa la que tiene. Parecía un ser salido de la tierra de los duendes. Supongo que podría haber-nos dicho el camino, pero yo deseaba ver a la señorita Lavendar. Sssh, ahí viene.

Y, con ello, la señorita Lavendar Lewis estaba en la puerta. Anne y Diana se sorprendieron tanto que olvidaron la cortesía y se quedaron mirando. Inconscientemente, habían previsto el prototipo de solterona madura que conocían, una persona angulosa, con cabello gris y gafas. Nada más lejos de la auténtica señorita Lavendar.

Era una mujercita con un hermoso cabello blanco y ondulado, arreglado con suaves bucles y recogidos favorecedores. Bajo él, un rostro casi jovial, de mejillas sonrosadas y labios dulces, con ojos castaños suaves y hoyuelos... ¡sí, hoyuelos! Vestía un delicado traje de muselina crema con dibujitos de rosas en tonos pálidos... un vestido que, a la mayoría de mujeres de su edad, les habría quedado risible, pero que en la señorita Lavendar lucía tan perfecto que nadie pensaría en ello.

—Charlotta la Cuarta dice que deseaban verme —dijo con voz tan dulce como su aspecto.

—Queríamos saber el camino adecuado para llegar a West Grafton —aclaró Diana—. Nos invitaron a tomar el té en casa de los Kimball, pero tomamos la senda equivocada en el bosque y salimos a la “base line” en vez de la carretera de West Grafton. ¿Debemos girar a la derecha o a la izquierda al salir de su portón?

—A la izquierda —indicó la señorita Lavendar, mirando su mesa con un ligero titubeo. Luego exclamó, como con un súbito arranque—: Pero oh, ¿no querrían quedarse a tomar el té conmigo? Por favor... háganlo. En casa de los Kimball probablemente habrán terminado el té cuando lleguen, y Charlotta la Cuarta y yo estaríamos encantadas de que se quedaran.

Diana miró a Anne con expresión interrogativa.

—Nos gustaría quedarnos —dijo Anne, dispuesta, pues ya había decidido que deseaba conocer mejor a tan sorprendente dama—, si no le causamos molestias. Pero... ¿no estaba esperando otras visitas?

La señorita Lavendar miró nuevamente la mesa y se sonrojó.

—Sé que pensarán que soy rematadamente tonta —confesó—. Lo soy... y me avergüenza cuando me descubren, pero si no me descubren, no me avergüenzo. No esperaba a nadie... me lo estaba imaginando. Verán, me sentía tan sola. Me encanta tener compañía... la buena clase de compañía... pero muy pocas personas vienen por aquí, tan alejado está todo. Charlotta la Cuarta también estaba sola. Así que fingí que iba a dar una merienda. Cociné y adorné la mesa... y usé la vajilla de la boda de mi madre... y me puse mi mejor vestido.

Diana, en secreto, opinó que la señorita Lavendar era tan rara como se rumoreaba. ¡Imaginar a una señora de cuarenta y cinco años jugando a las meriendas como si fuera una niña! Pero Anne, con sus ojos brillantes, exclamó feliz:

—¡Ah, también imagina cosas!

Aquel “también” le reveló a la señorita Lavendar un alma afín.

—Sí, lo hago —admitió con valentía—. Desde luego, a mi edad es ridículo, pero ¿qué sentido tiene ser una solterona independiente si no puedes

darte ciertos lujos cuando quieres y sin perjudicar a nadie? Una tiene que compensarse de alguna manera. No creo que pudiera vivir, a veces, sin fingir cosas. Casi nunca me pillan, y Charlotta la Cuarta no dice nada. Pero me alegra que me hayan descubierto hoy, porque ustedes han venido en realidad y el té está listo para servir. ¿Quieren subir al cuarto de huéspedes a quitarse los sombreros? Es la puerta blanca al final de la escalera. Iré a la cocina a asegurarme de que Charlotta la Cuarta no deje hervir el té. Charlotta la Cuarta es muy buena chica, pero deja que el té hierva.

La señorita Lavendar se fue alegre a la cocina, con intenciones hospitalarias, y las muchachas encontraron el camino a la habitación blanca, iluminada por la ventana abuhardillada tapizada de hiedra y que, como dijo Anne, parecía un lugar donde crecen felices los sueños.

—Esto es toda una aventura, ¿verdad? —comentó Diana—. ¿No es dulce la señorita Lavendar, aunque un poco rara? No se parece en nada a una solterona.

—Es como suena la música, me parece —replicó Anne.

Al bajar, la señorita Lavendar entraba con la tetera y, tras ella, ufana, estaba Charlotta la Cuarta con un plato de bizcochos calientes.

—Ya pueden decirme sus nombres —pidió la señorita Lavendar—. Me alegra que sean jovencitas. Me encantan las jovencitas. Me resulta más fácil fingir que también soy una jovencita con ellas. ¡Detesto...! —poniendo una mueca—... creerme vieja. Ahora, ¿cómo se llaman, solo para entendernos mejor? ¿Diana Barry? ¿Y Anne Shirley? ¿Puedo hacer de cuenta que las conozco hace cien años y llamarlas Anne y Diana desde ya?

—Puede hacerlo —respondieron ambas a la vez.

—Entonces sentémonos cómodamente y comamos de todo —dijo la señorita Lavendar con deleite—. Charlotta, toma asiento al otro extremo y sirve el pollo. Es tan afortunado que haya hecho pastel esponjoso y rosquillas, aunque fue absurdo para unos invitados imaginarios... lo sé, Charlotta la Cuarta pensó lo mismo, ¿no es cierto, Charlotta? Pero vean qué bien resultó. Claro que no se hubieran desperdiciado, porque Charlotta la Cuarta y yo nos los habríamos comido con el tiempo. Pero el pastel esponjoso no mejora con el paso de los días.

Fue una comida alegre e inolvidable; y, terminada, salieron al jardín, que estaba sumido en el fulgor del atardecer.

—Tienen un lugar maravilloso aquí —dijo Diana, recorriéndolo con la vista.

—¿Por qué lo llama “Echo Lodge”? —preguntó Anne.

—Charlotta —dijo la señorita Lavendar—, entra a la casa y trae la corneta de hojalata que cuelga sobre el estante del reloj.

Charlotta la Cuarta corrió y volvió con la trompeta.

—Tócala, Charlotta —ordenó la señorita Lavendar.

Charlotta sopló produciendo un sonido estridente. Hubo un instante de silencio... y luego, desde el bosque al otro lado del río, surgió un coro de ecos mágicos, dulces, esquivos, plateados, como si todas las “trompas de Elflandia” resonaran frente al ocaso. Anne y Diana soltaron exclamaciones de deleite.

—Ahora ríe, Charlotta... ríe bien fuerte.

Charlotta, dispuesta a todo lo que la señorita Lavendar ordenara, se subió al banco de piedra y rió con estruendo. Volvieron los ecos, como si una horda de duendecillos repitieran su risa por los bosques púrpura y los promontorios orlados de abetos.

—La gente siempre admira mis ecos —comentó la señorita Lavendar, como si fuesen propiedad suya—. A mí me encantan. Dan muy buena compañía... si se sabe imaginar. En las tardes tranquilas, Charlotta la Cuarta y yo nos sentamos aquí a divertirnos con ellos. Charlotta, vuelve a colgar la trompeta en su lugar.

—¿Por qué la llama Charlotta la Cuarta? —se animó a preguntar Diana, que estaba llena de curiosidad.

—Solo para no confundirla con las otras Charlottas en mi memoria —explicó la señorita Lavendar con seriedad—. Todas se parecían muchísimo y no había manera de distinguir las. En realidad, ella no se llama Charlotta. Su nombre es... déjame pensar... Leonora, sí, Leonora. Verán, es así: cuando mamá murió, hace diez años, no podía quedarme aquí sola, ni podía pagar el salario a una chica mayor. Así que traje a la pequeña Charlotta Bow-

man a cambio de comida y vestido. Era Charlotta la Primera y solo tenía trece años. Se quedó hasta los dieciséis y luego se fue a Boston porque allí podía prosperar más. Entonces vino su hermana, cuyo nombre era Julietta... la señora Bowman tenía gusto por los nombres adornados, creo... pero se parecía tanto a Charlotta que yo seguía llamándola así, y a ella no le importaba. Dejé de intentar llamarla por el verdadero. Fue Charlotta la Segunda, y cuando ella se fue vino Evelina, que fue Charlotta la Tercera. Ahora tengo a Charlotta la Cuarta, pero cuando cumpla dieciséis —ahora tiene catorce—, también querrá irse a Boston, ¿y qué haré entonces? Ella es la última de las Bowman y la mejor. Las otras Charlottas siempre me daban a entender que mis imaginaciones les parecían tontas, pero a Charlotta la Cuarta no, por más que piense lo que piense. No me importa lo que la gente opine de mí mientras no me lo demuestre.

—Bueno, me temo que, si queremos llegar antes de anoecer a lo de los Kimball, debemos irnos —se lamentó Diana mirando el sol poniente—. Ha sido un tiempo encantador, señorita Lewis.

—¿Volverán a visitarme, por favor? —pidió la señorita Lavendar.

La alta Anne rodeó con un brazo a la pequeña dama.

—Claro que sí —prometió—. Ahora que la hemos encontrado, vendremos tantas veces que la cansaremos. Sí, hemos de irnos... “tenemos que arrancarnos”, como dice Paul Irving cuando se va de Green Gables.

—¿Paul Irving? —Hubo un sutil cambio en la voz de la señorita Lavendar—. ¿Quién es? No imaginaba que hubiese nadie con ese apellido en Avonlea.

Anne, molesta consigo misma, recordó muy tarde el viejo idilio de la señorita Lavendar, y que el padre de Paul era Stephen Irving.

—Es un alumno mío —explicó despacio—. Vino de Boston el año pasado a vivir con su abuela, la señora Irving, que vive cerca de la costa.

—¿Es hijo de Stephen Irving? —inquirió la señorita Lavendar, inclinándose hacia el parterre de alhelíes para que no le vieran la cara.

—Sí.

—Voy a darles un ramo de lavanda a cada una —dijo la señorita Lavendar con un tono alegre, como si no hubiese oído la respuesta—. Es tan fra-

gante, ¿verdad? A mi madre le encantaba. Ella plantó estos arriates hace mucho. Padre me puso Lavendar porque la amaba. La primera vez que vio a mi madre fue cuando la visitó en East Grafton con su hermano. Se enamoró de ella a primera vista; lo alojaron en la “habitación de huéspedes” y las sábanas olían a lavanda, y estuvo toda la noche despierto pensando en ella. Desde entonces adoró el olor a lavanda, y por eso me llamó así. No olviden volver pronto, queridas. Charlotta la Cuarta y yo las estaremos esperando.

Las despidió abriendo la cancela bajo los abetos. Parecía de pronto cansada y mayor; había desaparecido el brillo y el fulgor de su rostro. Aunque la sonrisa de despedida era tan fresca y juvenil como siempre, al volverse en el primer recodo del camino vieron que se había sentado en el viejo banco de piedra bajo el álamo blanco del jardín, con la cabeza apoyada en la mano, con un gesto fatigado.

—Se ve tan solita —susurró Diana—. Vendremos a menudo.

—Creo que sus padres le dieron el único nombre apropiado que podía tener —dijo Anne—. Si hubiesen sido tan ciegos de llamarla Elizabeth, Nellie o Muriel, de todas formas la habrían apodado Lavendar, me parece. Es tan sugestivo de dulzura, gracia anticuada y “vestimentas de seda”. Mi nombre, en cambio, suena a pan con mantequilla, remiendos y quehaceres.

—No lo creo —objetó Diana—. “Anne” me parece muy regio, como de reina. Pero me encantaría aunque te llamaras Kerrenhappuch. Pienso que la gente hace bonitos o feos sus nombres con lo que son ellos mismos. A mí antes me gustaban Josie y Gertie, pero ahora que conozco a las Pye, me horrorizan.

—Qué hermosa idea, Diana —dijo Anne entusiasmada—. Vivir de tal modo que hermostees tu nombre, aunque no fuera lindo, haciéndolo representar algo amable y hermoso para que nadie lo piense por sí solo. ¡Gracias, Diana!

XXII - RETAZOS

—¿Así que tomaste el té con Lavendar Lewis en la casa de piedra? — comentó Marilla al día siguiente, mientras desayunaban—. ¿Cómo es ahora? Hace más de quince años que no la veo... la última vez fue un domingo en la iglesia de Grafton. Imagino que habrá cambiado mucho. ¡Davy Keith, cuando quieras algo que no alcanzas, píde que te lo pasen y no te desparra- mes sobre la mesa de ese modo! ¿Nunca has visto a Paul Irving haciendo eso cuando venía a comer?

—Pero Paul tiene los brazos más largos que yo —refunfuñó Davy—. Él los lleva once años creciendo y los míos solo siete. Además, sí lo pedí, pero tú y Anne estaban tan ocupadas charlando que no me oyeron. Además, Paul nunca vino más que a la hora del té, y es más fácil comportarse en el té que en el desayuno. No da tanta hambre. Entre cena y desayuno hay un montón de horas. Anne, esa cucharada no es más grande que el año pasado y yo soy mucho más grande.

—No sabría cómo era antes, pero dudo que haya cambiado tanto —dijo Anne, luego de servir a Davy almíbar de arce y, para apaciguarlo, darle dos cucharadas—. Su cabello está blanco, pero su cara casi parece de muchacha, y tiene los ojos marrón más dulces que he visto... un tono castaño con matices dorados... y su voz te recuerda el satén blanco, el agua cantarína y campanillas de hadas juntas.

—De joven la tenían por gran belleza —afirmó Marilla—. Nunca la traté mucho, pero me caía bien lo poco que la conocí. Algunos ya la considera-

ban rara en esa época. ¡Davy, si vuelvo a verte hacer eso, te quedas sin comer hasta que los demás acaben, a lo francés!

Casi todas las conversaciones entre Anne y Marilla, ante los gemelos, iban punteadas con reprimendas a Davy. En este caso, ¡ay!, Davy, al no poder recoger las últimas gotas de almíbar con la cuchara, había optado por alzar el plato con ambas manos y lamerlo con su rosada lengua. Anne lo miraba con tal horror que el pequeño pecador se sonrojó y dijo, medio avergonzado y medio desafiante:

— Así no se desperdicia nada.

— La gente que es diferente a los demás siempre es tachada de “rara” — comentó Anne—. Y la señorita Lavendar sí es distinta, pero es difícil precisar en qué. Tal vez sea que pertenece a los que nunca envejecen.

— Más vale envejecer cuando toda tu generación lo hace — sentenció Marilla sin miramientos con los pronombres—. Si no, no encajas en ningún sitio. Según sé, Lavendar Lewis se ha apartado de todo. Vive en ese lugar recóndito y la gente la ha olvidado. Esa casa de piedra es de las más antiguas de la Isla. La construyó el viejo señor Lewis hace ochenta años, cuando vino de Inglaterra. ¡Davy, deja de sacudirle el codo a Dora! ¡Te vi! No finjas inocencia. ¿Por qué te comportas así esta mañana?

— Tal vez me levanté por el lado equivocado de la cama — aventuró Davy—. Milty Boulter dice que, si haces eso, todo te sale mal en el día. Su abuela se lo contó. Pero, ¿cuál es el lado correcto? ¿Y qué haces si la cama está contra la pared? Quiero saber.

— Siempre me pregunté qué pasó entre Stephen Irving y Lavendar Lewis — prosiguió Marilla, haciendo caso omiso—. Al parecer, estuvieron prometidos hace veinticinco años y de pronto rompieron. Ignoro la causa, pero debió de ser seria, porque él se fue a Estados Unidos y no volvió más.

— Tal vez no fue nada tan terrible. Creo que las menudencias suelen causar más problemas que las cosas grandes — apuntó Anne con uno de esos destellos de lucidez que la experiencia no habría podido refinar más—. Marilla, por favor no le cuentes a la señora Lynde lo de mi visita a la señorita Lavendar. Seguro que haría cien preguntas y a mí no me gustaría... ni a la señorita Lavendar, si se enterara, lo presiento.

—No lo dudo, Rachel sentiría curiosidad —admitió Marilla—, pero no dispone de tanto tiempo como antes para meterse en los asuntos ajenos. Ahora está atada a la casa por Thomas, y eso la deprime; me temo que empieza a perder la esperanza de que él mejore. Si algo le pasa, Rachel quedará muy sola, con todos sus hijos instalados en el oeste, excepto Eliza en la ciudad... y no le agrada su marido.

(La frase de Marilla era injusta con Eliza, que adoraba a su esposo).

—Rachel dice que, si él se esforzara con fuerza de voluntad, se curaría. Pero pedirle firmeza de carácter a una medusa... —Marilla se encogió de hombros—. Thomas Lynde jamás tuvo la menor voluntad. Su madre lo dominó hasta que se casó, y luego Rachel tomó el relevo. Es asombroso que se atreviera a enfermar sin su permiso. Pero, bueno, no debería hablar así. Rachel ha sido buena esposa. Sin ella, él no habría llegado a nada. Nació para que lo manden y tuvo la suerte de caer en manos de una administradora eficaz como Rachel. A él no le molestaba su manera de gobernar. Le ahorra la molestia de decidir nada. ¡Davy, deja de retorcerte como una anguila!

—No tengo otra cosa que hacer —protestó Davy—. Ya no puedo comer más y no hay gracia en mirar cómo coméis tú y Anne.

—Pues ve con Dora a darles trigo a las gallinas —dijo Marilla—. Y ni se te ocurra arrancarle más plumas al gallo blanco.

—Quería plumas para hacer un penacho de indio —dijo Davy con rebeldía—. Milty Boulter tiene uno buenísimo, hecho con las plumas que su madre le dio cuando mató a su pavo blanco. Podrías darme algunas. Ese gallo tiene muchas más de las que necesita.

—Puedes quedarte el viejo plumero del desván —propuso Anne—. Teñiré las plumas de verde, rojo y amarillo para ti.

—Lo mimas demasiado —murmuró Marilla cuando Davy, radiante, siguió a la comedida Dora. Aunque Marilla había aprendido mucho, no se había librado de la idea de que era perjudicial conceder demasiados caprichos a un niño.

—Todos los chicos de su edad tienen penachos de indio y Davy quiere uno también —replicó Anne—. Sé lo que se siente... no olvidaré cómo me moría por unas mangas abullonadas cuando las otras chicas las tenían. Y no

se está echando a perder. Progresa cada día. Mira la diferencia desde que llegó hace un año.

—Al menos ya no hace tantas travesuras desde que comenzó la escuela —reconoció Marilla—. Supongo que con los otros chicos desfoga su tendencia. Aun así, me maravilla que no hayamos sabido nada de Richard Keith. Ni un aviso desde mayo.

—Temo oír noticias de él —suspiró Anne, recogiendo los platos—. Si llegara una carta, me daría pavor abrirla, por si dice que debemos enviarle a los gemelos.

Un mes después sí llegó una carta, pero no de Richard Keith. La escribía un amigo suyo, anunciando que Richard Keith había muerto de tuberculosis dos semanas antes. El remitente era el albacea de su testamento, y en él se le dejaban dos mil dólares a la señorita Marilla Cuthbert, en fideicomiso para David y Dora Keith hasta su mayoría de edad o matrimonio. Entretanto, los intereses se destinarían a su manutención.

—Me da reparo sentir alegría por algo relacionado con una muerte —dijo Anne, con seriedad—. Siento lo de ese pobre señor Keith, pero me alegra que podamos quedarnos con los gemelos.

—Y lo del dinero es muy oportuno —repuso Marilla—. Yo quería quedármelos, pero no sabía cómo costearlo, sobre todo cuando crecieran. La renta de la granja apenas mantiene la casa, y me propuse no gastar ni un centavo de tu dinero en ellos. Ya bastante haces tú. Dora no necesitaba para nada ese sombrero nuevo que le compraste, más que un gato necesita dos colas. Pero ahora el camino se despeja y ellos quedan provistos.

Davy y Dora se sintieron felices al saber que se quedarían definitivamente en Green Gables. La muerte de un tío al que nunca vieron no pesó ni un segundo frente a eso. Pero Dora tenía una inquietud.

—¿Enterraron al tío Richard? —susurró a Anne.

—Sí, querida, desde luego.

—Él... él... no será como el tío de Mirabel Cotton, ¿verdad? —en un susurro tembloroso—. No andará por ahí tras enterrado, ¿no, Anne?

XXIII - EL ROMANCE DE LA SEÑORITA LAVENDAR

—Creo que esta noche daré un paseo hasta Echo Lodge —dijo Anne un viernes por la tarde de diciembre.

—Parece que va a nevar —advirtió Marilla con escepticismo.

—Llegaré antes de que nieve y pienso quedarme a pasar la noche. Diana no puede porque tiene visita, y estoy segura de que la señorita Lavendar me espera esta noche. Hace dos semanas que no voy.

Anne había visitado muchas veces Echo Lodge desde aquel día de octubre. A veces ella y Diana iban en coche por la carretera; otras veces, caminaban por el bosque. Si Diana no podía, Anne iba sola. Entre ella y la señorita Lavendar había surgido una de esas amistades intensas y estimulantes que solo pueden formarse entre una mujer que conserva la frescura juvenil del corazón y del alma, y una muchacha cuya imaginación e intuición suplen la falta de experiencia. Al fin Anne había hallado un verdadero “espíritu afín”, mientras que a la soledad soñadora y apartada de la pequeña casa de piedra, Anne y Diana traían la sana alegría y la renovación de la vida exterior, de la cual la señorita Lavendar —olvidada por el mundo y olvidándose de él— se había apartado hacía tiempo. Ellas aportaban un soplo juvenil y real a la casita. Charlotta la Cuarta siempre las recibía con su sonrisa desmesurada... y cuán anchas eran esas sonrisas... las quería por el amor que su adorada señora les tenía, y también por lo que ellas mismas eran. Jamás hubo juergas tan animadas en la casita de piedra como las de aquel tardo y

prolongado otoño cuando noviembre parecía repetirse en octubre, e incluso diciembre imitaba el sol y la neblina estivales.

Pero aquel día, parecía que diciembre recordaba que era hora de invierno y se había vuelto de repente gris y encapotado, sin viento, presagiando la inminente nevada. Con todo, Anne disfrutó con creces de su paseo entre el gran laberinto de hayas grises; aunque iba sola, no se sentía solitaria, porque su imaginación poblaba su senda de compañeros alegres, y con ellos sostenía conversaciones imaginarias mucho más ingeniosas y fascinantes que las de la vida real, donde a veces la gente falla lastimosamente a las exigencias del diálogo. En su asamblea ficticia de selectos espíritus, todos decían lo que Anne deseaba oír y así le daban ocasión para responder justo lo que deseaba responder. Con esta compañía invisible, Anne atravesó el bosque y llegó a la alameda de abetos justo cuando comenzaron a caer copos gruesos y esponjosos.

En el primer recodo, se encontró con la señorita Lavendar, de pie bajo un gran abeto de amplias ramas. Vestía un cálido vestido rojo y llevaba los hombros y la cabeza envueltos en un chal de seda gris plateado.

— Pareces la reina de las hadas del abetal — le gritó Anne, risueña.

— Presentí que vendrías hoy, Anne — dijo la señorita Lavendar, corriendo a su encuentro —, y me alegro el doble porque Charlotta la Cuarta está fuera. Su madre está enferma y tuvo que irse esta noche. Me habría sentido tan sola si no venías... ni sueños ni ecos habrían bastado de compañía. Oh, Anne, ¡qué guapa estás! — añadió de pronto, contemplando a la esbelta joven con su suave rubor de la caminata—. ¡Qué guapa y qué joven! Debe de ser maravilloso tener diecisiete años, ¿verdad? Te envidio — concluyó con franqueza.

— En el fondo tú solo tienes diecisiete en el corazón — sonrió Anne.

— No, soy vieja... o más bien mediana edad, que es todavía peor — suspiró la señorita Lavendar—. A veces pretendo que no es así, pero otras lo asumo. Y me cuesta adaptarme, mientras otras mujeres parece que lo logran. Soy tan rebelde como cuando descubrí mi primera cana. Ahora, Anne, no trates de entenderme. Con diecisiete no se puede comprender. Fingiré en seguida tener también diecisiete, y podré lograrlo estando tú aquí. Siempre traes la juventud en la mano como un don. Pasaremos una velada encanta-

dora. Primero la cena... ¿qué te apetece para cenar? Habrá lo que elijas. Piensa en algo sabroso y no muy sano.

Esa noche se oyeron risas y algarabía en la casita de piedra. Entre cocinar, festejar, hacer caramelos, reírse y “fingir”, es cierto que la señorita Lavendar y Anne se condujeron como si no correspondiera a la dignidad de una solterona de cuarenta y cinco años y de una maestra seria. Agotadas, se sentaron al pie de la chimenea en la salita, iluminada solo por el suave fulgor del fuego, perfumada con el delicioso aroma del frasco de rosas que la señorita Lavendar tenía en la repisa. El viento se había levantado y gemía alrededor del alero, y la nieve chocaba suavemente contra las ventanas, como cien duendes tormentosos pidiendo entrar.

—Qué suerte que estés aquí, Anne —comentó la señorita Lavendar, mordisqueando un caramelo—. Si no, estaría melancólica... muy melancólica... casi azul marino. Los sueños y los “hace creer” van bien con la luz del día y el sol, pero con oscuridad y tormenta no bastan. Una necesita cosas reales entonces. Pero tú no lo sabes... a los diecisiete no lo saben. A los diecisiete, los sueños satisfacen porque crees que lo real te espera más adelante. Cuando yo tenía diecisiete, Anne, nunca pensé que a los cuarenta y cinco sería una pequeña solterona de pelo blanco, con solo sueños que llenasen mi vida.

—Tú no eres una solterona —dijo Anne, sonriendo a los ojos castaños y anhelantes de la señorita Lavendar—. Las solteronas nacen, no se hacen.

—Algunas nacen solteronas, otras logran serlo, y a otras les cae el serlo encima —parodió la señorita Lavendar con humor.

—Tú eres de las que lo han logrado —rio Anne—, y tan espléndidamente que, si todas fuesen como tú, se pondría de moda.

—Me gusta hacer lo mejor posible todo —repuso la señorita Lavendar, pensativa—, y, ya que me tocó ser solterona, estaba decidida a ser una muy agradable. La gente dice que soy rara; pero es que sigo mi modo propio de envejecer soltera y me niego a copiar el modelo habitual. Anne, ¿alguien te contó algo de Stephen Irving y de mí?

—Sí —respondió Anne con franqueza—. Oí que estuvieron prometidos una vez.

— Así fue... hace veinticinco años... media vida atrás. Íbamos a casarnos en primavera siguiente. Incluso tenía mi vestido de novia preparado, aunque solo mi madre y Stephen lo sabían. De algún modo hemos estado comprometidos toda la vida... Podrías decirlo. Cuando Stephen era un chiquillo, su madre lo traía aquí cuando venía a ver a la mía, y la segunda vez que vino... él tenía nueve, yo seis... me dijo en el jardín que casi había decidido casarse conmigo de mayor. Recuerdo que contesté “Gracias”, y cuando se fue dije a mamá muy seria que se me había quitado un gran peso, porque ya no temía tener que ser solterona. ¡Cómo se rió mi pobre madre!

—¿Y qué pasó? —preguntó Anne, ansiosa.

—Tuvimos una pelea tonta y vulgar. Tan corriente que, créeme, ni siquiera recuerdo cómo empezó. No sé quién tuvo más culpa. Stephen inició la discusión, pero supongo que yo lo provoqué con mis tonterías. Tenía un par de rivales, y yo era coqueta y vanidosa, me gustaba pincharlo un poco. Él era muy sensible y orgulloso. Bueno, nos separamos con mal humor por ambas partes. Pero creí que se arreglaría. Y se habría arreglado si Stephen no hubiera vuelto tan pronto. Anne, hija, lo lamento... —la señorita Laverda bajó la voz como si confesara el peor crimen—. Soy de lo más rencorosa. No te rías... es tristemente cierto. Me pongo de morros; y Stephen regresó antes de que se me pasara. No le escuché, no le perdoné. Y se fue para no volver. Era demasiado orgulloso para insistir. Y yo me quedé resentida porque no volvía. Quizá pude llamarlo, pero no me humillé a ello. Ambos éramos tozudos... orgullo y resentimiento combinan mal, Anne. Pero jamás quise a otro ni quise quererlo. Prefería ser solterona mil años antes que casarme con quien no fuese Stephen Irving. Ahora todo parece un sueño, claro. ¡Cuán comprensiva te pones, Anne... tan comprensiva como solo se puede a los diecisiete! Pero no exageres. Soy, a pesar de mi corazón roto, una viejecita bastante feliz y satisfecha. Mi corazón se rompió, sí, si es que un corazón puede romperse, cuando vi que Stephen Irving no volvía. Pero, Anne, un corazón roto en la vida real no es tan terrible como en los libros. Se asemeja más a un dolor de muelas... ya sé que no es muy romántico el símil. Tiene episodios de punzadas y alguna noche en vela, pero entre medias te deja disfrutar de la vida y de sueños y ecos y golosinas como si no tuvieses nada. Y ahora pones cara de decepción. Te parezco menos interesante que hace cinco minutos, cuando creías que vivía atormentada por un recuerdo trágico, oculto bajo sonrisas. Así es la realidad, Anne. No te deja

estar triste. Te hace sentirte cómoda... y lo logra... aunque trates de ser desgraciada y novelesca. ¿No es delicioso este caramelo? Ya he comido más de lo conveniente, pero seguiré irresponsablemente.

Tras un breve silencio, la señorita Lavendar dijo de pronto:

—La primera vez que oí lo de Stephen y su hijo me dio un vuelco el corazón, aquel día que viniste, Anne. Nunca te lo había mencionado, pero necesitaba saber. ¿Qué clase de chico es?

—Es la criatura más adorable y dulce que conozco, señorita Lavendar... y también finge cosas, igual que nosotras.

—Me gustaría verlo —susurró la señorita Lavendar, como hablando consigo—. Me pregunto si se parecerá a ese niño de ensueño que vive aquí conmigo... mi niño de ensueño.

—Si quiere verlo, me lo traeré alguna vez —propuso Anne.

—Sí, quiero... pero no tan pronto. Necesito acostumbrarme a la idea. Verlo me daría alegría, pero también podría herirme... si se parece demasiado a Stephen... o si no se parece lo suficiente. En un mes lo traes.

Así que, un mes más tarde, Anne y Paul cruzaron el bosque hasta la casa de piedra y encontraron a la señorita Lavendar en el camino. No los esperaba ese día, y se puso muy pálida.

—¿Así que este es el hijo de Stephen? —dijo en voz baja, tomando la mano de Paul y contemplándolo: un niño bello y risueño con su pequeño abrigo y gorra de piel—. Se... se parece mucho a su padre.

—Todos dicen que soy clavadito a mi papá —comentó Paul, muy tranquilo.

Anne, que observaba la escena, soltó un suspiro aliviado. Percibió que la señorita Lavendar y Paul se habían “caído bien” y que no habría rigidez. La señorita Lavendar era muy sensata, pese a sus sueños y romanticismos; y, tras ese pequeño tropiezo inicial, entretuvo a Paul con la soltura de cualquiera si fuera hijo de otra persona. Disfrutaron de una tarde divertida y de tal festín para cenar que, de haberlo visto la anciana señora Irving, se habría santiguado alarmada pensando que el pobre estómago de Paul quedaría para siempre arruinado.

— Vuelve, muchachito — dijo la señorita Lavendar, al despedirse dándole la mano—. Puedes besarme si quieres — añadió Paul, muy serio.

La señorita Lavendar se inclinó y lo besó.

—¿Cómo supiste que deseaba hacerlo? — susurró.

— Porque me miraste como mi madrecita cuando quería besarme. Normalmente no me gusta que me besen. Ya sabes, señorita Lewis, los chicos no solemos querer. Pero creo que no me disgusta que me beses tú. Y claro que volveré. Quiero que seas mi amiga especial, si no te molesta.

— No... creo que no me molestará — respondió la señorita Lavendar.

Se volvió rápida a la casa; pero un instante después saludaba alegre desde la ventana.

— Me gusta la señorita Lavendar — dijo Paul, mientras volvían entre hayas—. Me gusta cómo me miró, me gusta su casa de piedra y me gusta Charlotta la Cuarta. Ojalá la abuela Irving tuviera una Charlotta la Cuarta en vez de una Mary Joe. Apuesto a que Charlotta no pensaría que estoy mal de la cabeza cuando le cuento lo que pienso. ¿Verdad que fue un gran banquete, maestra? La abuela dice que un muchacho no debe pensar en la comida, pero a veces no se puede evitar cuando tienes mucha hambre, ¿a que sí, maestra? No creo que la señorita Lavendar obligue a un chico a comer gachas si no le gustan. Ella le daría lo que le apeteciera. Aunque claro... — Paul se mostraba justo— ... eso puede que no sea muy sano, pero de vez en cuando está bien, ¿sabes, maestra?

XXIV - UN PROFETA EN SU PROPIA TIERRA

Cierto día de mayo, los habitantes de Avonlea se mostraban moderadamente excitados por unas “Notas de Avonlea” firmadas “Observador”, aparecidas en el *Charlottetown Daily Enterprise*. El chisme adjudicaba su autoría a Charlie Sloane, en parte porque ya antes había tenido vuelos literarios parecidos, y en parte porque una de las notas parecía contener una pulla contra Gilbert Blythe. La juventud de Avonlea seguía considerando a Gilbert Blythe y Charlie Sloane como rivales en los favores de cierta joven de ojos grises e imaginación viva.

Pero, como suele pasar, el chisme estaba equivocado. Quienes habían redactado las notas eran Gilbert Blythe y Anne, colaborando juntos; la referencia sobre Gilbert la incluyeron como una pista falsa. De todas las notas, solo dos tienen relevancia en esta historia:

“Se rumorea que en nuestro pueblito habrá boda antes de que florezcan las margaritas. Un nuevo y muy apreciado ciudadano llevará al altar a una de nuestras damas más populares.

“Tío Abe, nuestro conocido profeta meteorológico, predice una violenta tormenta de truenos y relámpagos para la noche del veintitrés de mayo, que comenzará a las siete en punto. El área de la tormenta abarcará gran parte de la provincia. Quienes viajen esa tarde harían bien en llevar paraguas e impermeables.”

—Tío Abe sí que ha pronosticado una tormenta para alguna fecha de esta primavera —comentó Gilbert—, pero ¿crees que el señor Harrison en verdad visita a Isabella Andrews?

—No —respondió Anne riendo—. Estoy segura de que solo va a jugar a las damas con su hermano, el señor Harmon Andrews, pero la señora Lynde dice que sabe que Isabella Andrews debe de casarse, de lo feliz que anda esta primavera.

El pobre Tío Abe se sintió molesto con las notas. Sospechaba que “Observador” se burlaba de él, y negó enérgicamente haber asignado una fecha concreta para su tormenta, pero nadie le creyó.

La vida en Avonlea siguió su tranquila y monótona rutina. Se realizó la siembra y los “Mejoradores” celebraron un “Día del Árbol”. Cada integrante (la sociedad ya contaba con cuarenta miembros) plantó o hizo que plantaran cinco árboles ornamentales, lo que daba un total de doscientos jóvenes ejemplares. Los primeros brotes de avena reverdecían en los rojos campos; los manzanos extendían enormes brazos florecidos sobre las granjas; la “Reina de las Nieves” se engalanaba como una novia para su esposo. A Anne le gustaba dormir con la ventana abierta y dejar que el perfume a cerezo le rozara la cara toda la noche. Le parecía algo muy poético; a Marilla, en cambio, le parecía un temerario riesgo de vida.

—La acción de gracias debería celebrarse en primavera —comentaba Anne cierta tarde a Marilla, mientras ambas se sentaban en los escalones de la puerta principal y escuchaban el coro, puro como la plata, de las ranas—. Pienso que sería mucho mejor que en noviembre, cuando todo está muerto o dormido. Ahí uno tiene que acordarse de sentirse agradecido; pero en mayo no puedes evitar estarlo... simplemente por el hecho de estar vivo, cuando no sea por nada más. Siento precisamente lo que debió de sentir Eva en el jardín del Edén antes de que empezaran los problemas. ¿Es verde o dorada la hierba de la hondonada? Me parece, Marilla, que un día como este, con las flores abiertas y los vientos sin saber de dónde soplar por pura y loca alegría, debe de ser casi tan bueno como el cielo mismo.

Marilla se escandalizó e, intranquila, miró a su alrededor para cerciorarse de que los gemelos no oyeran. Justo entonces asomaron por la esquina de la casa.

—¿Verdad que la noche huele de un modo genial? —exclamó Davy, aspirando con placer mientras blandía una azadilla con sus manos sucias. Había estado trabajando en su jardín. Esa primavera, para encauzar la afición de Davy por el barro y la arcilla hacia fines útiles, Marilla le asignó a él y a Dora una pequeña parcela. Ambos se dedicaron con entusiasmo, muy a su estilo característico. Dora sembró, desyerbó y regó con constancia, método e indiferencia; como resultado, su huerto ya se veía verde con ordenadas hileras de verduras y anuales. Davy, en cambio, trabajaba con más pasión que cordura: cavaba, rastrillaba, trasplantaba y regaba con tal brío que sus semillas no tenían la menor oportunidad de prosperar.

—¿Cómo va tu jardín, Davy? —preguntó Anne.

—Avanza despacito —admitió el niño con un suspiro—. No entiendo por qué no crecen mejor. Milty Boulter dice que debí plantarlas en la luna menguante y esa es la causa del desbarajuste. Él dice que nunca debes sembrar semillas, ni matar cerdos, ni cortarte el pelo, ni nada importante fuera de la fase adecuada de la luna. ¿Será cierto, Anne? Quiero saber.

—Tal vez si no sacarlas cada dos días para ver cómo van creciendo “por el otro lado” les iría mejor —replicó Marilla sarcásticamente.

—Solo desenterré seis —se defendió Davy—. Quería asegurarme de que no tuvieran gusanos en las raíces. Milty Boulter dijo que, si no era culpa de la luna, debían de ser gusanos. Pero solo encontré uno, bien gordo y retorcido. Lo puse sobre una piedra y agarré otra y lo aplasté. ¡Reventó con un crujido tremendo! Lástima que no hubiera más. El jardín de Dora lo sembraron al mismo tiempo y todo le crece bien. No puede ser la luna —concluyó Davy, pensativo.

—Marilla, mira ese manzano —dijo Anne—. ¡Es casi humano! Está alzando sus ramas largas y se arremanga sus faldas rosadas con graciosa coquetería para atraernos la admiración.

—Esos manzanos “Yellow Duchess” dan buena cosecha siempre —aseguró Marilla, ufana—. Este año se llenará de frutos. Me alegro... sirven estupendamente para tartas.

Pero ni Marilla, ni Anne ni nadie más elaboraría tartas de esas manzanas ese año.

Llegó el veintitrés de mayo... un día inusualmente caluroso, como lo supieron muy bien Anne y su enjambre de pupilos que se sofocaban con fracciones y sintaxis en la escuela de Avonlea. Un ventarrón ardiente sopló toda la mañana; pero, tras el almuerzo, fue muriendo en un aire pesado y quieto. A las tres y media, Anne oyó un lejano retumbo de trueno. Sin pérdida de tiempo, dio por terminada la clase, para que los chicos pudieran llegar a casa antes de que estallara la tormenta.

En la explanada de la escuela, Anne notó cierta penumbra extraña en el ambiente, pese a que el sol lucía aún con fuerza. Annetta Bell le agarró la mano con nerviosismo:

— ¡Oh, señorita, mire esa nube tan espantosa!

Anne miró y dio un grito de alarma. Por el noroeste se alzaba veloz un banco de nubes como no había visto en su vida: era de un negro denso, salvo en los bordes ondeados y orlados por un blanco lívido y fantasmal. Había en ella algo indeciblemente amenazante que se cernía en el límpido cielo azul; de cuando en cuando, un relámpago la surcaba y un estrépito salvaje lo seguía. Parecía tan baja, que uno pensaba que rozaba las copas de los bosques de las colinas.

El señor Harmon Andrews llegó en su carromato, haciendo trotar a su par de caballos grises con toda prisa. Se detuvo frente a la escuela.

— Creo que, por una vez en su vida, tío Abe ha dado en el clavo, Anne — gritó—. Su tormenta llegó un poco antes de lo previsto. ¿Han visto semejante nube? Eh, vosotros, chavales, los que vivan en mi dirección, subid; el resto, corred al correo si tenéis más de un cuarto de milla, y quedaos allí hasta que pase la tormenta.

Anne cogió a Davy y Dora de la mano y bajó la colina, cruzando el Sendero de las Hayas, atravesando Violet Vale y Willowmere a la máxima velocidad que sus gordas piernecitas permitían. Llegaron a Green Gables apenas a tiempo y allí se encontraron con Marilla, que acababa de recoger a los patos y gallinas a resguardo. Justo al entrar a la cocina, pareció que la luz se extinguía, como si un soplo gigantesco la apagara; la nube ominosa ocultó el sol y una penumbra de crepúsculo temprano invadió el mundo. En ese instante, con un estruendo de truenos y un relámpago cegador, el granizo irrumpió y borró el paisaje en su furia blanca.

Entre el estrépito, se oían ramas que golpeaban la casa y cristales que se quebraban. En tres minutos estallaron todos los vidrios de las ventanas norte y oeste, y el granizo penetró cubriendo el piso de piedras, la menor del tamaño de un huevo de gallina. Durante tres cuartos de hora, la tormenta continuó con la misma furia y nadie que la padeció la olvidaría jamás. Marilla, por primera vez en su vida sacudida de su aplomo por el terror, se arrodilló en un rincón de la cocina, sollozando entre los trallazos de relámpagos. Anne, más pálida que el papel, apartó el sofá de la ventana y se sentó en él, con un gemelo a cada lado. Al primer estrépito, Davy había gritado: “¡Anne, Anne, ¿es el Día del Juicio? ¡Anne, Anne, no quise portarme mal!” y se había hundido en el regazo de Anne temblando. Dora, algo pálida pero serena, se quedó muy quieta, con su mano agarrada a la de Anne. Ni un terremoto habría alterado a Dora.

Luego, casi tan súbitamente como empezó, paró la tormenta. Terminó el granizo, el trueno se alejó al este, y el sol salió, alegre y radiante, sobre un mundo tan transformado que resultaba ridículo suponer que todo había pasado en apenas tres cuartos de hora.

Marilla se alzó, débil y temblorosa, y se dejó caer en la mecedora. Tenía el rostro demudado y parecía diez años mayor.

—¿Seguimos todos vivos? —preguntó con solemnidad.

—Ya lo creo —respondió Davy con entusiasmo, recobrada su entereza—. ¡Y no tuve miedo, salvo al principio! Fue muy de golpe. Decidí al instante que no pelearía con Teddy Sloane el lunes, como habíamos quedado; pero tal vez ahora lo haga. Dora, ¿tú estabas asustada?

—Sí, un poco —contestó Dora, digna—, pero me agarré fuerte a la mano de Anne y recé mis oraciones sin parar.

—Pues yo también habría rezado si se me hubiera ocurrido —repuso Davy—, pero... —añadió ufano— ves que salí ileso por igual, sin orar.

Anne le dio a Marilla un vaso de su potente vino de grosella —del cual Anne conocía demasiado bien su fuerza— y luego fueron a la puerta para observar aquel panorama tan extraño.

Por doquier se extendía una alfombra de granizo, que llegaba a la rodilla; se amontonaban montoncitos bajo el alero y en los escalones. Cuando, tres o cuatro días después, se fundieron, quedó patente su estrago: todo lo verde

de campo y huerto había sido segado. No solo habían sido arrancadas todas las flores de los manzanos, sino que se arrancaron grandes ramas. Y de los doscientos arbolitos plantados por los Mejoradores, la mayoría quedaron tronchados o hechos jirones.

—¿Es en verdad el mismo mundo de hace una hora? —se preguntaba Anne, atónita—. Habría hecho falta más tiempo para semejante destrucción.

—Nunca hubo nada así en la Isla del Príncipe Eduardo —dijo Marilla—, jamás. Recuerdo de chica una gran tormenta, pero no se acerca ni de lejos a esto. Ya oirás los estragos que habrá causado.

—Ojalá ningún chico quedara atrapado afuera —musitó Anne, inquieta. Luego se supo que no fue así, porque quienes vivían algo lejos habían seguido el sensato consejo del señor Andrews y se quedaron en la oficina de correos.

—Ahí viene John Henry Carter —dijo Marilla.

John Henry apareció sorteando el granizo con una mueca asustada.

—Vaya tormenta, ¿verdad, señorita Cuthbert? El señor Harrison me mandó a ver si ustedes están bien.

—Ninguno ha muerto —dijo Marilla con sequedad—. Tampoco cayó ningún rayo en la casa. Ojalá en su sitio también estén bien.

—Pues... sí y no, señora. Nos tocó un rayo. Se cayó la chimenea de la cocina, bajó por el caño, tumbó la jaula de Ginger y abrió un boquete en el suelo, yendo a parar al sótano. Sí, señora.

—¿Ginger salió herido? —preguntó Anne.

—Sí, señora. Salió muy mal. Murió.

Más tarde, Anne fue a consolar al señor Harrison y lo halló sentado a la mesa, acariciando la alegre criaturita muerta de Ginger con mano temblorosa.

—Pobre Ginger. Ya no te insultaré más, Anne —dijo con tristeza.

Nunca pensó Anne que lloraría por culpa de Ginger, pero sintió humedecerse sus ojos.

—Era toda mi compañía, Anne... y ahora ha muerto. Bueno, soy un viejo tonto, lloriqueando así. Fingiré que no me importa. Ya sé que dirías algo compasivo en cuanto me callara... pero mejor no lo hagas, o lloraré como un crío. Ha sido una tormenta pavorosa. A ver si se burlan más de las predicciones de tío Abe. Como si se hubieran acumulado de golpe todas las que anunció y nunca pasaron. De veras acertó el día, ¿eh? Menuda ruina hay aquí. Tengo que apurarme a tapar ese agujero en el suelo.

Al día siguiente, la gente de Avonlea no hizo otra cosa que visitarse y comparar daños. Las carreteras eran intransitables para carretas por la capa de granizo, así que la gente iba a pie o a caballo. El correo llegó tarde con noticias desastrosas en toda la provincia: casas alcanzadas por rayos, personas muertas o heridas; el sistema telefónico y telegráfico, destrozado; mucho ganado joven expuesto en los campos pereció.

Tío Abe se fue a la herrería a primera hora y pasó allí todo el día. Fue su hora de gloria y la disfrutó plenamente. Sería injusto decir que se alegraba de la tormenta, pero ya que ocurrió, le encantaba haberla predicho... ¡y hasta acertando el día! Tío Abe olvidó que en un comienzo negó haber puesto la fecha. La pequeña discrepancia en la hora no importaba.

Gilbert llegó esa tarde a Green Gables y encontró a Marilla y Anne ocupadas cubriendo con hule las ventanas rotas.

—Vete tú a saber cuándo conseguiremos vidrio —dijo Marilla—. El señor Barry fue a Carmody, pero no halló ni un solo cristal ni con dinero ni rogando. Lawson y Blair se quedaron sin nada antes de las diez. ¿Fue igual de fuerte la tormenta en White Sands, Gilbert?

—Diría que sí. Me agarró con los alumnos en la escuela y algunos casi enloquecieron de miedo. Tres se desmayaron, dos chicas tuvieron histeria y Tommy Blewett no dejó de gritar a todo pulmón.

—Yo solo grité una vez —afirmó Davy, ufano—. Mi jardín quedó echo polvo —añadió con pesadumbre—, pero también el de Dora —agregó con un tono que insinuaba que no todo estaba perdido.

—Anne, ¿te has enterado de la novedad? —exclamó Gilbert—. Se incendió la vieja casa del señor Levi Boulter al ser alcanzada por un rayo y quedó destruida. Casi me siento culpable de alegrarme cuando ha habido tantos

destrozos, pero... el señor Boulter dice que cree que la S.O.I. atrajo la tormenta a propósito.

—Bueno, al menos hemos de congratularnos por la desaparición de esa casa, ya que no podemos congratularnos por nuestros arbolitos. Habrán sobrevivido no más de diez.

—Ah, pues volveremos a plantarlos la primavera entrante —concluyó Anne con filosofía—. Eso es lo bueno de este mundo: que siempre habrá más primaveras.

XXV - UN ESCÁNDALO EN AVONLEA

Una alegre mañana de junio, dos semanas después de la tormenta del tío Abe, Anne atravesó lentamente el patio de Tejas Verdes, viniendo del jardín, con dos tallos marchitos de narcisos blancos en las manos.

—Mira, Marilla —dijo con tristeza, alzando las flores ante los ojos de una señora seria, con el cabello cubierto por un delantal de tela a cuadros verde, que iba a entrar en la casa con un pollo desplumado—. Son los únicos capullos que la tormenta dejó . . . y aun así están dañados. ¡Ay, cuánto lo siento! Quería llevar algunos a la tumba de Matthew. A él siempre le gustaron mucho los lirios de junio.

—En parte yo también los echaré en falta —admitió Marilla—. Y parece quejarnos por tan poca cosa, habiendo pasado cosas peores . . . con todas las cosechas arruinadas y también la fruta.

—Pero la gente volvió a sembrar avena —respondió Anne, tratando de consolarla—, y el señor Harrison dice que, si tenemos un buen verano, al final lograrán salir, aunque con retraso. Y mis anuales vuelven a brotar . . . pero, ¡oh, nada puede sustituir a los lirios de junio! La pobre Hester Gray tampoco los tendrá. Anoche fui hasta su jardín, pero no había ni uno. Estoy segura de que ella también los va a extrañar.

—No me parece correcto que digas esas cosas, Anne, de veras que no —dijo Marilla con severidad—. Hester Gray murió hace treinta años y su espíritu está en el cielo . . . eso espero.

—Sí, pero creo que sigue amando y recordando su jardín —replicó Anne—. Estoy segura de que, por muy largo que fuese mi paso por el cielo, me encantaría mirar hacia abajo y ver que alguien pone flores en mi tumba. Si hubiera tenido un jardín como el de Hester Gray, me llevaría más de treinta años, aun en el cielo, para que a ratos no me entrase nostalgia.

—Bien, no dejes que los mellizos te oigan hablando así —fue el flojo reproche de Marilla, cargando el pollo hacia la casa.

Anne se prendió los narcisos en el cabello y se fue hacia la tranquera del sendero, donde se quedó un rato, dejándose bañar por la luz de junio, antes de volver a sus quehaceres del sábado. El mundo estaba recuperando su hermosura; la vieja Madre Naturaleza se esforzaba en reparar los rastros de la tormenta, y si bien no alcanzaría a hacerlo del todo en mucho tiempo, ciertamente estaba logrando milagros.

—Ojalá pudiera holgazanear todo el día —confesó Anne a un azulejo que cantaba, balanceándose en la rama de un sauce—. Pero una maestra de escuela, que además ayuda a criar mellizos, no puede permitirse la pereza, pajarito. ¡Qué dulce cantas,avecilla mía! Estás expresando los sentimientos de mi corazón mucho mejor de lo que yo podría. ¿Quién será el que viene?

Un carro de mensajería traqueteaba por el sendero, con dos personas en el asiento delantero y un gran baúl detrás. Al acercarse, Anne reconoció al conductor: era el hijo del encargado de la estación de Bright River; pero su compañera le resultaba desconocida: era una mujer menudita, que saltó con gran agilidad junto a la tranquera antes de que el caballo se detuviese por completo. Era, sin duda, alguien muy agraciado, sin duda más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, pero de mejillas rosadas, ojos negros y chispeantes y brillante cabellera oscura, coronada por un asombroso sombrero lleno de flores y plumas. A pesar de haber recorrido ocho millas por un camino polvoriento, se conservaba tan pulcra como si acabase de salir de una caja de sombreros.

—¿Aquí es donde vive el señor James A. Harrison? —preguntó vivamente.

—No, el señor Harrison vive más allá —respondió Anne, absolutamente sorprendida.

— Ya me parecía demasiado ordenado todo . . . demasiado ordenado para que viva James A., a menos que haya cambiado mucho desde que lo conocí — gorjeó la mujercita —. ¿Es cierto que James A. se casará con alguna mujer de este lugar?

— No, no, en absoluto — exclamó Anne, ruborizándose de manera tan culpable que la desconocida la miró con curiosidad, como si sospechara que Anne planeaba desposar al señor Harrison —. Pero leí en un periódico de la Isla — insistió la desconocida —. Una amiga me mandó el recorte subrayado . . . las amigas son muy dadas a esas cosas. Y el nombre de James A. estaba escrito encima de “nuevo vecino”.

— Ese aviso era solo una broma — alcanzó a explicar Anne —. El señor Harrison no tiene intención de casarse con nadie, se lo aseguro.

— Me alegra oírlo — dijo la mujer, retomando ágilmente el asiento del carro —, porque resulta que ya está casado, conmigo. Vaya, no me extraña que te quedes tan asombrada. Calculo que ha fingido soltería, rompiendo corazones a diestra y siniestra. Bien, bien, James A. — agregó, asintiendo vigorosa en dirección a la casa blanca —, se te acabó la diversión. He venido yo . . . y ni habría venido, si no pensara que tramaba alguna fechoría. Supongo — tornándose hacia Anne — que su loro sigue tan malhablado como siempre.

— Su loro . . . está muerto . . . creo — balbuceó la pobre Anne, que en ese preciso momento no habría estado segura ni de su nombre.

— ¿Muerto? ¡Perfecto! — exclamó la risueña mujercita —. En ese caso, podré manejar a James A. con facilidad, sin ese pájaro de por medio.

Con tan misteriosa afirmación, la desconocida se fue llena de júbilo, y Anne corrió a la puerta de la cocina para encontrarse con Marilla.

— ¿Anne, quién era esa mujer?

— Marilla — comenzó Anne con voz solemne pero mirada risueña —, ¿parezco estar loca?

— No más de lo habitual — respondió Marilla, sin pensar en ironías.

— Bien, entonces, ¿crees que sigo despierta?

— Anne, ¿qué disparates dices? ¡Te pregunto quién era esa mujer!

—Marilla, si no estoy loca y no estoy dormida, entonces ella no puede ser un mero sueño . . . debe de ser real. De todos modos, es seguro que no podría haber imaginado un sombrero así. Dice ser la esposa del señor Harrison, Marilla.

Marilla, a su vez, se quedó clavada en el sitio.

—¿Su esposa? ¡Anne Shirley! ¿Entonces para qué andaba haciéndose pasar por soltero?

—No creo que lo hiciera de veras —defendió Anne—. Él nunca dijo que no estuviera casado. La gente lo supuso. Ay, Marilla, ¿qué dirá la señora Lynde?

Se enteraron de lo que la señora Lynde diría cuando la vieron llegar esa misma tarde. Ella no estaba sorprendida, decía que se lo había esperado; que siempre había notado algo en el señor Harrison.

—¡Pensar que abandonara a su esposa! —exclamó, indignada—. Eso es cosa de un cuento de los Estados Unidos, pero ¿a quién se le ocurre que ocurra aquí, en Avonlea?

—Pero no sabemos si él la abandonó —protestó Anne, decidida a no condenar a su amigo sin pruebas—. No conocemos la verdad del asunto.

—Pues en seguida la sabremos —repuso la señora Lynde, sin haber aprendido en su vida que la discreción existía—. Voy a ir directamente allá. Se supone que el señor Harrison traía hoy de Carmody algo para Thomas, así que será un pretexto. Averiguaré toda la historia y se las contaré al regreso.

La señora Lynde partió, adonde Anne no se habría atrevido a ir. No había fuerza capaz de llevar a Anne a casa de Harrison en ese momento, pero sí sentía curiosidad, y en el fondo se alegraba de que la señora Lynde fuera a desentrañar el misterio. Anne y Marilla la esperaron con expectación, mas en vano. No regresó a Tejas Verdes esa noche. A las nueve, Davy volvió de la granja Boulter y lo explicó:

—Me crucé con la señora Lynde y otra mujer extraña en el Bajo, y no veas cómo hablaban ambas a la vez. Me dijo que les dijera que lamentaba que fuera tarde para acercarse. Anne, tengo un hambre terrible. Tomamos el

té en casa de los Boulter a las cuatro, y la señora Boulter me pareció muy tacaña: no nos ofreció ni mermelada ni bizcocho . . . y hasta había poco pan.

—Davy, cuando visites gente, no critiques lo que te dan de comer —le reprendió Anne con gravedad—. Es muy mala educación.

—De acuerdo . . . me lo callaré —admitió Davy contento—. Dame algo de cena, porfa, Anne.

Anne buscó la mirada de Marilla, quien la siguió a la despensa y cerró la puerta con cautela.

—Dale un poco de mermelada con el pan. Ya me imagino lo que es un té en casa de Levi Boulter.

Davy recibió su rebanada de pan con mermelada y suspiró:

—Este mundo resulta algo decepcionante, la verdad. Milty tiene una gata que da convulsiones . . . tiene una diarrea desde hace tres semanas. Milty dice que es divertidísimo verla. Fui hoy para verla en pleno ataque, pero la gata, bien cruel, no se convulsionó y estuvo tan sana como una pera, y Milty y yo nos quedamos toda la tarde esperando. Pero da igual —se iluminó Davy al sentir el efecto de la mermelada de ciruela—, seguro que algún día la veré. No parece lógico que deje de convulsionarse tras tanto tiempo, ¿no? Esta mermelada es bien sabrosa.

No había pena que la mermelada de ciruela no pudiera curar a Davy.

La tarde de domingo vino tan lluviosa, que nadie salió. Pero el lunes todos conocían alguna versión de lo ocurrido con los Harrison. Toda la escuela bullía de comentarios y Davy llegó a casa bien enterado.

—Marilla, el señor Harrison tiene nueva esposa. Bueno, no exactamente nueva, porque llevaban un buen rato sin seguir casados, dice Milty. Yo pensaba que al empezar a estar casado, uno no podía parar de estarlo, pero Milty dice que hay formas de dejarlo si no te llevas bien. Él afirma que una es marcharte y dejar a tu esposa, y eso hizo el señor Harrison. Milty dice que la dejó porque ella le lanzaba cosas . . . cosas duras. Y Arty Sloane dice que fue porque no lo dejaba fumar, y Ned Clay afirma que era porque lo regañaba siempre. Yo jamás dejaría a mi mujer por algo así. Con un pisotón le diría: “Señora Davy, harás lo que me complazca, porque soy hombre.” Y se acabaría el problema. Pero Annetta Clay dice que ella lo dejó a él por no

limpiarse las botas al entrar, y la verdad no la culpo. Voy a ver a la señora Harrison ahora mismo, a ver qué tal.

Davy regresó, cabizbajo:

—No estaba, se fue a Carmody con la señora Rachel Lynde a comprar nuevo papel de colgadura para el salón. Y el señor Harrison me dijo que le dijera a Anne que pase a verlo, que quiere hablar. Y fíjate, el suelo está reluciente y el señor Harrison se afeitó, sin ser día de sermones.

La cocina de los Harrison lucía irreconocible a los ojos de Anne. El piso, fregado a un brillo cegador, y lo mismo cada mueble; la cocina, tan pulimentada que Anne se reflejaba; las paredes, encaladas y los cristales de la ventana refulgían al sol. Sentado a la mesa estaba el señor Harrison, con ropas de faena que el viernes Anne recordaba rotas y manchadas, pero que ahora aparecían parcheadas y limpias. Lo habían afeitado y había arreglado su escaso cabello.

—Siéntate, Anne, siéntate —le dijo el señor Harrison casi como si de un funeral se tratara—. Emily se fue a Carmody con Rachel Lynde . . . las dos se han hecho uña y carne en un día. ¡Ya ves qué raras son las mujeres! Bueno, Anne, mis días de vivir a mis anchas acabaron . . . acabaron. Supongo que me espera la pulcritud y el orden para el resto de mis días.

Intentó sonar lastimero, pero sus ojos lo traicionaban con un brillo incontrolable.

—Señor Harrison, se le ve contento de que su esposa haya vuelto —dijo Anne, señalándolo con un dedo—. No disimule, porque lo noto.

El señor Harrison relajó la sonrisa con aire apenado.

—Bueno . . . bueno . . . me voy acostumbrando —admitió—. No negaré que me alegró verla. Todo hombre necesita un poco de protección en un lugar donde ni siquiera puedes jugar unas damas con un vecino sin que te acusen de pretender casarte con su hermana y ponerlo en el periódico.

—Nadie habría pensado que iba a ver a Isabella Andrews de no creerlo soltero —reprendió Anne.

—Yo nunca fingí ser soltero. Si alguien me hubiera preguntado, yo habría admitido que lo estaba. Simplemente, la gente lo dio por hecho. No deseaba

hablarlo . . . estaba dolido por el asunto. Para Rachel Lynde hubiera sido un manjar saber que mi mujer me había dejado, ¿verdad?

—Pero algunos dicen que usted dejó a su esposa.

—Ella empezó, Anne, fue ella. Te contaré la historia completa, porque no quiero que me juzgues más de lo que merezco . . . ni tampoco a Emily. Vayamos al porche. Todo aquí adentro está tan impecable que me deprime. Supongo que me acostumbraré, pero ahora prefiero mirar el corral. Emily no ha podido limpiarlo todavía.

Ya instalados cómodamente en el porche, el señor Harrison inició su relato:

—Vivía yo en Scottsford, en New Brunswick, antes de venir aquí, Anne. Mi hermana me llevaba la casa y me iba de perlas; ella mantenía todo “razonablemente pulcro”, me dejaba a mi aire y me consentía . . . o eso dice Emily. Pero hace tres años falleció. Antes de morir, estaba muy angustiada pensando en qué sería de mí, y al fin me hizo prometerle que me casaría. Me aconsejó a Emily Scott porque tenía su dinero y era muy hacendosa con la casa. Yo le respondí: “Emily Scott ni me mirará”. “Tú pídeselo”, me dijo; y para dejarla tranquila, prometí hacerlo, y lo hice. Y Emily aceptó casarse conmigo. Jamás pensé tal cosa, Anne . . . una mujer tan viva y linda, y un viejo como yo. Al principio creí haber ganado la lotería. Nos casamos, tomamos un viajecito de novios a St. John, quince días, y luego volvimos. Llegamos a casa a las diez de la noche, y créeme, Anne, media hora después ya estaba Emily limpiando la casa. Lo sé, pensarás que mi casa necesitaba un repaso . . . tu cara lo dice todo, Anne; tus pensamientos se te leen como en un libro . . . pero tampoco era para tanto. Se había vuelto un caos cuando vivía de soltero, lo admito, pero antes de la boda contraté a alguien para limpiarla y pinté y arreglé bastante. Te digo, si le das a Emily un palacio de mármol blanco recién inaugurado, se pondría a fregar con la primera bata vieja que hallase. Pues ahí estuvo fregando hasta la una de la mañana y a las cuatro ya estaba en pie volviendo a lo mismo. Y así sin parar. Barrer, restregar, desempolvar sin fin, salvo domingos, y esos, en lo que esperaba ansiosa que fuera lunes para seguir. Era su pasatiempo, y tal vez me habría adaptado, con tal de que me dejara en paz. Pero no lo hacía. Quería rehacerme . . . pero me pilló algo tarde. No se me permitía entrar a casa si no me ponía pantuflas en la puerta. Y ni soñar fumar pipa bajo el techo, debía ir al

establo. Además, no hablaba yo con la gramática que ella quería. Emily había sido maestra y nunca lo superó. Y le enfurecía que comiera con el cuchillo. Entre pitos y flautas, no me dejaba vivir en paz. Aunque supongo que, para ser justos, yo me ponía muy irritante también. No quise mejorar como pude; más bien me volví malhumorado y antipático con tanto reproche. Le dije un día que no me criticó mi gramática cuando le propuse matrimonio. No fue muy listo de mi parte; una mujer perdona antes que la golpeen a que le insinúen que estaba demasiado feliz por conseguir al hombre. Bien, vivimos de pleito en pleito . . . no muy agradable, pero tal vez nos habríamos acostumbrado con el tiempo, si no fuera por Ginger. Él fue la piedra de discordia. Emily odiaba a los loros, y el habla soez de Ginger le resultaba intolerable. Yo, en cambio, sentía apego por el loro, ya que era de mi difunto hermano marino. Él y yo éramos muy amigos de chicos, y cuando murió, me legó a Ginger. Yo no veía la gracia de soliviantarme con su mal vocabulario. Detesto la grosería en la gente, pero en un loro, que no hace más que repetir lo que oye sin más sentido que si fuera chino, uno debe ser indulgente. Pero Emily no lo veía así. Las mujeres no son lógicas. Intentó reformar el vocabulario de Ginger y no pudo, como tampoco logró que yo dejara de decir “yo vide” y “esas cosas”. Mientras más lo intentaba, más malhablado se ponía el loro, igual que yo.

—Continuamos así, los dos más irritables, hasta que llegó la gota que derramó el vaso. Emily invitó a tomar el té a nuestro pastor y su esposa, y a otro pastor y su esposa que estaban de visita. Me había comprometido a encerrar a Ginger donde no se lo oyera . . . Emily no lo tocaba ni muerta . . . y lo iba a hacer, pues no quería que los pastores oyeran palabrotas en mi casa. Pero se me olvidó . . . Emily me atosigaba tanto con el asunto del cuello de camisa y la gramática, que no me acordé del loro hasta estar sentados a la mesa. Justo cuando el pastor uno rezaba, Ginger, en la galería junto a la ventana del comedor, levantó su voz. Un pavo se asomó al corral, y la vista de un pavo siempre lo enloquecía. Se superó como nunca. Te ríes, Anne, y no niego que a veces me carcajeo al recordarlo, pero en su momento me sentí tan avergonzado como Emily. Lo llevé al establo y . . . bah, no pude disfrutar la comida. Vi la cara de Emily y supe que se venía bronca para Ginger y James A. Cuando marcharon los pastores, salí al campo y, por el camino, reflexioné. Sentí pena por Emily y pensé que quizás no había sido muy comprensivo; además, temí que los pastores creyeran que Ginger aprendía de mí esas palabrotas. Total, decidí que lo mejor era sacrificar al

pobre loro. Traje las vacas y entré para decírselo a Emily . . . pero ella no estaba. Y había una nota en la mesa, como en las novelas. Emily escribió que debía elegir entre ella y Ginger; se fue a casa de su familia y allí se quedaría hasta que me deshiciera del loro.

— Me indigné, Anne, y dije que podría esperar el fin del mundo, que no lo haría. Y persistí. Le embalé sus cosas y se las mandé. Se armó un chisme tremendo . . . Scottsford es tan malo para cotillear como Avonlea . . . y todos se pusieron de parte de Emily. Yo me volví arisco y regañón, y me di cuenta de que, si no huía, no tendría paz. Decidí venirme a la Isla. Estuve aquí de niño y me gustó, pero Emily decía que no viviría en un sitio donde la gente teme salir de noche por si se cae del borde. Y, por llevarle la contraria, me mudé aquí. Eso es todo. Nunca supe de ella hasta que volví del campo el sábado y la encontré fregándolo todo y con la primera comida decente desde que se fue, lista en la mesa. Me dijo que primero comiera y luego hablaríamos . . . con lo que supuse que Emily había aprendido algunas lecciones acerca de cómo llevarse con un hombre. Así que se ha quedado, pues Ginger ha muerto y la Isla resulta ser más grande de lo que creía. Ahí vienen ella y la señora Lynde. No te vayas, Anne. Quédate y conócela. El sábado le caíste bien . . . quería saber quién era esa guapa pelirroja de la casa de al lado.

La señora Harrison recibió a Anne con expresión radiante y no permitió que se fuera sin tomar el té.

— James A. me contó todo lo que hiciste por él, horneándole bizcochos y demás — dijo —. Quiero conocer a todos mis nuevos vecinos lo antes posible. La señora Lynde es encantadora, ¿verdad? Tan afable.

Cuando Anne se marchó al anochecer, con la brisa de junio, la señora Harrison la acompañó campo a través, donde las luciérnagas encendían sus chispas estrelladas.

— Supongo — confió la señora Harrison — que James A. ya te habrá contado toda nuestra historia.

— Sí.

— Entonces no te la repito, porque James A. es un hombre justo y habrá dicho la verdad. La culpa no fue toda suya, eso lo veo ahora. No había pasado ni una hora en mi propia casa, cuando me arrepentí de haber sido tan im-

pulsiva, pero mi orgullo no me dejó ceder. Comprendo que esperaba demasiado de un hombre. Fui una tonta poniéndome furiosa por su mala gramática. De nada importa que hable con incorrecciones, siempre que sea un buen proveedor y no vaya hurgando la despensa para ver cuánto azúcar se consume en la semana. Siento que James A. y yo seremos muy felices ahora. ¡Quisiera saber quién es “Observador” para agradecerle! Le debo un gran favor.

Anne se guardó la verdad, y la señora Harrison no supo nunca que su gratitud llegara a quien correspondía. Anne se sentía un poco aturdida por el gran alcance que habían tenido aquellas insensatas “notas”. Habían reconciliado a un matrimonio y forjado la fama de un profeta.

La señora Lynde, en la cocina de Tejas Verdes, estaba contando el asunto a Marilla.

—Bueno, ¿y qué les parece la señora Harrison? —preguntó a Anne.

—Me agrada mucho. Creo que es una mujer muy simpática.

—Sí, eso es . . . justo lo que es —dijo doña Rachel con énfasis—, y, como le decía yo a Marilla, debemos pasar por alto las rarezas del señor Harrison por ella y tratar de que se sienta bien acogida. Bueno, me marchó. Thomas estará echándome de menos. Estos días salgo un poco desde que Eliza llegó, y él ha mejorado algo, pero no me gusta estar lejos mucho tiempo. He oído que Gilbert Blythe ha renunciado a White Sands. Se irá a la universidad en otoño, supongo.

La señora Rachel miró fijamente a Anne, pero la joven, con la cabeza inclinada sobre un Davy adormilado, no mostró nada. Se llevó al niño en brazos, apoyando la mejilla ovalada de adolescente en su cabecita rubia. Al subir, Davy rodeó el cuello de Anne con su brazo y le dio un cálido abrazo y un beso pegajoso.

—Anne, eres rebuena. Hoy Milty Boulter escribió en su pizarra y se lo mostró a Jennie Sloane:

“Las rosas rojas, azules las violetas, Azúcar es dulce, y tú lo eres”

y así describe con exactitud lo que siento por ti, Anne.

XXVI - AL DOBLAR LA CURVA

Thomas Lynde se apagó en la vida con la misma discreción y sosiego con que la había vivido. Su esposa fue una enfermera tierna, paciente, siempre incansable. A veces, Rachel había sido un poco dura con su Thomas cuando él la irritaba con su lentitud o docilidad; pero una vez enfermo, ninguna voz podía hablarle más bajo, ninguna mano ser más hábil y delicada, ninguna vigilia más paciente.

—Has sido una buena esposa para mí, Rachel —le dijo él un día, sencillamente, mientras ella estaba sentada a su lado en la penumbra, sosteniendo su mano fina y pálida con la suya endurecida por el trabajo—. Una buena esposa. Siento no dejarte en mejor situación, pero los hijos cuidarán de ti. Son niños muy capaces, como su madre. Una buena madre . . . una buena mujer . . .

Entonces se durmió, y a la mañana siguiente, justo al aclarar sobre los abetos puntiagudos del bajo, Marilla entró en silencio en la buhardilla del lado este y despertó a Anne.

—Anne, Thomas Lynde ha partido . . . el muchacho que trabaja para ellos acaba de traer la noticia. Voy a ir de inmediato con Rachel.

Al día siguiente del funeral de Thomas Lynde, Marilla anduvo por Tejas Verdes con un aire extraño de preocupación. A ratos miraba a Anne, parecía a punto de decir algo y luego negaba con la cabeza, sellaba los labios y guardaba silencio. Después del té, bajó a visitar a la señora Rachel; y al regresar subió al cuarto este, donde Anne corregía ejercicios de la escuela.

—¿Cómo está hoy la señora Lynde? —preguntó Anne.

—Más tranquila y serena —respondió Marilla, sentándose en la cama de Anne, algo insólito en ella, pues en su código de ética doméstica sentarse en una cama ya tendida era una falta imperdonable—. Pero se siente muy sola. Eliza tuvo que volver a su casa hoy . . . su hijo está enfermo y pensó que no podía quedarse más tiempo.

—Cuando termine de corregir estos ejercicios bajaré a hacerle compañía un rato —dijo Anne—. Tenía pensado estudiar algo de composición en latín esta noche, pero eso puede esperar.

—Supongo que Gilbert Blythe irá a la universidad en otoño —mencionó Marilla con brusquedad—. ¿Te gustaría ir a ti también, Anne?

Anne alzó la vista, sorprendida.

—Claro que me gustaría, Marilla. Pero no es posible.

—Creo que podría hacerse. Siempre he sentido que debías ir. Nunca me he sentido en paz pensando que renunciabas a todo por mí.

—Marilla, ni por un instante me he arrepentido de quedarme. He sido tan feliz . . . ¡Ay, estos dos años han sido deliciosos!

—Sí, sé que te has sentido bien a gusto. Pero ese no es exactamente el punto. Debes continuar tus estudios. Tienes lo suficiente ahorrado para pagarte un año en Redmond, y el dinero que sacaste vendiendo tu ganado te bastará para otro año más . . . y además hay becas y esas cosas que podrías ganar.

—Sí, pero no puedo irme, Marilla. Tus ojos han mejorado, por supuesto; pero no puedo dejarte sola con los mellizos. Necesitan mucha atención.

—No estaré sola con ellos. Eso es lo que quería comentarte. Tuve una larga charla con Rachel esta noche. Anne, ella se siente muy mal por muchas cosas. No la dejan en muy buena situación. Resulta que hipotecaron la granja hace ocho años para ayudar al hijo menor cuando se fue al oeste; y nunca han podido pagar más que los intereses. Luego la enfermedad de Thomas costó mucho en un sentido y en otro. Tendrán que vender la granja, y según Rachel quedará poco después de saldar las deudas. Dice que tendrá que irse a vivir con Eliza y se le parte el corazón al pensar en dejar Avonlea. A su edad, una mujer no hace nuevos amigos ni encuentra fácilmente nue-

vos intereses. Y, Anne, mientras ella hablaba, se me ocurrió que podía pedirle que viniera a vivir conmigo . . . pero primero pensé que debía comentártelo antes de decirle nada a ella. Si Rachel vive conmigo, tú podrías ir a la universidad. ¿Qué te parece?

—Me parece . . . como si . . . alguien . . . me hubiese dado . . . la luna . . . y no supiera . . . bien . . . qué hacer con ella —farfulló Anne, aturdida—. Pero eso de invitar a la señora Lynde a vivir aquí lo decides tú, Marilla. ¿Crees . . . estás segura . . . de que te gustaría? La señora Lynde es muy buena y una excelente vecina, pero . . . pero . . .

—¿Pero tiene sus fallos, quieres decir? Pues sí, por supuesto que los tiene. Pero preferiría aguantar fallos mayores antes que ver a Rachel marcharse de Avonlea. La echaría muchísimo de menos. Es mi única amiga cercana aquí y me sentiría perdida sin ella. Llevamos cuarenta y cinco años de vecinas y nunca hemos reñido . . . aunque estuvimos cerca aquella vez que la emprendiste contra ella porque te llamó fea y pelirroja. ¿Lo recuerdas, Anne?

—¡Cómo no lo voy a recordar! —admitió Anne, con amargura—. Una no olvida cosas así. ¡Qué aborrecida me pareció la pobre señora Rachel entonces!

—Y luego aquella “disculpa” que le hiciste. Vaya, me diste un buen quebradero de cabeza, Anne. No sabía qué hacer contigo. Pero Matthew te comprendía mejor.

—Matthew comprendía todo —dijo Anne en voz baja, con el tono suave que siempre usaba al nombrarlo.

—Creo que con Rachel y yo no habría problemas de convivencia —prosiguió Marilla—. Siempre me ha parecido que dos mujeres en la misma casa chocan porque comparten la misma cocina y se estorban. Si Rachel viene, podría instalarse en la buhardilla norte como dormitorio y usar el cuarto de huéspedes a modo de cocina, total no nos hace falta un cuarto de huéspedes. Allí pondría su estufa y los muebles que quiera conservar, y estaría cómoda y con su independencia. No le faltará con qué vivir . . . sus hijos se encargarán de ello . . . así que yo sólo le daría techo. Sí, Anne, en lo que a mí respecta, me parece bien.

—Pues invítala —dijo Anne de inmediato—. Me apenaría mucho ver a la señora Rachel irse.

—Si ella viene —siguió Marilla—, no tendrás impedimento para ir a la universidad. Me hará compañía y podrá atender a los gemelos en lo que yo no alcance, de modo que no veo razón alguna para que no vayas.

Esa noche, Anne meditó largo y tendido junto a su ventana. La alegría y la congoja luchaban en su corazón. Al fin . . . de modo súbito e imprevisto . . . había llegado al recodo del camino; y al otro lado la esperaba la universidad, con mil esperanzas y visiones de color arco iris. Pero Anne también comprendía que, al doblar esa curva, debía dejar atrás muchas cosas dulces, todas esas sencillas tareas e intereses que se habían vuelto tan queridos en los últimos dos años y que ella había llenado de belleza y deleite gracias a su entusiasmo. Tendría que renunciar a su escuela, y amaba a todos y cada uno de sus alumnos, incluso a los más torpes y traviosos. Tan sólo la idea de Paul Irving la hacía preguntarse si Redmond tenía tanto poder para conmovirla después de todo.

—He echado tantas raíces pequeñas estos dos años —le confesó Anne a la luna—, que me dolerá mucho arrancárselas. Pero creo que es lo mejor, y, como dice Marilla, no hay razón para no hacerlo. Debo desempolvar todas mis ambiciones.

Al día siguiente Anne envió su renuncia; y, tras una sincera charla con Marilla, la señora Rachel, agradecida, aceptó la propuesta de vivir en Tejas Verdes. Aun así, eligió quedarse en su propia casa durante el verano; la granja no se vendería hasta el otoño y quedaban muchas cosas que arreglar.

—Nunca pensé en vivir tan lejos del camino como Tejas Verdes —suspiró la señora Rachel—. Pero en realidad, Tejas Verdes no parece tan apartado como antes . . . Anne recibe mucha gente, y los gemelos le dan bastante vida. Y, en fin, antes viviría en el fondo de un pozo que marcharme de Avonlea.

Estas dos decisiones, al extenderse, no tardaron en desplazar el tema de la llegada de la señora Harrison en los chismes locales. Más de un sensato meneo de cabeza hubo por la “arriesgada medida” de Marilla al invitar a la señora Rachel a vivir con ella. La gente opinaba que no se llevarían bien; que las dos estaban “demasiado aferradas a su propia manera de ser”; y se

hicieron lúgubres profecías que no alteraron a las interesadas en lo más mínimo. Ellas habían pactado claramente derechos y obligaciones de su nueva convivencia y pensaban atenerse a ello.

—No me meteré contigo ni tú conmigo —sentenció con firmeza la señora Rachel— y en cuanto a los gemelos, gustosa haré todo lo que pueda por ellos; pero no me pondré a responder a las preguntas de Davy, porque no soy ninguna enciclopedia ni abogada de Filadelfia. Vas a echar de menos a Anne para eso.

—A veces las respuestas de Anne eran tan extrañas como las preguntas de Davy —observó Marilla con sequedad—. Los gemelos la van a extrañar mucho, sin duda; pero su porvenir no puede sacrificarse a la curiosidad de Davy. Cuando pregunte cosas que no sepa, le diré que los niños deben verse y no oírse. Fue como me criaron a mí y no sé si es tan mala forma como esas nuevas teorías de crianza.

—Bueno, pero con Davy el método de Anne dio resultado —sonrió la señora Lynde—. Está reformado, eso es seguro.

—No es mal muchacho —concedió Marilla—. Nunca esperé encariñarme tanto con esos niños como me ha pasado. Davy termina por atraparte . . . y Dora es un encanto, aunque sea . . . un poco . . . cómo decirlo . . .

—¿Monótona? Justo eso —suministró la señora Rachel—. Como un libro en que todas las páginas son iguales, eso es. Dora será una mujer de fiar, pero nunca encenderá un cirio. Y sin embargo, esa clase de gente se agradece, aunque no sean tan interesantes como la otra.

Probablemente Gilbert Blythe era la única persona a quien la noticia de la renuncia de Anne causó un placer absoluto. Sus alumnos la vieron como un desastre. Annetta Bell tuvo un ataque de histeria al llegar a casa. Anthony Pye se peleó a golpes con dos chicos, sin provocación alguna, para desahogar su enfado. Barbara Shaw lloró toda la noche. Paul Irving dijo, muy firme, a su abuela que no esperara que comiera avena en toda una semana.

—No puedo, abuela —explicó—. Ni siquiera sé si podré comer algo. Es como si tuviera un nudo en la garganta. Habría llorado al salir de la escuela, pero Jake Donnell me estaba mirando. Creo que lloraré en la cama. ¿No se me hincharán mucho los ojos al día siguiente? Sería un alivio. En fin, no podré con la avena. Necesito toda mi fortaleza de ánimo para soportar esto,

abuela, y no me quedaría nada para lidiar con la avena. Ay, abuela, no sé qué haré cuando mi hermosa maestra se marche. Milty Boulter asegura que Jane Andrews se quedará con la escuela. Supongo que la señorita Andrews es muy buena. Pero estoy seguro de que no entenderá las cosas como la señorita Shirley.

Diana también lo tomó con pesimismo.

—El próximo invierno será pavorosamente triste aquí —se lamentó una tarde en que la luna derramaba “plata aérea” a través de las ramas de cerezo, llenando de suave y onírica luz la buhardilla este donde las dos conversaban. Anne estaba en su mecedora baja junto a la ventana; Diana, sentada en la cama con las piernas cruzadas—. Tú y Gilbert se irán . . . y los Allan también. Llamarán al señor Allan a Charlottetown y, por supuesto, aceptará. Qué injusto. Supongo que nos quedaremos sin ministro todo el invierno y tendremos que oír a uno tras otro de candidatos . . . la mitad serán un fiasco.

—Ojalá no llamen a ese señor Baxter de Grafton Este —repuso Anne con firmeza—. Él lo anhela, pero predica unos sermones lúgubres. El señor Bell dice que es un predicador de la vieja escuela, pero la señora Lynde cree que no es más que indigestión. Parece que su esposa no es muy buena cocinera, y la señora Lynde afirma que, si un hombre debe comer pan agrio dos semanas de cada tres, su teología acaba retorcida de algún modo. La señora Allan se siente muy apenada por marcharse; dice que todos han sido tan amables desde que llegó de recién casada, que siente como si dejara amigos de toda la vida. Y además está la tumba del bebé, ya sabes. No ve cómo puede marcharse y dejarla allí . . . la criatura apenas tenía tres meses, y dice que teme que la eche de menos, aunque sabe que no es así y nunca se lo contaría al señor Allan. Asegura que casi todas las noches atraviesa el bosquecillo de abedules detrás de la casa pastoral para ir al cementerio y cantarle una cancioncita de cuna. Me lo contó ayer, cuando fui a dejar unas rosas tempranas en la tumba de Matthew. Le prometí que, mientras estuviera en Avonlea, pondría flores en la tumba del bebé, y cuando yo no estuviera, estaba segura de que . . .

— . . . lo haría yo —completó Diana con entusiasmo—. Claro que lo haré. Y también pondré en la tumba de Matthew, por ti, Anne.

—Oh, gracias. Quería pedírtelo, y no te olvides de la de la pequeña Hester Gray. ¿Te acuerdas de ella? Por favor, no la pases por alto. Sabes, he

pensado y soñado tanto con la pequeña Hester Gray que se ha vuelto extrañamente real para mí. Me la imagino en su jardincito de ese recodo fresco y verde; creo que si me colara una noche de primavera, en ese instante mágico entre la luz y la sombra, caminando con sigilo para no asustarla, hallaría todo como antaño, con aromas de lirios de junio y rosas tempranas, y la casita detrás, cubierta de enredaderas; y allí estaría la pequeña Hester Gray, con sus suaves ojos, el viento alborotándole el pelo oscuro, vagando y acariciando con la punta de los dedos las barbillas de los lirios, susurrando secretos a las rosas. Entonces me acercaría, oh, muy suavemente, alzaría mis manos y le diría: “Pequeña Hester Gray, ¿me dejarías ser tu compañera de juegos? Porque también amo las rosas.” Y nos sentaríamos en el banquillo viejo a charlar un poco y soñar un poco, o quedarnos hermosamente calladas. Y luego se alzaría la luna y, al mirar a mi alrededor . . . ya no habría Hester Gray ni casita con enredaderas ni rosas . . . solo un jardín abandonado salpicado de lirios entre la hierba, y el viento suspirando con tanta tristeza entre los cerezos. Y no sabría si ocurrió de verdad o si lo imaginé todo.

Diana se escabulló para acomodar su espalda contra el cabecero. Cuando tu compañera de crepúsculo dice cosas tan inquietantes, es mejor no tener nada detrás.

—Me temo que la Sociedad de Mejoras decaiga cuando tú y Gilbert se hayan ido —observó con pesar.

—No hay por qué temer —dijo Anne con decisión, regresando de su tierra de sueños a los temas prácticos—. Está tan bien establecida que no se vendrá abajo, en especial ahora que los mayores se entusiasman con ella. Mira lo que hacen este verano con sus jardines y caminos. Además, estaré pendiente de cualquier idea en Redmond y escribiré algo para la sociedad en invierno, enviándolo. No seas tan pesimista, Diana. Y no me amargues esta pequeña hora de júbilo. Más adelante, cuando llegue el momento de irme, de júbilo tendré poco.

—Fácil para ti estar contenta . . . te marchas a la universidad y pasarás un tiempo estupendo, harás montones de amistades nuevas.

—Espero hacer nuevas amistades —reflexionó Anne—. La posibilidad de hacer nuevas amistades hace la vida fascinante. Pero por más amigos nuevos que tenga, ninguno me será tan querido como los viejos . . . en especial cierta chica de ojos negros y hoyuelos. ¿Adivinas quién es, Diana?

—Pero habrá tantas chicas listas en Redmond —suspiró Diana— y yo no soy más que una campesina algo tonta, que de pronto se le escapa un “yo vide.” . . . aunque sepa que no está bien. Bueno, en fin, estos dos años pasados han sido tan agradables que, claro, no podían durar. Conozco a alguien que se alegra de que te vayas a Redmond. Anne, voy a hacerte una pregunta . . . seria. No te enfades y responde en serio: ¿Te importa algo Gilbert?

—Mucho, pero solo como amigo, y ni pizca en el sentido que insinúas —dijo Anne con voz tranquila y resuelta; y también se creía sincera.

Diana suspiró; le habría gustado que Anne contestara de otro modo.

—¿No piensas casarte nunca, Anne?

—Tal vez . . . algún día . . . cuando conozca a la persona adecuada —sonrió Anne, volviendo su mirada hacia la luz lunar.

—¿Y cómo estarás segura de reconocerlo?

—Oh, lo sabría . . . algo me lo diría. Ya conoces mi ideal, Diana.

—Pero a veces cambian los ideales de la gente.

—El mío no cambiará. Y no podría querer a un hombre que no lo cumpliera.

—¿Y si nunca lo encuentras?

—Entonces moriré soltera —respondió con alegría—. Y supongo que no es la peor de las muertes.

—Bueno, tal vez morir sea fácil; lo duro es vivir de soltera —dijo Diana, sin ánimo de hacer gracia—. Aunque no me importaría mucho quedarme soltera si fuera como la señorita Lavendar. Pero no podría serlo. A mis cuarenta y cinco estaría espantosamente gorda. Y quizá hubiera algo de poético en una solterona delgada, pero en una gorda no lo veo. Ay, por cierto, Nelson Atkins le propuso matrimonio a Ruby Gillis hace tres semanas. Ruby me lo contó todo. Dice que nunca pensó aceptarlo porque si se casa con él tendría que vivir con los padres, pero confiesa que la declaración fue tan perfectamente romántica que casi la arrastra. Pero no quiso precipitarse y pidió una semana para pensarlo. Dos días después, en una reunión del Círculo de Costura en casa de la madre de Nelson, vio un libro titulado “La guía completa de etiqueta,” sobre la mesita de la sala. Dice Ruby que se

quedó sin aliento al descubrir, en el capítulo “Cortejo y matrimonio,” la misma propuesta palabra por palabra de Nelson. Llegó a casa y le mandó una cruda carta de rechazo; y dice que sus padres se turnan para vigilarlo por si se arroja al río; pero Ruby asegura que no hay peligro, pues en “Cortejo y matrimonio” explicaba cómo debía actuar un pretendiente rechazado, y de ahogarse no decía ni palabra. También dice que Wilbur Blair se consume por ella, pero está indefensa al respecto.

Anne se agitó, impaciente.

—Odio decirlo, suena desleal, pero . . . bueno, ya no me cae bien Ruby Gillis. De niñas, me agradaba en la escuela y en Queen’s . . . aunque nunca tanto como tú o Jane. Pero este año en Carmody ha cambiado tanto . . . es tan . . . tan . . .

—Lo sé —asintió Diana—. Le sale lo Gillis . . . ella no lo remedia. La señora Lynde afirma que si alguna Gillis pensó en otra cosa que chicos, nunca se le notó en sus palabras ni en su modo de andar. Ruby no habla de otra cosa que de admiradores, de cuánto la halagan y de lo locos que están por ella en Carmody. Y lo peor es que, sí, están locos . . . —admitió Diana a regañadientes—. Anoche la vi en la tienda del señor Blair y me susurró que tenía un “nuevo enamorado.” No quise preguntarle quién era, porque sé que se moría por contarlo. En fin, es lo que Ruby siempre quiso, creo. ¿Recuerdas? De niña decía que tendría docenas de pretendientes y se divertiría mucho antes de asentarse. Qué distinta es de Jane, ¿no? Jane es tan agradable, sensata, educada.

—La buena Jane es un tesoro —coincidió Anne—. Pero —agregó, inclinando para dar una suave palmada a la mano regordeta y con hoyuelos que colgaba del borde de la almohada— no hay nadie como mi Diana de siempre. ¿Recuerdas aquella tarde que nos conocimos y juramos amistad eterna en tu jardín? Hemos cumplido el “juramento,” creo . . . jamás peleamos o nos distanciamos. No olvidaré el escalofrío que sentí el día que dijiste que me querías. Tenía el corazón tan solitario y hambriento en mi niñez. Ahora empiezo a darme cuenta de lo hambrienta y solitaria que estaba. A nadie le importaba ni quería problemas conmigo. Habría sido muy infeliz sin aquella extraña vida de ensueño donde imaginaba todos los amigos y amores que necesitaba. Pero cuando vine a Tejas Verdes todo cambió. Y entonces te conocí a ti. No sabes lo que tu amistad significó para mí. Te agra-

dezo aquí y ahora, querida, por el afecto tan profundo y sincero que siempre me has dado.

—Y te lo daré siempre, siempre —sollozó Diana—. No querré a nadie . . . ninguna chica . . . ni la mitad de lo que te quiero a ti. Y si algún día me caso y tengo una nena, la llamaré Anne.

XXVII - UNA TARDE EN LA CASA DE PIEDRA

—¿Adónde vas tan elegante, Anne? —preguntó Davy—. Te ves bárbara con ese vestido.

Anne había bajado a almorzar con un nuevo vestido de muselina verde claro . . . el primer color que usaba desde la muerte de Matthew. Le sentaba de maravilla, resaltando todos los delicados tonos de flor de su rostro y el brillo y lustre de su cabello.

—Davy, ¿cuántas veces te he dicho que no debes usar esa palabra? —lo reprendió—. Voy a la Casa del Eco.

—Llévame contigo —suplicó Davy.

—Lo haría si fuera en coche. Pero voy a ir andando y es demasiado lejos para tus piernas de ocho años. Además, Paul me acompaña y me temo que no te diviertas con él.

—Ah, Paul me cae mucho mejor que antes —dijo Davy, empezando a dar terribles ataques a su budín—. Ahora que he mejorado bastante, no me importa tanto que él sea más bueno. Si me esfuerzo, algún día lo alcanzaré, tanto en estatura como en bondad. Encima, Paul es muy amable con los chicos de segundo primer grado en la escuela. No deja que los grandotes se metan con nosotros y nos enseña muchos juegos.

—¿Cómo fue que Paul se cayó al arroyo ayer al mediodía? —preguntó Anne—. Lo vi en el patio de la escuela, todo chorreando, y lo mandé a casa

a cambiarse sin esperar a saber qué había pasado.

—Bueno, fue algo a medias zaccidental —explicó Davy—. Metió la cabeza adrede, pero el resto se cayó zaccidentalmente. Estábamos todos a la orilla del arroyo y Prillie Rogerson se enojó con Paul por algo . . . ella es muy mala y antipática, aunque ES bonita . . . y dijo que su abuela le ponía el pelo en rulos cada noche. A Paul no le habría importado, creo yo, pero Gracie Andrews se rió, y Paul se puso rojo como un tomate, porque Gracie es su chica, ¿sabes? Está loquito por ella . . . le lleva flores y le carga los libros hasta el camino de la costa. Se puso colorado como una remolacha y dijo que su abuela no hacía nada de eso y que él había nacido con el pelo rizado. Entonces se echó boca abajo en la orilla y hundió la cabeza en el manantial para demostrarlo. ¡Ay, no era del que bebemos . . .! —al ver la expresión horrorizada de Marilla—. Era el de más abajo. Pero la orilla es muy resbaladiza y Paul cayó de lleno. ¡Te digo que se pegó un porrazo bárbaro! . . . ¡Ay, Anne, Anne! No quise decir “bárbaro,” se me escapó. Se dio un golpe estupendo. Pero se veía tan gracioso al salir, todo mojado y lleno de barro. Las chicas se rieron más todavía, pero Gracie no se rió. Puso cara de pena. Gracie es buena chica, pero tiene la nariz respingada. Cuando yo sea grande y tenga novia, no quiero que tenga la nariz chata . . . escogeré una con la nariz bonita, como la tuya, Anne.

—Un chico que se embarra toda la cara de jarabe al comer su postre jamás conseguirá que una chica se fije en él —dijo Marilla con severidad.

—Pero me lavaré la cara antes de salir de noviazgo —protestó Davy, intentando arreglar la situación frotando el dorso de la mano sobre los pegotes—. Y también me lavaré detrás de las orejas sin que me lo manden. Esta mañana me acordé, Marilla. Ya no se me olvida tanto como antes. Pero . . . —y Davy suspiró— hay tantos rincones en un chico que es muy difícil acordarse de todos. En fin, si no voy con la señorita Lavendar, me iré con la señora Harrison. Ella es un pan de Dios, te lo digo. Guarda un tarro de galletas en su despensa a propósito para los chicos y siempre me da los restos cuando hace pastel de ciruelas. Muchos trozos de ciruela se pegan a las paredes del cacharro, ¿sabes? El señor Harrison siempre fue majo, pero ahora, desde que se casó otra vez, es el doble de majo. Supongo que casarse mejora a la gente. ¿Por qué no te casas tú, Marilla? Quiero saber.

La soltería de Marilla nunca le había avergonzado, así que respondió amablemente, intercambiando con Anne una mirada significativa, diciendo que nadie querría casarse con ella.

—Pero a lo mejor no le has pedido a nadie que se casara contigo —objetó Davy.

—Ay, Davy —dijo Dora con formalidad, tan escandalizada que habló sin que la llamaran—, son los hombres los que tienen que pedirlo.

—No sé por qué tienen que hacerlo siempre ellos —refunfuñó Davy—. Me parece que a los hombres les toca todo en este mundo. ¿Puedo comer más budín, Marilla?

—Ya has tenido la cantidad que te conviene —le respondió Marilla, pero le dio una ración moderada.

—Ojalá la gente pudiera vivir solo de budín. ¿Por qué no pueden, Marilla? Quiero saber.

—Porque pronto se cansarían de él.

—Me gustaría comprobarlo —dijo Davy con escepticismo—. Pero supongo que es mejor tomarlo solo los días de pescado y cuando hay visitas que no comerlo nunca. En casa de Milty Boulter no lo ponen nunca. Milty dice que cuando tienen visitas su madre les da queso y ella misma lo corta . . . un trocito para cada uno y otro por cortesía.

—Si Milty Boulter habla así de su madre, por lo menos no repitas lo que dice —sentenció Marilla con severidad.

—Cielos —Davy había aprendido esa exclamación de labios del señor Harrison y la usaba con gusto—, Milty lo decía como un cumplido. Está muy orgulloso de su madre, porque dicen que podría sacarse el sustento hasta de una roca.

—S . . . s . . . supongo que esas condenadas gallinas vuelven a estar en mi arriate de pensamientos —dijo Marilla, levantándose y saliendo rápido.

Las gallinas calumniadas no estaban ni cerca del arriate, y Marilla ni siquiera miró hacia él. En su lugar, se sentó en la trampilla del sótano y rió hasta sentirse avergonzada de sí misma.

Cuando Anne y Paul llegaron aquella tarde a la Casa de Piedra, hallaron a la señorita Lavendar y a Charlotta la Cuarta en el jardín, arrancando hierbas, rastrillando, podando y recortando como si fuera cosa de vida o muerte. La propia señorita Lavendar, llena de alegría y dulzura en sus encajes y volantes, soltó las tijeras y corrió gozosa a recibir a sus visitantes, mientras Charlotta la Cuarta sonreía con desenfado.

—Bienvenidos, Anne. Sabía que vendrías hoy. Pertenece a la tarde y ella te ha traído. Las cosas que van juntas, acaban juntándose. ¡Cuántos problemas se ahorrarían algunos si lo supieran! Pero no lo saben . . . y malgastan sus fuerzas moviendo cielo y tierra para unir lo que no se corresponde. Y tú, Paul . . . ¡vaya, has crecido! ¡Medio palmo más alto que la última vez!

—Sí, he empezado a crecer como la maleza por la noche, dice la señora Lynde —comentó Paul, encantado de constatarlo—. Abuela dice que es efecto de la avena. A lo mejor sí. Vaya que . . . —Paul lanzó un hondo suspiro— he comido avena suficiente para crecer cualquiera. Espero que, ya puesto, continúe hasta que iguale a mi padre. Él mide un metro ochenta, ¿sabe, señorita Lavendar?

Sí, la señorita Lavendar lo sabía; un tenue rubor asomó a sus hermosas mejillas. Tomó la mano de Paul con una, la de Anne con la otra, y se encaminó con ellos a la casa en silencio.

—¿Habrà buen eco hoy, señorita Lavendar? —preguntó Paul con ansiedad. El día de su primera visita hubo demasiado viento para el eco y Paul se había desilusionado mucho.

—Sí, justo el día perfecto —respondió la señorita Lavendar, saliendo de su ensimismamiento—. Pero primero vamos a comer algo. Seguro que ustedes dos no han atravesado ese hayedo hasta aquí sin morirse de hambre, y Charlotta la Cuarta y yo podríamos comer a cualquier hora . . . nuestros estómagos son muy serviciales. Así que asaltaremos la despensa. Por fortuna la tengo repleta. Tuve el presentimiento de que hoy tendría visitas y Charlotta la Cuarta y yo nos preparamos.

—Creo que usted es de las personas que siempre tienen cosas ricas en su despensa —declaró Paul—. Abuela también es así. Pero a ella no le gustan los tentempiés entre comidas. Me pregunto —añadió pensativo— si debería tomarlos fuera de casa sabiendo que ella no lo aprueba.

—Oh, no creo que lo desaprobe si han dado un buen paseo. Eso cambia las cosas —dijo la señorita Lavendar, intercambiando una mirada divertida con Anne por encima de los rizos castaños de Paul—. Supongo que los tentempiés son muy malsanos. Por eso los tomamos tan a menudo aquí, en la Casa del Eco. Nosotras . . . Charlotta la Cuarta y yo . . . vivimos desafiando toda ley dietética conocida. Comemos montones de cosas indigestas a cualquier hora del día o la noche; y estamos tan frescas como unas lechugas. Siempre prometemos reformarnos. Cuando leemos algún artículo en el periódico advirtiéndonos sobre lo peligroso de alguna cosa que nos encanta, lo recortamos y lo pegamos en la pared de la cocina para recordarlo. Pero por alguna razón, no funciona . . . hasta después de que hemos comido exactamente eso. Nada nos ha matado aún; aunque a Charlotta la Cuarta a veces le dan pesadillas si la noche antes hemos tomado donas, pastel de carne y tarta de frutas.

—Mi abuela me deja tomar un vaso de leche y una rebanada de pan con mantequilla antes de acostarme; y los domingos por la noche le pone mermelada —apuntó Paul—. Así que me alegra que sea domingo por la noche . . . por varios motivos. El domingo es un día muy largo en el camino de la costa. Abuela dice que se le pasa muy rápido, que papá nunca lo encontraba aburrido de niño. No sería tan largo si pudiera hablar con mi gente de las rocas, pero no lo hago los domingos porque a ella no le gusta. Pienso mucho; pero me temo que son pensamientos mundanos. Abuela dice que uno no debe pensar nada que no sea religioso en domingo. Pero la maestra dijo una vez que todo pensamiento realmente bello era religioso, sin importar de qué se tratara ni en qué día se pensara. Sin embargo, estoy seguro de que mi abuela cree que los sermones y las lecciones de la Escuela Dominical son lo único que cuenta como pensamientos verdaderamente religiosos. Cuando hay diferencia de opinión entre abuela y la maestra, no sé qué hacer. En mi corazón . . . —Paul se llevó la mano al pecho, alzando sus serios ojos azules al rostro compasivo de la señorita Lavendar— estoy de acuerdo con la maestra. Pero abuela crió a mi padre a su manera y le salió muy bien; y la maestra aún no ha criado a nadie, aunque está ayudando con Davy y Dora. Pero no se sabrá el resultado hasta que crezcan. A veces creo que es más seguro seguir la opinión de mi abuela.

—Creo que sí —asintió Anne con solemnidad—. De todos modos, supongo que si tu abuela y yo explicáramos qué realmente queremos decir,

con nuestras distintas maneras de expresarlo, veríamos que en el fondo quedaríamos lo mismo. Te conviene guiarte por la forma en que ella lo expresa, que se basa en su experiencia. Habrá que esperar a ver cómo salen los gemelos antes de asegurar que mi forma sea igual de buena.

Tras el almuerzo fueron al jardín, donde Paul descubrió los ecos y se maravilló, mientras Anne y la señorita Lavendar se sentaban en el banco de piedra bajo el álamo y conversaban.

—¿De modo que te marchas en otoño? —dijo la señorita Lavendar con anhelo—. Debería alegrarme por ti, Anne . . . pero me siento espantosamente egoísta y apenada. Te echaré muchísimo de menos. A veces creo que no vale la pena hacer amigos. Se van de tu vida al cabo de un tiempo y te dejan un dolor peor que el vacío de antes.

—Eso suena a algo que diría la señorita Eliza Andrews, pero nunca la señorita Lavendar —replicó Anne—. Nada es peor que el vacío . . . y yo no saldré de tu vida. Existen las cartas, y las vacaciones. Querida, me temo que luces un poco pálida y cansada.

—¡Oh . . . ju . . . ju . . . ju! —venía la voz de Paul desde el dique, donde llevaba un buen rato produciendo ruidos con entusiasmo—. No todos eran melódicos, pero al regresar convertidos en oro y plata por los alquimistas mágicos del otro lado del río, resultaban sublimes. La señorita Lavendar movió con impaciencia sus lindas manos.

—Estoy cansada de todo . . . hasta de los ecos. No hay nada en mi vida aparte de ecos . . . ecos de esperanzas, sueños y alegrías perdidas. Son hermosos y a la vez burlones. Ay, Anne, qué mal de mi parte hablar así cuando tengo visitas. Es solo que me estoy haciendo vieja y no me siento bien. Estoy segura de que llegaré a ser terrible cuando cumpla sesenta. A lo mejor lo que necesito es un tratamiento de píldoras azules.

En ese instante apareció Charlotta la Cuarta, que se había escabullido tras el almuerzo, y anunció que en la esquina noreste del potrero del señor John Kimball había fresas tempranas, y preguntó si la señorita Shirley quería ir a recoger unas cuantas.

—¡Fresas tempranas para el té! —exclamó la señorita Lavendar—. Bueno, no estoy tan mayor como pensaba . . . y ni una píldora azul necesito. Muchachas, cuando vuelvan con sus fresas, tomaremos el té aquí bajo el

álamo plateado. Tengan por seguro que lo prepararé todo, con crema de la de casa.

Anne y Charlotta la Cuarta partieron camino del potrero del señor Kimball, un rincón apartado y verde, con un aire tan suave como el terciopelo, tan perfumado como un lecho de violetas y dorado como el ámbar.

—Oh, ¿no es delicioso y fresco aquí atrás? —susurró Anne—. Siento como si bebiera la luz del sol.

—Sí, señorita, yo igual. Exactamente así me siento también, señorita —respondió Charlotta la Cuarta, que habría dicho lo mismo si Anne hubiese comentado que se sentía como un pelícano en el desierto. Siempre que Anne visitaba la Casa del Eco, Charlotta la Cuarta subía luego a su cuartito sobre la cocina y probaba frente al espejo a hablar, mirar y moverse como Anne. Charlotta nunca podía halagarse creyendo que lo lograba; pero la práctica hace al maestro, le habían dicho en la escuela, y tenía la esperanza de que con el tiempo pillaría el truco de aquella leve inclinación de barbilla, de ese fogonazo estelar y rápido de los ojos, de esa forma de caminar como una rama bamboleada por el viento. Parecía tan fácil cuando contemplaba a Anne. Charlotta la Cuarta adoraba a Anne con toda el alma. No es que la considerase muy hermosa. La belleza de mejillas carmesí y rizos negros de Diana Barry le gustaba más que el halo lunar de los ojos grises de Anne y las rosas cambiantes de sus mejillas.

—Pero prefiero parecerme a usted antes que ser bonita —le confesó con sinceridad a Anne.

Anne rió, saboreó con gusto el elogio y dejó a un lado la espina. Ya estaba acostumbrada a halagos mixtos. La opinión pública no coincidía nunca sobre su aspecto. Quien hubiera oído llamarla “hermosa” la veía y se decepcionaba. Quien la hubiera oído llamar “simple” la miraba y se preguntaba dónde estaban los ojos de los demás. Anne misma nunca creería tener rasgos de belleza. Al mirarse al espejo veía solo un carita pálida con siete pecas en la nariz. El espejo no le mostraba la sutil, siempre cambiante expresión de emociones que asomaba en su rostro como una llama rosada, ni el encanto de ensueños y risas que se turnaba en sus grandes ojos.

Aunque Anne no era bella en el sentido estricto de la palabra, poseía un cierto encanto elusivo y una distinción en su apariencia que dejaban a los

espectadores con una grata sensación de plenitud ante esa suave adolescencia suya, tan cargada de posibilidades latentes. Quienes mejor la conocían sentían, sin darse plena cuenta, que su mayor atractivo era ese aura de lo que podría llegar a ser . . . su poder de desarrollo futuro. Parecía caminar en medio de una atmósfera donde estaban a punto de suceder cosas.

Mientras recogían fresas, Charlotta la Cuarta contó a Anne sus temores sobre la señorita Lavendar. La servicial y cariñosa doncella estaba francamente preocupada por el estado de su adorada ama.

—La señorita Lavendar no está bien, señorita Shirley. Se lo digo yo, aunque no se queja. Lleva un tiempo rara, señorita . . . desde aquel día que vino con usted y el señor Paul. Estoy segura de que aquella noche se enfrió, señorita. Después de que ustedes se marcharon, salió a pasear al jardín bien entrada la noche, con solo un chalito, y había un montón de nieve en los senderos, así que creo que se resfrió. Desde entonces la noto cansada y mustia. No se interesa en nada, señorita. Ya no finge que vendrá gente ni se arregla para recibirlos ni nada, señorita. Solo cuando viene usted se alegra un poco. Y lo peor, señorita . . . —Charlotta la Cuarta bajó la voz como si fuera a describir un síntoma terrible—, es que ya no se enoja cuando rompo algo. ¡Ay, señorita Shirley, ayer rompí el cuenco verde y amarillo que siempre estaba en la repisa! Se lo trajo su abuela desde Inglaterra y la señorita Lavendar lo apreciaba muchísimo. Lo estaba limpiando con sumo cuidado, señorita, y se me resbaló, así, antes de que pudiera agarrarlo, y se hizo añicos, en cuarenta millones de pedazos. Imagine qué susto y qué pena me dio. Pensé que la señorita Lavendar me reñiría muchísimo, señorita; y casi habría preferido eso a que lo tomara como lo hizo. Entró, apenas lo miró y dijo: “No importa, Charlotta, junta los pedazos y tíralos.” Así nada más, señorita Shirley . . . “junta los pedazos y tíralos,” como si no fuera el cuenco de su abuela de Inglaterra. Ay, no está bien y me aflije un montón. No tiene a nadie que la cuide salvo a mí.

Los ojos de Charlotta la Cuarta se nublaron de lágrimas. Anne dio unas palmaditas en la manita morena que sostenía la taza rosada agrietada con simpatía.

—Creo que la señorita Lavendar necesita cambiar de aires, Charlotta. Se pasa demasiado tiempo sola aquí. ¿No podemos convencerla de que salga de viaje una temporada?

Charlotta negó con la cabeza, hundida, mientras sus enormes lazos temblaban.

—No lo creo, señorita Shirley. A la señorita Lavendar no le gusta visitar a nadie. Solo tiene tres parientes a los que va a ver, y siempre dice que lo hace por obligación familiar. La última vez que regresó dijo que no volvería a viajar por obligación familiar. “He regresado enamorada de la soledad, Charlotta —me dijo—, y no deseo apartarme más de mi parra ni de mi higuera. Mis parientes se empeñan en convertirme en anciana y me hace mal.” Así me lo dijo, señorita Shirley. “Me hace mucho mal.” Así que dudo que sirva de algo convencerla de ir de visita.

—Tenemos que idear algo —decidió Anne, echando en su cuenco rosado la última fresa posible—. Apenas comience mis vacaciones, vendré y me quedaré con ustedes una semana entera. Haremos un picnic diario y fingiremos mil cosas maravillosas, y a ver si así animamos a la señorita Lavendar.

—¡Será lo mejor del mundo, señorita Shirley! —exclamó Charlotta la Cuarta, radiante. Se alegraba por la señorita Lavendar y por ella misma. Con una semana entera para observar cada movimiento de Anne, seguro lograría aprender a moverse y comportarse como ella.

Cuando regresaron a la Casa del Eco, encontraron que la señorita Lavendar y Paul habían sacado al jardín la pequeña mesa cuadrada desde la cocina y tenían todo listo para la hora del té. Nada había sabido tan exquisito como aquellas fresas con crema, saboreadas bajo un cielo grande y azul cuajado de nubecitas blancas y esponjosas, en la larga penumbra del bosque con sus murmullos y susurros. Tras el té, Anne ayudó a Charlotta a fregar los platos en la cocina, mientras la señorita Lavendar se sentaba en el banco de piedra con Paul para oír todo sobre sus “gentes de las rocas.” Esta dulce señorita Lavendar era muy buena oyente, pero al final, Paul notó que de pronto había perdido interés en los Gemelos Navegantes.

—Señorita Lavendar, ¿por qué me mira así? —preguntó con seriedad.

—¿Cómo te miro, Paul?

—Como si estuviera mirando a través de mí a otra persona de la que le recuerdo —dijo Paul, que a veces tenía unos destellos de intuición tan desconcertantes que no convenía guardar secretos delante de él.

—La verdad es que me recuerdas a alguien que conocí hace tiempo — admitió la señorita Lavendar con aire soñador.

—¿De cuando usted era joven?

—Sí, cuando era joven. ¿Te parezco muy mayor, Paul?

—¿Sabe? No estoy seguro —contestó Paul con toda franqueza—. Su pelo se ve de anciana . . . nunca he visto a una joven con el pelo blanco. Pero sus ojos son tan jóvenes como los de mi hermosa maestra cuando sonríe. ¿Sabe una cosa, señorita Lavendar? —Paul puso un tono tan solemne como un juez— Creo que sería usted una madre magnífica. Tiene la mirada justa que tenía mi madre pequeña. Es una pena que no tenga hijos propios.

—Tengo un hijito de ensueño, Paul.

—¿De veras? ¿Cuántos años tiene?

—Debe de andar por tu edad, supongo. Debería ser mayor, porque lo soñé mucho antes de que tú nacieras. Pero nunca lo dejaré pasar de once o doce; si lo hiciera, un día crecería del todo y lo perdería.

—Sí, claro —asintió Paul—. Esa es la ventaja de la gente de ensueño . . . se quedan con la edad que uno quiere. Usted, mi hermosa maestra y yo somos las únicas personas en el mundo, que yo sepa, que tenemos “gente de ensueño.” ¿No es divertido y bonito que nos hayamos encontrado? Pero supongo que ese tipo de gente siempre se reconoce entre sí. Abuela no tiene gente de ensueño y Mary Joe cree que ando mal de la cabeza porque sí las tengo. Pero a mí me parece algo fantástico tenerlas. Usted me entiende, señorita Lavendar. Cuénteme más de ese hijito de ensueño.

—Tiene ojos azules y pelo rizado. Viene sigilosamente a despertarme con un beso cada mañana. Luego pasa el día jugando aquí en el jardín . . . y yo juego con él. ¡Qué juegos tan divertidos hacemos! Corremos carreras y hablamos con los ecos; y le cuento historias. Y al llegar el crepúsculo . . .

—Ya sé —lo interrumpió Paul entusiasmado—. Se sienta a su lado . . . así . . . porque a los doce ya sería grande para sentarse en sus rodillas . . . y apoya la cabeza en su hombro . . . así . . . y usted lo rodea con los brazos y lo estrecha fuerte, fuerte, recostando la mejilla en su cabeza . . . sí, exactamente así. ¡Oh, usted sí que sabe, señorita Lavendar!

Anne los encontró así cuando salió de la casa de piedra y algo en el rostro de la señorita Lavendar le impidió romper la escena.

—Mucho me temo, Paul, que debemos irnos si pretendemos llegar antes de anochecer. Señorita Lavendar, pienso invitarme sola a la Casa del Eco por una semana entera, y muy pronto.

—Si vienes una semana, te retendré dos —amenazó con cariño la señorita Lavendar.

XXVIII - EL PRÍNCIPE REGRESA AL PALACIO ENCANTADO

El último día de clases llegó y pasó. Se realizó un triunfante “examen semestral”, y los alumnos de Anne se lucieron de maravilla. Al final le dedicaron un discurso y le regalaron un escritorio. Todas las chicas y señoras presentes lloraron, y a algunos de los chicos se les achacó más tarde que también lloraron, aunque ellos siempre lo negaron.

La señora Harmon Andrews, la señora Peter Sloane y la señora William Bell volvieron juntas a casa y comentaron lo sucedido.

—De verdad creo que es una lástima que Anne se vaya cuando los niños parecen quererla tanto —suspiró la señora Peter Sloane, quien solía suspirar por todo y hasta terminaba sus bromas así—. Claro que —añadió de prisa— todas sabemos que el año que viene también tendremos a una buena maestra.

—Jane cumplirá con su deber, sin duda —dijo la señora Andrews con cierta rigidez—. Supongo que no contará tantos cuentos de hadas ni pasará tanto tiempo vagando por el bosque con ellos. Pero está en la Lista de Honor del inspector y la gente de Newbridge está desesperada porque se va.

—Me alegra mucho que Anne vaya a la universidad —opinó la señora Bell—. Siempre lo ha deseado y será algo estupendo para ella.

—Bueno, no lo sé —la señora Andrews estaba dispuesta a no estar del todo de acuerdo con nadie ese día—. No veo que Anne necesite más estu-

dios. Probablemente se case con Gilbert Blythe, si la pasión de él por ella dura hasta terminar la universidad, y ¿qué bien le servirán el latín y el griego entonces? Si enseñaran en la universidad cómo manejar a un hombre, entonces sí tendría sentido que fuera.

Según chismes de Avonlea, se decía que la señora Harmon Andrews jamás había aprendido cómo “manejar” a su “hombre” y que, como consecuencia, el hogar de los Andrews no era precisamente un modelo de felicidad conyugal.

— Veo que el llamado de Charlottetown al señor Allan está ya ante el Presbiterio — comentó la señora Bell—. Eso quiere decir que pronto lo perderemos, imagino.

— No se marcharán antes de septiembre — dijo la señora Sloane—. Será una gran pérdida para la comunidad . . . aunque siempre pensé que la señora Allan se vestía un poco demasiado alegre para ser la esposa de un ministro. Pero ninguna somos perfectas. ¿Notaron lo arregladito y pulcro que estaba hoy el señor Harrison? Nunca vi a un hombre tan cambiado. Va a la iglesia todos los domingos y se ha suscrito para aportar al salario.

— ¿No ha crecido ese Paul Irving una enormidad? — dijo la señora Andrews—. Era tan chiquillo para su edad cuando llegó. Juro que casi no lo reconocí hoy. Está empezando a parecerse mucho a su padre.

— Es un niño listo — apuntó la señora Bell.

— Listo, sí, pero . . . — la señora Andrews bajó la voz— creo que cuenta historias raras. Gracie volvió de la escuela la semana pasada con una historia increíble que él le contó sobre unas personas que vivían en la costa . . . historias sin una pizca de verdad, ya saben. Le dije a Gracie que no le creyera, y ella dijo que Paul no pretendía que lo hiciera. Pero si no, ¿por qué se las contaba?

— Anne dice que Paul es un genio — comentó la señora Sloane.

— Quizá lo sea. Con esa gente americana nunca se sabe — dijo la señora Andrews. La única idea que la señora Andrews tenía de la palabra “genio” provenía del uso coloquial de llamar a cualquier individuo extravagante “un genio raro.” Probablemente pensara, como Mary Joe, que significaba alguien con un tornillo suelto.

Mientras tanto, en el aula, Anne estaba sentada sola en su pupitre, tal como se había sentado el primer día de clase dos años atrás, con la cara apoyada en la mano y los ojos húmedos mirando con añoranza por la ventana hacia el Lago de Aguas Refulgentes. Su corazón se sentía retorcido por la despedida de sus alumnos, tanto que por un momento el atractivo de la universidad se desvaneció. Todavía sentía el apretón de los brazos de Annetta Bell alrededor de su cuello y oía el llanto infantil: “Nunca querré a ninguna maestra tanto como a usted, señorita Shirley, nunca, nunca.”

Durante dos años había trabajado con ahínco y fidelidad, cometiendo muchos errores y aprendiendo de ellos. Había recibido su recompensa. Les había enseñado algo a sus alumnos, pero sentía que ellos le habían enseñado mucho más a ella: lecciones de ternura, autocontrol, la sabiduría inocente y la comprensión de los corazones infantiles. Tal vez no había logrado “inspirar” grandes ambiciones en sus alumnos, pero sí inculcarles, más con su dulce personalidad que con preceptos, que era bueno y necesario, en los años venideros, vivir con nobleza y bondad, apegados a la verdad, la cortesía y la amabilidad, manteniéndose al margen de todo lo que oliera a falsedad, mezquindad o vulgaridad. Ellos quizá no fueran conscientes de haber aprendido tales lecciones, pero las recordarían y pondrían en práctica mucho después de haber olvidado la capital de Afganistán o las fechas de las Guerras de las Rosas.

—Otro capítulo de mi vida se cierra —dijo Anne en voz alta, mientras cerraba con llave su pupitre. Se sentía muy apenada por ello; pero la idea romántica de aquel “capítulo cerrado” le ofrecía un suave consuelo.

Anne pasó la primera quincena de sus vacaciones en la Casa del Eco, y todos los interesados lo pasaron muy bien.

Llevó a la señorita Lavendar de compras a la ciudad y la persuadió de comprarse un vestido nuevo de organdí. Después vino la emoción de cortarlo y coserlo juntas, mientras la feliz Charlotta la Cuarta hilvanaba y barría retazos. La señorita Lavendar se había quejado de no poder entusiasmarse con nada, pero el brillo regresó a sus ojos cuando contempló su hermoso vestido.

—Qué persona tan tonta y frívola debo de ser —suspiró—. Me da vergüenza que un vestido nuevo . . . aunque sea un organdí color nomeolvides .

. . me emocione tanto, mientras que una conciencia limpia o una donación extra para las Misiones Extranjeras no lo consiguen.

A mitad de su estancia, Anne regresó un día a Tejas Verdes para remendar las medias de los gemelos y despachar la acumulada lista de preguntas de Davy. Al atardecer bajó por el camino de la orilla para ver a Paul Irving. Al pasar junto a la ancha ventana cuadrada de la sala de los Irving, vio a Paul en el regazo de alguien, pero el siguiente instante él salió disparado por el pasillo.

— ¡Señorita Shirley! — gritó emocionado—. No puede imaginar qué ha pasado. ¡Algo magnífico! ¡Mi padre ha venido . . . piense en eso! ¡Mi padre está aquí! Entre ahora mismo. Padre, esta es mi hermosa maestra. Ya la conoces, padre.

Stephen Irving se adelantó a saludar a Anne con una sonrisa. Era un hombre alto, apuesto, de mediana edad, con el cabello gris hierro, profundos ojos azul oscuro y un rostro fuerte y algo triste, de líneas magníficas en la frente y la barbilla. Justo la cara de un héroe romántico, pensó Anne con una punzada de intensa satisfacción. Sería un chasco encontrar alguien que debiera ser un héroe pero resultara calvo o encorvado o falto de la apostura varonil. A Anne le habría parecido terrible que el objeto del romance de la señorita Lavendar no tuviera pinta de héroe.

— Así que esta es la “hermosa maestra” de mi pequeño, de la que tanto he oído — dijo el señor Irving con un fuerte apretón de manos—. Las cartas de Paul han hablado tanto de usted, señorita Shirley, que siento que la conozco bastante bien. Quiero agradecerle lo que ha hecho por Paul. Creo que su influencia ha sido justo lo que él necesitaba. Madre es una de las mujeres mejores y más queridas; pero su robusto y realista sentido común escocés a veces no entiende bien un temperamento como el de mi muchacho. Lo que le faltaba a ella se lo ha dado usted. Entre ambas, creo que la educación de Paul en estos dos últimos años ha sido, para un niño sin madre, lo más ideal que podía tener.

A todos les agrada que los valoren. Ante los elogios del señor Irving, el rostro de Anne se tiñó de un “rosado florido”, y ese hombre de mundo tan ocupado, al contemplarla, pensó que jamás había visto una jovencita más dulce y encantadora que esa maestra de “la costa este” con su cabello rojo y sus ojos maravillosos.

Paul se sentó entre ellos, inmensamente feliz.

—Jamás soñé que mi padre vendría —dijo radiante—. Ni la abuela lo sabía. Fue una gran sorpresa. Por lo general . . . —Paul sacudió con gravedad sus rizos castaños— no me gustan las sorpresas. Pierdes toda la ilusión de esperar las cosas cuando te sorprenden. Pero en un caso como este sí que es maravilloso. Padre vino anoche, ya me había dormido. Después de que la abuela y Mary Joe dejaron de asombrarse, él y ella subieron a verme, sin intención de despertarme hasta la mañana. Pero yo me desperté y lo vi. ¡No se imaginan cómo salté hacia él!

—Con un abrazo de oso —dijo el señor Irving, rodeando cariñosamente con un brazo los hombros de Paul—. Casi no reconocí a mi chico, había crecido tanto, y bronceado y fuerte.

—No sé a quién alegró más verlo, a la abuela o a mí —prosiguió Paul—. La abuela lleva todo el día en la cocina preparando las cosas favoritas de padre. Dice que no confía en Mary Joe para eso. Esa es su forma de mostrar alegría. A mí me gusta más sentarme a charlar con padre. Pero ahora voy a dejarlos un rato con su permiso. Tengo que traer las vacas para Mary Joe. Es uno de mis deberes diarios.

Cuando Paul salió corriendo a cumplir su “deber diario”, el señor Irving habló con Anne de varios temas. Pero ella notó que pensaba en otra cosa debajo de todo, y al cabo emergió.

—En la última carta, Paul mencionó que iría con usted a ver a una antigua . . . amiga mía . . . la señorita Lewis, que vive en la casa de piedra de Grafton. ¿La conoce bien?

—Sí, desde luego. Es una muy querida amiga mía —respondió Anne con cautela, sin mostrar el repentino hormigueo que le estremecía de pies a cabeza. Anne “sintió instintivamente” que la aventura romántica estaba cerca.

El señor Irving se levantó y fue a la ventana, mirando la vasta extensión dorada y ondulante, donde un viento salvaje entonaba su arpa. Reinó el silencio unos instantes en la pequeña sala de muros oscuros. Luego se volvió y contempló el rostro comprensivo de Anne con una sonrisa mitad burlona, mitad tierna.

—Me pregunto cuánto sabes —dijo.

—Lo sé todo —contestó Anne sin más—. Verá . . . —explicó deprisa— la señorita Lavendar y yo somos muy íntimas. No se lo contaría a cualquiera, cosas tan sagradas. Somos espíritus afines.

—Sí, creo que lo son. Bien, quiero pedirte un favor. Me gustaría ir a ver a la señorita Lavendar si ella me lo permite. ¿Le dirás que deseo ir?

¿Que si se lo diría? ¡Oh, desde luego que sí! Aquello era romance, lo verdadero, con todo el encanto de la rima, la historia y el ensueño. Estaba un poco retrasado, quizá, como una rosa de octubre que debió florecer en junio; pero seguía siendo una rosa, con toda su dulzura y fragancia y un centelleo de oro en su corazón. Nunca los pies de Anne le llevaron en una misión más dispuesta que aquel paseo a través del hayedo hasta Grafton la mañana siguiente. Encontró a la señorita Lavendar en el jardín. Anne estaba terriblemente nerviosa. Le temblaban las manos y la voz.

—Señorita Lavendar, tengo algo que contarle . . . algo muy importante. ¿Adivina qué es?

Anne no pensaba que la señorita Lavendar pudiera adivinar, pero el rostro de esta palideció y su voz sonó tranquila y contenida, desprovista de su habitual color y chispa.

—¿Stephen Irving ha vuelto?

—¿Cómo lo supo? ¿Quién se lo dijo? —exclamó Anne decepcionada, molesta de que su gran revelación hubiera sido descubierta.

—Nadie. Supe que debía de ser eso por la manera en que lo dijiste.

—Quiere venir a verte —dijo Anne—. ¿Puedo decirle que sí?

—Sí, claro —murmuró la señorita Lavendar—. No hay razón para que no. Solo viene como cualquier viejo amigo.

Anne tenía su propia opinión al respecto, pero se apresuró a entrar en la casa a escribir un recado en el escritorio de la señorita Lavendar.

—Vaya, qué lindo es vivir en un libro de cuentos —pensó con alegría—. Todo saldrá bien, por supuesto . . . tiene que salir bien . . . y Paul tendrá la madre que sueña y todos serán felices. Pero el señor Irving se llevará a la señorita Lavendar . . . y quién sabe qué será de la casita de piedra . . . así que hay dos caras, como parece ocurrir con todo en este mundo.

La nota crucial quedó escrita y Anne misma la llevó a la oficina de correos de Grafton, donde interceptó al cartero y le pidió que la dejara en la oficina de Avonlea.

—Es muy, muy importante —le aseguró ansiosa. El cartero era un anciano un tanto hosco, nada parecido a un mensajero de Cupido, y Anne no estaba del todo segura de que pudiera fiarse de su memoria. Pero él prometió hacer lo mejor posible y ella tuvo que conformarse.

Charlotta la Cuarta notó una atmósfera misteriosa en la Casa de Piedra aquella tarde . . . un secreto del que la excluían. La señorita Lavendar deambulaba por el jardín como distraída. Anne tampoco parecía en paz, caminaba de un lado a otro, subía y bajaba. Charlotta la Cuarta aguantó hasta que la paciencia dejó de ser virtud; entonces encaró a Anne en cuanto esta, con aire romántico, cruzó la cocina en su tercer paseo sin sentido.

—Por favor, señorita Shirley —dijo Charlotta la Cuarta, indignada y moviendo con ímpetu sus llamativos lazos azules—, es evidente que usted y la señorita Lavendar tienen un secreto y, con el perdón si soy muy atrevida, señorita Shirley, creo que es muy feo no decírmelo después de haber sido tan compinches.

—Oh, Charlotta querida, te lo habría contado todo si fuera mi secreto . . . pero es de la señorita Lavendar, ¿sabes? Sin embargo, te diré esto . . . y si no sale nada de todo esto, no podrás decírselo a nadie, ¿eh? Verás, el Príncipe Encantador vendrá esta noche. Llegó hace mucho tiempo, pero en un instante de necesidad se marchó lejos y olvidó el secreto del camino mágico que lleva al castillo encantado, donde la princesa lloraba con el corazón hecho trizas por él. Pero al fin lo recordó, y la princesa sigue esperándolo . . . porque solo su príncipe puede llevársela.

—Ay, señorita Shirley, ¿qué significa eso en prosa? —jadeó la perpleja Charlotta.

Anne rió.

—En prosa, significa que un viejo amigo de la señorita Lavendar vendrá a verla esta noche.

—¿Quiere decir un viejo pretendiente? —preguntó la literal Charlotta.

—Eso es lo más probable . . . en prosa —respondió Anne con seriedad—. Es el padre de Paul . . . Stephen Irving. Y, sea lo que sea que suceda, cruce-
mos los dedos para que sea algo bueno, Charlotta.

—Ojalá se case con la señorita Lavendar —fue la respuesta inequívoca de Charlotta—. Algunas mujeres nacen para ser solteras, y me temo que yo soy de esas, señorita Shirley, porque tengo muy poca paciencia con los hombres. Pero la señorita Lavendar no es así. Y estaba muy preocupada pensando qué iba a hacer cuando yo creciera y tuviera que irme a Boston. No hay más chicas en mi familia, y vaya a saber qué haría si tomara a alguna extraña que se riera de sus fantasías, dejara todo tirado por ahí y se negara a llamarse Charlotta la Quinta. Tal vez encontrara a alguien con menos mala suerte en romper platos, pero seguro que no encontraría a nadie que la quisiera más.

Y la fiel sirvienta corrió a la puerta del horno con un resoplido.

Cumplieron el mero trámite de cenar aquella noche en la Casa del Eco, pero nadie comió de verdad. Después de cenar, la señorita Lavendar subió a su cuarto y se puso su nuevo organdí nomeolvides, mientras Anne le arreglaba el cabello. Ambas estaban muy excitadas, pero la señorita Lavendar fingía estar tranquila e indiferente.

—Mañana mismo tendré que remendar ese desgarrón de la cortina —dijo, revisándola como si fuera la cosa más importante del momento—. Esas cortinas no han durado lo que deberían, considerando lo que me costaron. Vaya, Charlotta olvidó quitar el polvo al pasamanos otra vez. De verdad tendré que decirle algo.

Anne estaba sentada en los escalones del porche cuando Stephen Irving llegó por el sendero y cruzó el jardín.

—Este es el único lugar donde el tiempo se detiene —dijo él, mirando a su alrededor con ojos llenos de deleite—. Nada ha cambiado aquí desde que estuve hace veinticinco años. Me siento joven otra vez.

—Sabe, en un palacio encantado siempre se detiene el tiempo —replicó Anne con seriedad—. Solo empieza a pasar cuando llega el príncipe.

El señor Irving sonrió con una pizca de tristeza mientras miraba a la joven con su juvenil fulgor y promesa.

—A veces el príncipe llega demasiado tarde —dijo. No le pidió a Anne que aclarase su comentario en prosa. Como alma afín que era, “entendió.”

—Oh, no, si es el verdadero príncipe que viene a su princesa verdadera —respondió Anne, agitando con determinación su cabecita pelirroja mientras le abría la puerta de la sala. Cuando él entró, ella la cerró con firmeza y se encontró con Charlotta la Cuarta, que estaba en el vestíbulo toda sonrisas y cabeceos.

—Ay, señorita Shirley —dijo entre susurros—, es guapísimo . . . y justo de la edad perfecta para la señorita Lavendar. Dígame, ¿sería muy malo escuchar detrás de la puerta?

—Sería espantoso, Charlotta —le respondió Anne con firmeza—. Así que ven, nos alejaremos del alcance de la tentación.

—No puedo hacer nada, y es horrible aguardar ahí sin más —suspiró Charlotta—. ¿Y si al final no le propone nada, señorita Shirley? Con los hombres nunca se sabe. A mi hermana mayor, Charlotta la Primera, le pasó que creía estar comprometida, pero luego él tenía otra idea, y ella dice que nunca más confiará en ellos. Y supe de otro caso donde un hombre creía que quería mucho a una chica, cuando en realidad quería a su hermana. Cuando un hombre ni sabe lo que quiere, ¿cómo va a estar una mujer segura?

—Iremos a la cocina a limpiar las cucharas de plata —propuso Anne—. Es una tarea que no requiere pensar mucho, afortunadamente . . . porque esta noche no puedo pensar. Y así matamos el tiempo.

Mataron una hora. Entonces, justo cuando Anne colocaba la última cuchara reluciente, oyeron la puerta principal cerrarse. Se miraron con temor.

—Ay, señorita Shirley —jadeó Charlotta—, si se va tan pronto es que no ha pasado nada de nada y nunca pasará.

Corrieron a la ventana. El señor Irving no pensaba marcharse. Él y la señorita Lavendar paseaban con lentitud por el sendero central hasta el banco de piedra.

—Ay, señorita Shirley —susurró Charlotta la Cuarta, feliz—, ¡tiene el brazo alrededor de su cintura! Eso quiere decir que le ha pedido matrimonio o ella nunca lo permitiría.

Anne rodeó la cintura regordeta de Charlotta y la hizo bailar por la cocina hasta quedarse sin aliento.

—Ay, Charlotta —exclamó contenta—, no soy profetisa ni hija de profetisa, pero haré una predicción: habrá una boda en esta vieja Casa de Piedra antes de que las hojas del arce se tornen rojas. ¿Necesitas esa frase traducida en prosa?

—No, eso sí lo entiendo —respondió Charlotta—. Las bodas no son poesía. Oiga, señorita Shirley, ¿está llorando! ¿Por qué?

—Porque es todo tan bonito . . . tan de cuento . . . tan romántico . . . y triste —dijo Anne, parpadeando para contener las lágrimas—. Es delicioso . . . pero a la vez siento algo de pena mezclada.

—Bueno, casarse tiene su riesgo —admitió Charlotta la Cuarta—, pero, después de todo, señorita Shirley, hay cosas peores que un marido.

XXIX - POESÍA Y PROSA

Durante el mes siguiente, Anne vivió lo que, para Avonlea, podía considerarse un torbellino de emoción. Los preparativos de su propio y sencillo ajuar para Redmond eran de importancia secundaria. La señorita Lavendar se preparaba para casarse y la casa de piedra era escenario de incesantes consultas, planes y discusiones, con Charlotta la Cuarta rondando por los alrededores en un agitado deleite y asombro. Luego llegó la modista, y se vivió el arrobamiento y la pesadumbre de elegir modelos y someterse a pruebas. Anne y Diana pasaban la mitad del tiempo en la Casa del Eco, y había noches en que Anne no podía dormir pensando si había hecho bien en aconsejarle a la señorita Lavendar que escogiera marrón en lugar de azul marino para su vestido de viaje, o que se hiciera el vestido de seda gris de corte princesa.

Todos los implicados en la historia de la señorita Lavendar se sentían muy felices. Paul Irving corrió a Green Gables para contarle a Anne la noticia en cuanto su padre se lo dijo.

—Sabía que podía confiar en mi padre para que me buscara una segunda mamá bien linda —dijo orgulloso—. Es magnífico tener un padre en el que se pueda contar, maestra. Me encanta la señorita Lavendar. A la abuela también le agrada. Dice que se alegra de que mi padre no eligiera a una norteamericana como segunda esposa, porque, aunque la primera vez salió bien, algo así no ocurriría dos veces seguidas. La señora Lynde dice que aprueba la unión y cree que probablemente la señorita Lavendar dejará sus ideas raras y será como los demás ahora que se casa. Pero espero que no las aban-

done, maestra, porque a mí me gustan. Y no quiero que sea como los demás. ¡Ya hay demasiada gente que se comporta igual! ¿No cree, maestra?

Charlotta la Cuarta era otra persona radiante.

—Ay, señorita Shirley, todo ha salido tan bonito. Cuando el señor Irving y la señorita Lavendar vuelvan de su viaje, voy a irme a vivir con ellos a Boston... ¡y solo tengo quince años! Las otras chicas de mi familia no fueron hasta que cumplieron dieciséis. ¿No es espléndido el señor Irving? Está que adora el suelo que ella pisa, y a veces me siento de lo más rara cuando veo cómo la mira. Es imposible describirlo, señorita Shirley. Estoy tan feliz de que se quieran tanto. Es la mejor manera de arreglarlo, después de todo, aunque algunos se las arreglen sin amor. Tengo una tía que se casó tres veces y dice que la primera vez se casó por amor y las siguientes dos veces por puro interés, y fue feliz con los tres, menos en las épocas de los funerales. Pero creo que arriesgó mucho, señorita Shirley.

—Ay, qué romántico es todo —le confió Anne a Marilla esa noche—. Si aquel día no hubiera tomado el camino equivocado para ir a casa del señor Kimball, jamás habría conocido a la señorita Lavendar; y si no la hubiera conocido, nunca habría llevado a Paul allá... y él no habría escrito a su padre sobre la visita a la señorita Lavendar justo cuando el señor Irving se disponía a ir a San Francisco. El señor Irving dice que en cuanto leyó esa carta decidió mandar a su socio a San Francisco e ir él a Avonlea. No había sabido nada de la señorita Lavendar en quince años. Alguien le dijo entonces que ella se había casado, y él lo creyó y no preguntó nunca más por ella. ¡Y ahora todo ha salido bien! Y tuve mi parte de responsabilidad en ello. Quizás, como dice la señora Lynde, todo esté predestinado y tenía que suceder de todas maneras. Pero, aun así, es hermoso pensar que uno ha sido instrumento de la predestinación. Sí, en verdad es tan romántico.

—No veo qué tiene de tan tremendo y romántico —dijo Marilla un poco tajante. Marilla creía que Anne se entusiasmaba demasiado, teniendo más que suficiente con prepararse para la universidad sin andar “deambulando” dos de cada tres días para ayudar a la señorita Lavendar—. Primero, dos jóvenes tontos se pelean y se ponen tercos; luego, Steve Irving se va a Estados Unidos y, después de un tiempo, se casa allá y, por lo que se cuenta, es totalmente feliz. Luego muere su esposa y, tras un periodo razonable, piensa en volver a ver si su primer amor quiere aceptarlo. Mientras tanto, ella ha

vivido soltera, quizá porque no encontró a nadie que la convenciera, y se reencuentran y deciden casarse después de todo. ¿Dónde está la poesía en eso?

—Bueno, así no parece muy romántico si lo describes así —admitió Anne, como si alguien le hubiera echado agua fría—. Supongo que así se ve en prosa. Pero es muy distinto si se mira desde la poesía... y, en mi opinión —Anne recobró un destello en los ojos y un rubor en las mejillas—, es más bonito verlo desde la poesía.

Marilla miró el rostro radiante de la joven y se contuvo de lanzar nuevos comentarios irónicos. Quizá comprendió un poco que, después de todo, era mejor poseer, como Anne, “la visión y la facultad divina”, ese don que el mundo no puede dar ni quitar: la capacidad de contemplar la vida a través de un prisma transformador—¿o revelador?—, por el cual todo parecía vestido de luz celestial, con un fulgor y una frescura que no veían quienes, como ella y Charlotta la Cuarta, solo miraban las cosas desde la prosa.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó tras una pausa.

—El último miércoles de agosto. Se casarán en el jardín, bajo el emparra-do de madreSelva... el mismo sitio donde el señor Irving le propuso matrimonio veinticinco años atrás. Marilla, hasta en prosa es romántico. Solo estarán la señora Irving, Paul, Gilbert, Diana, yo y los primos de la señorita Lavendar. Luego tomarán el tren de las seis para ir a la costa del Pacífico. Cuando regresen en otoño, Paul y Charlotta la Cuarta irán con ellos a Boston. Pero la Casa del Eco quedará como está... venderán las gallinas y la vaca, y taparán las ventanas... y cada verano volverán a vivir en ella. ¡Estoy tan contenta! De lo contrario, me apenaría mucho, allá en Redmond el próximo invierno, imaginar esa querida casa de piedra toda desmantelada y desierta, con habitaciones vacías... o peor aún, con otra gente viviendo allí. Ahora puedo pensar en ella tal como siempre la he visto, feliz, aguardando el verano para que vuelvan la vida y la risa.

Había más romance en el mundo que el que tocara a los novios maduros de la casa de piedra. Anne lo descubrió sin querer una tarde que fue a Orchard Slope por el atajo del bosque y salió al jardín de los Barry. Diana Barry y Fred Wright estaban juntos, bajo el gran sauce. Diana se apoyaba en el tronco gris, las pestañas bajas sobre sus encendidas mejillas. Fred le sujetaba una mano y la miraba con voz baja y fervorosa. No existía nadie más en

el mundo que ellos dos en aquel instante mágico; así que ninguno vio a Anne, quien, tras un pasmo de comprensión, dio media vuelta y se marchó en silencio por el bosque de abetos, sin detenerse hasta llegar a su habitación en la buhardilla, donde se dejó caer sin aliento junto a la ventana e intentó recoger sus ideas dispersas.

—Diana y Fred se quieren —murmuró—. Ay, ¡parece tan... tan... irremediabilmente adulto!

Anne ya sospechaba que Diana no era fiel al héroe byroniano y melancólico de sus primeros sueños. Pero “las cosas vistas son más poderosas que las oídas” o sospechadas, y constatarlo fue un choque casi total. Siguió un leve sentimiento de soledad, como si, de algún modo, Diana hubiera entrado a un mundo nuevo y cerrara la puerta, dejando a Anne afuera.

—Todo está cambiando tan rápido que casi me asusta —pensó Anne con un poco de tristeza—. Temo que no pueda evitarse cierta diferencia entre Diana y yo. Ya no podré contarle todos mis secretos... tal vez se los diga a Fred. ¿Y qué le verá a Fred? Es muy simpático y alegre... pero solo es Fred Wright.

Siempre resulta enigmático entender qué le ve alguien a otra persona. Y, sin embargo, qué afortunado es que así sea, porque si todos vieran igual... bueno, entonces, como dijo aquel viejo indio, “todos querrían a mi squaw.” Evidentemente, Diana sí veía algo en Fred Wright, por mucho que los ojos de Anne no lo percibieran. Diana fue a Green Gables la siguiente noche, convertida en una damita tímida y pensativa, y le contó todo a Anne en la penumbra de la buhardilla este. Ambas lloraron, se besaron y rieron.

—Estoy tan feliz —decía Diana—, pero me parece ridículo pensar que estoy comprometida.

—¿Cómo es estar comprometida, en realidad? —preguntó Anne con curiosidad.

—Bueno, depende de con quién estés comprometida —respondió Diana con ese aire fastidioso de superioridad que adoptan los comprometidos ante los que no lo están—. Es una maravilla si es con Fred... pero creo que sería espantoso estarlo con otro.

—No hay mucho consuelo para los demás, siendo solo un Fred —rio Anne.

— Ay, Anne, no me entiendes —protestó Diana, contrariada—. No quería decir eso... es muy difícil explicarlo. Pero no importa, ya lo entenderás algún día, cuando te toque a ti.

— Bendita seas, Diana querida, ya lo entiendo. ¿De qué serviría la imaginación si no es para mirar la vida con los ojos de otros?

— Tienes que ser mi dama de honor, ¿sí, Anne? Prométemelo... vivas donde vivas cuando yo me case.

— Vendré desde el fin del mundo si hace falta —prometió Anne con solemnidad.

— Claro que faltan años... —Diana se sonrojó—. Al menos tres, porque solo tengo dieciocho y mamá dice que ninguna hija suya se casará antes de los veintiuno. Además, el padre de Fred comprará la granja de Abraham Fletcher para él y dice que quiere que esté pagada en dos tercios antes de cederle el título. Pero tres años no son demasiado para prepararse para llevar una casa, y todavía no he hecho ni una pizca de labores de fantasía. Mañana mismo empezaré a tejer tapetes de ganchillo. Myra Gillis tenía treinta y siete cuando se casó, y estoy decidida a tener tantos como ella.

— Supongo que sería imposible llevar una casa con solo treinta y seis tapetes —concedió Anne con semblante serio y ojos risueños.

Diana se sintió dolida.

— No pensé que te burlarías de mí, Anne —dijo con reproche.

— Vida mía, no me burlaba —se apresuró a disculparse Anne—. Solo bromeaba un poco. Creo que serás la más dulce ama de casa del mundo. Y me parece magnífico que ya hagas planes para tu hogar de ensueño.

Apenas pronunció “hogar de ensueño”, la frase cautivó la imaginación de Anne y de inmediato empezó a construir uno propio. Claro, tenía un amo ideal, moreno, orgulloso y melancólico; pero, curiosamente, Gilbert Blythe se empeñaba en rondar también, ayudándole a colocar cuadros, trazar jardines y diversas tareas que, evidentemente, a un héroe orgulloso y melancólico le parecían indignas de su rango. Anne intentó desterrar la imagen de Gilbert de su castillo en el aire, pero seguía allí, y como estaba apurada, desistió y continuó su arquitectura aérea con tanto éxito que su “hogar de ensueño” quedó armado y decorado antes de que Diana volviera a hablar.

—Supongo, Anne, que pensarás que es extraño que me guste tanto Fred siendo tan distinto al tipo de hombre que siempre dije que me casaría... alto y delgado. Pero de algún modo, no querría que Fred fuera alto y delgado... porque entonces no sería Fred. Claro que —añadió Diana con un suspiro—, seremos una pareja regordeta, qué remedio. Pero es mejor que uno bajito y gordo y el otro alto y flaco, como Morgan Sloane y su esposa. La señora Lynde dice que, cuando los ve juntos, siempre piensa en “lo largo y lo corto”.

—Bueno —se dijo Anne esa noche mientras se cepillaba el pelo ante el espejo con marco dorado—, me alegro tanto de que Diana esté contenta y satisfecha. Pero, cuando me toque a mí... si me toca... espero que sea algo un poco más emocionante. Sin embargo, Diana pensaba igual antes. La oí afirmar mil veces que jamás se comprometería de una forma tan simple y vulgar... que él tendría que hacer algo magnífico para ganarla. Pero ha cambiado. Quizá yo también cambie. No, no lo haré... estoy decidida a no cambiar. Ay, creo que estos compromisos son cosas terriblemente perturbadoras cuando les pasan a tus amigas íntimas.

XXX - UNA BODA EN LA CASA DE PIEDRA

Llegó la última semana de agosto. En ella habría de casarse la señorita Lavendar. Dos semanas después, Anne y Gilbert partirían hacia Redmond College. En el transcurso de siete días, la señora Rachel Lynde se trasladaría a Green Gables y se instalaría con sus lares y penates en el que antaño fuera el cuarto de invitados, ya preparado para su llegada. Había vendido en subasta todos sus muebles y enseres que le sobraban y se sentía ahora muy contenta colaborando en los preparativos de la mudanza de los Allan. El señor Allan predicaría su último sermón el siguiente domingo. El viejo orden cambiaba velozmente para dar paso al nuevo, como Anne sentía con un leve tinte de tristeza que se mezclaba a la emoción y la alegría.

—Los cambios no son del todo agradables, pero resultan excelentes — dijo el señor Harrison con filosofía—. Dos años son más que suficientes para que todo siga exactamente igual. Si durara más, acabaría cubierto de musgo.

El señor Harrison fumaba en su galería. Su esposa se había sacrificado al decirle que podía fumar dentro, con tal de sentarse junto a una ventana abierta. Como agradecimiento, él salía a fumar si hacía buen tiempo, de modo que reinaba la buena voluntad mutua.

Anne había ido a pedirle a la señora Harrison algunas dalias amarillas. Ella y Diana pasarían la velada en la Casa del Eco para ayudar a la señorita Lavendar y a Charlotta la Cuarta con los preparativos finales para la boda

del día siguiente. La propia señorita Lavendar nunca cultivaba dalias; no le gustaban y no habrían encajado en el delicado retiro de su jardín a la anti-gua. Pero las flores escaseaban ese verano en Avonlea y vecindarios cerca-nos, a causa de la tormenta del tío Abe; y Anne y Diana pensaron que un cierto jarrón de loza color crema, consagrado habitualmente a las rosquillas, lleno de dalias amarillas, sería perfecto para colocar en un rincón sombrío de la escalera de la Casa de Piedra, contra el fondo oscuro del papel rojo del vestíbulo.

—Supongo que te irás pronto, dentro de un par de semanas, a la universi-dad —continuó el señor Harrison—. Bueno, te echaremos mucho de menos, Emily y yo. Eso sí, la señora Lynde vendrá a ocupar tu lugar. Nadie más que un sustituto se encuentra para otra persona.

La ironía del tono del señor Harrison resultaba imposible de plasmar en el papel. Pese a la amistad de su mujer con la señora Lynde, lo mejor que podía decirse de la relación entre ella y el señor Harrison, aun en el nuevo arreglo, era que conservaban una neutralidad armada.

—Sí, me voy —dijo Anne—. Me alegro con la cabeza... y me apena con el corazón.

—Apuesto a que te llevarás todos los honores que se caigan por ahí en Redmond.

—Tal vez intente ganar alguno —confesó Anne—, pero no me importan tanto como hace dos años. Lo que de verdad quiero es extraer de la carrera algo que me enseñe el mejor modo de vivir la vida y sacarle el mayor y me-jor provecho. Quiero aprender a comprender a los demás y a ayudarles... y a ayudarme a mí misma.

El señor Harrison asintió.

—Esa es la idea exacta. Para eso debe servir la universidad, y no para lar-gar a un montón de licenciados tan atiborrados de erudición y presunción que no les queda espacio para nada más. Creo que estarás bien. Me parece que la universidad no podrá hacerte gran daño.

Aquella tarde, tras tomar el té, Diana y Anne marcharon a la Casa del Eco con todas las flores que habían conseguido de sus jardines y los de los vecinos. Hallaron la casita de piedra en plena agitación. Charlotta la Cuarta no paraba de volar de un lado a otro con tal brío y rapidez que sus moños

azules parecían hallarse en todas partes a la vez. Al modo del yelmo de Navarra, los lazos azules de Charlotta flotaban siempre allí donde la batalla era más encarnizada.

—Gracias al cielo que han llegado —exclamó, con devoción—, hay mucho por hacer... y el glaseado de ese pastel no se endurece... y todavía toca repasar la plata... y empacar el baúl forrado de crin... y ahí están los gallos para la ensalada de pollo, correteando junto al gallinero, cacareando, señorita Shirley, señorita. Y a la señorita Lavendar no se le puede confiar nada. Me sentí aliviada cuando el señor Irving vino hace un rato y se la llevó a pasear por el bosque. El cortejo está bien en su momento, pero si uno trata de mezclarlo con la cocina y el fregoteo, ¡todo se arruina! Esa es mi opinión, señorita Shirley.

Anne y Diana trabajaron con tanto afán que a las diez incluso Charlotta la Cuarta se sintió satisfecha. Se trenzó el pelo en infinitas trencitas y se fue a dormir con sus huesitos agotados.

—Pero seguro que no pego un ojo, señorita Shirley —sollozó tras la puerta—, temiendo que algo salga mal de último momento... que la nata no se monte... o que el señor Irving sufra un ataque y no pueda venir.

—¿Tiene costumbre de sufrir ataques? —preguntó Diana, mordiéndose los labios para no reír. A Diana, Charlotta la Cuarta le resultaba, si no un ser embellecedor, sí al menos una constante fuente de alegría.

—No es algo que vaya por costumbre —dijo Charlotta con dignidad—. Simplemente ocurren... y ahí te quedas. Cualquiera puede tener un ataque. No necesitas aprender nada. El señor Irving se parece mucho a un tío mío que un día lo tuvo justo cuando iba a sentarse a la mesa. Pero puede que todo salga bien. En este mundo hay que esperar lo mejor, prepararse para lo peor y aceptar lo que Dios mande.

—Lo único que me preocupa es que mañana no haga buen tiempo —dijo Diana—. Tío Abe pronosticó lluvia a mitad de semana y, desde la gran tormenta, no puedo evitar creer en parte lo que él dice.

Anne, que sabía mejor que Diana lo que tío Abe había tenido que ver con la tormenta, no se alteró. Durmió como los justos, muy cansada, hasta que, a una hora intempestiva, Charlotta la Cuarta la despertó:

—Ay, señorita Shirley, es horrible llamarla a estas horas —gimió a través del ojo de la cerradura—, pero hay tanto por hacer... y, señorita Shirley, me temo que va a llover... dígame que no lo cree.

Anne saltó a la ventana, esperando en lo profundo que Charlotta hubiera dicho aquello solo para despertarla bien. Pero, por desgracia, la mañana no pintaba bien. Bajo la ventana, el jardín de la señorita Lavendar, que a esas horas debería lucir un sol matinal suave y virginal, se veía empañado, quieto, y el cielo sobre los abetos se presentaba cubierto de nubes cargadas.

—Qué lástima —dijo Diana.

—Crucemos los dedos —repuso Anne con firmeza—. Si al menos no llueve, un día fresco y perlado de gris podría incluso ser mejor que un sol ardiente.

—Pero lloverá —se lamentó Charlotta, irrumpiendo, sujeta por innumerables trencitas y con lazos de hilo blanco saliendo en todas direcciones—. Se aguantará hasta el último segundo y luego caerá el diluvio... y todos se empaparán... y llenarán la casa de barro... y no podrán casarse bajo la madreSelva... y trae muy mala suerte que el sol no brille sobre una novia, créame. Sabía que todo iba demasiado bien para durar.

Charlotta la Cuarta parecía sin duda haber tomado ejemplo del libro de la señorita Eliza Andrews.

No llovió, si bien mantenía esa pinta amenazadora. Al mediodía, las habitaciones se hallaban decoradas, la mesa puesta con primor y, en el piso de arriba, aguardaba la novia, “dispuesta para su esposo”.

—Qué linda estás —suspiró Anne, extasiada.

—Preciosa —asintió Diana.

—Está todo listo, señorita Shirley, y nada malo sucedió aún —anunció Charlotta llena de optimismo, mientras se recogía en su pequeña habitación para vestirse. Dejó escapar las trenzas; la maraña encrespada quedó en dos coletas anudadas, no con dos lazos, sino con cuatro, de cinta nueva, brillantemente azules. Los dos lazos superiores daban la impresión de enormes alas que brotaban del cuello de Charlotta, como los querubines de Rafael. Pero a Charlotta la Cuarta le parecían hermosísimas, y tras enfundarse en un vestido blanco con un almidón tan recio que se sostenía por sí solo, se con-

templó en el espejo con gran satisfacción, la cual duró hasta que salió al pasillo y, a través de la puerta del cuarto de invitados, vio a una muchacha alta con un vestido suave y flotante, que prendía flores blancas como estrellas en las ondulaciones tersas de su pelo cobrizo.

— Ay, jamás podré verme como la señorita Shirley — pensó Charlotta afligida—. Debe ser que naces así... no creo que ni siquiera con práctica una llegue a tener ese aire.

A la una los invitados habían llegado, incluidos el señor y la señora Allan (él se encargaría de la ceremonia, pues el ministro de Grafton estaba de vacaciones). No hubo formalidad alguna en el casamiento. La señorita Lavendar bajó las escaleras a encontrarse con su novio en el pie de ellas, y al tomar su mano, alzó hacia él sus grandes ojos castaños con una mirada que dejó a Charlotta la Cuarta, que la captó al vuelo, más confundida que nunca. Salieron al cenador de la madreselva, donde el señor Allan les aguardaba. Los invitados se agruparon a gusto. Anne y Diana se colocaron junto al viejo banco de piedra, con Charlotta la Cuarta en medio, aferrada con frío temblor en sus manitas a las suyas.

El señor Allan abrió su libro azul y empezó la ceremonia. Apenas fueron declarados esposo y esposa, ocurrió algo hermoso y simbólico. De pronto el sol rompió entre las nubes grises y bañó a la dichosa novia en su resplandor. Al instante, el jardín se pobló de sombras danzarinas y destellos.

— Qué buen presagio — pensó Anne, corriendo a besar a la novia. Después, las tres muchachas dejaron al resto de invitados riendo en torno a la pareja nupcial, mientras corrían a la casa para cerciorarse de que todo estuviese listo para el banquete.

— Gracias al cielo, terminó, señorita Shirley — exhaló Charlotta la Cuarta—. Ya están casados, pase lo que pase ahora. El arroz está en la despensa, los zapatos viejos tras la puerta y la nata para batir en los escalones de la bodega.

A las dos y media, el señor y la señora Irving se marcharon, y todo el mundo fue a Bright River para despedirles en el tren de la tarde. Cuando la señorita Lavendar... perdón, la señora Irving... salió de la puerta de su vieja casa, Gilbert y las chicas arrojaron arroz, y Charlotta la Cuarta lanzó un zapato tan atinadamente que golpeó al señor Allan en plena cabeza. Pero fue

Paul quien dio la mejor despedida. Surgió del porche haciendo sonar con frenesí una antigua campana de bronce que solía adornar la repisa del comedor. El único propósito de Paul era hacer un gozoso estrépito; mas en cuanto se apagó el eco del repique, desde cada curva y loma al otro lado del río llegó el repique de “campanitas de boda feéricas”, sonando dulces, claras y cada vez más suaves, como si los queridos ecos de la señorita Lavendar le enviaran su saludo y despedida. Y así, bajo esa bendición de sonos, la señorita Lavendar se alejó de su antigua vida de ensoñaciones y fingimientos a una vida más plena de realidades en el bullicioso mundo exterior.

Dos horas después, Anne y Charlotta la Cuarta regresaron por el sendero. Gilbert se había ido a un recado en West Grafton y Diana debía cumplir un compromiso en casa. Anne y Charlotta volvían a ordenar y cerrar la casita de piedra. El jardín flotaba en dorado sol crepuscular, con mariposas revoloteando y abejas zumbando; pero la casita tenía ya ese indefinible aire desolado que se queda en los sitios tras celebrarse una fiesta.

— Ay, qué solo se ve, ¿verdad? — gimió Charlotta, que había llorado todo el camino desde la estación—. Al final, una boda no es mucho más alegre que un funeral, señorita Shirley.

Tuvieron una tarde ajetreada. Había que retirar la decoración, lavar los platos y empaquetar las cosas exquisitas que no se habían consumido, para los hermanitos de Charlotta la Cuarta. Anne no se dio por satisfecha hasta que todo quedó impecable. Luego de que Charlotta se llevó sus vituallas a casa, Anne recorrió sola las habitaciones, sintiéndose como alguien que pasea en un salón de banquetes desierto, y cerró las persianas. Acto seguido, echó llave a la puerta y se sentó bajo el álamo plateado a esperar a Gilbert, muy cansada pero con la mente incesante, sumergida en “pensamientos largos, muy largos”.

— ¿En qué piensas, Anne? — preguntó Gilbert al acercarse por el sendero. Había dejado su caballo y el coche en el camino.

— Pensaba en la señorita Lavendar y el señor Irving — respondió Anne soñadoramente—. ¿No es hermoso pensar que todo ha terminado así... que se han reencontrado después de tantos años de separación y malentendidos?

— Sí, es hermoso — dijo Gilbert, mirando fijamente el rostro alzado de Anne—, pero ¿no habría sido aún más hermoso, Anne, si nunca hubiese ha-

bido separación ni malentendidos... si hubiesen caminado tomados de la mano toda la vida, sin otro recuerdo que el que se han forjado el uno con el otro?

Por un momento, el corazón de Anne dio un vuelco extraño, y por primera vez su mirada vaciló ante los ojos de Gilbert, mientras un rubor rosa teñía sus mejillas pálidas. Fue como si un velo que cubría su conciencia interna se hubiera alzado, revelando sentimientos y realidades ignoradas. Quizá, al fin y al cabo, el romanticismo no entra en la vida con pompa y estruendo, cual un apuesto caballero que avanza; tal vez se deslice junto a uno como un viejo amigo, por caminos tranquilos; puede que al principio se presente en apariencia de prosa, hasta que un súbito fulgor ilumine sus páginas y de late su música y su ritmo. Quizá... quizá... el amor florezca de una hermosa amistad, como la rosa de corazón dorado escapando de su vaina verde.

Luego, el velo cayó de nuevo; pero la Anne que subió por el sendero en la penumbra ya no era la misma que lo había bajado la tarde anterior. La página de la niñez se había vuelto, como por un dedo invisible, y ante ella se abría la página de la edad adulta, llena de hechizo y misterio, de dolor y gozo.

Gilbert, con prudencia, no añadió nada; pero en su silencio adivinó la historia de los siguientes cuatro años a la luz del sonrojo que recordaba en Anne. Cuatro años de esforzado y dichoso trabajo... y luego el galardón de un conocimiento útil adquirido y un dulce corazón conquistado.

Detrás de ellos, en el jardín, la casita de piedra cavilaba entre sombras. Estaba sola, pero no abandonada. Todavía no había acabado con los sueños, la risa y la alegría de la vida; tendrían lugar veranos futuros para la pequeña casa de piedra; entretanto, podía aguardar. Y al otro lado del río, en el púrpura cautiverio, los ecos aguardaban su momento.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB